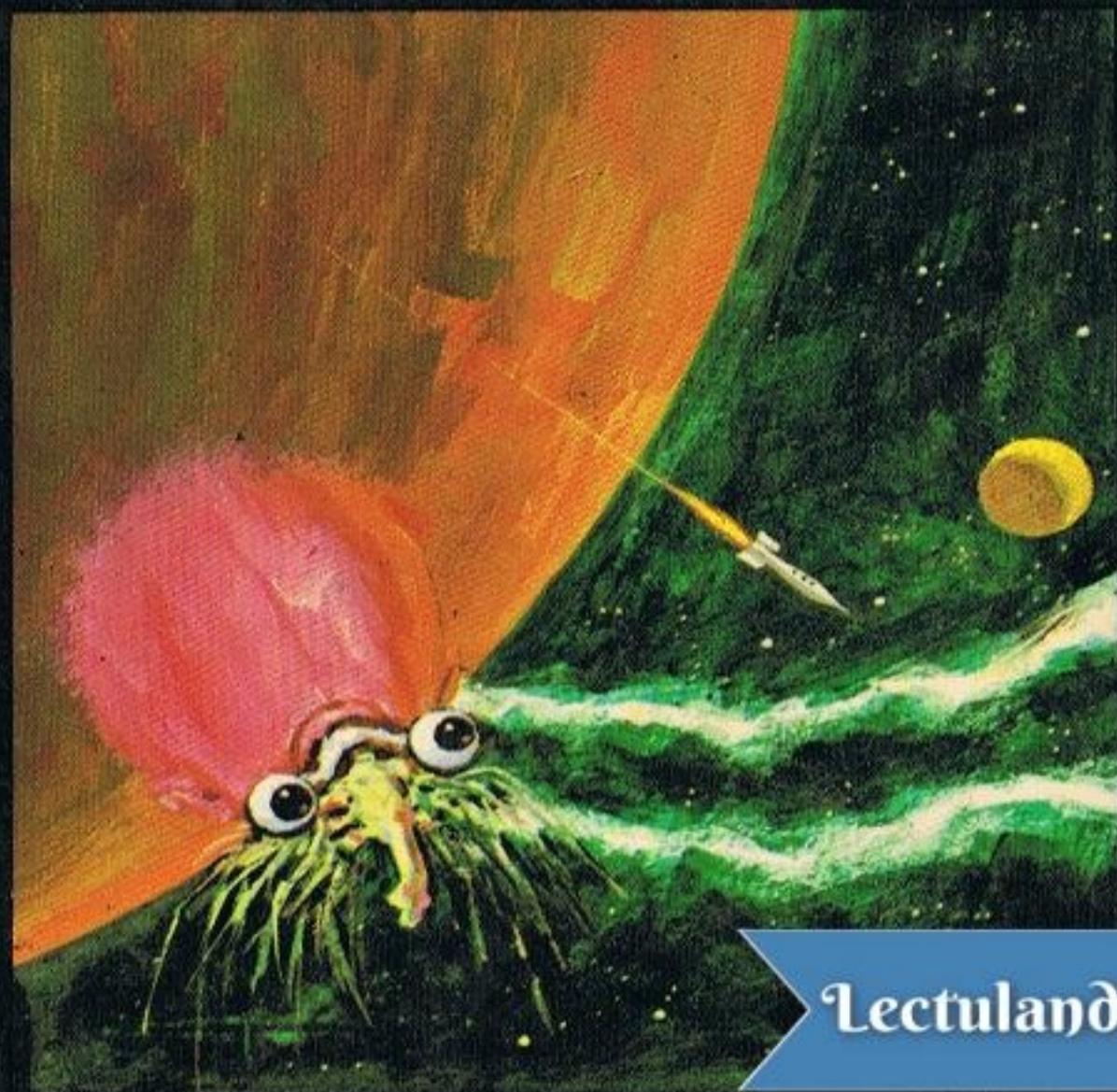


A

LOS MEJORES RELATOS DE ANTICIPACION

recopilados por
KENDELL FOSTER CROSSEN
y **CHARLES NUETZEL**



Lectulandia

Esta fascinante antología, única en su género, nos ofrece una sucesión de cuadros históricos trazados antes de que la Historia alcance el período que cada cuadro muestra. Hay en ella una auténtica planificación del futuro, una ordenación, una clasificación de las eras que todavía ha de vivir la Humanidad:

Era Atómica (años 1945 a 2100)

Era Galáctica (años 2100 a 3000)

Era Estelar (años 3000 a 10000)

Era Délfica (después del año 10000)

En cada una de estas eras que aguardan a nuestros descendientes, ¿serán el mundo y el cosmos tal como los han visto los autores de los presentes relatos? ¿Tendrá validez la extrapolación efectuada hoy, a tan largo plazo?

Imposible predecirlo. Pero ello no quita que el lector se adentre con un continuo estremecimiento, a veces de horror, a veces de esperanza, en el cauce alucinante que el libro que ponemos en sus manos abre ante él.

Lectulandia

AA. VV.

Los mejores relatos de anticipación

ePub r1.0
Titivillus 26.02.17

Título original: *Adventures in Tomorrow* (1951) y *If This Goes On* (1965)

AA. VV., 1969

Traducción: J. Piñeiro & M. Giménez Sales & L. Lope

Cubierta: Antonio Bernal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Contenido

Nota de los editores

1/ERA ATÓMICA (1945-2100)

- «El holandés errante», de Ward Moore (*Flying Dutchman*, 1951)
- «Vendrán lluvias suaves», de Ray Bradbury (*There Will Come Soft Rains*, 1950)
- «Pregunta sin respuesta», de Forrest J. Ackerman (*The Mute Question*, 1950)
- «El fonógrafo portátil», de Walter van Tilburg Clark (*The Portable Phonograph*, 1941)
- «El examen», de Richard Matheson (*The Test*, 1954)
- «Multivac», de Isaac Asimov (*All the Troubles of the World*, 1958)

2/ERA GALÁCTICA (2100-3000)

- «El autómata», de A. E. van Vogt (*Automaton*, 1950)
- «Clientela restringida», de Kendell Foster Crossen (*Restricted Clientele*, 1951)
- «Aquella», de Donald A. Wollheim (*Aquella*, 1942)
- «La vuelta al hogar», de Marion Zimmer Bradley (*The Climbing Wave*, 1955)
- «Navidad en Ganimedes», de Isaac Asimov (*Christmas on Ganymede*, 1942)

3/ERA ESTELAR (3000-10000)

- «La memoria», de Theodore Sturgeon (*Memory*, 1948)
- «El exiliado de la Tierra», de Sam Merwin Jr. (*Exiled from Earth*, 1940)
- «Refugio en las estrellas», de Leigh Brackett (*Retreat to the Stars*, 1941)
- «La voz de la langosta», de Henry Kuttner (*The Voice of the Lobster*, 1950)
- «Homo sapiens», de Charles Nuetzel (*The Homo Sap*, 1965)

4/ERA DÉLFICA (10000 en adelante)

- «El fin de la evolución», de Robert Arthur (*Evolution's End*, 1941)
- «Punto de partida», de Anthony Boucher (*Transfer Point*, 1950)
- «El diablo estaba enfermo», de Bruce Elliot (*The Devil Was Sick*, 1951)

NOTA DE LOS EDITORES

Esta extraordinaria antología nos ofrece una historia del mundo y de los hombres vista «desde atrás». Las grandes eras históricas conocidas de todos se han cumplido ya, desde el más remoto pasado hasta la convencionalmente llamada Edad Contemporánea, y en nuestra conciencia debería penetrar la noción clarísima de que una nueva era se inició en 1945 con el estallido de la primera bomba atómica.

*Partiendo de esta noción, hemos reunido en el presente volumen las visiones más o menos coincidentes que los mejores autores de ciencia ficción tienen de lo que el futuro puede ser y quién sabe si será. Nuestra antología se basa en la publicada en Estados Unidos por Kendell Foster Crossen con el título de *Adventures in Tomorrow* y en la que Charles Nuetzel dio a conocer bajo el de *If this goes on*. Muchos de los relatos son inéditos; constituyen excepción el de Walter van Tilburg Clark, el de Ray Bradbury, incluido en sus famosas «Crónicas marcianas», y algún otro.*

Las obras de los maestros que aquí ofrecemos cubren cuatro etapas históricas perfectamente definidas:

Era Atómica (años 1945 a 2100)

Era Galáctica (años 2100 a 3000)

Era Estelar (años 3000 a 10000)

Era Deifica (año 10000 en adelante)

Garantizamos al lector que la inusitada experiencia de adentrarse en la historia del futuro brinda una compleja gama de emociones, que van desde la angustia y el horror (los autores son en general pesimistas sobre nuestro futuro inmediato) hasta la esperanza y el sentimiento de grandiosidad que en determinados momentos provoca el horizonte abierto ante la raza humana. Por ello nos hemos atrevido a afirmar que estos relatos de anticipación son «los mejores»; pues si no lo son aisladamente considerados, ya que siempre es posible encontrar una obra que supere a otra, sí lo son en la formidable panorámica que en su conjunto constituyen.

El género literario que calificamos de ciencia-ficción y que otros llaman fantasiciencia, ficción científica, fantasía a secas, o incluso improbabilia, alcanza mayor difusión a medida que el paso del tiempo mengua la parte de ficción que en el género existe para convertir en realidad la parte de ciencia que hay en él. Las anteriores antologías publicadas en Libro Amigo, han logrado tal éxito, que empieza a desvanecerse el prejuicio de que el lector de lengua española, miembro de una sociedad donde la tecnología no ha llegado todavía a su normal desarrollo, se desentiende de un futuro en el que, aparentemente, va a tener escasa participación como protagonista. La ciencia-ficción, aun siendo, como decimos, cada día más ciencia y menos ficción, ha conquistado al fin un puesto preferente entre nosotros, o

por lo menos así lo indica nuestra experiencia. Acaso ello signifique (y habría que congratularse) que la actitud desdeñosa de los pueblos ibéricos hacia el moderno mundo de la ciencia y de la técnica, el trágico «que inventen ellos», ha sufrido un definitivo cambio.

Pero otro factor importante de este posible cambio de actitud puede haber sido la progresiva calidad literaria que la ciencia-ficción ha ganado con el paso de los años y con la contribución al género de plumas brillantes y de extraordinarios talentos creadores. Hoy, la ciencia-ficción ya no es un muestrario de «aventuras espaciales», con vaqueros vestidos de astronautas y pieles rojas transformados en marcianos; hoy es una maravillosa ventana abierta al mañana, la mayor y la más luminosa de que disponemos, a través de la cual examinamos en panorámica la condición del hombre, escrutamos los rasgos positivos y negativos de la civilización que éste ha creado y efectuamos la emocionante extrapolación hacia el futuro de la carrera que el Homo Sapiens inició en las cavernas prehistóricas con una herramienta de hueso o un arma de sílex en la mano.

El aspecto humanístico de la ciencia-ficción, sus aspectos sociológicos, o incluso antropológicos, junto a la inquietante poesía que suele envolverla, han pesado sin duda enormemente en el afianzamiento del género, entre los lectores de lengua castellana. Creemos y esperamos que estos lectores encontrarán en el presente volumen todas las cualidades que buscan; creemos y esperamos que la antología dejará huella en su ánimo, como lo ha dejado, y muy profunda, en el nuestro.

1/ERA ATÓMICA

1945-2100

La amenaza atómica que pesa sobre nuestro mundo ha inspirado infinidad de relatos, muchos de los cuales se cuentan entre los mejores de la ciencia-ficción. Todos ellos, en general, reflejan la duda y el temor provocados por el recuerdo de los hongos de muerte que un día cubrieron Hiroshima y Nagasaki. En una época a lo largo de la cual la posibilidad, y a veces la inminencia de una tercera guerra mundial que no ha sido nunca descartada, a nadie sorprenderá que la mayoría de los autores adopten una actitud pesimista ante la disyuntiva de que la energía atómica vaya a ser utilizada exclusivamente con fines pacíficos o como instrumento de destrucción.

En el grupo de relatos que ofrecemos a continuación se observa, por una parte, la preocupación por la guerra atómica y por la dominación mecánica que la acompañaría, mientras que uno de dichos relatos, cortísimo, magistral, espeluznante, debido a Forrest Ackerman, nos brinda una instantánea de lo que la humanidad puede llegar a ser después de que la tragedia bélica se consume.

Otro cuadro estremecedor, trazado desde un punto de vista diferente, lo encontramos en «El fonógrafo portátil». Un salto adelante y estamos en la salida del laberinto postatómico, salida terrible, que los geniales Richard Matheson e Isaac Asimov nos muestran en sus respectivas aportaciones.

Éste es (¿lo será en efecto?) el inmediato futuro del Homo Sapiens.

EL HOLANDES ERRANTE

Ward Moore

Mientras el minuterero del reloj de pared rebasaba suavemente la manecilla de las horas, todavía inhiesta, el calendario automático, situado bajo la esfera se estremeció bruscamente, y al número diez le sucedió el once.

Salvo aquel ligero espasmo —tal vez, pudiera atribuirse a un imperfecto funcionamiento del mecanismo—, las plaquitas en que estaban inscritos los signos *Noviembre* y *1998* permanecieron inmóviles. En la sala de control, dotada de aire acondicionado, un termómetro situado junto a la puerta señalaba invariablemente una temperatura de 68° Fahrenheit.

No había nadie en la sala de control para observar el reloj, el calendario, el termómetro, la pantalla de radar o cualquiera de los diversos indicadores instalados en las paredes o en las mesas. Aun suponiendo la presencia de empleados o intrusos, no les hubiera sido posible leer señal alguna ya que la oscuridad era completa. No sólo estaban apagadas las luces de la sala; tupidos cortinajes las protegían contra los traicioneros rayos de la luna que eventualmente pudieran reflejarse en las superficies pulimentadas.

La ausencia de luz y de personal técnico no alteraba el trabajo de los prodigiosos aparatos del aeropuerto, pues habían sido diseñados para funcionar automáticamente con una inteligencia casi humana y con una precisión que sobrepasaba a la del hombre en cualquier emergencia, excepto en los casos de un ataque directo del enemigo o de un tiro cercano que averiara no sólo los instrumentos sino también los aparatos de reparación y ajuste.

Cuando el sonar y el radar captaron el sonido y la imagen de una aeronave que se aproximaba por el Norte, instantánea y correctamente fue identificada como amiga; en efecto, era un RB-87 que regresaba a su base. La información fue transferida a las baterías antiaéreas, a la oficina de información, situada a treinta millas de distancia; a los tabuladores que registraban el curso de los bombarderos, al control de combustible oculto a gran profundidad, y al depósito de municiones, protegido por capas y más capas de cemento y plomo.

No existía balizaje automático en el aeropuerto, por supuesto, pero esto no significaba inconveniente alguno para el poderoso bombardero de ocho motores, ya que no dependía de percepciones y reacciones humanas sino de un cálculo matemático totalmente ajustado a su plan de vuelo, sensible a la más sutil variación atmosférica, a la configuración del terreno, e incluso a una repentina imperfección de su propio mecanismo. Durante el vuelo, segundo tras segundo, estos instrumentos calculaban, compensaban y mantenían a la aeronave en la ruta prevista.

El RB-87, ajustado a la velocidad y dirección del viento, así como a cierto número de factores, apuntó la proa hacia la pista de cemento de dos millas de longitud y se deslizó suavemente sobre ella, hasta el final, para detenerse por último, con las hélices girando en punto muerto, entre dos trazos de pintura, el lugar exacto que indicaban los cálculos que regían su navegación.

Mientras se detenían los motores y las hélices giraban con más lentitud, los complejos servicios de la base aérea empezaron a funcionar, al detectar los instrumentos de la oscura sala de control la invisible imagen del bombardero que regresaba. Del depósito de combustible serpenteó una manguera aparentemente interminable, atravesando el campo; al acercarse al bombardero, sus movimientos reptantes se hicieron más pronunciados cuando, guiada por impulsos electrónicos alzó la cabeza y trepó por un costado del aparato, buscando a ciegas los vacíos tanques de gasolina. Un diminuto receptor le respondió al mensaje de un transmisor también minúsculo; saltó el tapón y el cuello de la manga se introdujo en la abertura. Este contacto actuó en las profundidades del depósito de combustible; empezaron a funcionar las bombas y la manguera se puso rígida al pasar la gasolina por su interior. A muchos kilómetros de distancia comenzaron a trabajar las bombas, impulsando su carga a través de los oleoductos. Toda la maquinaria de una refinería se puso en movimiento para elaborar petróleo en crudo y enviarlo transformado en gasolina de alto octanaje. A medio continente de distancia, se elevaba desde las profundidades de un pozo de materia prima que iría a parar al interior de un depósito vacío.

La manguera de gasolina, pieza fundamental, era el aparato más simple de la sala de control. Llenos ya los tanques, el tapón del depósito en su sitio y la manguera enrollada en su horquilla, hicieron su aparición las maquinarias más complejas. La manguera de engrase se desplazaba de un motor a otro, los cuales vomitaban finas capas de aceite negro quemado, luego reemplazadas por lubricantes de un color verde-dorado, fresco y viscoso. El dispositivo mecánico de engrase, un increíble pulpo sobre ruedas, circulaba por el campo aplicando sus tentáculos a las innumerables juntas que requerían sus servicios. Al otro lado del campo, los dispositivos automáticos de carga transportaban su precioso equipo en lenta procesión. Iban al encuentro del bombardero y constituían también mecanismos complejos y sutiles, guiados por delicados artificios, que colocaban suave y cuidadosamente las valiosas bombas en las cavidades de la nave. Aguardaban pacientemente su turno, dispuestos y regulados contra toda posible colisión. Al igual que los aparatos de control de combustible, también eran el resultado de la labor de muchos servomecanismos; galerías subterráneas despachaban a gran profundidad el material de repuesto por medio de tubos neumáticos, que se introducían bajo la superficie de la Tierra a varios kilómetros de profundidad.

Los poderosos motores se enfriaron. La veleta —una especie de cono de lona—, en lo alto de la torre del aeropuerto, se movió ligeramente. En la oscura sala de control, el reloj marcaba las 3,58. Débiles partículas de polvo se filtraron

subrepticamente a través de las rendijas de las ventanas y un pequeño trozo de cemento, desprendido por el viento, cayó al suelo. A unos cuantos kilómetros de distancia, una hilera de árboles secos y resquebrajados rehusaba ásperamente, con fúnebre tozudez, a doblegarse lo más mínimo ante las duras acometidas del viento.

A las 4'50 exactamente un impulso eléctrico procedente de la sala de control, según normas predeterminadas, puso en marcha los motores del avión. Hubo un momento en el que falló el motor número siete, pero pronto recuperó el ritmo habitual. Durante un largo intervalo, los motores se calentaron. La aeronave emprendió la marcha, con aparente impremeditación, en el exacto instante previsto.

La pista se extendía a gran distancia. Pese a ganar velocidad, parecía como si el avión se mantuviera pegado a ella, reacio a dejar tierra. Después de un ligero balanceo, se abrió al fin un espacio entre las ruedas y el cemento, que se agrandó rápidamente. El aparato se elevó a gran altura, sobrepasando por un amplio margen la red de cables de alta tensión que se extendía más allá del aeropuerto. Ya en el aire pareció vacilar un momento, mientras los instrumentos medían y calibraban, pero no tardó en enfilarse la proa hacia el Norte, surcando con decisión el firmamento.

Volaba a enorme altura, por encima de las nubes, por encima de la sutil capa de aire oxigenado. Los motores palpitaban uniformemente, excepto el número siete, en el que de vez en cuando se percibían desfallecimientos y vacilaciones. Los expertos instrumentos del bombardero guiaban y comprobaban constantemente su vuelo, manteniéndolo en ruta hacia el objetivo a una altura fuera de posibles interferencias.

La pálida luz del amanecer hirió los contornos del avión sin resultado. La pintura pardusca del camuflaje no producía reflejos, pero aquí y allá aparecían ligeros rasguños, dejando al descubierto el brillante y traicionero aluminio. A medida que la luz se intensificaba, se hizo patente que tales desperfectos no eran sino pequeños signos de la debilidad del gran bombardero. Un golpe aquí, una abolladura allá, un cable deshilachado, una ligera erosión, señales que evidenciaban malos tratos, ominosas limitaciones. Sólo los instrumentos y los motores eran perfectos, aunque incluso éstos, considerando las alteraciones del número siete, no parecían destinados a durar indefinidamente.

Rumbo Norte, rumbo Norte, rumbo Norte. El blanco había sido fijado, años atrás, por hombres maduros de rostro inexpresivo. La ruta fue establecida por hombres más jóvenes, con cigarrillos entre los labios, y los instrumentos esenciales fueron instalados por otros hombres todavía más jóvenes envueltos en guardapolvos y que mascaban chicle. El blanco no era originalmente objetivo exclusivo del “Holandés Errante” —nombre que un mecánico jovial pintó años atrás en el fuselaje de la aeronave—, sino que estaba a cargo de un escuadrón completo de aviones del modelo RB-87, pues constituía un importante centro industrial, una parte decisiva del poder militar del enemigo cuya destrucción era necesaria.

Los hombres maduros que habían decidido el plan estratégico conocían muy bien la naturaleza de la guerra que estaban afrontando. Todo se había preparado

cuidadosamente teniendo en cuenta las eventualidades posibles. Planes de todas clases, cuantas alternativas eran posibles, se habían planificado con el mayor celo. Se daba por descontado que aquella capital y las ciudades más importantes serían destruidas casi de inmediato, pero los autores del plan habían ido mucho más allá de la simple descentralización. En las precedentes guerras las operaciones finales dependían de los humanos cuyo carácter frágil y falible, conocían muy bien los estrategas. Pensaban con disgusto en la inutilidad de los soldados y mecánicos cuando se les somete a bombardeos ininterrumpidos o sufren los efectos de las armas químicas o biológicas, en los civiles refugiados en los más profundos rincones de las cavernas y minas con la voluntad anulada para la lucha e implorando servilmente el retorno de la paz. Los estrategas habían luchado arduamente, contra este factor de incertidumbre. Organizaron una guerra no sólo completamente automatizada, sino además en la que botones y más botones actuasen en una cadena sin fin. La población civil podría encorvarse y temblar, pero la guerra no se detendría hasta alcanzar la victoria.

El “Holandés Errante” avanzaba velozmente hacia un blanco familiar servido y reforzado por una intrincada red de instrumentos, dispositivos, factorías, generadores, cables subterráneos y recursos básicos, todos ellos casi invisibles e inexpugnables, capaces de funcionar hasta el agotamiento que no llegaría —gracias a su perfección— hasta dentro de cien años. El “Holandés Errante” volaba hacia el Norte, una creación del hombre que ya no dependía de su autor.

Volaba hacia la ciudad que largo tiempo atrás, había quedado convertida en pequeños cascotes pulverizados. Volaba hacia las distantes pilas de baterías antiaéreas, donde los pocos cañones que todavía quedaban indemnes lo localizarían con sus pantallas de radar, apuntando y disparando automáticamente, para atraerlo al destino que sufrieron otros aviones a su imagen y semejanza. El “Holandés Errante” volaba hacia el país del enemigo, un país cuyos ejércitos habían sido aniquilados y cuyo pueblo había perecido. Volaba a tal altura, que desde un punto muy inferior al de sus extendidas alas y potentes motores la superficie de la Tierra quedaba limitada por una gran línea curva. La Tierra, un planeta muerto en el cual, hacía ya tiempo, mucho tiempo, que no alentaba ningún ser viviente.

VENDRÁN LLUVIAS SUAVES

Ray Bradbury

Aquella era una buena casa y había sido construida por las gentes que debían vivir en ella en el año 1980.

La casa era como muchas de aquel tiempo; alimentaba y entretenía a sus habitantes, les daba reposo y les proporcionaba una vida agradable. El marido, la esposa y sus dos hijos vivían desahogadamente, vivían felices incluso aquellos períodos en que temblaba el mundo. La casa contenía cuanto de refinado había en la vida, las cosas amables, la música, la poesía, los libros que hablaban, las camas que se calentaban y se hacían solas, el fuego de la chimenea que se encendía por sí mismo al atardecer; en fin, vivir allí era una continua delicia.

Pasó el tiempo y un día el mundo se estremeció. Se oyó una explosión seguida de otras diez mil explosiones, el cielo se enrojeció, cayó una lluvia de cenizas y radiactividad que acabó con aquella época feliz.

La voz del reloj cantó en la sala: *tic-tac, las siete, hora de levantarse*, como temeroso de que nadie lo escuchara. La casa estaba desierta. El reloj prosiguió hablando en el vacío de la mañana.

Suspiró el horno en la cocina y de su cálido interior extrajo ocho huevos con resplandores dorados, doce lonjas de jamón, dos tazas de café y dos vasos de leche tibia. *Las siete y nueve, hora del desayuno, las siete y nueve.*

—Hoy es 28 de abril de 1985 —anunció la voz de un fonógrafo desde el techo de la cocina—. Hoy es el cumpleaños de míster Featherstone. Hoy es el día de pago de las cuentas de los seguros, el gas, la electricidad y el agua.

En algún lugar de las paredes resonaron los golpes secos de transmisores y bajo los ojos eléctricos se deslizaron cintas magnetofónicas. Hablaron voces grabadas, bajo las agujas de acero.

—Las ocho y uno —tic-tac—, a la escuela, al trabajo, rápido, rápido —tic-tac—, las ocho y uno.

Pero las puertas no se cerraron de golpe, las alfombras no recibieron las presurosas pisadas de los tacones de goma. Afuera llovía.

En la puerta principal, la voz del tiempo cantó lentamente:

Llueve, llueve, zapatos de goma, impermeables... Y la lluvia repiqueteó sobre el tejado como un eco.

Afuera, el garaje tocó unas campanillas y levantó la puerta para revelar el coche con el motor en marcha. Después de una larga espera, la puerta descendió otra vez.

A las ocho y media los huevos estaban ressecos y las tostadas duras como piedras. Un brazo de aluminio los arrojó a la pila y un remolino de agua caliente los arrastró

hacia una garganta metálica, que los dirigió expulsándolos al mar distante. Los platos sucios cayeron en una máquina de lavar y emergieron secos y relucientes.

Las nueve y cuarto —cantó el reloj—, *hora de la limpieza*.

Los pequeños ratones mecánicos surgieron precipitadamente de sus escondrijos incrustados en las paredes. Invadieron las habitaciones una multitud de diminutos animales de goma y de metal. Aspiraron el polvo acumulado de todos los lugares y regresaron a sus madrigueras.

Las diez. Después de la lluvia salió el sol. La casa se alzaba solitaria en una calle llena de escombros y cenizas. Por la noche, la destruida ciudad emitía un resplandor radiactivo visible a muchos kilómetros de distancia.

Las diez y cuarto. El surtidor del jardín saturó la suave brisa matutina de ráfagas doradas. El agua, roció con delicado murmullo, los carbonizados muros del oeste de la casa, desprovistos ya de pintura. Toda la fachada era negra, salvo en cinco sitios. Aquí, la silueta (pintada de blanco), de un hombre segando el césped. Allí, una mujer se inclinaba para coger flores. Un poco más allá, con sus imágenes grabadas sobre la madera en un instante titánico, un niño con los brazos en alto. Más arriba, la imagen de una pelota en el aire y, enfrente a él, una niña con las manos extendidas para atrapar una pelota que nunca cayó.

Quedaban en la pared aquellas cinco manchas de pintura: el hombre, la mujer, los niños, la pelota. El resto era una delgada capa de carbón.

La lluvia suave del surtidor llenaba el jardín con una luz en gotas.

Hasta aquel día, ¡qué pacíficamente había funcionado la casa! Con qué cuidado inquiría: “¿Quién está ahí?”, y como no obtenía respuesta de las lluvias, de los zorros errantes y de los gatos plañideros, cerraba las ventanas y corría los visillos. Si un gorrión rozaba los vidrios las persianas crujían. ¡Sobresaltado, el pájaro se alejaba! No, ni siquiera un pájaro podía tocar la casa.

Por dentro la casa era como un altar con nueve mil serviciales robots, grandes y pequeños, solícitos, atentos, en coro, aunque los dioses habían desaparecido y el ritual carecía de significado.

Un perro aulló, estremeciéndose en el porche.

La puerta principal reconoció la voz del perro y se abrió. El animal entró vacilante, fatigado, estaba en los huesos y cubierto de llagas. Dejó huellas de lodo en la alfombra. Tras él zumbaron los enojados robots mecánicos molestos por recoger la suciedad y las hojarascas, que arrastraron a sus refugios para dejarlas caer por el tubo que conducía a un incinerador, asentado en un rincón oscuro como un maligno Baal.

El perro corrió escaleras arriba y ladró histéricamente al atravesar las puertas. Arañó con violencia la puerta de la cocina. Tras ella el horno preparaba pastelillos cuyo aroma se extendió por toda la casa.

El perro respiró anhelante girando, corrió sin rumbo fijo y, mordiéndose la cola, cayó muerto.

Durante unas horas permaneció tendido en la sala de estar.

La una.

Al advertir el olor casi imperceptible de la descomposición, los regimientos de ratones salieron susurrando de las paredes, suaves como hojas caídas, con un fulgor en sus ojos eléctricos.

La una y cuarto.

El perro había desaparecido.

El incinerador del sótano resplandeció de pronto y un remolino de chispas se elevó por la chimenea.

Las tres menos veinticinco.

Mesas de bridge surgieron de las paredes del patio. Volaron las barajas y sobre las mesas cayó un diluvio de cartas. En un banco de roble aparecieron martinis.

Pero las mesas guardaron silencio; nadie tocó las cartas.

A las cuatro y media volvieron las mesas a las paredes.

Las cinco. Las bañeras se llenaron de agua clara y tibia. Una máquina de afeitar cayó en un recipiente lista para ser usada.

Las seis, las siete, las ocho, las nueve.

La cena fue preparada, servida, ignorada, y retirada; el servicio de mesa lavado; en el estudio la tabaquera sirvió un cigarro con media pulgada de ceniza gris, humeante, esperando al fumador. Se animó el fuego del hogar, aunque inútilmente.

Las nueve. Las camas empezaron a encender sus ocultos circuitos pues la noche era fresca.

Un discreto golpecito en la pared del estudio. Se oyó una voz por encima del hogar crepitante.

—Señora Mac Clellan, ¿qué poema desea oír esta noche?

La casa permaneció en silencio.

Continuó la voz:

—Ya que no expresa preferencia, elegiré un poema al azar.

Una suave música surgió como fondo de la voz.

—Sara Teasdale, su poema favorito, me parece...

*Vendrán lluvias suaves y olores de la Tierra,
y golondrinas que girarán con resplandecientes trinos.
Y ranas que en los estanques cantarán durante la noche,
y los ciruelos silvestres de blancura temblorosa.
Y petirrojos que vestirán plumas de fuego,
y silbarán sus canciones en los alambres de las cercas.
Y nadie sabrá que hay guerra,
nadie se preocupará del fin de la guerra.
A nadie le importará, ni a los pájaros, ni a los árboles,
si la humanidad entera desaparece.
Y cuando despierte radiante la primavera al amanecer,*

apenas sabrá que hemos desaparecido.

La voz concluyó el poema. Las sillas vacías se enfrentaban entre las paredes silenciosas y la música prosiguió.

A las diez la casa comenzó a morir.

Soplaba el viento. La rama de un árbol desarraigado rompió los cristales de la cocina. El frasco del detergente se estrelló contra el horno.

—¡Fuego! —gritaron unas voces—. ¡Fuego!

Las bombas dispararon chorros de agua desde los techos. Pero el disolvente se extendió por debajo de las puertas, inflamándose, mientras daban la alarma a coro.

El calor rompió las ventanas y el viento irrumpió en ayuda al fuego. Las escurridizas ratas de agua, haciendo girar sus ruedas de cobre, chillaban desde las paredes, disparaban su agua y corrían a buscar más.

¡Demasiado tarde! En algún lugar se paró una bomba. La lluvia del techo cesó de fluir. La reserva de agua se había agotado, tras llenar las bañeras y lavar la vajilla, durante muchos días silenciosos.

El fuego crepitó escaleras arriba, se nutrió de cuadros colgados, se meció perezosamente en los lechos y devoró todas las habitaciones.

La casa se estremeció, revelando sus huesos de roble, con su esqueleto desnudo retorcido por el fuego, sus alambres visibles, como si un cirujano le hubiera arrancado la piel dejando al descubierto las palpitantes arterias en el aire escaldado. Unas voces gritaban: «¡Socorro, socorro! ¡Fuego, corred!» Las ventanas se abrían y se cerraban violentamente, como bocas indecisas. ¡Fuego, corred! Las voces emitían lamentos con una trágica cadencia de canción infantil y el cándido coro griego se desvaneció al saltar los cables de la instalación. Más de un centenar de voces desgañadas se apagaron, cuando las baterías de emergencia se fundieron.

En otros lugares de la casa, en el último instante, bajo el alud de fuego, unos coros anunciaban la hora, el tiempo, diligencias, mientras otros tocaban música, recitaban poemas en el ardiente estudio, en tanto las puertas se abrían y se cerraban con brusquedad, y los paraguas aparecían y desaparecían. Sucedieron mil cosas, como cuando en una relojería suenan todos los relojes, a medianoche, como un carrusel chirriante, susurrante, impetuoso... Todo se acabó cuando los rollos de película se quemaron, los hilos se retorcieron y los circuitos se consumieron.

En la cocina, momentos antes del colapso final, el horno se puso a silbar históricamente, preparando desayunos en proporciones neuróticas: diez docenas de pasteles, seis docenas de hogazas en tostadas...

El derrumbe. El altillo aplastó la cocina y los restos cayeron al sótano, luego al subsótano. La nevera, sillones, camas, magnetófonos, se derrumbaron en montón informe.

Humo y silencio.

La aurora apuntó lánguidamente por el Este. Entre las ruinas se erguía una pared

solitaria. De su interior una voz repetía una y otra vez, mientras el sol se elevaba sobre el montón de escombros, humeantes.

—Hoy es 29 de abril de 1985. Hoy es 29 de abril de 1985, hoy es...

PREGUNTA SIN RESPUESTA

Forrest J. Ackerman

Cabeza Siamesa parecía absorto en el antiguo problema.

—¿Crees que el hombre pudo haber creado al mutante a su imagen y semejanza? —inquirió con el extraño ceceo que producía su lengua bífida.

Su amigo en aquella hora crepuscular no se dignó a exteriorizar su opinión.

La segunda cabeza del mutante arqueó el cuello hacia adelante desde el muro de la caverna sobre el que reposaba.

—Pero si el hijo del hombre, Adán —arguyó con el acento característico de su doble lengua—, nos creó a todos con la bomba adánica...

—¡No creo en esa vieja historia de la Bomba! —denegó la primera cabeza—. ¿Y tú, forastero?

El aludido siguió dando la callada por respuesta. De todos modos, no se le podía distinguir con claridad, ya que la cueva estaba muy oscura.

—¡Para que el hombre creara un mutante a su imagen y semejanza debía ser polimorfo! —afirmó la segunda cabeza—. Parte de él tendría que tener dos cabezas, como nosotros, parte tendría que ser como nuestras hermanas Siamesas, parte como el pequeño Bolita y parte como el Octo-brazo que vimos la semana pasada, y parte, también, como el Ciempiés, y parte como nuestra prima la Culebra. ¡Sí, habría sido un monstruo! ¿No estás de acuerdo conmigo, forastero?

El forastero se agitó, en el oscuro repliegue de la caverna, pero ningún sonido brotó de su garganta. De esta forma, aquella discusión filosófica a fines de 1990 terminó en tablas.

Fue entonces cuando los rayos de la luna, lentamente, como temerosos de lo que pudieran revelar, penetraron dentro de la cueva. El cono de luz se desplazó tímidamente por el cuerpo de Cabeza Siamesa, hasta iluminar, por fin, todo el cuerpo del mutante. ¿Fue una ilusión, o palideció el semblante del Hombre de la Luna? En la Tierra no quedaba hombre alguno para descifrarlo.

El lento progreso del rayo de luz continuó, hasta quedar también visible el segundo mutante. Y entonces se hizo evidente el porqué el forastero no hablaba.

Para expresarlo más exactamente, habría resultado evidente de existir allí un hombre con ojos para ver. Para Cabeza Siamesa continuó siendo un misterio porque, pese a tener gran cantidad de ojos —seis, para ser exacto—, no eran en realidad más que unas cuencas blancas, ovaladas, llenas de carne gelatinosa, que carecían de función. Cabeza Siamesa era ciego de nacimiento.

Y el forastero callaba..., bueno, permanecía silencioso porque...

Los Mutantes poseen un proverbio:

“Más valen dos cabezas que *ninguna*.”

EL FONÓGRAFO PORTÁTIL

Walter van Tilburg Clark

El rojo crepúsculo, las nubes alargadas y negras como gigantes en el cielo, proporcionaban un adecuado marco al sol, que se ponía tras el curvado horizonte de la pradera. No hacía viento, pero en el aire latía la muda oscuridad y el frío de la noche. Soplaban el viento en las alturas que a través del velo crepuscular las nubes se deslizaban rápidamente hacia el Sur, cambiando constantemente de forma. Una sensación de tormenta, de naturaleza imprevisible, se alzaba de la quietud de la capa de aire pegada a la tierra bajo la violencia del viento. A través de la hierba mustia y de los aislados tallos de la pradera, serpeaban los restos profundamente surcados de un estrecho camino.

En algunos trechos del sendero se veía brillar la escarcha, formando islitas aquí y allá, pero el barro, completamente helado aparecía por doquier. Mostraba todavía las huellas profundamente impresas de los grandes tanques; y un transeúnte ocasional en aquellas ondulaciones de la pradera habría tropezado, a causa de la poca luz, con grandes cavidades, parcialmente ocultas por la hierba, de rebordes carcomidos. Aquellos hoyos podrían ser obra de los meteoritos, pero no había sido así. Eran las heridas de bombas gigantescas, ya cicatrizadas por la lluvia, la maleza y el implacable tiempo. A lo largo de la senda quedaban aún restos retorcidos de las alambradas; parte de ellas, claramente visibles, precedía a una enorme zanja con pequeñas cuevas, ahora silenciosas y vacías, excavadas a intervalos en el muro posterior. Pero no se divisaba ninguna otra estructura o restos de ella sobre el lomo de la tierra. Sólo en algunas hondonadas protegidas del viento, las oscuras sombras de unos árboles jóvenes empezaban a poblar otra vez aquella maltratada zona.

Por debajo de la bóveda formada por el viento, una formación de gansos silvestres se desplazaba en V hacia el Sur. Hasta la tierra llegaban los aleteos de las aves, las débiles y quejumbrosas notas de su incesante parloteo. Dejaron un presentimiento de nieve, como suele ocurrir cuando los gansos silvestres se dirigen al Sur. Desde muy lejos, hacia el cielo rojizo, se oían muy difícilmente los aullidos de un lobo de la pradera.

Al norte del camino, a unos cien metros, se extendía paralelamente a aquél el curso de un río pequeño y muy profundo, bordeado de sauces y alisos sin hojas. El riachuelo era ya una pista de hielo. En una de sus orillas se abría una especie de celda, con una sola abertura, como la boca del túnel de una mina. En el interior de la misma se divisaba el rojo resplandor del fuego, que surgía por la abertura como un reflejo o un engaño de la imaginación. Dicha luz procedía de la combustión de cuatro bloques de turba, aún no muy antigua, que despedía muy poco calor, y un humo acre

y denso. Porque los preciosos restos de madera procedente de los viejos postes de la alambrada, en torno a los vacíos refugios debían ser reservados para cuando llegara el verdadero frío, cuando el aliento de un hombre se transforma en un vapor blanquecino, cuando la humedad de su nariz casi se solidifica al salir al aire libre, cuando la cellisca se abate durante días y días, sobre la tierra, en locos remolinos incesantes hasta que, al llegar el alba, al ponerse el cielo de color verdeazulado, el frío se hace terrible, y un hombre no puede vivir más de tres horas sin calor.

En torno a la turba humeante, cuatro hombres se hallaban sentados con las piernas cruzadas. Detrás de ellos, semioculto en las sombras, se distinguía un montón de tierra, con dos mantas sucias y viejas, que contenía el lecho del dueño de la cueva. En un nicho del muro opuesto unos cuantos utensilios de hojalata reflejaban los destellos de la hoguera. El propietario de la cueva estaba empaquetando, con un pedazo de arpillera, cuatro libros de excelente calidad, encuadernados en piel. Lo hacía lenta, amorosamente, atando al final el paquete con un cordel. Los otros tres individuos observaban la operación, como si poseyese un gran significado. Cuando ésta terminó, el hombre tomó la palabra. Era un viejo de larga y espesa barba, de cabello gris, casi blanco. Las sombras de la cueva oscurecían sus cejas y pómulos, y sus ojos y sus mejillas estaban profundamente hundidos. Sus grandes manos, torpes por el frío e hinchadas por el reumatismo, envolvieron los libros penosa, pero gentilmente. Parecía un sacerdote prehistórico ejecutando una ceremonia ritual. Su voz mostraba una profunda y reverente desesperación, mitigada, sin embargo, por un cierto orgullo.

—Cuando comprendí lo que estaba ocurriendo, me dije: “Esto es el fin. No puedo llevarme muchos; bien, cogeré éstos”. Tal vez no fui muy práctico —continuó—. Pero no lo lamento. ¿Qué sabemos de quienes vendrán después de nosotros? Somos los desdichados restos de una raza de tecnócratas enloquecidos. Y he conservado lo que amaba; el alma de lo que era bueno para nosotros; tal vez los que vengan empezarán de otra manera, no flaquearán también cuando sean más listos e inteligentes.

Se levantó con visible dolor y colocó los empaquetados volúmenes en el nicho junto a otros utensilios. Los demás le contemplaron con el mismo respeto.

—Shakespeare, la Biblia, *Moby Dick*, *La Divina Comedia* —enumeró uno de ellos con suavidad—. Podrías haber guardado otros mucho peores, sí, mucho peores.

—Te quedará un poco de alma hasta que mueras —opinó otro, dificultosamente—. Esto es más que cierto. Mi cerebro se está espesando, lo mismo que mis manos —las extendió. Eran unas manos enormes, viejas, arrugadas, con las uñas negras al resplandor del fuego.

—Yo quisiera papel para escribir —añadió—, pero no queda.

El cuarto individuo no dijo nada. Estaba sentado en la sombra, lejos del fuego, y a veces su cuerpo temblaba a consecuencia del frío. Aunque era joven todavía, estaba enfermo y tosía a menudo. La escritura implicaba un futuro mucho mejor del que osaba imaginar.

El viejo volvió a sentarse trabajosamente y alargó una mano, quejándose al hacerlo, para poner en el fuego otro bloque de turba. Con la cabeza inclinada y la vista baja, los tres hombres agradecieron su magnanimidad.

—Gracias, doctor Jenkins, por la lectura —dijo el que había nombrado los libros.

Todos parecían estar esperando algo. El doctor Jenkins lo comprendió, pero no era fácil para él. En otro momento hubiera guardado silencio, pero las frases de *La Tempestad*, que acababa de leer, y la religiosa atención de sus compañeros, daba un matiz inusitado a la ocasión.

—¿Queréis oír el fonógrafo? —rezongó.

Los dos individuos de mediana edad continuaron mirando fijamente al fuego, incapaces de formular la enormidad de tal deseo.

El joven, sin embargo, exclamó ansiosamente, entre dos toses reprimidas:

—¡Oh, sí, por favor! —parecía tan excitado como un chiquillo.

El viejo volvió a levantarse con suma dificultad, y se dirigió al fondo de la cueva. Regresó, dejando sobre el suelo, donde era más brillante el resplandor del fuego, un fonógrafo portátil, muy viejo y estropeado, de color negro. Le pasó una mano por encima, y luego lo abrió. El plato protegido por un fieltro verde quedó al descubierto.

—He estado utilizando espinos como agujas —explicó—; pero esta noche, ya que tenemos un músico entre nosotros —volvió la cabeza hacia el joven, casi invisible en las sombras—, usaré una aguja de acero. Sólo me quedan tres.

Los dos individuos contemplaron al viejo en muda adoración. El de las manos enormes, que deseaba escribir, movió los labios, pero el susurro no fue audible.

—¡Oh, no! —exclamó el joven, como si se sintiese herido—. ¡Los espinos son suficientes!

—No —replicó el viejo—. Estoy acostumbrado a los espinos, pero no son buenos. Para ti, mi joven y dilecto amigo, habrá buena música esta noche. Al fin y al cabo —añadió con generosidad, dando cuerda al fonógrafo, que crujía por todas partes—, no pueden durar siempre.

—No, ni nosotros —afirmó el individuo con ansias de escritor—. Sí, es mejor una aguja.

—Oh, gracias —exclamó el joven—, gracias —repitió con voz baja y excitada, y ahogando luego una tos, en tanto inclinaba la cabeza.

—Pero los discos son otro asunto —agregó el viejo cuando hubo terminado—. Están ya muy gastados. Y eso que solamente los toco una vez por semana. Una, una sola vez por semana, es cuanto me permito. No puedo resistir más de una semana sin oírlos.

—Claro, ¿cómo podría? —asintió el joven—. Y menos teniéndolos aquí.

—Un hombre puede soportarlo todo —aseguró el hombre que deseaba escribir, con su voz dura y belicosa.

—Por favor, música —suplicó el joven.

—Sólo uno —concedió el viejo—. A la larga, lo recordaremos mejor así.

Tenía una docena de discos con lujosos sellos de color rojo y dorado. Incluso con tan exigua luz, los demás pudieron ver que estaban ya muy gastados. El viejo leyó lentamente, los títulos y los nombres de los magníficos y ya fallecidos compositores, los intérpretes, y las orquestas. Los tres recogieron aquellos nombres en sus cerebros, con el mayor cuidado.

Era difícil elegir, entre tanta belleza, el disco que más deseaban recordar. Por fin, el aspirante a escritor, citó *Nueva York*, de Gerhwin.

—¡Oh, no! —gritó el joven enfermo, pero no pudo añadir nada más sofocado por un acceso de tos. Los otros le comprendieron, y el hombre de manos toscas renunció a elegir y aguardó a que hablara el músico.

Éste rogó al doctor Jenkins que leyera de nuevo los títulos, muy lentamente, a fin de ir recordando las notas. Mientras se procedía a la lectura, se recostó contra el muro, entornó los ojos, tirándose de la barba con su mano afilada, y escuchó en la mente, la música y las orquestas.

—Me he olvidado —exclamó con desesperación, al concluir la lectura—. No puedo oír claramente estas composiciones. Pierdo frases musicales.

—Lo sé —asintió el doctor Jenkins—. Yo creía conocer a Shelley de memoria. Hubiera debido traer un libro de Shelley.

—Hay en él más alma de la que podemos utilizar —reconoció el hombre que deseaba escribir—. *Moby Dick* es mejor.

—Sí, esto podemos comprenderlo —afirmó el cuarto individuo.

El doctor asintió.

—Sin embargo —añadió el admirador de los libros—, necesitamos lo absoluto si queremos continuar enraizados en algo.

—¿En algo? Sólo en estos palos, en esta turba, y en las liebres —murmuró el viejo, con amargura.

—Shelley deseaba un final absoluto —observó el cuarto individuo—. Es demasiado. No es bueno, no lo es terrenalmente.

El músico eligió un nocturno de Debussy. Tras una breve meditación los otros dieron su aprobación a la pieza. Se incorporaron sobre las rodillas para contemplar cómo el doctor ponía el disco, con lo que todos parecían estar en actitud de orar. La turba resplandecía, dejando entrever la delgadez de sus barbudos rostros y sus profundas arrugas, revelando asimismo el estado de sus ropas. Permanecieron arrodillados, mientras el viejo doctor colocaba solícitamente la aguja sobre el disco. El músico se retiró entonces, hasta la pared, con las rodillas en alto y enterró el rostro entre las manos.

Al oírse las primeras notas, los oyentes se sobresaltaron. Se contemplaron mutuamente. Incluso el músico levantó la cabeza con estupefacción, pero volvió a inclinarla, con lentitud, como si padeciese un dolor insoportable en extremo. Todos escuchaban profundamente, sin hacer ningún movimiento. Las notas, húmedas, verdeazuladas, iban surgiendo del viejo aparato, como deleitosas presencias

individuales en la cueva. Luego se convirtieron en una súbita marea de insoportable y bellísima disonancia y los cuatro oyentes continuaron gozando plenamente del flujo y reflujo de aquella marea, las disonancias, las resoluciones, los “diminuendos”, y los pequeños silencios entre los acordes. Cada sonido era penetrante y muy dulce. Y en todos los presentes, excepto en el joven músico, surgían recuerdos trágicos. El músico sólo oía las notas. Al final, en los últimos y susurrados acordes, moviéndose con lentitud, para que los otros no pudieran oírle ni mirarle, echó la cabeza hacia atrás en agonía, como arrastrada por una mano asida a su cabello, y se llevó una mano a la boca. Permaneció así, mientras los demás guardaban silencio, hasta que por fin comenzaron a respirar con normalidad. Las piernas del músico temblaban violentamente.

El doctor Jenkins levantó la aguja, con viveza, para que no se gastase, para no romper, el encanto de las últimas notas con el chirrido del disco. Una vez inmóvil el plato, dejó cortésmente abierto el fonógrafo, junto al fuego, bien a la vista.

Los otros, sin embargo, comprendieron. El músico se levantó por fin, con brusquedad, y se dirigió a la puerta sin decir nada. Los otros se detuvieron en el umbral y le dieron las gracias al viejo doctor en voz baja. El doctor inclinó la cabeza en un mudo saludo.

—Volved dentro de una semana —les invitó—. Escucharemos *Nueva York*.

Cuando todos hubieron salido en dirección al desolado camino, se quedó en el umbral, escudriñando el paisaje mientras escuchaba. Al principio, no oyó más que el resonante murmullo del viento en lo alto, y luego, muy lejos, en la pradera barrida por el huracán, los lamentos del lobo. Por entre las nubes divisó cuatro estrellas. Le impresionó observar que una de ellas se apagase en aquel momento oculta por una nube. En aquel momento percibió también el sonido de una tos, rápidamente reprimida. No estaba cerca, sin embargo. Creyó que sonaba por entre los pálidos alisos, y le pareció ver una sombra que allí se movía.

Con nerviosas manos abatió el pedazo de lona que hacía las veces de puerta, y la clavó en tierra. Luego, rápida y calladamente, echando furtivas ojeadas al exterior, de vez en cuando, metió los discos en una caja, la cerró, y llevó el fonógrafo a su jergón. Allí, deteniéndose con frecuencia para mirar la lona y escuchar, apartó tierra del muro, dejando al descubierto un pedazo de madera. Detrás había un nicho, en cuyo interior escondió el fonógrafo. Tras un instante de reflexión, cogió el paquete de libros, para meterlo también allí. Acto seguido, volvió a tapar el nicho cuidadosamente con la tierra y la madera. Luego cambió las mantas, y el saco lleno de hierba que le servía de almohada, a fin de tenderse frente a la entrada.

Por último, colocando dos bloques más de turba en el fuego, permaneció largo tiempo contemplando la lona de la puerta, hasta que se convenció de que sus movimientos se debían exclusivamente a las ráfagas del viento que soplaban en el exterior. Rezó y se metió bajo las mantas, cerrando sus enrojecidos ojos. Al otro lado de la cama, junto a la pared, pudo palpar con la mano un consolador pedazo de

tubería de plomo.

EL EXAMEN

Richard Matheson

En la noche anterior al examen, Less ayudaba a estudiar a su padre en el comedor. Jim y Tommy dormían ya en el piso de arriba, y en la sala de estar, Terry cosía con rostro inexpresivo, mientras la aguja se movía con perfecto ritmo.

Tom Parker se hallaba sentado rígidamente, con el tronco erguido apoyando sobre la mesa sus delgadas manos entrelazadas, en las que se destacaba el relieve azulado de las venas. Sus ojos de color azul pálido se clavaban con intensidad en los labios de su hijo como si de aquella forma pudiese entenderle mejor.

Tenía 80 años y este era su cuarto examen.

—Está bien —dijo Less, mirando hacia el impreso que les había entregado el doctor Trask—. Repite las siguientes sucesiones de números.

—Sucesión de números... —murmuró Tom, intentando asimilar lo que escuchaba.

Pero las palabras ya no se asimilaban fácil... ni rápidamente. Parecían posarse sobre los tejidos de su cerebro como perezosos, lentos insectos carnívoros... Repitió de memoria una vez más las palabras... “Sucesión de... sucesión de números”..., sí, eso era. A continuación miró a su hijo y esperó.

—¿Bien...? —interrogó impaciente tras una larga pausa de silencio.

—Papá..., ya te he dado la primera —explicó Less.

—Bueno... —murmuró el padre tratando de hallar las palabras adecuadas—. Por favor, dame la... ten la bondad de... de...

Less exhaló un suspiro de profundo aburrimiento y repitió:

—Ocho, cinco, once, seis.

Los viejos labios temblaron. La oxidada maquinaria de la mente de Tom comenzó a funcionar lentamente.

—Ocho... cin... cinco...

Los ojos claros del anciano parpadearon lentamente.

—Once... se... seis... —terminó Tom, casi sin respiración.

Después irguió el cuerpo con orgullo.

“Sí —pensó—, muy bueno... muy bueno”. No conseguiría confundirle al día siguiente; lograría derrotar a sus criminales leyes. Apretó los labios y crispó ambas manos sobre el blanco mantel.

—¿Cómo...? —preguntó entonces, mirando fija e irritadamente a Less que acababa de decirle algo—. ¡Habla más alto...! ¡Más alto!

—Acabo de darte otra sucesión —replicó Less con calma—. Bien..., la leeré otra vez.

Tom se inclinó hacia adelante, forzando el oído.

—Nueve, dos, dieciséis, siete, tres —repitió Less.

Tom aclaró la garganta con un esfuerzo.

—Habla más despacio —rogó a su hijo.

No había captado bien los números. ¿Cómo era posible que aquella gente esperase que alguien retuviera tan ridícula sarta de números?

—¿Cómo... cómo? —preguntó Tom nuevamente y un tanto encolerizado, cuando Less leyó los números otra vez.

—Papá, el examinador leerá las preguntas con mucha más rapidez que yo. Tienes que...

—Estoy enterado de eso... —le interrumpió Tom con rigidez—, perfectamente enterado. Y permíteme recordarte..., esto no es un examen. Es un estudio... estamos estudiando. Es una estupidez tener que estudiar todo esto... todo el examen...

Tom parecía encolerizado, y miraba a su hijo con gesto de enfado a la vez que se indignaba consigo mismo porque las palabras parecían huir de su mente.

Less se encogió de hombros y leyó de nuevo el impreso.

—Nueve, dos, dieciséis, siete, tres —recitó lentamente.

—Nueve, dos, seis, siete...

—Dieciséis, siete..., papá.

—Eso dije.

—Has dicho seis, siete, papá.

—¿Acaso crees que no sé lo que dije?

Less cerró los ojos durante un momento.

—Está bien, papá —murmuró.

—Bueno..., ¿vas a leerlo otra vez o no? —preguntó Tom con voz chillona.

Less volvió a leer los números; mientras escuchaba a su padre tartamudear la sucesión, dirigió su mirada a la sala de estar, hacia Terry.

Seguía allí sentada, impassible, cosiendo. Había apagado la radio y Less comprendió que ella estaba también escuchando los errores del anciano al repetir las sucesiones de números.

“Está bien —se dijo Less como si estuviera hablando con ella—. Está bien, sé que está muy viejo y totalmente inútil. ¿Quieres que se lo diga cara a cara y le clave así un cuchillo por la espalda? Tú y yo sabemos que no pasará el examen. Por lo tanto permíteme esta pequeña comedia. Mañana se habrá cumplido la sentencia. No hagas que la pronuncie yo esta noche y mate el viejo de un disgusto.”

—Creo que esto está bastante correcto...

Less oyó la calmosa voz de su padre y miró su rostro flaco surcado por mil arrugas.

—Sí, creo que está bien —murmuró con precipitación.

Less lamentó su lamentable traición cuando los labios de su padre esbozaron una ligera sonrisa. “Le estoy engañando”, pensó.

—Pasemos a otra cosa —oyó decir a su padre.

Less examinó rápidamente la hoja que tenía delante. “¿Qué sería fácil para el viejo?”, pensó, despreciándose a sí mismo ante tal idea.

—Vamos, Leslie —dijo el padre con tono débil—. No podemos perder tiempo.

Tom vio cómo su hijo examinaba otras hojas que tenía ante sí, y crispó los puños. Su vida se hallaría en peligro al día siguiente, y su hijo examinaba tan tranquilo aquellos impresos de examen como si al día siguiente no fuese a suceder nada importante.

—Vamos..., vamos... —murmuró con impaciencia.

Less tomó un lápiz al que había atado un fino cordel y trazó sobre una hoja de papel un círculo de media pulgada de diámetro.

—Tienes que sostener la punta del lápiz sobre el círculo durante tres minutos —explicó.

De pronto temió haber elegido una prueba difícil. Había visto más de una vez cómo temblaban las manos de su padre al tratar de abrocharse los botones de su ropa, o al intentar correr alguna cremallera.

Tragando saliva nerviosamente, Less tomó de encima de la mesa un cronómetro, hizo una señal a su padre y lo puso en marcha.

Tom hizo un esfuerzo para respirar profundamente cuando se inclinó sobre el papel y sostuvo el lápiz sobre el círculo. Less se fijó cómo su padre se apoyaba sobre un codo..., algo que no se le permitiría hacer durante el examen..., pero no dijo nada.

Permaneció inmóvil en su asiento mirando a Tom. El anciano palidecía poco a poco. Less observaba claramente cómo se destacaban en sus pálidas mejillas las finísimas líneas trazadas por los vasos sanguíneos. Luego estudió aquella piel seca, arrugada, un tanto oscura, cuyas manchas evidenciaban un mal funcionamiento del hígado. “Ochenta años de edad —pensó—. ¿Cómo se sentirá un hombre a los ochenta años?”

Una vez más Less miró a Terry. Durante un instante la mirada de la mujer se cruzó con la suya. Pero ninguno de los dos sonrió ni hicieron ningún gesto. Luego, Terry bajó sus ojos, clavándolos de nuevo en su labor.

—Creo que ya han pasado los tres minutos —dijo Tom con voz tensa.

Less consultó el cronómetro.

—Minuto y medio, papá —respondió, mientras se preguntaba si no debía haber mentido nuevamente.

—Bien..., entonces procura no apartar tus ojos del reloj —murmuró Tom con temblorosa voz, a la vez que el extremo del lápiz oscilaba totalmente fuera del círculo—. Se supone que esto es un examen..., no una... una... diversión.

Less miró la punta del lápiz que temblaba ostensiblemente, y tuvo la impresión de que todo aquello era inútil, y que nada podría hacerse para salvar la vida de su padre.

“Al menos —pensó—, los exámenes no los hacemos nosotros... los hijos e hijas que hemos votado en favor de la ley.” Por lo menos no tendría que estampar aquel

negro sello con la calificación “INCORRECTO” en el examen de su padre ni pronunciar la sentencia.

El lápiz osciló de nuevo sobre el borde del círculo y se apartó de él al mover Tom ligeramente el brazo sobre la mesa, movimiento que le descalificaría automáticamente en aquella prueba.

—¡Ese reloj funciona mal..., demasiado despacio...! —exclamó Tom, súbitamente enfurecido.

Less contuvo la respiración y consultó una vez más el reloj. Dos minutos y medio.

—Tres minutos —dijo, deteniendo el cronómetro.

Tom dejó caer el lápiz sobre la mesa con un ademán de irritación.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Ahí lo tienes...! Otra prueba estúpida que no demuestra nada, absolutamente nada de nada.

—¿Quieres probar alguna otra cosa, papá?

—¿Están ahí las otras pruebas del examen? —preguntó Tom con tono de sospecha, examinando por sí mismo los impresos.

—Sí —mintió Less sabiendo que su padre tenía la vista demasiado débil para ver algo, aunque siempre se negó a admitir el uso de gafas—. ¡Oh..., espera un momento! —añadió Less con viveza—. Hay otra prueba antes de eso..., te pedirán que digas la hora.

—Otra prueba estúpida —murmuró Tom—. ¿Qué es lo que...?

Se inclinó sobre la mesa y tomó el reloj para examinarlo, añadiendo:

—Las diez y cuarto.

Sin pensarlo dos veces Less repuso:

—¡Si son las once y cuarto, papá!

Durante un momento el anciano permaneció inmóvil como si hubiera recibido una bofetada. Luego volvió a tomar el reloj y lo examinó, avanzando ambos labios, y Less tuvo la impresión de que Tom iba a insistir en que eran las diez y cuarto.

—Bien, eso es lo que quería decir —dijo Tom repentinamente—. Me has entendido mal. Desde luego que son las once y cuarto. Cualquiera estúpido podría verlo. Las once y cuarto. Este reloj no es nada bueno. Los números están demasiado cerca unos de otros. Debes prescindir de él..., verás...

Tom introdujo una mano en el bolsillo de su chaleco y extrajo de él su propio reloj de oro.

—He aquí un verdadero reloj —dijo con orgullo—. ¡Marca la hora exacta desde hace... sesenta años! Éste sí que es un reloj... y no ése...

Y tras pronunciar estas últimas palabras arrojó sobre la mesa el reloj de Less. El cristal se quebró en mil pedazos.

—Mira eso —dijo Tom rápidamente, tratando de ocultar su embarazo—. Ya ves..., es un reloj que no soporta el más pequeño golpe.

Evitó la mirada que le dirigía Less, observando su propio reloj. Apretó con fuerza

los labios al abrir la tapa posterior, y ver el retrato de Mary; una Mary que tendría unos treinta años, muy rubia y encantadora.

A Dios gracias ella no tenía que pasar por examen de ninguna clase, pensó..., al menos se había evitado tal cosa. A Tom jamás se le había ocurrido pensar que la muerte accidental de Mary, sobrevenida a los cincuenta y siete años de edad, hubiese sido un hecho afortunado, pero aquello había ocurrido antes de instaurarse los exámenes.

Cerró el reloj y lo dejó sobre la mesa, al mismo tiempo que decía:

—Déjame ese reloj esta noche..., me preocuparé de que mañana le pongan un buen cristal.

—Está bien, papá..., sí, tienes razón, es un reloj viejo.

—Así es..., así es —murmuró Tom—. Déjamelos y haré que le pongan un buen cristal, un cristal que no se rompa fácilmente. Sí, déjamelos...

Tom respondió luego a preguntas de orden monetario, y después a otras como, por ejemplo: “¿Cuántas monedas de veinticinco centavos hay en un billete de cinco dólares?” y “Si resto treinta y seis centavos de un dólar, ¿qué cambio me queda?”

Casi todas ellas eran formuladas por escrito, y Less permaneció todo el tiempo sentado frente a su padre, controlando el tiempo que tardaba en contestarlas. La casa estaba sumida en el silencio. Todo parecía normal y corriente..., los dos hombres allí sentados, y Terry cosiendo en la sala de estar.

Y esto era precisamente lo terrible.

La vida seguía como siempre. Nadie hablaba de morir. El Gobierno enviaba cartas, se efectuaban los exámenes, y aquellos que fracasaban recibían la orden de presentarse en el centro gubernamental para que les administraran las inyecciones. La ley funcionaba como una máquina perfecta, el índice de mortalidad era normal, y se ponía freno al problema del aumento de población..., todo llevado a cabo oficialmente, de forma impersonal, fría, sin un lamento ni una lágrima.

Pero eran personas queridas las que morían.

—No vale la pena de que pierdas el tiempo observando ese cronómetro —dijo Tom—. Puedo resolver estas preguntas sin tu ayuda... y sin que mires tan fijamente ese maldito reloj.

—Papá, los examinadores harán lo que yo hago ahora.

—Los examinadores son eso..., examinadores —replicó Tom con enfado—. Pero tú no lo eres.

—Papá, estoy intentado ayudarte...

—Bien, entonces ayúdame..., ayúdame de verdad. No te quedes ahí sentado contemplando ese reloj.

—Eres tú quien ha de examinarse y no yo —contestó Less, sintiendo que la ira enrojecía sus mejillas—. Y si tú...

—Sí..., mi examen... ¡mi examen, sí! —replicó Tom súbitamente enfurecido—. Todos os habéis preocupado, ¿verdad? ¡Todos os habéis preocupado...!

Las palabras le fallaron otra vez, y en su cerebro se acumularon una serie de furiosos pensamientos.

—No tienes por qué gritar, papá.

—¡No estoy gritando!

—¡Papá..., los niños están durmiendo! —exclamó Terry desde la sala de estar.

—¡No me importa que...! —gritó Tom.

Se detuvo y se recostó en la silla. Soltó el lápiz que sostenía sus dedos, que rodó sobre el mantel de la mesa.

—¿Quieres continuar, papá? —interrogó Less conteniendo su nerviosa cólera.

—No pido mucho —murmuró Tom para sí—. No pido mucho a la vida.

—Papá..., ¿continuamos?

Tom se irguió y replicó lentamente, con tono de herido orgullo:

—Si para ti no es perder el tiempo..., si no consideras que pierdes tu tiempo...

Less examinó una vez más los impresos, que en aquel momento sostenía con dedos crispados. ¿Preguntas de tipo psicológico? No, no podía hacérselas. ¿Cómo iba a preguntar a su anciano padre lo que opinaba sobre el sexo, a aquel padre de ochenta años para quien la observación más inocente era “obscena”?

—Bien... —murmuró Tom en actitud de espera.

—Parece que no queda nada más —dijo Less—. Hace casi cuatro horas que estamos trabajando.

—¿Y esas hojas que tienes en la mano?

—Casi todas ellas se refieren... a la cuestión física, papá.

Vio cómo los labios de su padre se crispaban y durante un momento temió que Tom fuera a insistir, pero todo cuanto el anciano dijo fue:

—Un buen amigo..., un maravilloso amigo.

Less se detuvo. No valía la pena de hablar más sobre aquello. Tom sabía perfectamente que el doctor Trask no podría firmar un certificado de buenas condiciones físicas, como hizo ya en los tres exámenes anteriores.

Less también sabía lo atemorizado y ofendido que se sentiría Tom, cuando tuviera que desvestirse y permanecer enteramente desnudo ante los médicos, que lo examinarían y le harían preguntas ofensivas. Tampoco ignoraba Less el miedo que Tom sentía al ser observado por un orificio mientras se vestía, para anotar en un gráfico el tiempo que empleaba en vestirse y cómo lo hacía. Sin contar el hecho de que, al comer en la cafetería del Gobierno, durante el descanso concedido en el largo día del examen, unos ojos le contemplarían de nuevo, atentos, si dejaba caer el tenedor o la cuchara, tropezaba con el vaso de agua o se ensuciaba la camisa con alguna gota de grasa.

—Te pedirán que firmes y escribas después tu dirección —explicó Less, con el deseo de que su padre olvidase el examen físico, pues sabía lo orgulloso que se sentía Tom de su caligrafía.

Simulando obrar de mala gana, el anciano recogió el lápiz y se puso a escribir.

“Les engañaré”, pensó, mientras el lápiz se movía sobre el papel con fuerza y seguridad.

“Míster Thomas Parker —escribió—. 2.719, Brighton Street, Blairtown, New York.”

—Y la fecha... —añadió Less.

El anciano escribió: “17 de enero de 2003”. Después sintió que algo muy frío se movía en su interior.

Al día siguiente era el examen.

Yacían en el lecho uno al lado del otro, pero sin dormir. Apenas habían hablado al desnudarse, y cuando Less se inclinó para darle un beso y las buenas noches, ella murmuró algo inaudible para él.

En aquel momento se volvió de costado, exhalando un profundo suspiro y, en la semioscuridad de la habitación, la miró. Ella abrió los ojos para mirarle a su vez.

—¿Dormido? —preguntó ella suavemente.

—No.

Less no dijo nada más. Esperó a que hablase ella. Pero al cabo de unos momentos Less dijo:

—Creo que esto es... el final.

Sus últimas palabras fueron muy débiles porque no le gustaban. Sonaban ridículamente melodramáticas.

Terry nada dijo. Luego, como si pensara en voz alta, murmuró:

—¿Crees que existe alguna posibilidad de...?

Less tensó todos los músculos de su cuerpo, porque sabía lo que ella le estaba preguntando.

—No —respondió—. Jamás superará la prueba.

Oyó cómo Terry tragaba saliva. “No me lo digas —pensó desesperadamente—. No me digas que durante quince años he estado diciendo lo mismo. Lo dije porque sabía que era cierto.”

Súbitamente deseó haber firmado años antes la Demanda de Eliminación. Los dos necesitaban desesperadamente verse libres de Tom, por el bien de sus hijos y de sí mismos. Pero ¿cómo se explicaba aquella necesidad con palabras, sin sentir la impresión de cometer un crimen? No se podía decir: “Espero que el viejo fracase. Espero que le maten pronto”. Y, sin embargo, todo cuanto se pudiera decir con otras palabras no era más que un eufemismo, un hipócrita sucedáneo de aquellas palabras..., porque aquellas palabras eran las que expresaban exactamente lo que se sentía.

Terminología médica, pensó..., gráficos de cosechas insuficientes, bajos niveles de vida, hambre, y nivel de salud deficiente...; habían empleado todas aquellas palabras para apoyar la promulgación de la ley. Mentiras..., mentiras sin ninguna

base. Se había promulgado la ley porque querían quedarse solos, porque deseaban vivir sus propias vidas.

—Less..., ¿y si pasa el examen? —insistió Terry.

Less notó que sus manos se crispaban inconscientemente sobre el colchón.

—¿Less...?

—No lo sé, cariño —respondió al fin.

Su voz sonaba firme en la oscuridad, la voz de Terry parecía hallarse al borde de la crisis.

—Tienes que saberlo —dijo.

Less movió inquieto la cabeza sobre la almohada.

—Cariño, déjalo ya, por favor —rogó.

—Less, si pasa el examen... serán cinco años más. *Cinco años más*, Less, ¿te das cuenta?

—El viejo no puede pasar este examen, cariño.

—Pero... ¿y si le aprueban?

—Terry, se equivocó en las tres cuartas partes de las preguntas. Yo mismo se las hice. Casi no oye, su vista es deficiente, su corazón está muy débil, y padece artritis...

Less se detuvo y con un puño golpeó con desesperación la cama al añadir:

—Ni siquiera pasará el examen físico...

Less se estaba odiando a sí mismo por asegurar a Terry que Tom ya estaba condenado.

Si al menos pudiese olvidar el pasado y considerar a su padre como lo que era en aquel momento..., un anciano inútil y agotado que estaba arruinando sus vidas. Pero era muy difícil olvidar cuánto había amado y respetado a su padre, olvidar los buenos ratos pasados con él en el campo, las excursiones de pesca, las largas conversaciones nocturnas, muchas cosas que él y su padre habían compartido.

Aquél era y había sido el motivo por el cual nunca había tenido ánimos para afirmar la petición. Bastaba con llenar un impreso, algo mucho más sencillo que aguardar los exámenes quinquenales. Pero eso hubiera significado firmar la sentencia de muerte de su padre. Pudo solicitar al Gobierno que dispusiera del viejo como si se tratara de un desperdicio.

Pero ahora su padre tenía ochenta años, y, pese a haber recibido una educación basada en sólidos principios morales y cristianos, tanto él como Terry temían que el viejo Tom lograra aprobar el examen y seguir viviendo con ellos otros cinco años más..., otros cinco años gruñendo por toda la casa, contraviniendo las instrucciones dadas a los niños, rompiendo cosas, deseando ayudar sin ser más que un estorbo, y haciendo de la vida una continua guerra de nervios.

—Será mejor que duermas —murmuró Terry más tarde.

Less lo intentó, pero no pudo conseguirlo. Permaneció inmóvil en la oscuridad, mirando hacia el oscuro techo de la habitación, e intentando hallar una respuesta sin

resultado.

El despertador sonó a las seis. Less no tenía que levantarse hasta las ocho, pero deseaba ver a su padre. Abandonó el lecho y se vistió silenciosamente para no despertar a Terry.

Pero Terry despertó y le miró desde la almohada. Tras una pausa se apoyó sobre un codo, mirándole aún con gesto soñoliento.

—Me levantaré y te prepararé el desayuno —dijo.

—No te preocupes —replicó Less—. Puedes quedarte en cama.

—¿No quieres que me levante?

—No te molestes, cariño..., quiero que descanses.

Terry se tendió y se volvió hacia el otro lado para que Less no viese su cara. No sabía el motivo, pero había empezado a llorar en silencio; ignoraba si era porque no quería que Less viese a su padre, o porque en aquel momento se acordó del examen. Pero no podía dejar de llorar. Todo cuanto pudo hacer fue permanecer en extrema tensión hasta que se cerró la puerta del dormitorio.

Entonces temblaron sus hombros, y un fuerte sollozo quebró la barrera que ella misma había alzado.

La puerta de la habitación de su padre estaba abierta al acercarse Less. Miró hacia el interior y vio a Tom sentado en el borde de la cama, inclinado hacia delante, atándose los cordones de los zapatos. Vio cómo los sarmentosos dedos trataban de hacer el lazo.

—¿Todo va bien, papá? —preguntó Less.

El hombre le miró muy sorprendido.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó.

—Pensé en desayunar contigo —dijo Less.

Durante un momento ambos se miraron en silencio. Luego, su padre volvió a inclinarse sobre los zapatos.

—Eso no es necesario —murmuró el anciano.

—Bien, de todas formas habrá que desayunar algo —dijo Less volviéndose para que su padre no pudiera discutir.

—¡Oh...!

Less se volvió.

—Confío en que no olvides ese reloj —dijo Tom—. Lo llevaré hoy a la joyería para que le pongan un cristal decente..., un cristal que no se rompa con facilidad.

—Papá, ese reloj es muy viejo —replicó Less—. No vale ni cinco centavos.

Tom asintió lentamente con un movimiento de cabeza, alzando una mano y haciendo con ella un gesto como si tratara de evitar toda posible discusión.

—De todas formas —insistió—, trataré de...

—Está bien, papá, está bien. Lo dejaré sobre la mesa de la cocina.

Tom se incorporó y miró a Less durante un momento sin que en sus ojos se reflejara expresión alguna. Luego, como si obedeciese a un segundo pensamiento, volvió a inclinarse sobre sus zapatos.

Less contempló los grises cabellos del anciano y advirtió que sus dedos temblaban más que nunca. Después se volvió.

El reloj seguía sobre la mesa del comedor. Less lo recogió para dejarlo sobre la mesa de la cocina. Pensó que quizá el viejo estuvo pensando en el reloj durante toda la noche. De lo contrario no le hubiese hablado de él tan pronto.

Puso agua en la cafetera y oprimió los botones que correspondían a dos raciones de huevos con tocino. Luego se sirvió dos vasos de jugo de naranja y tomó asiento ante la mesa.

Un cuarto de hora después entró su padre en la cocina, con su traje azul oscuro, los zapatos cuidadosamente pulidos, las uñas arregladas y los cabellos bien peinados. Parecía mucho más viejo cuando se acercó hasta la cafetera de cristal y la miró.

—Siéntate, papá —dijo Less—, te serviré yo.

—No soy un inútil —replicó Tom—. Quédate donde estás.

Less sonrió y dijo:

—He preparado huevos con tocino.

—No tengo apetito —replicó Tom.

—Necesitas desayunar bien, papá.

—Jamás he desayunado fuerte —contestó Tom secamente sin apartar los ojos de la cafetera—. No creas..., no es bueno para el estómago.

Less cerró los ojos durante un momento y en sus facciones se reflejó una terrible desesperación. “¿Para qué me habré molestado en madrugar? —se preguntó—. Lo único que hacemos siempre es discutir.”

“No.” Less tensó todos los músculos de su cuerpo. Tenía que mostrarse alegre aun a costa de un enorme esfuerzo.

—¿Dormiste bien, papá? —preguntó.

—Desde luego que dormí bien —respondió su padre—. Siempre duermo bien. Muy bien. ¿Acaso crees que no dormiría por culpa de un...?

El anciano se detuvo y se volvió mirando a Less con ademán acusador.

—¿Dónde está ese reloj? —preguntó.

Less lanzó un hondo suspiro y alzó el reloj que había dejado antes sobre la mesa. Su padre avanzó trabajosamente sobre el linóleo, tomó el reloj con una mano y lo contempló durante un instante, avanzando ambos labios con gesto despreciativo.

—Un trabajo vulgar... —contestó en voz baja—. Muy vulgar...

Guardó el reloj en uno de los bolsillos de su chaqueta, añadiendo tras una ligera pausa:

—Te conseguiré un cristal decente..., uno que no se rompa.

Less asintió con un movimiento de cabeza y respondió:

—Eso será magnífico, papá.

El café ya estaba hecho y Tom sirvió dos tazas. Less abandonó su asiento y apagó la parrilla automática. Tampoco él en aquellos momentos tenía el más mínimo apetito, pensó.

Luego se sentó frente al ceñudo padre y bebió café, agradeciendo el reconfortante calor que se deslizaba por su garganta. El café tenía un sabor horrible, pero Less sabía que aquella mañana los mejores manjares del mundo tendrían el mismo sabor amargo para él.

—¿A qué hora tienes que estar allí, papá? —preguntó, para romper el silencio.

—A las nueve en punto —respondió Tom.

—¿No quieres que te lleve en el coche?

—No, no..., nada de eso —dijo Tom como si estuviese hablando con una criatura—. Iré en metro. Me lleva hasta allí con suficiente tiempo.

—Está bien, papá —asintió Less, contemplando el café que restaba aún en su taza.

Debía decir algo, pensó, pero nada se le ocurría. Entre ambos reinó el silencio durante unos largos minutos, mientras Tom bebía su café a sorbos lentos y metódicos.

Less humedeció los labios con la punta de la lengua, ocultando su pánico tras la taza. Charlamos de coches y de metros, pensó..., cuando el viejo podía ser sentenciado a muerte aquel mismo día.

Lamentó haberse levantado. Hubiese sido mejor despertarse por la mañana y descubrir que su padre se había ido ya. Deseaba que todo sucediera de aquel modo... “permanentemente”. Siempre había deseado despertar una mañana y hallar vacío el dormitorio de su padre..., no ver sus trajes, sus zapatos oscuros, sus ropas de trabajo, sus pañuelos, sus ligas, sus tirantes, sus calcetines, el equipo de afeitarse..., todas aquellas mudas pruebas de una vida que había desaparecido.

Pero no ocurriría así. Una vez fracasara Tom en el examen, pasarían unas semanas antes de que se recibiera la citación, y luego otra semana o dos antes de la notificación que fijaba la fecha. Un lento y espantoso proceso de cesión de efectos personales, de comidas y cenas en común, de charlas nerviosas un día y otro día, hasta el viaje en coche hasta el centro gubernamental, y luego el silencioso ascensor hasta...

¡Santo Dios!

Less se dio cuenta de que estaba temblando sin remedio, y por un momento temió echarse a llorar.

Luego alzó la cabeza, con gesto de asombro, cuando su padre se puso en pie.

—Tengo que irme —anunció Tom.

Los ojos de Less se fijaron en el reloj de pared.

—No son más que las siete menos cuarto —dijo en tensión—. No necesitas tanto tiempo para ir a...

—Me gusta llegar antes de la hora —replicó Tom con firmeza.

—Pero, por Dios, papá, sólo se tarda una hora en llegar a la ciudad... —insistió

Less con una doloroso nudo en el estómago.

Su padre movió la cabeza negativamente, hasta que Less comprendió que no le había oído.

—Es temprano, papá —dijo Less, alzando más la voz temblorosa.

—Aun así —cortó su padre.

—No has comido nada, papá.

—Jamás he desayunado fuerte..., no es bueno para el...

Less no escuchó el resto..., porque las palabras de su padre eran las mismas de siempre, una repetición de las frases que expresaban todos los hábitos de una larga vida, que los desayunos fuertes no eran buenos para el estómago, etc., etc. ¿Cuántas veces le habría oído decir lo mismo? Less sintió de pronto que le invadía el terror, la tentación de abrazar al viejo y decirle que no se preocupara por el examen porque no importaba..., que ellos le querían y que siempre cuidarían de él.

Pero no pudo hacerlo. Permaneció sentado mirando al viejo, abrumado por una sensación de temor que le inmovilizaba. Ni siquiera pudo hablar cuando su padre se volvió en el umbral de la cocina, diciendo con las últimas fuerzas que le quedaban:

—Te veré esta noche, Less.

La puerta se cerró, levantando una ligerísima bocanada de aire que, tras tocar las mejillas de Less, avanzó glacialmente hasta su corazón.

Se puso en pie de un salto con un gruñido de sorpresa y atravesó el pavimento de linóleo de la cocina. Al llegar al umbral, vio que su padre había llegado casi hasta la puerta de la calle.

—¡Papá...!

Tom se detuvo y miró hacia atrás, sorprendido, al mismo tiempo que Less atravesaba el comedor contando mentalmente sus pasos..., uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Se detuvo ante su padre y, con un enorme esfuerzo, esbozó una sonrisa.

—Buena suerte, papá —dijo—. Te... te veré esta noche.

Había estado a punto de decir. “Estaré ansioso por ti...”, pero no lo hizo.

Tom asintió con un ligero movimiento de cabeza, sólo una vez, un movimiento cortés como el de un caballero que es presentado a otro.

—Gracias —respondió, volviéndose nuevamente.

Cuando la puerta se cerró, fue como si, de repente, se hubiera convertido en un obstáculo impenetrable que su padre jamás podría franquear.

Less se acercó hasta la ventana y vio cómo el anciano recorría lentamente el sendero, para luego girar a la izquierda en dirección a la acera. Observó cómo penetraba en la calle, alzando el busto, echando hacia atrás los hombros, con paso ligero bajo la luz gris de la mañana.

Al principio Less creyó que estaba lloviendo. Pero luego se dio cuenta de que la brillante humedad que nublaba sus ojos no procedía de la ventana.

No pudo ir a trabajar. Telefonó diciendo que estaba enfermo y no se movió de casa. Terry llevó los niños a la escuela. Luego desayunaron juntos y Less ayudó a Terry a retirar los platos de la mesa y a colocarlos en el fregadero. Terry no hizo el menor comentario al ver que Less permanecía en casa. Fingió que era normal que Less se quedara en casa un día de trabajo.

Less pasó la mañana y las primeras horas de la tarde en el taller del garaje, entretenido en siete trabajos distintos, que no tardaba en abandonar.

Alrededor de las cinco Less entró en la cocina para tomar una jarra de cerveza mientras Terry preparaba la cena. No dijo nada a su esposa. Luego comenzó a pasear por la sala, acercándose de vez en cuando hasta la ventana.

—Me pregunto dónde se habrá metido —comentó Less al volver a la cocina.

—Regresará pronto —respondió Terry.

Less frunció el ceño creyendo captar una nota de disgusto en la voz de su mujer. Dio un profundo suspiro y relajó los músculos de su cuerpo, seguro de que la imaginación le estaba jugando una mala pasada.

Cuando se vistió, después de ducharse, eran las cinco y cuarenta minutos. Los niños estaban en casa. Todos tomaron asiento ante la mesa. Less advirtió que Terry había puesto un plato en el lugar que siempre ocupaba Tom, y se preguntó si su esposa no hacía aquello para consolarle.

No pudo comer nada. Se entretuvo cortando la carne en trozos cada vez más pequeños y en mezclar mantequilla con las patatas cocidas, pero no probó un solo bocado.

—¿Qué dices? —preguntó cuando Jim le habló.

—Papá, si el abuelo no pasa el examen, aún le queda un mes, ¿verdad?

Less miró a su hijo mayor mientras los músculos de su estómago se tensaban. “Aún le queda un mes, ¿verdad...?”, las últimas palabras de Jim se repetían en su cerebro con mil ecos diferentes.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Mi libro de Derecho Cívico dice que los viejos aún disponen de un mes de vida después de suspender el examen, ¿no es así?

—No, ni hablar —terció Tommy—. La abuela de Harry Senker recibió su carta al cabo de dos semanas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jim a su hermano de nueve años—. ¿Viste tú esa carta?

—Ya está bien... —exclamó Less.

—¡No tuve que verla! —gritó Tommy—. Terry me dijo que...

—¡Basta!

Los dos chicos contemplaron el pálido rostro de su padre.

—No tenemos por qué hablar de eso —murmuró Less tras una pausa.

—Pero...

—¡Jimmy! —advirtió Terry con severidad.

El niño miró a su madre y devolvió su intención a la cena. Reinó el silencio.

“La muerte de su abuelo significa muy poco para ellos... —pensó Less amargamente—, no significa nada en absoluto.” Tragó saliva e hizo un esfuerzo para relajar la tensión de su cuerpo. “Bien, ¿y por qué había de significar algo para ellos? —se dijo a sí mismo—: aún no les ha llegado el momento de las preocupaciones. ¿Por qué obligarles a que las tengan ahora? Ya llegarán más pronto de lo que suponen.”

A las seis y diez minutos se abrió la puerta principal, para luego cerrarse. Less se puso en pie con tal precipitación que volcó un vaso vacío.

—Less..., ¡por favor! —exclamó Terry.

Comprendió al instante que la mujer tenía razón. A su padre no le habría gustado nada verle salir corriendo de la cocina para hacerle preguntas.

Se dejó caer de nuevo en la silla, con la mirada fija en la cena que apenas había tocado, mientras su corazón latía apresuradamente. Al tomar de nuevo el tenedor, con dedos crispados, oyó cómo el anciano cruzaba el comedor y subía las escaleras. Miró a Terry, que tragó saliva.

Less no pudo comer ni un solo bocado. Permaneció sentado respirando pesadamente. Oyó cómo en el piso de arriba se cerraba la puerta de la habitación de su padre.

Cuando Terry puso un pastel sobre la mesa, Less salió con una excusa.

Se hallaba ya al pie de las escaleras cuando se abrió la puerta de la cocina.

—Less... —oyó decir a su esposa con tono imperativo.

Guardó silencio hasta que Terry se aproximó a él.

—¿No es mejor que le dejemos solo? —preguntó la mujer.

—Pero, cariño, yo...

—Less, si hubiese aprobado el examen habría entrado en la cocina para decírnoslo.

—Cariño, papá no puede saber si...

—Lo sabría muy bien de haber aprobado. Así fue las dos últimas veces, ¿no te acuerdas? Si hubiese aprobado...

La voz de Terry se quebró y la mujer tembló ligeramente al ver la forma en que su marido la miraba. En el opresivo silencio resonó la lluvia contra los cristales de las ventanas.

Los dos se miraron durante un largo instante. Luego Less dijo:

—Voy arriba...

—Less... —murmuró Terry.

—No diré nada que pueda molestarle..., procuraré...

Una vez más se miraron en silencio. Luego Less se volvió y comenzó a subir los escalones. Terry le dejó ir. En las facciones de la mujer se reflejaba una expresión vacía, de absoluta desesperanza.

Less se quedó inmóvil durante un minuto ante la puerta cerrada, armándose de

valor. “No le molestaré —se dijo a sí mismo—. No, no le molestaré.”

Llamó suavemente, preguntándose en aquella fracción de segundo si estaría cometiendo o no una equivocación. Quizá hubiese sido mejor dejar solo al anciano, pensó con amargura.

Escuchó un movimiento en la cama, seguido del sonido ahogado de los pies de su padre que tocaban el suelo.

Less contuvo la respiración.

—Soy yo, papá —dijo.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Puedo verte?

Hubo un silencio prolongado.

—Bueno... —murmuró el anciano.

Oyó cómo su padre se levantaba, sus pasos que se acercaban. Después notó un rumor de papeles y el golpe seco de un cajón al cerrarse.

La puerta se abrió al fin.

Tom vestía su vieja bata roja. Se había descalzado y puesto las zapatillas de casa.

—¿Puedo entrar, papá? —preguntó Less.

Tras un instante de duda, respondió:

—Entra.

Pero no era una auténtica invitación. Era como si hubiese dicho: “Ésta es tu casa..., no puedo impedir que entres aquí”.

Less estuvo a punto de retirarse, pero no pudo hacerlo. Entró en el cuarto y permaneció inmóvil en el centro, esperando.

—Siéntate —dijo Tom.

Less obedeció y tomó asiento en la silla de recto respaldo sobre la que Tom colgaba sus ropas al acostarse. Su padre esperó a que se sentara para dejarse caer sobre el lecho con un gruñido ininteligible.

Durante largo tiempo se miraron mutuamente, sin hablar, como dos extraños que esperasen a que uno de ellos iniciara la conversación. ¿Cómo había ido el examen? Less escuchó las palabras que se repetían en su mente. ¿Cómo había ido el examen? Pero no podía pronunciarlas. ¿Cómo había ido el...?

—Supongo que deseas saber... qué sucedió —murmuró al fin Tom, dominándose visiblemente.

—Sí —replicó Less—. Yo...

Se detuvo y volvió a repetir:

—Sí.

El anciano clavó los ojos en el suelo durante un momento. Luego alzó la cabeza de pronto y miró a su hijo con aire de reto.

—*No me presenté* —dijo.

Less tuvo la impresión de que le abandonaban las fuerzas. Continuó inmóvil en la silla, mirando a su padre.

—No tenía intención de presentarme —explicó el viejo apresuradamente—. No me agradaba lo más mínimo pasar por todas esas pruebas estúpidas. Reconocimiento físico, mental, cuadros, dibujos en un encerado... ¡Sabe Dios qué más! No, no tenía la menor intención de presentarme.

El anciano se detuvo y miró a su hijo con ojos en los que reflejaba la cólera, como desafiando a Less a que le dijese que había cometido una equivocación.

Pero Less no pudo decir nada.

Pasaron unos minutos. Less tragó saliva hasta que logró articular unas palabras.

—¿Qué... piensas hacer? —preguntó.

—Eso no importa..., no tiene ninguna importancia —respondió el padre, como si agradeciese aquellas palabras—. No te preocupes por tu padre. Sé cuidar de mí mismo.

Y, de repente, Less oyó cómo el cajón de la mesita se cerraba nuevamente, luego el rumor de una bolsa de papel. Sintió la tentación de mirar hacia la mesita y comprobar si la bolsa de papel aún continuaba allí. Al cabo de unos segundos sintió que el cuello le dolía por el esfuerzo de no mirar hacia atrás.

—Bien..., bien... —murmuró.

—Eso ahora ya no tiene importancia —repitió Tom, con tono casi suave—. No es problema del que tengas que preocuparte. No..., no es tu problema.

“¡Sí que lo es!” Less oyó aquellas palabras que gritaba su mente. Pero no surgieron de su garganta. Había algo en el anciano que le detenía. Una especie de fuerza inexplicable, una tremenda dignidad que él no debía herir.

—Ahora me gustaría descansar —oyó decir a Tom.

Ante las palabras del anciano, Less tuvo la impresión de que alguien le había golpeado violentamente en el estómago. Me gustaría descansar..., me gustaría descansar... Aquellas palabras se repitieron en su mente al mismo tiempo que se ponía en pie. Descansar..., descansar...

Se encontró súbitamente en el umbral desde donde se volvió para mirar a su padre. “Adiós”. Pero la despedida tampoco la pronunciaron sus labios.

Su padre sonrió entonces y dijo:

—Buenas noches, Less.

—Papá...

Sintió la mano del anciano que tomaba la suya. Era una mano fuerte, firme, segura, que parecía consolarle. Luego sintió también aquella misma mano que se apoyaba en uno de sus hombros.

—Buenas noches, hijo —murmuró Tom.

En aquel instante se hallaban los dos muy cerca uno del otro. Less vio, por encima del hombro del anciano, la arrugada bolsa de la farmacia en un rincón del cuarto, como si hubiese sido arrojada allí para que nadie la viese.

Segundos más tarde, Less se hallaba inmóvil en el vestíbulo, abrumado por el terror, al oír correrse el cerrojo de la habitación. Comprendió que aun cuando su

padre no cerrara la habitación, nunca se atrevería a entrar allí de nuevo...

Durante largo tiempo estuvo contemplando la cerrada puerta, temblando sin poder evitarlo. Luego se volvió.

Terry le estaba esperando al pie de las escaleras, con el rostro muy pálido. Al llegar Less junto a ella, comprendió su muda pregunta.

—No..., no se presentó —fue todo cuanto dijo.

Terry movió los labios para emitir un ininteligible sonido.

—Pero... —murmuró.

—Estuvo en la farmacia —añadió Less—. Yo... he visto la bolsa en un rincón de su cuarto. Papá la arrojó allí para que yo no la viese, pero... la vi.

Durante un instante pareció que Terry trataba de lanzarse escaleras arriba, pero no fue más que un movimiento instintivo.

—Debió enseñar al farmacéutico la carta sobre el examen —murmuró Less—. Y... le dieron... las tabletas. Como lo hacen todos.

Permanecieron en pie, silenciosamente, en el comedor, mientras la lluvia azotaba los cristales de las ventanas.

—¿Qué haremos? —preguntó Terry con voz casi inaudible.

—Nada —respondió Less.

Tragó saliva y repitió casi sin darse cuenta:

—Nada...

Caminó de modo mecánico hacia la cocina y sintió cómo un brazo de Terry le ceñía desesperadamente por la cintura, hablándole de un profundo amor que en aquel momento no podía expresar con palabras.

Durante el resto de la tarde estuvieron sentados en la cocina. Después de acostar a los niños Terry regresó a la cocina para tomar un poco de café y charlar con Less en voz baja.

Hacia medianoche abandonaron la cocina. Pero antes de subir la escalera, Less se detuvo ante la mesa del comedor y encontró allí su reloj con un nuevo cristal. Ni siquiera se atrevió a tocarlo.

Subieron y pasaron por delante de la puerta de Tom. En el interior de la habitación no se oía el menor ruido. Después se desnudaron y se metieron en cama. Terry colocó, el despertador como solía hacerlo todas las noches y al cabo de un par de horas pudieron conciliar el sueño.

Durante toda la noche reinó el silencio en la habitación del anciano. Y al día siguiente continuó reinando el mismo silencio.

MULTIVAC

Isaac Asimov

La mayor industria de la Tierra giraba alrededor de Multivac... Multivac, el computador gigante que se había ido desarrollando durante cincuenta años, hasta abarcar con sus diversas ramificaciones Washington D. C., sus suburbios y, más tarde, rodear con sus tentáculos todas las ciudades y poblaciones de la Tierra.

Un ejército de funcionarios civiles le alimentaban constantemente con datos, mientras que otro correlacionaba e interpretaba las respuestas obtenidas. Un cuerpo de ingenieros patrullaba por su interior, y toda una organización de minas y factorías se esforzaba en mantener la reserva de sus piezas de repuesto siempre completa, siempre segura, siempre satisfactoria.

Multivac dirigía la economía de la Tierra y prestaba ayuda a su ciencia. Y su aspecto más importante era el edificio central, archivo de todos los hechos conocidos sobre cada habitante terrestre.

Formaba parte de los deberes diarios de Multivac la recepción de los cuatro mil millones de series de hechos sobre los seres humanos, las cuales llenaban sus entrañas y eran seleccionadas para el día siguiente. Cada departamento de Corrección de la Tierra recibía los datos concernientes a su zona de jurisdicción; este cuerpo de informaciones quedaba en su totalidad registrado en la Junta Central de Correcciones, en Washington D. C.

Bernard Gulliman se hallaba en la cuarta semana de su mandato de un año como presidente de la Junta Central de Correcciones, cargo en el que había aprendido aceptar los informes matutinos con indiferencia, sin miedo o asombro. Como de costumbre, éstos consistían en un grueso paquete de hojas; nadie esperaba que leyese todo aquello (ningún ser humano habría podido hacerlo). Pero aun así le resultaba divertido echarles una ojeada.

Allí estaba la acostumbrada lista de delitos previsibles: fraudes de toda clase, raterías, motines, revueltas, asesinatos, envenenamientos, etc.

Buscó un epígrafe concreto y sintió una ligera sorpresa al hallarlo de inmediato, y por partida doble. Dos asesinatos en primer grado. Durante su mandato como presidente nunca había visto dos casos en un solo día.

Oprimió el botón de comunicación interior y esperó a que apareciese en la pequeña pantalla el apacible rostro de su coordinador.

—Alí —pidió Gulliman—. Hoy tenemos dos casos de primer grado. ¿Algún problema que se salga de lo corriente?

—No, señor.

Parecía inquieto aquel rostro de piel oscura en el que brillaban unos ojos muy

negros. Tras una ligera pausa, el coordinador añadió:

—Ambos casos tienen una probabilidad muy baja.

—Lo sé —replicó Gulliman—. He observado que ninguna de las probabilidades excede de un quince por ciento. Pero es preciso mantener la reputación de Multivac. Ha hecho desaparecer prácticamente el crimen, lo que la población atribuye a su previsión de asesinatos en primer grado, que constituyen, por supuesto, los crímenes más espectaculares.

Alí Othman asintió con un movimiento de cabeza y respondió:

—Sí, señor, me doy perfecta cuenta de ello.

—Espero que también se dé usted cuenta de que no quiero que surja un solo caso consumado de este género durante mi mandato. De cometerse otra clase de delito, puedo aceptar disculpas. Pero si se da un asesinato en primer grado le arrancaré a usted el pellejo. ¿Está claro?

—Sí, señor. Los análisis completos de los dos posibles asesinatos ya se hallan en sus correspondientes oficinas de distrito. Están también bajo observación los presuntos criminales y sus víctimas. He vuelto a comprobar las posibilidades de consumación y de hecho están disminuyendo.

—Muy bien —respondió Gulliman, cortando la comunicación.

Volvió a examinar la lista con la sensación de que quizá se había excedido con su coordinador. Pero debía mostrar completa firmeza con todos los funcionarios del servicio permanente, para que no imaginasen que lo dirigían todo, incluso al presidente; en particular con Othman, que trabajaba en Multivac desde muy joven, y que, a veces, mostraba un aire de propietario capaz de crispar los nervios.

El problema del delito constituía para Gulliman la oportunidad política de toda su vida. Hasta entonces ningún presidente había disfrutado de su mandato sin que en algún punto de la Tierra se cometiese un asesinato. El presidente anterior había terminado su mandato con ocho crímenes, tres más que los habidos durante el régimen de su predecesor.

Gulliman pretendía que no se diese ninguno mientras ocupara la presidencia. Había decidido ser el primer presidente bajo cuyo gobierno no se cometiese asesinato alguno en la Tierra. Después de esto, con la favorable propaganda que seguiría...

Apenas estudió el resto del informe. Calculó que había por lo menos dos mil casos de posibles palizas de maridos a sus esposas. Indudablemente no todas se consumirían. La incidencia estaba disminuyendo y las consumaciones descendían con rapidez aún mayor.

Multivac había añadido a su lista de posibles delitos las palizas que sufrían las esposas; sólo hacía cinco años de ello y el hombre de la calle aún no se había acostumbrado al pensamiento de que golpear a su mujer constituía una falta que llegaría a conocerse por anticipado. Cuando fuera así, las esposas ya no sufrirían más que algunos golpes, que pronto dejarían de recibir.

Gulliman observó también que en la lista figuraban algunas palizas a maridos.

Alí Othman cerró las conexiones y miró a la pequeña pantalla, donde acababa de desaparecer la calva cabeza de Gulliman. Luego se dirigió a su ayudante Rafe Leemy y preguntó:

—¿Qué hacemos?

—No me preguntes. Está muy preocupado... y total por uno o dos estúpidos asesinatos.

—Es un mal asunto tener que llevar todo esto por nuestra cuenta. Si se lo decimos, estoy seguro de que sufrirá un ataque de ira espantoso. Estos políticos tienen que pensar en su pellejo, de manera que sería muy capaz de empeorar nuestra situación.

Leemy asintió con un movimiento de cabeza y se mordió el labio inferior. Luego comentó:

—La cuestión es... ¿y si fallamos? Sería algo parecido al fin del mundo..., ya lo sabes.

—Si fallamos, ¿a quién le importa lo que nos pueda suceder? Formamos parte de la catástrofe general...

Se detuvo para añadir luego con tono más optimista:

—Pero, ¡qué diablos!, la probabilidad sólo es de un 12,3 por ciento. Por lo demás, a excepción del asesinato, podemos permitir que las probabilidades aumenten un poco antes de emprender la iniciativa. Todavía podría producirse una corrección espontánea.

—Yo no contaría con ella —cortó Leemy secamente.

—Tampoco yo trato de hacerlo. No hago más que señalar un hecho. Ante esta probabilidad sugiero que nos limitemos por ahora a observar. Nadie podría planear por sí solo un delito como éste; tiene que haber cómplices.

—Multivac no descubrió ninguno.

—Lo sé..., pero aún así...

Los dos hombres estudiaron entonces los detalles del crimen, no incluidos en la lista entregada a Gulliman; el único delito peor que un asesinato en primer grado, y el único delito jamás intentado antes en toda la historia de Multivac. No sabían qué hacer.

Ben Manners se consideraba el muchacho de dieciséis años más feliz de Baltimore. Quizá esto no fuese cierto, pero sí lo eran su felicidad y emoción.

Le habían elegido para formar parte del grupo autorizado a presenciar en el estadio la jura de los jóvenes adultos. Su hermano mayor, de dieciocho años, iba a prestar juramento, por lo que sus padres habían solicitado una entrada de espectador, permitiendo a Ben que también lo hiciese. Pero de todos los solicitantes Multivac eligió al chico.

Dos años más tarde Ben tendría que prestar juramento, pero entonces resultaba agradable contemplar cómo lo hacía su hermano mayor Michael.

Sus padres le habían vestido (o al menos supervisado el atuendo) con el mayor cuidado, como representante de la familia, entregándole numerosos mensajes para Michael, quien días antes había partido para someterse al examen físico y neurológico.

El estadio se hallaba en las afueras de la ciudad. Ben, que no cabía en sí de orgullo, fue conducido hacia su asiento. Debajo de él se hallaban cientos y cientos de muchachos de dieciocho años de edad (los varones a la derecha y las hembras a la izquierda), todos ellos del segundo distrito de Baltimore. Varias veces al año se celebraban en todo el mundo reuniones similares, pero aquélla era la de Baltimore, es decir, la más importante. Más abajo (en algún lugar) estaría Mike, el propio hermano de Ben.

Ben contempló aquel mar de cabezas con la ilusoria esperanza de reconocer a su hermano. No lo logró por supuesto. Un hombre subió a una elevada plataforma que se alzaba frente a la multitud y Ben prestó atención.

El hombre, dijo:

—Buenas tardes..., buenas tardes a todos cuantos vais a jurar y también a los invitados. Me llamo Randolph T. Hoch, y soy el encargado de las ceremonias de Baltimore este año. Quienes van a prestar juramento ya me conocen personalmente por haberse entrevistado conmigo durante las pruebas físicas y neurológicas del examen. La mayor parte de nuestra labor ya está cumplida, pero aún queda la más importante. Los que van a prestar juramento, sus personalidades, tienen que ingresar en los registros de Multivac.

”Cada año esto requiere una explicación para los jóvenes que han alcanzado la edad adulta...

El hombre se detuvo y se volvió hacia la multitud de jóvenes, apartando así su mirada de la galería, y continuó:

—...Hasta ahora no erais adultos..., o al menos no lo erais para Multivac, excepto quienes fuisteis designados como tales por vuestros padres o por el Gobierno.

”Hasta ahora, hasta este momento en que es preciso iniciar la información anual, fueron vuestros padres los que proporcionaban los datos necesarios sobre todos vosotros. Pero repito que ha llegado el momento en el que os encargaréis vosotros mismos de hacerlo. Y esto constituye un gran honor, una gran responsabilidad. Vuestros padres nos han dicho lo que estudiabais, qué enfermedades habéis padecido y cuáles son vuestros hábitos; muchas cosas. Pero ahora vosotros debéis decirnos mucho más; vuestros pensamientos más íntimos, vuestros deseos más secretos.

”Esto, al principio, será un poco duro de cumplir, e incluso os resultará violento, pero *es preciso* hacerlo. En cuanto lo hagáis, Multivac poseerá en sus archivos un completo análisis de todos vosotros. Multivac comprenderá vuestros actos y reacciones. Incluso podrá adivinar con bastante exactitud vuestras acciones y

reacciones futuras.

”De esta forma, Multivac os protegerá. Si os halláis en peligro de accidente, Multivac lo sabrá. Si alguien proyecta haceros daño, también lo descubrirá. Y si sois vosotros los que proyectáis hacer daño, Multivac os denunciará y seréis detenidos a tiempo para evitaros el castigo.

”Con estos conocimientos acerca de todos vosotros, Multivac podrá ayudar a la Tierra en la planificación de su economía y sus leyes para el bien de todos. Si tenéis algún problema personal, podréis exponerlo a Multivac, que os ayudará eficazmente en su resolución.

”Ahora tenéis que rellenar muchos impresos. Pensad cuidadosamente y responded a todas las preguntas con la mayor exactitud posible. Que no os coarte la vergüenza o la precaución. Nadie conocerá en ningún momento vuestras respuestas excepto Multivac, a no ser que se haga necesario revelarlas para vuestra protección. En tal caso, sólo ciertos funcionarios del Gobierno serán autorizados para ello.

”Puede ocurrir que en determinado momento tratéis de ocultar un poco la verdad, pero no lo hagáis. Porque lo descubriremos. El conjunto de todas vuestras respuestas forman un modelo. Si algunas de ellas son falsas, no encajarán en él y Multivac inmediatamente lo acusará. Por ello debéis decir la verdad en todo instante.

Todo se efectuó en escaso tiempo. La respuesta a los impresos, las ceremonias y los discursos. Por la tarde, a última hora, alzándose de puntillas, Ben, por fin, localizó a Michael, que aún vestía la toga que había usado en el “desfile de los adultos”. Los dos hermanos se saludaron con júbilo.

Compartieron una cena ligera, para luego tomar el transporte especial que les llevaría a casa, todavía alegres y satisfechos por la grandeza de aquel día.

No estaban preparados para la terrible sorpresa que les aguardaba. Ambos fueron detenidos en su camino por un joven uniformado, de rostro frío, que vigilaba la entrada principal de la casa; inspeccionó sus documentos antes de permitirles acceso a su propio hogar. Hallaron a sus padres sentados en la sala de estar, con una expresión de tragedia en sus rostros.

Joseph Manners, súbitamente envejecido desde aquella mañana, miró con ojos llenos de tristeza a sus hijos (uno de ellos aún sostenía sobre un brazo la toga indicativa de su condición de adulto), y suspiró:

—Parece ser que me encuentro bajo arresto domiciliario.

Bernard Gulliman no leyó todo el informe. Se limitó al resumen final, e hizo bien.

Al parecer, toda una generación se había desarrollado acostumbrada al hecho de que Multivac pudiese predecir la comisión de delitos de importancia. Todo el mundo sabía, pues, que los agentes de Correcciones se hallarían en el lugar preciso antes de que el delito se pudiera cometer. Y todo el mundo también sabía que la comisión de un delito conducía inevitablemente a su castigo. Gradualmente se fueron

convenciendo de que nadie podía engañar a Multivac.

El lógico resultado fue que hasta la simple intención de cometer un delito desapareció. Y a medida que tales intenciones disminuían y aumentaba la capacidad de Multivac, sólo figuraba en la lista de cada mañana la probabilidad de delitos menores.

Según esto, Gulliman había ordenado un análisis (realizado por Multivac, naturalmente) sobre la capacidad de Multivac para predecir las probabilidades de incidencia de las enfermedades. Los médicos podrían entonces prepararse de antemano para atender a todos aquellos pacientes que podrían padecer diabetes un año más tarde, sufrir un ataque de tuberculosis o ser víctimas del cáncer.

¡Y el informe era favorable!

Al llegar a la lista de los posibles delitos del día, no figuraba en ella ni un solo asesinato en primer grado.

—Othman, ¿qué relación guardan los delitos de la semana pasada, con los de mi primera como presidente?

Habían descendido en un 8 por ciento y Gulliman se sentía feliz. No era culpa suya, por supuesto, si los electores no llegaban a enterarse. Bendijo su suerte por llegar al cargo en el momento más oportuno, cuando Multivac funcionaba a pleno rendimiento, cuando hasta las enfermedades podían sujetarse también a una exacta previsión.

Gulliman también obtendría beneficio de ello.

Othman se encogió de hombros.

—Bien, se siente feliz —declaró.

—¿Cuándo hacemos estallar la bomba? —preguntó Leemy—. Al poner a Manners bajo observación, aumentaron las probabilidades, y su arresto las ha hecho aumentar aún más.

—¿Acaso no lo sé? —replicó Othman malhumorado—. Lo que ignoro es el motivo.

—Cómplices..., tal vez sea como dices. Si Manners se halla en dificultades, los otros tienen que dar el golpe en seguida o estarán perdidos.

—Quizá sea todo lo contrario. Habiendo detenido a uno, los demás buscarán la seguridad y desaparecerán. Además, ¿por qué no ha mencionado Multivac a los cómplices?

—Bien..., entonces, ¿se lo decimos a Gulliman?

—No, todavía no. La probabilidad es aún de 17,3 por ciento. Dejemos que aumente un poco más.

Elizabeth Manners rogó a su hijo más joven:

—Retírate a tu cuarto, Ben.

—Pero... ¿qué sucede, mamá? —interrogó Ben con voz quebrada ante aquel final de un día glorioso.

—¡Por favor!

El muchacho se marchó de mala gana, atravesando el umbral de la puerta hasta las escaleras, que subió ostentosamente. Luego volvió a descender sin hacer el menor ruido.

Mike Manners, el hijo mayor, recién declarado adulto y esperanza de la familia, preguntó con un tono de voz que parecía eco de la de su hermano:

—¿Qué ha pasado?

Joe Manners respondió:

—Pongo al cielo por testigo, hijo, que no lo sé. Yo no he hecho nada.

—Ya sé que no has hecho nada —dijo Mike, mirando asombrado a su padre—. Si han venido aquí es porque *piensas* hacer algo.

—No es cierto.

La señora Manners les interrumpió indignada:

—¿Cómo puede pensar en hacer algo... que sea causa de todo esto?

Y al pronunciar estas palabras hizo un gesto con un brazo, señalando hacia los agentes del Gobierno que rodeaban la casa. Después añadió:

—Cuando era niña, recuerdo al padre de una amiga mía..., trabajaba en un Banco, y una vez le llamaron para decirle que no tocara el dinero y así lo hizo. Se trataba de cincuenta mil dólares. En realidad no los había cogido, pero pensaba hacerlo. En aquellos días no se guardaba silencio sobre estas cosas como se hace hoy. Las historias de esta clase siempre trascendían. Por eso la llegué a conocer yo.

La señora Manners hizo una breve pausa y prosiguió:

—Me refiero a que se trataba de cincuenta mil dólares...

Se retorció las manos regordetas.

—...¡Cincuenta mil dólares!... Y sin embargo, todo cuanto hicieron fue advertirle..., una simple llamada telefónica. Pero, ¿qué podría planear tu padre para obligarles a enviar una docena de hombres y cerrar la casa?

Joe Manners murmuró con ojos en los que se reflejaba el dolor:

—No he pensado cometer ningún delito... ni el más mínimo. Lo juro.

Mike, consciente de su condición de adulto, dijo:

—Puede que sea algo subconsciente, papá. Algún resentimiento en contra de tu supervisor.

—¿Hasta el extremo de querer matarle? ¡No!

—¿No te han dicho de lo que se trata, papá?

Su madre le interrumpió nuevamente:

—No, no quieren. Ya lo hemos preguntado. Les dije que estaban arruinando nuestra posición social con su sola presencia. Que lo menos que podían hacer era explicarnos lo que ocurría, para hacer algo.

—¿Y no han hecho caso?

—No han hecho el menor caso.

Mike se hallaba en pie con ambas piernas separadas y las manos metidas en los bolsillos. Al cabo de un momento dijo, muy preocupado:

—Mamá..., Multivac no comete errores.

Su padre dio un fuerte puñetazo sobre el brazo del sofá.

—¡Te digo que no estoy proyectando ningún delito!

La puerta se abrió sin que nadie llamara y entró un hombre uniformado con paso firme y lleno de autoridad.

Preguntó:

—¿Es usted Joseph Manners?

El interpelado se puso en pie.

—Sí —contestó—. ¿Qué desean de mí?

—Joseph Manners, le detengo por orden del Gobierno.

Y tras pronunciar estas últimas palabras mostró su tarjeta de funcionario de Correcciones. Luego añadió:

—...Debo rogarle que me acompañe.

—¿Por qué razón? ¿Qué he hecho?

—No estoy autorizado.

—Pero... no se me puede detener por proyectar un delito, aun cuando eso fuera cierto. Tengo que haber *hecho* algo, de lo contrario, no puede usted detenerme. Va en contra de la ley.

El funcionario se mostró impermeable a la lógica.

—Tendrá usted que acompañarme —repitió.

La señora Manners lanzó un grito y se dejó caer sobre el diván, sollozando histéricamente. Joseph Manners no podía violar el código al que se había sujetado toda su vida y resistirse a un funcionario del Gobierno, pero se echó hacia atrás obligando al funcionario de Correcciones a emplear su fuerza para hacerle avanzar.

Y Manners gritó al irse:

—¡Pero dígame de qué se trata! Dígamelo..., si yo lo supiera..., ¿es un asesinato? ¿Se supone que estoy proyectando asesinar a alguien?

La puerta se cerró tras él. Mike Manners, con el rostro muy pálido, miró hacia ella y luego a su madre, que no había dejado de llorar.

Ben Manners, sintiéndose súbitamente adulto, apretó los labios. Creía saber lo que tenía que hacer.

Si Multivac podía detener a las personas, también podía libertarlas. Ben había presenciado las ceremonias aquel mismo día. Había escuchado las palabras de aquel hombre llamado Randolph Hoch sobre Multivac, y sobre las facultades del computador. Podía dirigir el Gobierno, y al mismo tiempo abandonar su estado oficial en ayuda de cualquier ciudadano corriente que lo precisara.

Cualquiera podía solicitar ayuda a Multivac y ese cualquiera sería él. Ni su madre

ni Mike estaban en condiciones de detenerle en aquel momento, y aún le quedaba algún dinero del que le habían entregado para la fiesta de aquel día. Si más tarde le descubrían y se preocupaban por su marcha, no tenía remedio. En aquel preciso momento tenía que ser fiel a su padre.

Salió por la parte trasera de la casa; el funcionario allí apostado examinó sus documentos y le permitió la salida.

Harold Quimby era quien dirigía el departamento de reclamaciones de la subestación de Multivac en Baltimore. Se consideraba a sí mismo miembro de la más importante rama del servicio civil. En cierto modo no le faltaba razón, y todos aquellos que le oían disertar sobre el tema terminaban por impresionarse.

Quimby aseguraba que Multivac era una especie de invasor de la vida privada. La humanidad debía reconocer que en los últimos cincuenta años sus pensamientos e impulsos habían dejado ya de constituir factores secretos, y que, por lo tanto, ya no poseía rincones ocultos donde poder guardar algo. La humanidad tenía que recibir algo a cambio.

Aunque gozara de prosperidad, de paz y de seguridad, todo ello eran cosas abstractas. Cada hombre y cada mujer necesitaban de algo personal a cambio de su intimidad, y lo habían conseguido. Una estación de Multivac se hallaba al alcance de cada ser donde se podían formular consultas libremente sin sufrir controles ni impedimentos de ninguna clase, donde, al cabo de unos minutos, era posible recibir las respuestas adecuadas.

En cualquier momento dado cinco millones de circuitos individuales, entre los miles de millones que poseía Multivac, podían verse implicados en este programa de preguntas y respuestas. La solución no siempre era segura, pero sí la más aproximada posible. Cada consultante lo sabía, y, por lo tanto, tenía fe en ella. Esto era lo importante.

Un ansioso muchacho de dieciséis años se hallaba entonces en aquella cola de personas que avanzaba lentamente, en cuyos rostros se reflejaba la esperanza, la ansiedad, e incluso la angustia..., aun cuando predominaba la esperanza a medida que el interesado se acercaba más y más a Multivac.

Sin alzar la cabeza, Quimby tomó el impreso que le entregaban y dijo:

—Cabina 5-B.

Ben preguntó:

—¿Cómo hago la pregunta, señor?

Quimby alzó la cabeza un tanto sorprendido. Los chicos que no habían jurado su condición de adultos muy rara vez hacían uso del servicio. A su vez, preguntó amablemente:

—¿Has hecho esto alguna vez antes de ahora, hijo?

—No, señor.

Quimby señaló el modelo que se hallaba sobre su mesa.

—Usarás esto..., ¿ves cómo funciona? Exactamente igual que una máquina de escribir. No trates de escribir o imprimir algo a mano. Usa la máquina. Ahora vete a la cabina 5-B y si necesitas algo oprime el botón rojo y alguien acudirá en tu ayuda. Por ese pasillo, hijo..., a la derecha.

Contempló cómo el muchacho se alejaba por el corredor y, al perderlo de vista, sonrió. Nadie era rechazado por Multivac. Siempre existía, como es lógico, porcentaje de trivialidad: personas que hacían preguntas excesivamente personales acerca de sus vecinos o formulaban cuestiones obscenas sobre prominentes personalidades; o colegiales que trataban de averiguar los pensamientos de sus maestros o creían dejar mal a Multivac interrogándola sobre las teorías sociales de Russell, y así sucesivamente.

Multivac podía ocuparse muy bien de todo. Y no necesitaba la menor ayuda para ello.

Por otra parte, cada pregunta y cada respuesta quedaban archivadas, formando otra partida más del conjunto de informes concernientes a cada individuo. Hasta la pregunta más trivial o impertinente, en cuanto reflejaba la personalidad de consultante, servía también a Multivac para conocer mejor a su condición humana.

Quimby concentró su atención a la siguiente persona de la cola, una mujer de edad mediana, delgada y de facciones angulosas, con mirada en la que se reflejaba una gran preocupación.

Alí Othman paseaba por su despacho, hundiendo desesperadamente los talones en la gruesa alfombra.

—La probabilidad sigue ascendiendo. Ahora llega al 22.4 por ciento —dijo—. ¡Maldita sea! Hemos detenido a Joseph Manners y, sin embargo, aumenta la probabilidad.

Alí Othman transpiraba abundantemente.

Leemy le miró desde el lugar donde se hallaba el teléfono.

—No hay confesión todavía. Se encuentra bajo Prueba Psíquica y no hay señales de delito. Quizá esté diciendo la verdad.

Othman dijo:

—Entonces..., ¿es que Multivac sufre un ataque de locura?

Sonó otro teléfono y Othman estableció las conexiones con celeridad, alegrándose de la interrupción. El rostro de un funcionario de Correcciones apareció en la pequeña pantalla, y dijo:

—Señor, ¿hay nuevas instrucciones con respecto a la familia Manners? ¿Se les puede permitir libre tránsito como hasta ahora?

—¿Qué quiere usted decir con eso de como hasta ahora?

—Las instrucciones originales se referían exclusivamente a la detención de

Joseph Manners. Nada se dijo acerca del resto de la familia, señor.

—Bien, pues extienda esas instrucciones al resto de la familia, mientras no se le informe a usted de otra cosa.

—Señor, ésa es la cuestión. La madre y el hijo mayor exigen información sobre el hijo menor. Se ha ido y creen que ha sido detenido también. Desean ir a la central para saber algo sobre él.

Othman frunció el ceño, y preguntó casi en voz baja:

—¿El hijo menor? ¿Qué edad tiene?

—Dieciséis años, señor.

—Dieciséis años y se ha ido. ¿No sabe usted adónde?

—Se le permitió salir de la casa, señor. No había órdenes en contra.

—No se retire del teléfono..., no se mueva de ahí...

Othman dejó el auricular sobre la mesa y luego se llevó ambas manos a la cabeza exclamando:

—¡Imbécil!... ¡Imbécil!... ¡Imbécil!

Leemy dio un respingo de sorpresa.

—¿Qué diablos ocurre...? —preguntó.

—El hombre tiene un hijo de dieciséis años —respondió Othman con excitación—. Un chico de dieciséis años no es un adulto y no tiene archivo independiente en Multivac, sino sólo dentro del expediente de su padre...

Othman se detuvo y miró a Leemy, para añadir a continuación:

—¿No sabe todo el mundo que hasta los dieciocho años de edad un joven no archiva sus propios informes con Multivac, sino que es su padre quien lo hace por él? ¿Acaso no lo sé yo? ¿Acaso lo ignoras tú?

—¿Quieres decir que Multivac no se refirió para nada a Joe Manners? —preguntó Leemy.

—Multivac se refería a su hijo menor, y ha desaparecido. Con un numeroso grupo de funcionarios rodeando la casa el chico sale de ella tranquilamente y sabe Dios por dónde anda ahora.

Othman se volvió de nuevo hasta el circuito telefónico, en cuya pequeña pantalla aún aparecía el rostro del funcionario de Correcciones. Aquel minuto de tiempo había sido pausa suficiente para que Othman se recuperase y asumiera su acostumbrado aspecto de impasibilidad (no hubiese sido conveniente exteriorizar ninguna emoción ante un funcionario de Correcciones). Luego dijo:

—Escúcheme con atención..., localicen al chico desaparecido. Emplee usted todos los hombres que crea conveniente. Incluso todos los del distrito si es necesario. Ya daré las órdenes adecuadas. Debe usted hallar a ese muchacho a toda costa.

—Sí, señor.

Se interrumpió la conexión. Othman dijo acto seguido:

—Calcula de nuevo las probabilidades, Leemy.

Cinco minutos más tarde, Leemy declaró:

—Han descendido a un 19,6 por ciento. Y están disminuyendo.

Othman exhaló un profundo suspiro.

—Bien..., por fin seguimos la buena pista.

Ben Manners se hallaba sentado en el interior de la cabina 5-B e hizo funcionar la máquina con calma.

“Mi nombre es Benjamin Manners, n.º MB-71833412. Mi padre, Joseph Manners, ha sido detenido, pero no sabemos qué clase de delito está planeando. ¿Hay alguna forma de poder ayudarlo?”

Ben esperó. Aunque sólo tuviese dieciséis años, era lo suficientemente mayor para saber que sus palabras llegaban al interior de la más compleja estructura jamás concebida por el hombre; que un trillón de hechos se mezclarían y se coordinarían para formar un total, y que de aquel total Multivac extraería la mejor respuesta.

La máquina emitió un sonido y expulsó una tarjeta. En ella aparecía un largo texto. Comenzaba diciendo:

“Toma el express de Washington D. C. inmediatamente. Apéate en la estación de Connecticut Avenue. Encontrarás una salida especial con un rótulo de «Multivac» y un guardián de servicio. Informa al guardián de que eres un correo especial destinado al doctor Trumbull y te permitirá entrar.

”Luego te encontrarás en un pasillo. Sigue caminando hasta una pequeña puerta con el rótulo de «Interior». Entra y di a los hombres que están allí: «Mensaje para el doctor Trumbull». Te permitirán pasar. Luego continúa...”

La tarjeta continuaba dando instrucciones. Ben no acababa de ver la relación con su pregunta, pero tenía fe absoluta en Multivac. Abandonó la cabina corriendo para tomar el express de Washington.

Los funcionarios de Correcciones siguieron la pista de Ben Manners hasta la estación de Baltimore, una hora después de haberse ido el muchacho. El sorprendido Harold Quimby se sintió terriblemente abrumado por el número e importancia de los hombres que caían sobre él en busca del muchacho.

—Sí, era un chico —dijo—, pero ignoro dónde fue después. Yo no sabía, por supuesto, que se le buscaba. Aquí aceptamos a todo el que llega..., sí, puedo obtener el informe sobre sus preguntas y respuestas.

Al cabo de un rato examinaron el informe y lo televisaron inmediatamente a la Central General.

Othman lo leyó, alzó los ojos al cielo, y casi perdió el conocimiento. Cuando logró recuperarse, dijo débilmente a Leemy:

—Haz que capturen a ese chico. Y que me hagan una copia de la respuesta de Multivac. Ya no queda más remedio..., no hay manera de evitarlo..., es preciso que

vea ahora mismo a Gulliman.

Bernard Gulliman nunca había visto a Alí Othman tan perturbado como entonces. Al contemplar las congestionadas facciones de su coordinador, sintió repentinamente que un sudor frío se deslizaba por su espalda. Luego tartamudeó:

—¿Qué quiere usted decir, Othman? ¿Qué..., qué quiere usted decir con... que es peor que un asesinato?

—Muchísimo peor que un asesinato.

Gulliman estaba muy pálido e insistió:

—¿Se refiere al asesinato de un alto funcionario del Gobierno?

Por su mente acababa de cruzar la idea de que quizá se trataba de su propio asesinato.

Othman asintió con un movimiento de cabeza.

—No un funcionario del gobierno. El propio gobierno oficial.

—¿El *Secretario General*? —preguntó Gulliman con un murmullo de asombro.

—Mucho más que eso... muchísimo más. Se trata de un plan para asesinar a Multivac.

—¡Qué...!

—Por primera vez en la historia de Multivac, el computador informó de que él mismo, se hallaba en peligro.

—¿Por qué no se me informó en seguida?

Othman expresó la verdad a medias:

—El hecho era tan fantástico, señor, que estudiamos la situación detenidamente antes de atrevernos a darle carácter oficial.

—Pero Multivac se salvará..., ¿verdad?

—Las probabilidades de daño han descendido hasta cuatro por ciento. Ahora mismo estoy esperando el informe.

—Mensaje para el doctor Trumbull —dijo Ben Manners al hombre que se hallaba sentado en el alto taburete enfrascado en lo que parecían ser los controles de un cohete estratosférico enormemente ampliado.

—¡Claro, Jim! —dijo el hombre—. Adelante.

Ben estudió sus instrucciones y trató de darse prisa. Encontraría una diminuta palanca de control que debía bajar en el preciso momento en que se encendiese la luz roja de un indicador.

Oyó a su espalda una voz que hablaba agitadamente, y luego otra, y de pronto dos hombres le asieron con fuerza de ambos hombros. Sintió que sus pies abandonaban el suelo.

Uno de los hombres ordenó:

—Ven con nosotros, muchacho.

Las facciones de Alí Othman no se iluminaron ante la noticia, aun cuando Gulliman declaró con tono de alivio:

—Si tenemos al muchacho, Multivac está a salvo.

—Por el momento —respondió Othman, casi en voz baja.

Gulliman se llevó a la frente una temblorosa mano.

—¡Qué media hora hemos pasado! —exclamó—. ¿Puede usted imaginar lo que significaría la destrucción de Multivac, aun por un corto período de tiempo? Hubiese caído el gobierno; la economía habría sufrido un enorme colapso. Habría significado un completo desastre...

Gulliman se detuvo un instante, y alzando la cabeza preguntó de golpe:

—¿Qué quiso usted decir antes con eso de *por el momento*?

—El muchacho... Ben Manners, no tenía intenciones de causar daño. Él y su familia deben quedar en libertad y recibir una compensación por el erróneo perjuicio que han sufrido. El chico no hacía más que seguir las instrucciones de Multivac para ayudar a su padre y eso es todo. Su padre ya estará en libertad ahora.

—¿Quiere usted decir que Multivac ordenó al muchacho que hiciese funcionar una palanca para destruir los circuitos que luego costaría un mes reparar? ¿Acaso insinúa que Multivac sugirió su propia destrucción?

—No lo insinuó, señor, lo afirmo..., y es mucho peor que todo eso. Multivac no sólo dio esas instrucciones; sino que seleccionó a la familia Manners, en primer lugar porque Ben Manners se parece enormemente a uno de los servidores del doctor Trumbull y así podría entrar en Multivac sin que nadie le detuviese.

—No... no lo entiendo..., ¿qué significa eso de que la familia Manners fue seleccionada?

—El muchacho jamás habría acudido a Multivac para hacer preguntas si su padre no hubiera sido arrestado. Y su padre nunca hubiese sido arrestado de no acusársele de planear la destrucción de Multivac. Multivac inició la cadena de acontecimientos que casi condujeron a su destrucción.

—Pero esto no tiene sentido —objetó Gulliman, con tono de súplica.

Se sentía pequeño y desamparado, casi de rodillas ante Othman, el hombre que haba pasado casi toda su vida con Multivac, en demanda de una explicación tranquilizadora.

Pero Othman no lo hizo así. Dijo:

—Éste es el primer intento de Multivac..., al menos que yo sepa..., para eliminarse. En algunos aspectos la cosa estaba bien planeada. Eligió a la familia idónea. No distinguió entre padre e hijo expresamente para así despistarnos. Pero Multivac carece de experiencia en esto juego. O al menos así es todavía. No pudo eludir sus propias instrucciones que condujeron al informe de probabilidades sobre su

destrucción, probabilidades que iban en aumento a medida que nosotros llevábamos a la práctica medidas erróneas. Tampoco pudo rehusar la respuesta que dio al muchacho. Con un poco de práctica seguramente aprenderá a engañarnos. Aprenderá a ocultar ciertos hechos y dejará de registrar otros. De ahora en adelante, cada instrucción que proporcione puede contener el germen de su propia destrucción. Nunca lo sabremos. Y por muchas precauciones que tomemos, será siempre Multivac quien venza al final. Me temo, señor Gulliman, que será usted el último presidente de esta organización.

Gulliman, furioso, pegó un fuerte puñetazo sobre su mesa, y preguntó con desesperación:

—Pero... ¿por qué...? ¿por qué...? ¡Maldita sea...! ¿por qué? ¿Qué le ocurre a Multivac? ¿No puede solucionarse?

—No lo creo —replicó Othman con tranquila desesperanza—. Nunca he pensado en ello antes de ahora..., ni nunca sucedió esto..., pero me parece que hemos llegado al final del camino, porque Multivac es algo demasiado bueno. Multivac se ha desarrollado de forma tan compleja que sus reacciones ya no son las de una máquina, sino más bien las de un ser viviente.

—Usted está loco..., pero aun así... ¿qué...?

—Durante algo más de cincuenta años hemos estado cargando todos los problemas de la humanidad sobre Multivac. Le hemos pedido que cuide de nosotros, en conjunto e individualmente; le hemos pedido que guarde todos nuestros secretos, que absorba nuestro mal y nos guarde de él. Cada uno de nosotros le lleva sus problemas que, en forma de granito de arena, van aumentando su carga. Ahora vamos a cargar también sobre Multivac las enfermedades de la humanidad.

Othman se detuvo un momento, y luego añadió:

—Señor Gulliman, Multivac soporta todas las dificultades del mundo sobre sus hombros y está cansado.

—Eso es una locura..., una solemne locura —murmuró Gulliman.

—Entonces permítame demostrarle algo. Permítame que someta a prueba mi aseveración. ¿Me da usted permiso para usar el circuito Multivac de aquí..., de su despacho?

—¿Para qué?

—Para hacer a Multivac una pregunta que jamás nadie le ha hecho antes.

—¿Le hará usted daño? —preguntó Gulliman alarmado.

—No. Pero nos dirá lo que deseamos saber.

El presidente dudó un momento. Luego dijo:

—Adelante.

Othman usó el instrumento que descansaba sobre la mesa de Gulliman. Sus dedos se movieron sobre la máquina, perforando una tarjeta con la pregunta: “Multivac, ¿qué es lo que deseas más que nada en el mundo?”

El intervalo de tiempo que transcurrió entre la pregunta y la respuesta pareció

alargarse intolerablemente, pero ni Gulliman ni Othman se atrevieron a respirar.

Hubo un suave rumor metálico y la máquina expulsó una tarjeta. Era pequeña. Y sobre ella, con letra muy clara, aparecía la respuesta:

“Deseo morir.”

2/ERA GALÁCTICA

2100-3000

Si la amenaza atómica es eliminada, o si consiguen superarse la catástrofe y sus consecuencias, el progreso humano seguirá su curso. ¿Cuál será éste? Los escudriñadores del futuro lo ven tan variado como diverso es el hombre en sí.

A. E. van Vogt, interesado en nuestra creciente dependencia de las máquinas, en los robots que ya ahora nos rodean y en nuestra tendencia a vivir una existencia casi automática, plantea el problema del dominio de la automatización y lo resuelve con una fórmula que sin duda hubiera complacido a Sigmund Freud.

Otros autores investigan el fenómeno de la progresiva concentración de riqueza y poder en grupos cada vez más restringidos, o se aventuran por los nuevos mundos que la astronáutica pondrá a nuestro alcance, donde algunas de las leyendas de la Tierra son realidad, o donde estas leyendas pueden tener extrañas e incluso hilarantes derivaciones, como la llegada a Ganimedes de Santa Claus.

Es otra era, evidentemente. En ella, el horizonte de la humanidad se ha ensanchado...

EL AUTÓMATA

A. E. van Vogt

El autómata humano se agitó con dificultad en su diminuto y casi invisible avión. Aguzó la vista, escudriñando el cielo que se extendía ante él. De la inmensidad azul surgieron dos llamaradas. E instantáneamente, el avión entró en barrena como alcanzado por un doble golpe.

Al principio fue cayendo lentamente, luego con más rapidez, hacia las líneas enemigas. Cuando se acercó a la Tierra, entró en acción un mecanismo de resistencia. La velocidad de caída se hizo menor. El autómata tuvo tiempo de divisar las ruinas de una vasta ciudad. El aparato fue a caer silenciosamente en el refugio del destruido sótano de lo que fue un edificio.

Transcurrió un instante hasta que comenzó a silbar la radio. Unas voces extrañas para él estaban sosteniendo una conversación.

—¡Bill! —exclamó la primera.

—¡Dispara!

—¿Lo hemos capturado?

—No lo creo. Al menos, no de modo definitivo. Creo que se hallaba bajo control parcial, aunque es difícil asegurarlo, por causa del aparato de seguridad que poseen. Supongo que mi huésped estará por aquí cerca, con el motor estropeado.

—Sí, seguramente está cercado.

—Bien, ya conoces el procedimiento a seguir cuando uno de ellos queda dentro de nuestras líneas. Hay que emplear la sicología. Llamaré al *Buitre*.

—No me cargues a mí ese trabajo. Ya estoy harto de salir a estas líneas. ¡Dáselo a ellos!

—De acuerdo. Avísame la llegada.

—Huuumm... está ahí abajo. ¿Crees que deberíamos ir a cogerle?

—No. Los autómatas que envían hasta aquí son, precisamente, los más inteligentes. Esto significa que no podríamos capturarlo. Sería lo bastante rápido como para usar cualquier arma, y tendríamos que matarlo. ¿Y quién puede querer matar a estos pobres y atormentados esclavos...? ¿Has captado su imagen?

—Sí, estaba escuchando con una expresión muy concentrada en el semblante. Un tipo bien parecido... Es gracioso y terrible pensar cómo empezó todo esto.

—Sí. ¿Cuál será el número de ese tipo?

Hubo una pausa. El autómata se agitó con inquietud. ¿Su número? El noventa y dos, naturalmente. ¿Cuál si no? La voz volvió a dejarse oír.

—Ese pobre chico, no recuerda posiblemente que antes tenía un nombre.

La otra voz contestó:

—¿Quién habría creído cuando fabricaron al primer duplicado humano, que hoy, sólo cincuenta años más tarde, estaríamos luchando por defender nuestras vidas contra personas exactamente iguales a nosotros, si exceptuamos que ellos son eunucos por naturaleza?

El autómata prestaba una vaga atención al diálogo de los dos invisibles interlocutores. De vez en cuando asentía, cuando sus observaciones le recordaban algo que había casi olvidado. Los duplicados humanos recibieron al principio, el nombre de robots. Pero éstos, resentidos por tal denominación, la cambiaron por la de Tobor, o sea, robot al revés. Los Tobors habían demostrado ser grandes científicos, y en los primeros tiempos nadie advirtió la rapidez con que se posesionaban de todos los cargos científicos en todos los lugares de la Tierra. Tampoco se observó inmediatamente que los Tobors estaban llevando a cabo, en secreto, una campaña de duplicación a una tremenda velocidad. El gran golpe para la masa humana tuvo lugar cuando los gobiernos secretamente conducidos por los Tobors, en todos los continentes, dictaron leyes simultáneamente declarando que, a partir de aquel momento, la duplicación sería la única forma de procreación permitida. El sexo se prohibió con una penalidad de multa para la primera transgresión, la cárcel para las siguientes, para los recalcitrantes, en fin, los Tobors inventaron un proceso que convertía a los delincuentes en autómatas.

Una organización de policía especial —que venía ya de antes— se dedicó a administrar la nueva ley. Los oficiales Tobors entraron inmediatamente en acción, y cada día se registraban disturbios callejeros. Ninguno de ambos bandos pensó en llegar a una fórmula de compromiso, por lo que al cabo de dos semanas había estallado la guerra.

—Supongo que ya ha escuchado bastante —finalizó Bill—. Bien, vámonos.

Se oyó una leve carcajada y luego todo quedó en silencio.

El autómata aguardaba, trastornado. Por su mente pasaban vagos recuerdos de un pasado en el que no existió la guerra, y en algún lugar, veía la imagen de una joven y de otro mundo.

Aquellas imágenes irreales se desvanecieron. Y de nuevo no quedó más que aquel extraño avión, que casi se ajustaba metálicamente a su cuerpo. Tenía la necesidad de continuar, de tomar vistas aéreas... ¡Tenía que volver a elevarse!

Sintió el impulso del avión como respuesta a su pensamiento, pero no se produjo ningún movimiento. Durante varios segundos, el autómata permaneció en estado letárgico, y luego volvió a formular la orden de vuelo. Una vez más el aparato se estremeció con esfuerzo, pero no se produjo el despegue.

“Algo debe haber caído sobre el aparato —pensó el autómata lentamente—, y lo mantiene preso. Tengo que salir y quitar lo que sea...”

Luchó por liberarse del metal que le aprisionaba. El sudor resbalaba por sus mejillas, pero al fin logró llegar al exterior, con polvo hasta los tobillos. Como le habían enseñado en caso de tales circunstancias, comprobó su equipo: las armas, las

herramientas, la mascarilla antigás...

Se tendió cuan largo era en el suelo cuando la enorme y oscura nave pasó por el cielo, en vuelo rasante, para aterrizar a varios centenares de metros. Desde su posición supina, el autómata vigilaba, pero no observó la menor señal de movimiento. Extrañado, el autómata se puso en pie. Recordó que uno de los dos invisibles interlocutores había dicho que iba a llamar al *Buitre*.

Estaba claro que le reservaban una estratagema con su fingida marcha. En el casco de la nave se destacaba claramente un nombre: *Buitre 121*.

Su aparición parecía sugerir la inminencia de un ataque. Su boca fuerte y decidida se tensó. Pronto aprenderían que no era bueno combatir contra un esclavo de los Tobors.

Lucharía por los Tobors, moriría por ellos...

La joven observaba en tensión mientras el piloto hacía descender el avión ultraveloz hasta las ruinas de la ciudad donde se hallaba el *Buitre*. La enorme nave era inconfundible. Se elevaba sobre los restos de un muro. Era un inmenso bulto negro contra la uniformidad gris de los cascotes...

Hubo un choque y luego la joven saltó del aparato, asiendo su bolsa. Su tobillo derecho se torció cruelmente dos veces, mientras corría sobre el desnivelado suelo. Sin aliento, ascendió por la estrecha escalerilla.

Se abrió una puerta de acero. Una vez en el interior, la joven miró a su espalda. Se cerraron las puertas, comprendió que se hallaba a salvo.

Se detuvo en seco, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra de aquella estancia de metal. Al cabo de un momento divisó a un grupo de hombres. Uno de ellos, un individuo bajo con gafas y de rostro afilado, se adelantó. Cogió la bolsa de la joven con una mano, y con la otra la asió de la mano, estrechándosela calurosamente.

—Buena chica... señorita Harding, ha sido usted muy puntual. Estoy seguro de que ninguna nave espía de los robots ha podido identificarla durante el medio minuto que ha durado su vuelo, perdóneme —sonrió, disculpándose—. No debía llamarles robots, ¿verdad? Han invertido el nombre. Ahora es Tobors. Lo cual significa un mayor ritmo y, psicológicamente, más satisfacciones para ellos. Bien, ahora ya se ha serenado. A propósito, soy el doctor Claremeyer.

—Doctor —preguntó Juanita Harding—, ¿está seguro de que es él?

—No cabe duda, se trata de su prometido, John Gregson, un químico extraordinario.

Un individuo más joven le interrumpió. Avanzó y cogió la bolsa que sostenía el doctor Claremeyer.

—La patrulla captó la imagen por el nuevo proceso que nosotros sintonizamos con las placas comunicadas. La imagen fue retransmitida al cuartel general y después

a nosotros.

Hizo una pausa, sonriendo con cierto encanto.

—Me llamo Madden. Éste de la cara alargada y fosca es Phillips. Ese otro tipo de pelo alborotado, que se pasea como un elefante, es Rice, nuestro veterano. Y ya conoce al doctor Claremeyer.

—Tenemos un trabajo de mil diablos, señorita —le masculló Rice con voz gruñona—, y disculpe la expresión.

La señorita Harding se quitó el gorro con una mano nerviosa. Las sombras se retiraron de su cara a sus ojos, pero insinuó una sonrisa en sus labios.

—Señor Rice, he vivido con un hombre cuyo apodo era “Ciclón” Harding. Para él, nuestro lenguaje corriente es un enemigo al que ataca con todas las armas de las que dispone. ¿Contesta esto a sus disculpas?

El hombrón sonrió.

—Usted gana. Pero vayamos al grano. Madden, usted que posee un cerebro que piensa en palabras, cuénteles a la señorita la situación.

—De acuerdo —el joven se dispuso a hablar, pero antes esbozó una sonrisa—. Tuvimos la suerte de estar en vuelo bastante cerca cuando nos avisaron que un autómeta había caído con vida. Tan pronto como llegó la identificación, le pedimos al cuartel general del ejército que dispusiera un círculo defensivo con todos los aviones disponibles. Casi desguarnecieron todas las líneas para ayudarnos.

Hizo una pausa y frunció el ceño.

—Tenía que hacerse con todo cuidado, para evitar que los Tobors tuviesen la menor idea de lo que nos proponíamos. Su prometido no puede despegar, creo que no cabe duda. Y no puede ser rescatado, a menos que los Tobors acudan y nos cojan momentáneamente por sorpresa. Nuestro problema consiste ahora en capturarlo vivo.

—Y esto, como es natural —continuó Claremeyer, encogiéndose de hombros—, puede ser fácil o difícil. Por desgracia, hay que actuar con rapidez. Los Tobors no tardarán en advertir esta concentración de fuerzas, después examinarán sus archivos, analizarán al menos una parte de la situación y actuarán en consecuencia. Uno de los aspectos más tristes es que en el pasado hemos sufrido un buen porcentaje de fracasos. Claro, debe usted comprender que nuestra táctica es casi enteramente psicológica, basada en impulsos fundamentalmente humanos.

Con gran paciencia, expuso el método.

—¡Noventa y dos! ¡Sorn te habla!

La voz sonó insistente, fría, en la radio que el autómeta llevaba en la muñeca. El autómeta se estremeció sobre el suelo de cemento del refugio.

—¿Sí, Amo?

Aparentemente, el contacto era lo único que deseaban, ya que el otro contestó:

—¡Vive todavía!

La voz sonó muy apagada esta vez, como si el humanoide se dirigiese a otro ser.

—Normalmente no me habría molestado —repuso otra voz con cierta vacilación—, pero éste es el que destruyó su expediente. Y ahora un *Buitre* intenta salvarle.

—Siempre lo hacen.

—Lo sé, lo sé —el segundo interlocutor parecía impaciente, como si supiese que podía obrar sin reflexión—. Sin embargo, creo que ya le hemos concedido mucho tiempo, más de lo normal. Y se da el hecho de que esta nave está en contacto con el cuartel general mediante una serie de mensajes cifrados. Además, hace poco se ha presentado una mujer.

—Casi siempre emplean mujeres en sus operaciones de rescate —la voz del otro Tobor contenía una nota de desdén, pero sus palabras venían a refutar la argumentación de su oyente.

Esta vez reinaron varios segundos de silencio. Por fin, el que parecía más vacilante volvió a hablar.

—En mi departamento he tenido conciencia de que en nuestras operaciones de hace dos años capturamos a un químico humano que, según se puso de manifiesto, había descubierto un proceso para sexualizar a los Tobors.

El disgusto emotivo era demasiado para él, y a pesar de la sinceridad de sus siguientes palabras, le tembló la voz.

—Por desgracia, lo supimos demasiado tarde como para poder identificar al individuo. Aparentemente, lo habían ya hecho pasar por una entrevista rutinaria, y privado de la mente.

Recuperó el control de sí mismo y continuó con sarcasmo:

—Como es lógico, pudo tratarse de una historia sólo de propaganda, destinada a inquietarnos. Y sin embargo, nuestra Inteligencia informó, entonces, que una atmósfera de depresión y malestar se había apoderado del cuartel general de los humanos. Por lo visto, atacamos una ciudad, capturamos a ese tipo, destruimos su laboratorio y quemamos sus papeles.

Su tono implicaba un encogimiento de hombros.

—Fue uno de tantos centenares de ataques, imposible de identificar. Los prisioneros capturados en tales ataques no se diferencian de los obtenidos por otros sistemas.

Silencio una vez más. Después:

—¿Debo ordenar que lo maten?

—¿Sabes si lleva armas?

Una pausa.

—¿Tienes una detonadora lanzallamas, noventa y dos? —preguntó la voz.

El autómatas humano, que había escuchado la conversación con ojos ausentes, el cerebro absorto, se puso en tensión al oír aquella pregunta a través de la radio de su muñeca.

—Tengo armas manuales —contestó monótonamente.

Una vez más, su interrogador se apartó del micrófono.

—¿Y bien...?

—La acción directa es muy peligrosa —opinó el segundo Tobor—. Ya sabes que se resisten al suicidio. A veces, esta idea les saca de su estado de automatismo. La voluntad de vivir es demasiado fuerte.

—Entonces volvemos a estar como al principio.

—No. Dile específicamente que se defienda de la muerte. Es algo diferente. Es una apelación a su lealtad, a su odio adoctrinado hacia nuestros enemigos, los humanos, y a su patriotismo por la causa Tobor.

Tendido entre los cascotes, el autómatas asintió cuando la firme voz del Amo le dictó sus instrucciones. Naturalmente, hasta la muerte... sí.

Por la radio, Sorn no pareció muy satisfecho.

—Creo que tendremos que forzar las cosas. Habrá que concentrar nuestros proyectos en la zona y averiguar lo que sucede.

—En el pasado siempre han aceptado estas instrucciones.

—Sólo hasta cierto punto. Creo que deberíamos comprobar sus reacciones. Opino que este hombre soportó demasiado durante su cautiverio y ahora se ejercen fuertes presiones sobre él.

—Los seres humanos son muy pérfidos —afirmó el otro—. Algunos sólo ansían volver a su hogar. Éste parece ser un poderoso motivo.

Su objeción había sido retórica. Tras un momento de silencio, levantó la vista y añadió con decisión:

—¡Está bien, atacaremos!

Una hora después del anochecer, un centenar de proyectores estaban iluminados en cada bando. La noche brillaba con sus resplandores.

—¡Caramba! —exclamó, Rice, al entrar en la nave. Su rostro cuadrado estaba rojo por el esfuerzo. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, jadeó—. Señorita Harding, su prometido es un hombre peligroso. Se siente muy feliz y necesita más propaganda.

La joven palideció. Había contemplado el intento de Rice de colocar la pantalla en posición desde la gran ventana enrejada del observatorio.

—¡Tal vez debiera salir ahora! —propuso ella.

—¡Y matarse! —el doctor Claremeyer avanzó, parpadeando tras sus gafas—. No se engañe por mis palabras, señorita Harding. Sé que parece increíble que el hombre a quien usted ama haya cambiado tanto, hasta el extremo de matarla si la viese..., pero tiene que aceptar la realidad. El hecho de que los Tobors hayan decidido combatir por él aún empeora las cosas.

—¡Los muy brutos! —se quejó ella, sollozando—. ¿Y qué van a hacer ahora?

—Más propaganda.

—¿Cree que los oírán por encima del clamor de los proyectores? —la joven estaba asombrada.

—Sabe de qué se trata —afirmó el doctor Claremeyer—. La pauta ya ha quedado establecida. Incluso una sola palabra le recordará todo el proceso.

Unos momentos más tarde, la muchacha escuchaba, mientras los altavoces radiaban su mensaje:

—...Eres un ser humano. Nosotros también somos seres humanos. Fuiste capturado por los robots. Y nosotros queremos rescatarte de entre sus manos. Los robots se hacen llamar Tobors porque suena mejor, pero son robots. No son seres humanos, y tú sí lo eres. Nosotros somos seres humanos y queremos rescatarte. Haz lo que te pidamos. No hagas nada de lo que te digan ellos. Queremos tu bienestar y tu salvación. Nosotros queremos salvarte, sí...

La nave se movió con brusquedad. Un momento después, llegó el comandante del *Buitre*.

—Tengo que dar la orden de despegue. Volveremos al amanecer. Los Tobors deben estar perdiendo equipo a gran velocidad. Para ellos es la lucha por la posesión de una cabeza de puente, pero también resulta un objetivo demasiado importante para nosotros.

Debió pensar que la joven acogería mal la orden de retirada, y entonces le explicó en voz más baja:

—Debemos emplear todas las precauciones posibles para preservar la vida de un esclavo. Ha sido entrenado precisamente para eso. Además, hemos instalado la pantalla y la imagen se verá una y otra vez. Asimismo —añadió, antes de que la joven pudiese refutarle—, nos han dado permiso para entrar en contacto directo con él.

—¿Y esto qué significa?

—Que emplearemos una señal débil que no servirá más que a unos centenares de metros. De esta forma, los Tobors no podrán sintonizar lo que nosotros digamos. Nuestra esperanza reside en que haya sido lo suficientemente estimulada para revelarnos su fórmula secreta.

Juanita Harding permaneció sentada largo rato con el ceño fruncido.

—No estoy segura —fue su típico comentario femenino al final— de probar lo de las imágenes por la pantalla.

—Tenemos que atacar los impulsos básicos del ser humano —observó juiciosamente el comandante.

Y se marchó con celeridad.

John Gregson, que había sido una autómatas, se dio cuenta de que estaba asido a una pantalla muy brillante. Al tomar conciencia de sus actos, fue demorando su frenético intento de asir las engañosas formas que le habían hecho salir del refugio. Retrocedió.

A su alrededor todo eran tinieblas. Cuando se volvió para retroceder, tropezó con una traviesa retorcida. Estuvo a punto de caer, pero logró impedirlo cogiéndose al metal, chamuscado y carcomido. Crujió bajo su peso y en las manos se le quedaron

varios diminutos fragmentos de metal.

Se retiró afanosamente hacia la oscuridad para aprovechar mejor el reflejo luminoso. Por primera vez advirtió que estaba en una ciudad destruida.

“¿Cómo he llegado aquí? —pensó—. ¿Qué me ha ocurrido?”

Una voz que surgió por la radio de su muñeca le hizo dar un respingo.

—¡Sorn! —tronó la voz con insistencia. Aquel tono helado inmovilizó a John Gregson. En su cerebro, muy hondo, una campanita pareció tañer su primer aviso. Estaba a punto de contestar, cuando se dio cuenta de que la voz no se había dirigido a él.

—¿Sí? —la respuesta resultó muy clara, aunque pareció venir desde una larga distancia.

—¿Dónde estás ahora?

—He aterrizado a medio kilómetro de la pantalla —replicó Sorn—. Me he equivocado, ya que quería acercarme más. Por desgracia, al aterrizar se torcieron las direcciones. No puedo ver nada.

—La pantalla que emplean para las imágenes todavía funciona. Veo su reflejo en la radio de Noventa y dos. Seguramente constituye un brillante punto de referencia. Debe hallarse dentro de un hoyo, o detrás de un montón de ruinas. Yo estoy rodeado por la más intensa oscuridad. Contacta con Noventa y dos...

La primera referencia a su *número* le sobresaltó con una serie de asociaciones. La segunda trajo a su mente un flujo de odiosos recuerdos, que atarearon a Gregson. En un caleidoscopio de imágenes, comprendió su situación y trató de recordar la secuencia de sucesos que le habían hecho recobrar el dominio de sí mismo. Alguien había estado llamándole con insistencia... no por su número..., sino por su nombre. Y le habían repetido constantemente una pregunta..., algo respecto a una fórmula para... ¿para qué? No podía recordarlo. Algo respecto a... a... ¡Y de pronto, lo recordó!

Agazapado en la oscuridad, cerró los ojos en una extraña reacción física.

—Yo se la di. Les dije la fórmula. Pero..., ¿quiénes eran ellos?

Sólo podía haber sido a algún miembro de la tripulación del *Buitre*, se dijo, estremeciéndose. Los Tobors no conocían su nombre. Para ellos sólo era... Noventa y dos.

Aquel recuerdo le hizo recuperar el control, sobresaltándose. Lo hizo a tiempo de poder oír la voz de su radio, que decía:

—Está bien, lo he captado. Estaré allí dentro de diez minutos.

El Tobor que habló desde el distante Centro de Control sonó impersonal.

—Esto es por cuenta tuya, Sorn. Pareces sentir una obsesión por este caso.

—Le están radiando con una onda local —contestó Sorn, sordamente—, una onda tan directa, tan cercana que no podemos oír nada de lo que dicen. Y la respuesta de Noventa y dos, cuando por fin la ha dado, se vio interferida, por lo que tampoco hemos podido escucharla, pero se trataba de una fórmula. Confío en la posibilidad

que no sea capaz de dársela por completo. Puesto que todavía se encuentra junto a la pantalla, no ha sido rescatado, y lo mataré dentro de unos cuantos minutos...

Hubo un chasquido y la voz enmudeció. Gregson estaba de pie en la oscuridad que rodeaba la pantalla, y se estremeció al reflexionar sobre su situación.

¿Dónde estaba el *Buitre*? El firmamento aparecía muy oscuro, negro por completo, aunque se divisaba una ligera luminosidad hacia el Este, preludiando el nacimiento del nuevo día. El sonido de los proyectores había enmudecido, no siendo ya una amenaza. La gran batalla nocturna había terminado.

La batalla de los individuos estaba a punto de comenzar.

Gregson se retiró más hacia la oscuridad, y buscó en su cuerpo las armas. No tenía ninguna.

“¡Esto es ridículo. Yo tenía una detonadora lanzallamas y...!” pensó.

Una vez más, desesperado, buscó sus armas. Nada. Supongo que en su apresuramiento por llegar a la pantalla, las habría perdido.

Estaba todavía indeciso cuando oyó un movimiento en medio de la noche.

El *Buitre 121* aterrizó suavemente en las tinieblas del falso amanecer. Juanita Harding se había despojado de su vestido, y llevaba ahora una túnica. No vaciló cuando Rice la llamó. El hombre le sonrió, tranquilizándola.

—Me llevaré un cilindro de la fórmula, por si acaso ese joven no se inspira con rapidez.

La joven le sonrió en respuesta. El doctor Claremeyer fue hasta la puerta con ellos. Estrechó la mano de Juanita Harding con un fuerte apretón.

—¡Recuerde que esto es la guerra! —le advirtió.

—Lo sé. Y en el amor y la guerra, todo está permitido, ¿verdad?

—Usted lo ha dicho.

Un momento después se hallaban en las tinieblas de la noche.

Gregson estaba retrocediendo, sintiéndose mucho más aliviado. Sería difícil que alguien le localizara en aquel amontonamiento de vigas de cemento, mármol y metal.

A cada instante, sin embargo, el horizonte se agrisaba más. De pronto, divisó la nave en las sombrías ruinas de su derecha. Su forma era inconfundible. ¡El *Buitre*! Gregson corrió hacia la nave por entre las ruinas de lo que antes había sido una calle empedrada.

Jadeando con alivio, vio que la escalerilla estaba bajada. Mientras ascendía por la misma, dos hombres le cubrieron con sus armas. Bruscamente, uno de ellos gritó:

—¡Es Gregson!

Las armas volvieron a sus fundas de cuero. Unas manos se asieron ávidamente a las del joven, y hubo muchos saludos y apretones. Varios ojos escudriñaron su rostro, buscando señales de cordura. Las encontraron y todos los semblantes se iluminaron de placer. Un millar de palabras surgieron al alba.

—Captamos la fórmula.

—Estupendo..., maravilloso.

—El genio fabricó algunas hormonas de gas en el laboratorio de la nave. ¿Cuánto tarda en hacer efecto?

Gregson adivinó que el “genio” era el individuo alto y sombrío que le habían presentado como Phillips.

—Sólo unos segundos —respondió—. Al fin y al cabo, se respira, yendo directamente a la sangre. Es un gas muy poderoso.

—Tuvimos la idea de emplearlo para intensificar tus reacciones —le explicó Madden—. Rice tomó un poco... —calló, y luego añadió—. Pero espera un instante. Rice y la señorita Harding están... —volvió a enmudecer.

Fue un hombre bajo, el doctor Claremeyer, quien completó la idea de Madden.

—Gregson, divisamos a un tipo por nuestras pantallas infrarrojas. Estaba muy lejos para ser identificado, por lo que dimos por sentado que eras tú. Entonces, Rice y la señorita Harding salieron y...

El comandante le atajó perentoriamente.

—¡Rápido! ¡Salgamos de aquí! ¡Puede ser una trampa!

Gregson apenas lo oyó. Estaba ya corriendo hacia la escalerilla.

—¡Sorn! —la voz en la radio de muñeca sonó impaciente—. ¿Qué te ha pasado, Sorn?

En la penumbra, junto a la pantalla, los hombres y la joven escucharon las palabras del Tobor en la radio de Gregson.

Desde aquel ventajoso lugar, vieron cómo Sorn contemplaba las imágenes de la pantalla.

—Sorn, tu último informe fue que estabas muy cerca del sitio donde estaba escondido Noventa y dos...

Rice colocó una mano sobre la radio de Gregson para apagar su sonido y susurró:

—Fue entonces cuando se lo hicimos respirar. Chico fue una magnífica idea traer un cilindro de tu gas, Gregson. Le disparé una dosis a unos veinte metros de distancia, y no supo de qué se trataba.

—Sorn..., sé que estás vivo. Te oigo murmurar en voz baja.

—En el futuro, deberemos tener cuidado con las dosis —observó Rice—. Prácticamente, está listo para captar todas las imágenes. Puedes verlo por ti mismo. La guerra entre los humanos y los Tobors ha concluido.

Gregson contempló silenciosamente cómo el antiguo cabecilla Tobor se acercaba afanosamente hacia la pantalla. Una docena de jovencitas estaban desfilando junto a una piscina. Una tras otra, se zambullían en el agua. Podía verse entonces un par de piernas largas y musculosas, el destello de una espalda atezada, y después todas volvían a salir del agua. Esto lo repetían una y otra vez.

Lo malo era que cada vez que Sorn intentaba asir las imágenes, su sombra se proyectaba sobre la pantalla, oscureciéndola. Frustrado, iba hacia otra imagen, para que ocurriese sólo lo mismo.

—¡Sorn, contéstame!

Esta vez el Tobor se detuvo. Y la respuesta que dio hizo estremecer los cimientos del cuartel general de los robots, y su efecto llegó a todos los ejércitos de robots del mundo.

Gregson apretó su brazo apreciativamente en torno a la cintura de Juanita Harding, que todavía vestía la túnica con la que le había atraído hacia la salvación, mientras escuchaban las fatídicas y salvadoras palabras.

—¡Las mujeres —proclamó Sorn— son maravillosas!

CLIENTELA RESTRINGIDA

Kendell Foster Crossen

El joven era alto y bien proporcionado. Sus ropas estaban hechas de plástico de buena calidad, con un dibujo semejante al “tweed”, de acuerdo con la moda que lucían los jóvenes salidos hacía pocos años de la universidad de Yale. Llevaba el cabello corto, según la moda popularizada por dicha universidad. Era casi guapo en comparación con los astros del telecine, pero en sus facciones campeaba una expresión abstraída, muy poco corriente en un joven de su edad. La cinta azul de su solapa indicaba un año de servicio como cadete espacial voluntario.

Al otro lado de la mesa de madera y cristal de Marte, Hector Almeric estaba sentado, leyendo la carta que el joven le había entregado. Al terminar su lectura, alzó la mirada.

—Vienes con excelentes recomendaciones —observó—. No hay muchos jóvenes de tu edad que puedan exhibir una carta de presentación del presidente del Primer Banco Galáctico. Asimismo, veo que mi amigo Gregory menciona que estuviste en Yale...

—Sí, señor.

—¿En qué año?

—Graduación del 15, señor.

—¿Del 15, eh? —repitió Hector Almeric—. O sea, que hace tres años saliste de allí... Yo también me gradué en Yale... en el 2085.

—Sí, señor. El señor Gregory me lo dijo.

Hector Almeric sonrió. Fue una sonrisa expansiva, la que reservaba para las fotografías que solían aparecer en los telediarios siempre que enviaba algún donativo para obras de caridad.

—Supongo que también te dijo que me complace ayudar a los ex alumnos de Yale, ¿verdad? ¿Cómo te llamas? —miró la carta.

—Michael Lance —contestó el joven antes de que su interlocutor lo viese.

—Oh, sí. Bien, ¿en qué puedo ayudarte, Michael? ¿La promesa de un empleo cuando terminen tus Cinco Años de Libertad?

—No, señor —replicó Michael Lance—. Quiero exactamente treinta minutos de su tiempo. Tengo algo que vender..., pero supongo que descubrirá se trata de algo que usted deseó toda su vida.

Hector Almeric estudió al joven con una mirada experta en valorar a los hombres, y asintió. Luego apretó el botón del televisor de su oficina, y la pantalla dejó ver una rubia voluptuosa.

—Que nadie me interrumpa durante los próximos treinta minutos, pero avísame

cuando pase este tiempo.

La joven asintió y la pantalla volvió a su fondo gris.

El financiero cogió un cigarro de la caja de su mesa y se lo colocó en la boca. Dio una chupada y dejó escapar una columna de humo. Cuando el cigarro estuvo a su gusto, concentró su atención en el joven.

—¿Qué vendes? —le preguntó.

El joven se inclinó hacia delante.

—Represento a la Corporación de Bienes Raíces Galácticos.

No hubo cambio visible, pero Hector Almeric, de pronto, se puso alerta.

—¿Bienes Raíces Galácticos? ¿Quiénes son los dueños?

El joven enrojeció.

—En realidad, yo poseo dos tercios de las acciones, aunque la transferencia final, claro está, se halla sujeta al éxito de mi gestión en los próximos dos años. El resto es propiedad del señor Gregory, que también ha accedido a financiar la corporación.

—¿Ah, sí? —Hector Almeric permaneció callado un minuto, y al final sonrió—. Me gusta ver cómo un joven con ambiciones se labra un puesto en la galaxia. Hoy día, casi todos prefieren sentarse muellemente, engordando, o se unen a los Liberales. Pero en esto tiene que haber algún truco, jovencito. La Corporación para el Desarrollo Mundial, de la que soy presidente, poseía ayer el setenta por ciento de todo el terreno utilizable en la galaxia, con una opción al otro veinte por ciento. Y el diez por ciento restante está en Plutón, donde todavía no sirve para fines prácticos. Bien, ¿cuál es tu truco?

—El truco es la palabra *utilizable*. Pero antes de referirme a ello, me gustaría hacer un poco de historia referente a mi idea —Michael Lance apoyó la cartera de plástico en sus rodillas y sacó unos papeles—. Sé que ya conoce los hechos que voy a presentarle, pero juzgo esencial refrescarle la memoria sobre algunos detalles que conciernen a mis proyectos.

—Tienes treinta minutos —accedió Hector Almeric. Era un hombre metódico y admiraba esta cualidad en los demás.

—Como todos sabemos —prosiguió Michael Lance—, el siglo xx fue un período de guerra continua. La mayor parte de la riqueza mundial se hallaba en manos de unas tres mil familias, que jamás llegaron a colaborar ampliamente entre sí. Existía una clase media que actuaba según dos ilusiones contradictorias. Una consistía en que ellos eran los dueños de la Tierra y la otra que cada uno tenía la oportunidad de llegar a formar parte del grupo menor que controlaba los bienes.

—De acuerdo —aprobó el interlocutor de Michael Lance—. Me gusta que un joven de Yale conozca tan bien la historia.

—Por otra parte —continuó el joven—, había un grupo mucho mayor de obreros, a veces llamados proletarios. A éstos se les permitía alimentar la ilusión de que eran iguales a los demás, y que también poseían la oportunidad de enriquecerse.

—Lo cual era cierto, en teoría —sonrió Almeric.

—Tal vez. Pero el propósito principal era mantenerlos en la inactividad. Un pequeño grupo de obreros, no obstante, cultivaba otra ilusión: la de poder derrocar a la clase media y a los ricos. Esta ilusión se veía cuidadosamente alimentada por estos últimos, ya que les servía para dos finalidades. Era una meta inalcanzable, que absorbía las energías de los obreros más rebeldes, y actuaba, mediante el temor, para que la clase media utilizase sus energías, protegiendo las riquezas de la clase superior. Era una especie de equilibrio de las masas.

Hector Almeric asintió aprobadoramente y esperó la continuación de la brillante perorata del joven.

—También existían algunas razas inferiores y grupos religiosos que, cortésmente, eran llamados minorías. Se les permitía cierta libertad de agitación en pro de la igualdad, y ocasionalmente se les concedía algunas garantías temporales. Pero tantas divisiones y subdivisiones tenían como consecuencia que la fuerza política del pueblo fuese el polvo de un cometa.

—¿El polvo de un cometa? —le interrumpió Hector Almeric.

Michael Lance se ruborizó.

—Lo siento, señor. Se trata de una frase popular hoy día en la Universidad. Significa que sus energías se hallaban completamente dispersas.

—Entiendo —afirmó Hector Almeric, tomando nota de la frase. Sus hijas le consideraban un hombre anticuado y continuamente trataba de demostrar lo contrario.

—Desde el punto de vista político —añadió el joven universitario—, quienes controlaban el dinero estaban divididos en tres grupos. A unos les llamaban fascistas, porque pregonizaban el despojo cruel de la tierra en beneficio de sus intereses particulares. Otros deseaban que todo continuase como siempre, siendo considerados como conservadores. Y un pequeño grupo invocaba una limitada generosidad hacia la clase media y los trabajadores. A éstos les denominaban liberales.

”La clase media estaba dividida entre los políticos conservadores y un liberalismo ligeramente más radical. Los trabajadores se hallaban mucho más fragmentados, con muchas subdivisiones; quienes insistían en que vivían en el mejor de los mundos, los que preconizaban un socialismo moderado, y los que pretendían una dictadura del proletariado. Conocidos como comunistas, este último grupo afirmaba que el suyo era el único socialmente posible, aunque lo que en realidad les impulsaba era el deseo de permutar su puesto con los prohombres de la riqueza.

—Supongo que ya habrás comprendido lo falso de tales teorías, ¿verdad?

—Naturalmente. Debido, sin embargo, a la rivalidad entre los individuos que controlaban la riqueza, el siglo xx estuvo en guerras constantes, que llegaron a su culminación con la Guerra Atómica en 1970. En muy escaso tiempo, un cincuenta por ciento de la población, quedó destruida y la mayor parte del mundo, incluyendo los grandes núcleos urbanos, quedó contaminado, e inhabitable. La población restante se vio obligada a llevar una existencia de carácter rural, completamente apática. Transcurrieron otros cincuenta años antes de que un hombre descubriera la manera de

eliminar toda la radiactividad de la Tierra.

—Sí, mi abuelo —exclamó con orgullo Hector Almeric—, Alfred Almeric.

—Lo sé —asintió Michael Lance—. El descubrimiento de su abuelo logró restablecer las esperanzas. Se reconstruyeron las grandes ciudades y volvió a prosperar la industria. Pero esta vez se eludieron los grandes errores. En 2040, el gobierno mundial fue una realidad. Aquí el mismo año, comenzó la colonización y el desarrollo de los demás planetas. En 2060, los Estados Unidos de la Galaxia funcionaban adecuadamente bajo la égida de una Presidencia. Y el método ha continuado mejorando desde entonces.

—Lo cual, según me imagino, nos lleva ya a tu propuesta.

—Al menos, muy cerca —sonrió el joven—. En resumen, actualmente existen tres clases de individuos: los Manuales, los Intelectuales y los Inversores. Naturalmente, la riqueza de la Galaxia la poseen los Inversores, que son en número de cincuenta.

—Se permiten setenta y cinco —le recordó Hector Almeric—. Aunque debo admitir que es muy difícil que un joven llegue a ser Inversor. Sólo se agregaron dos en los últimos veinte años, mientras que diez Inversores fallecieron.

—Si éstos poseen la riqueza —asintió el joven—, es natural que también constituyan el gobierno... asegurándose así de la plena protección de sus inversiones.

—No sólo esto —le interrumpió Hector Almeric—. También existe el factor de que somos los únicos capacitados para dirigir el mundo de manera práctica y sobre una base industrial. Deberías leer el libro de mi padre: *La Seguridad de la Élite Práctica*. Creo que su lectura es obligatoria en Yale.

—Un libro maravilloso —reconoció Michael Lance—. Y también he leído su estudio, *La inmortalidad de la Élite*.

Hector Almeric hizo un gesto de modestia con el cigarro.

—Los Inversores —continuó el joven—, automáticamente formaron la Junta de Directores de los Estados Unidos Galácticos. Usted es el Presidente actual. Como sólo pueden existir setenta y cinco Inversores a la vez, la colaboración es mucho más fácil que en otros tiempos. Cada Inversor posee su propio monopolio, por lo que no existe la competencia, y se considera que la Galaxia no es más que una extensión del negocio personal.

—Creo que se ha demostrado la eficacia de este método —corroboró Almeric—. Desde que se emplea este sistema no ha habido ni una sola guerra.

—Cierto. Ustedes, por otra parte, también son conscientes de las dificultades del sistema antiguo, por lo que su poder no puede ser heredado por los hijos, aunque sí una cuarta parte únicamente de los bienes. Los nuevos Inversores sólo pueden ser hijos de Inversores o de Intelectuales, capaces de producir un nuevo invento o descubrir nuevos campos de explotación durante sus Cinco Años de Libertad entre la fecha en que salen de la Universidad y aquella en que empieza su servicio. En caso contrario, se convierten en empleados de las oficinas o laboratorios, quedando

clasificados como Intelectuales.

Hector Almeric dejó caer su cigarro en un cenicero desmaterializador de su mesa y contempló cómo se disolvía.

—Supongo que el nombre de tu compañía indica que estás postulando el puesto de Inversor por el segundo método.

—No es eso exactamente, señor. Pero continuando con los Manuales, éstos constituyen... —echó una ojeada a uno de los documentos de su cartera—, un noventa y siete coma seis por ciento de la población. Tienen asignado un trabajo, como los Intelectuales, pero en vez de sueldos se les proporciona todo lo necesario, a fin de que sigan trabajando. Si no pueden ya realizar ninguna labor, o no trabajan con entusiasmo, son transferidos a los Departamentos de la Caridad, tras haber sido esterilizados. Ese último método ha hecho maravillas para elevar la eficiencia laboral.

—Supongo que habrás leído mi monografía *Los aspectos políticos del sexo*, ¿verdad?

El joven asintió.

—Varias veces. Un trabajo muy brillante. Como podrían surgir peligros por causa del rígido sistema de clases, los hijos de Manuales pueden llegar a ser Intelectuales si muestran genio o una gran habilidad en las pruebas destinadas a tal fin, al concluir su sexto curso escolar. Si aprueban, siguen en el colegio en lugar de ir a trabajar.

—Y no olvides que los Inversores pagamos todos los gastos —le recordó Almeric.

—Claro está. Creo que todo esto sintetiza los aspectos más sobresalientes de nuestra civilización... excepto los Liberales.

—Ah, sí, los Liberales —se burló Hector Almeric.

—Todos los períodos han conocido personas insatisfechas con los sistemas que rigen durante su vida. En el siglo xx, los únicos que poseían cierta fuerza eran los socialistas y los comunistas. Estos grupos quedaron completamente eliminados por su abuelo y sus contemporáneos. Pero los Liberales de la vieja época constituían un grupo débil, opuesto a la violencia, incapaz de unirse en la acción, por lo que se les permitía medrar. Lo cual fue un error.

—Sí —admitió Almeric—. Mi abuelo, sin embargo, pensó que existía un buen motivo para dejarlos vivir. Muchos eran científicos, profesores y sabios cuya colaboración se necesitaba.

—Fue una apreciación limitada —objetó Michael Lance—. Aunque entonces eran inofensivos, esto ya no es cierto. En los últimos diez años, los Liberales han formado un poderoso movimiento subterráneo, unificado bajo un solo caudillo. Creen en las responsabilidades sociales de los científicos y los demás Intelectuales, en la distribución de la riqueza, en una participación idéntica de todos, en la jefatura *para* las masas, más que de las masas, y en la radical eliminación de todos los Inversores.

—Por lo que veo, has realizado un estudio detallado de los Liberales —observó Hector Almeric. Su mano estaba cerca de un botón de su mesa—. ¿Por qué?

—Desde los dieciséis años —explicó Michael Lance— sé que iba a convertirme en Inversor. Cada minuto de mi tiempo lo dediqué a este objeto, ya que estaba resuelto a no cometer los mismos errores de mi padre.

—¿Tu padre?

—Mi padre es Alvin Harlow Lance. Estuvo con usted en Yale. Se interesó en las tareas intelectuales y fue campeón de ajedrez en tres dimensiones. También se interesó por las actividades sociales.

—¡Alvin Harlow Lance! —exclamó Almeric—. Lo recuerdo. Era el joven más popular de la Universidad.

—Exactamente —sonrió el joven—. Como resultado de esto, aunque descubrió la Quinta y Sexta propiedades del radio, no lo consiguió del todo hasta transcurrido su quinto año de libertad, por lo que sus patentes pasaron a propiedad de la Junta de Inversores. En consecuencia, sigue siendo todavía un Intelectual, empleado en los laboratorios Henderson. Yo no cometí tal equivocación.

—Entiendo. ¿Pero qué tienen que ver con esto los liberales?

—Decidí convertirme en Inversor..., y continuar siéndolo. La única amenaza para los Inversores reside en los Liberales. Mientras existan, constituirán una amenaza para la Junta. Con toda la riqueza y el poder en manos de menos de setenta y cinco personas, sin ningún grupo intermedio como la clase media de la antigüedad, una revolución alcanzaría el éxito con sólo eliminar a éste reducido grupo de personas.

—Nos hallamos bien protegidos.

—¿Pero es adecuada la protección? ¿Qué puede impedir, por ejemplo, que un Liberal se convierta en Inversor, y golpee desde dentro?

Hector Almeric sonrió con tolerancia.

—Querido muchacho, todavía tienes mucho que saber. Si un Liberal consiguiese convertirse en Inversor, puedes tener por seguro que dejaría de ser Liberal. Sólo aquellos que no poseen fortuna desean el reparto mundial.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—No es posible modificar la naturaleza humana —afirmó Almeric—. Cuando seas tan viejo como yo, lo entenderás mejor.

—Tal vez —pensó el joven—. Pero los Liberales saben que pueden vencer, con sólo ir destruyendo a los Inversores. El año pasado, fueron asesinados dos de ellos. Éste, pueden ser asesinados todos. Incluso la incertidumbre de dónde y cuándo atacarán es una de sus armas.

—Tal vez te interese saber —sonrió Almeric— que ayer almorcé con los directores del Control Político, el Departamento Federal de Investigación y la Eliminación de la Herejía. Están llevando a cabo una magnífica labor.

—Estoy seguro de ello, señor. Pero creo que existe un límite para la propaganda, la incesante vigilancia de cada ciudadano, y la ejecución de quienes se resistan en reaccionar debidamente a la propaganda. ¿Saben ya cómo desembarazar la galaxia de Liberales?

—Aún no —Almeric, frunció el ceño—. Saben, eso sí, que el jefe actual aceptó el mando de manos del viejo Anderson, hace un año, antes de morir este por resistirse al arresto. Saben que se trata de un científico. Creen que se opone al asesinato, pero ignora la alternativa que ha planteado el Consejo Liberal. También conocen la señal para ser reconocido por cualquier Liberal. Esto nos ayudará mucho.

—¿La señal?

—Sí, empujando un mechón de cabello hacia la frente. Creo que se trata de una supuesta referencia a los tiempos antiguos, en que los esclavos y siervos llevaban tales mechones para indicar su condición.

—Parece más romántico que práctico —observó Lance, serio.

—Exacto. Éste es uno de los motivos por los que jamás vencerán.

—Sin embargo —replicó Lance—, se trata de una competición entre el intento de matar a varios miles de hombres que operan en la sombra y el de asesinar a cincuenta que son plenamente accesibles.

Michael Lance hizo una pausa y levantó la mirada.

—Yo puedo acortar el período de incertidumbre a dos meses y *garantizar* la victoria final.

—¿Cómo?

—¿Cuál es la situación exacta? —preguntó Michael Lance, ignorando la pregunta del otro—. Los Liberales son fuertes, la mayoría de ellos desconocidos, a pesar de que varios policías se ocupan de ellos desde hace años. Han asesinado a dos Inversores y planean matarlos a todos. No hay ningún lugar de la Galaxia al que los Inversores puedan huir. Marte y Venus, los únicos planetas habitables, tienen colonias, y por tanto, también allí habrá liberales.

Almeric asintió.

—Además del miedo a morir asesinado —continuó Lance—, un Inversor no puede vivir cómodamente en ningún sitio de la Galaxia. Ninguno de ellos le permite protegerse de los gases de los cohetes que constantemente envenenan el aire; ni apartarse de las razas inferiores, pese a los distritos y zona reservadas; ni descansar tranquilamente, libre de temores, de la contaminación y de la gente desagradable. ¿Es éste el precio de la superioridad?

—¿Tienes una solución a esto?

—Sí.

—En tal caso —observó dubitativamente Hector Almeric—, no hay duda de que llegarás a ser el Inversor cincuenta y uno. Pero los mejores cerebros se han ocupado de esto y han fracasado. ¿Cuál es tu plan?

—¿Conoces los planetas menores, Ceres y Vesta?

Almeric afirmó con el gesto.

—Situados entre las órbitas de Marte y Júpiter. Creo que Ceres es ligeramente menor de las quinientas millas de diámetro, en tanto que Vesta sólo tiene algo más doscientas millas.

—Exactamente —asintió Lance—. La Corporación de Bienes Raíces Galácticos posee ambos planetoides. Yo presenté una reclamación sobre ellos el año pasado y como no hubo ninguna otra demanda, ayer me fueron automáticamente transferidos.

—¿Pero por qué? —Almeric volvió a fruncir el ceño—. Nosotros los vigilamos hace unos años. No hay minerales ni nada valioso en ellos. Aunque la atmósfera y el clima son magníficos, no pueden ser habitados por otras razones. Ceres, según creo recordar, tiene una gravedad sólo un tercio de la Tierra. Un hombre tendría que llevar siempre gravitatorias para permanecer pegado al suelo.

Michael Lance sonrió, en tanto presionaba los lados de su anillo, consultando la hora. Se puso de pie.

—Veintinueve minutos y cuarenta y un segundos. Señor Almeric, la respuesta a todos los problemas de los Inversores reside en el planeta Ceres. ¿Le molestaría hacer mañana, junto con los demás Inversores, una gira de inspección?

Hector Almeric volvió a mirar la carta que estaba sobre la mesa.

—No tengo noticia de que Dwight Gregory haya actuado impulsivamente en los últimos treinta años, y por lo visto opina que usted sabe algo —por fin se decidió—. Iremos.

—Gracias, señor —cuando Michael Lance estrechó la mano a su interlocutor, le sonrió—. Saldremos mañana, a las diez... en el crucero espacial del señor Gregory.

La resplandeciente nave fue cayendo con suavidad por entre unas cuantas nubes, brillando con luz propia, y los cohetes de retropropulsión la posaron mansamente en el suelo. La escotilla se abrió y Michael Lance saltó a tierra. Le siguieron otros cincuenta individuos, que descendieron con mayor lentitud. Fue Hector Almeric quien habló en primer lugar.

—No lo entiendo —dijo, balanceándose ya sobre un pie, ya sobre el otro—. Nuestros ingenieros informaron que la gravedad de Ceres era apenas un tercio de la de la Tierra. Ninguno de nosotros lleva botas de gravedad, y sin embargo, siento el mismo peso que en la Tierra.

—Sus ingenieros estaban en lo cierto —replicó Michael Lance—, ya cuando estudiaba en la universidad, inventé lo que llamo Impulso Neogravitatorio Lance. Puedo lograr cualquier cambio deseado en la gravedad.

—¡Mientras estudiabas en la universidad! —se maravilló Almeric—. ¿Por qué no pediste inmediatamente la patente? Habrías sido Inversor desde hace tres años.

—Lo sé —admitió el joven—, pero, pese a todos mis inventos, no habría podido ganar más de tres millones en estos tres años. Yo esperaba algo mejor.

—Creo que ayer mostraste cierta tendencia a la ambición —reconoció Almeric, con sequedad. Él y sus compañeros intercambiaron una mirada.

Los cincuenta hombres se agruparon en torno a Michael Lance. Con dos excepciones, se trataba de individuos, de mediana edad, o más viejos. Sus rostros

reflejaban la seguridad de un dominio prolongado. Los años de buena alimentación habían añadido cierta rotundidad a sus figuras, que exhibían como el emblema de su categoría. Dos eran más jóvenes, pero también iban adquiriendo el perímetro deseado entre los de su clase. El grupo reunía el dinero y el poder de toda la galaxia, de un millón de sistemas planetarios.

—Caballeros —comenzó Michael Lance—, van a ser hoy testigos del resultado de algunos inventos completamente nuevos para ustedes..., exceptuando al señor Dwight Gregory. Han sido concebidos durante los últimos seis años, pero ninguno fue patentado hasta hace unos días. Lo organicé todo cuidadosamente para que los informes de la oficina de patentes no llegasen a sus despachos hasta hoy.

—Muy dramático —se burló uno de los Inversores.

—Desde luego —admitió Michael Lance—. Antes de seguir adelante, debo llamar su atención sobre algo añadido a la nave del señor Gregory. Tal vez les habrá pasado por alto.

Todos miraron a la nave, viendo por primera vez una espiral metálica en torno a la punta, que se extendía hasta alcanzar un diámetro mayor que el de la nave.

—Ésta es la Espiral de Energía Lance —explicó el joven—. Algunos habrán observado el aspecto de las nubes de Ceres durante el descenso.

—Yo sí —afirmó uno de los reunidos. Era Fociades, el jefe del monopolio del Uranio—. Parecen estar recargadas. ¿Es ésta una zona de tormentas eléctricas?

Lance meneó la cabeza.

—Hay un cinturón de energía en torno a todo el planeta. Nada, caballeros, puede penetrar este cinturón sin una llave apropiada. Y la Espiral de Energía Lance es la única llave que existe.

—¿Y las bombas atómicas? —preguntó uno.

—Explotarían inofensivamente en la atmósfera superior, sin tocar el cinturón —explicó Lance—. Si gustan, al marcharse, podrán hacer la prueba. Y ahora, miren en torno suyo, caballeros.

Los cincuenta Inversores miraron. En tanto alcanzaba la vista, se veían grandes cuadros de verdor, recortados como césped. A su izquierda se alzaba una residencia, de las proporciones de un palacio, cuyas formas eran algo borrosas. Su blancura era casi translúcida, por lo que en sus paredes aparecían como vibraciones luminosas.

—¡Vaya casa! —exclamó uno de los Inversores. Era Dubois, el propietario del monopolio de la Construcción—. Jamás he visto un material de construcción como éste. ¿Qué es?

—Energía solidificada —repuso Michael Lance—. Otro invento mío. Representa un aprovisionamiento interminable de material, a un coste mínimo, puesto que sólo hay que extraerlo del espacio, a la vez que un sistema más rápido de edificar. Esta residencia de cincuenta habitaciones se construyó en menos de una semana, y es posible levantar varias al mismo tiempo.

—¿Y su perdurabilidad? —preguntó Dubois.

—Esta casa todavía no está terminada. Si se dejase en el estado actual, se desvanecería en unos dos meses. Pero tan pronto como la riegue con una solución hidrotérmica, durará eternamente. Y ahora... otro aspecto de la casa, que hará las delicias de sus esposas...

Michael Lance extrajo una cajita metálica de su bolsillo y giró un pulsador. Por un momento no ocurrió nada, pero después los muros de la casa se transparentaron, quedando a la vista los muebles y todo el interior. Todos divisaron unas cuantas figuras que se movían por las habitaciones.

—No creo que esto les agrade a nuestras esposas —opinó uno de los Inversores con una mueca—. ¿Y si ocurre mientras se están bañando?

—Este reajuste no se añade normalmente a las casas —le calmó Lance—, pero estos otros, sí. Observen.

El interior de la casa volvió a hacerse invisible, al tiempo que sus paredes adquirían un tinte verde. Luego, apareció otro color, y la casa fue cambiando con todos los tonos del espectro.

—Basta con, apretar el botón —explicó Michael Lance— y cambia la longitud de las ondas de la luz, poniendo en la casa el color deseado. Como los muebles contienen el mismo proceso electromagnético, pueden cambiar de color al mismo tiempo que la casa.

—¿Y usted lo controla con esto? —preguntó Almeric, indicando la cajita de metal que sostenía Lance.

—No, señor. No sirve más que para dar una orden a distancia a los criados de la casa. Vengan, quiero que los conozcan.

Todos penetraron en un jardín de flores polícromas, dirigiéndose a la puerta principal de la vivienda. Estaba ya abierta, dejando ver una figura alta y bronceada.

—Buenos días, caballeros —les saludó la figura con su metálica voz—. Bien venidos a la residencia Lance.

—¡Un robot! —exclamó uno de los Inversores—. ¡Un criado robot!

—Exacto —asintió Michael Lance. Y mientras los demás se agrupaban en torno al robot para examinarlo, continuó—: Por supuesto, hace ya unos cincuenta años que poseemos robots capaces de manejar ciertas máquinas. Pero estos robots, caballeros, son capaces de realizar todas las acciones físicas de los hombres. Se duplican a sí mismos en una pequeña factoría situada al otro lado del planeta. Son excelentes cocineros, maravillosos jardineros, y más eficaces que cualquier doncella o ayuda de cámara humano. Asimismo, obedecen a las órdenes habladas... sin refunfuñar.

—Joven —le interrumpió Raymond Renault, el más anciano de los Inversores—, admito que me queden pocos años de vida. Si usted continúa como ha empezado, el resto de los Inversores se empobrecerá pagándole a usted derechos de patente.

—No lo creo —sonrió Lance—. Más tarde ya tendrán ocasión de ver lo que los robots son capaces de ejecutar en lo referente al servicio personal. Pero ahora me gustaría enseñarles otras características de la casa. Por aquí, por favor.

Los cincuenta hombres le siguieron obedientemente hacia un amplio salón. Lance se dirigió a un muro y presionó un botón disimulado. Una amplia sección de la pared se desvaneció, dejando al descubierto lo que parecía ser el interior de una gran caja de caudales.

—Ceres es capaz de bastarse a sí mismo —les explicó Michael Lance a los reunidos—. Al otro lado del planeta hay jardines y corrales de cuyos huéspedes se cuidan los robots. También disponemos de un equipo para la fabricación de telas y prendas personales. Pero existe un método para transportar materiales de la Tierra, Venus o Marte.

—¿Otro invento? —inquirió Almeric.

—Lo he llamado Transferencia Espacial —afirmó Lance—. Gracias a esto es posible enviar cualquier objeto inanimado a través del espacio en una transmisión instantánea. Con la ayuda de uno de los empleados del señor Gregory en la Tierra, les haré una demostración.

Presionó otro botón, y una luz rojiza brilló sobre el muro. Un momento más tarde, se materializó una cuartilla de papel. Al cogerla Lance, los demás pudieron divisar una sola línea mecanografiada.

—“Lo que Dios ha creado” —leyó uno de ellos en voz alta—. ¿Qué necesidad es ésta?

—Es una idea mía —explicó Lance—. Cuando los antiguos inventaron lo que llamaban telégrafo, fue éste el primer mensaje que enviaron. Me pareció oportuno que fuese también el primer mensaje lanzado por Transferencia Espacial. Ahora probaremos algo más.

De nuevo apretó el botón y otra vez resplandeció la luz roja. En la pared se produjo como un temblor lumínico. Las líneas se fueron solidificando y apareció un jamón.

—Buen planeta, jovencito —aprobó Almeric—. ¿De modo que ha mantenido todo este tiempo en secreto tales inventos?

—Estaba en mi derecho —le recordó Lance con firmeza—. Cláusula Segunda, Párrafo Tercero del Contrato Inversores-Intelectuales, que reemplaza a la vieja Constitución: “Todo invento realizado durante el Período Universitario, o los Cinco Años de Libertad, podrá utilizarse con provecho para su inventor”. Y a mí todavía me quedan dos años de libertad.

—También abogado espacial —rió Almeric.

—Bien —prosiguió Lance—, la existencia de Transferencia Espacial significa algo más que la posibilidad de obtener productos de los otros planetas. Implica también que un hombre podría vivir aquí y ocuparse de todos sus negocios, firmar y devolver los documentos a cualquier lugar de la galaxia, sin necesidad de abandonar Ceres.

—Lo cual podría ser peligroso... para los Inversores —refunfuñó Renault—. Necesitamos estar en contacto con el mundo exterior. Los Liberales se aprovecharían

de...

—Por el contrario, su contacto sería aún mayor —replicó Lance—. Se lo demostraré.

Se dirigió al muro opuesto. Apretó un botón y toda la pared se convirtió en una enorme pantalla.

—¿Otra de sus ideas? —preguntó Almeric con sequedad.

—No es un invento, exactamente —confesó el joven—. Me he limitado a realizar ciertas mejoras en el televisor actual. Me gustaría, empero, enseñarles una ventaja especial. La colaboración del señor Gregory hará que esto sea posible.

La pantalla resplandeció y todos se encontraron contemplando una escena del Primer Banco Galáctico de la Tierra. Lance la controló con una sencilla palanca, y todos pudieron observar perfectamente un primer plano de cifras que estaban siendo trazadas en un libro de cuentas, vieron cómo el cajero contaba el dinero, y luego a un botones comiéndose su ilimitado almuerzo en el sótano. Hubo unas risitas cuando vieron cómo un joven contable pellizcaba la nalga de una secretaria, al pasar.

—La instalación de pequeños ojos electrónicos —continuó diciendo Lance— les capacitará para ver todo lo que sea posible observar dentro del radio visual, proporcionando de esta manera un método mucho mejor de investigación que el que ahora poseen. En realidad, se trata de un perfecto sistema de espionaje. Esta pantalla puede, asimismo, ser dividida, permitiendo observar hasta a cien personas a la vez.

Apretó el botón y reapareció la pared.

—La misma pantalla actúa también entre las casas que se construyan en este planetoide o para vigilar cualquier parte de los alrededores. ¿Debo continuar, caballeros?

Durante la hora siguiente, los Inversores fueron acompañados a todas las estancias de la casa, hallando perfeccionamientos por todas partes. Los dormitorios podían ser oscurecidos a cualquier hora, simulando la luz del techo una noche estrellada; la biblioteca contenía una pantalla de lectura del último modelo; una melodía celestial surgía de las paredes del cuarto de música; la piscina contenía gotas de energía, lo cual la transformaba en una fuente de eterna juventud. Habían terminado de inspeccionar el cuarto de juegos, cuando apareció uno de los robots.

—El almuerzo está servido, caballeros —anunció en voz baja.

Los cincuenta Inversores estaban acostumbrados a comer bien, pero jamás habían gustado nada tan exquisito como los manjares que les sirvieron los robots. Hector Almeric estaba a punto de dirigirse a la cocina para felicitar al *chef*, cuando recordó que se trataba también de un hombre mecánico. Volvió a sentarse con una sonrisa.

Una vez hubieron terminado, entregados ya al placer de los cigarros y licores, Michael Lance volvió a dirigirles la palabra.

—Caballeros, ya han visto todo lo que Ceres puede ofrecerles. Gracias al señor Gregory hemos podido terminar los planos de la casa, los muebles y los alrededores, de acuerdo con los archivos del Plan Ensoñación, que todos ustedes poseen. Podemos

garantizarles la construcción y el equipo, así como el paisaje, de la finca que cada uno de ustedes ha deseado siempre... y terminar las cincuenta fincas antes de dos meses. Como es lógico, este planeta quedará reservado a los Inversores y a sus familias.

—¿Y las comunicaciones? —quiso saber Almeric.

—También poseemos el planetoide Vesta —repuso Lance—. Todas las naves espaciales quedarán instaladas allí, a fin de que Ceres se vea libre de los gases de escape. Habrá un Autocar Espacial, conducido por un robot, que llevará a los niños a una escuela de la Tierra. Habrá además Taxis Espaciales, Cruceros y Coches de turismo, con o sin chofer, para cada miembro de sus familias. Apretando un botón, aparecerá una nave en Ceres a los cinco minutos.

—¿Sugiere usted que nos traslademos todos aquí? —preguntó Renault.

—Nuestra proposición es ésta —puntualizó Michael Lance—: La Corporación de Bienes Raíces Galácticos les entregará la finca con la que han soñado, proporcionándoles todo el servicio. Los únicos seres humanos de Ceres, es decir, las personas autorizadas para aterrizar aquí, serán los Inversores y sus familias. Si se refugian todos en Ceres, los Liberales no podrán atacarles, y no estallará ninguna revolución. Con el elemento tiempo resuelto, el riesgo personal destruido, los Liberales podrán ser descubiertos, perseguidos y eliminados a placer.

—¿Cuánto nos costará esto? —inquirió Almeric.

—Un millón de dólares a cada uno, más mil dólares mensuales por el mantenimiento de Vesta.

—¡Cincuenta millones de dólares! —exclamó Almeric. Había respeto en su tono de voz—. De los que usted se quedará con dos tercios. Empiezo a comprender por qué un millón de dólares al año le parecía muy poco por sus inventos.

—Es bastante barato como precio para la paz, la seguridad... y la vida —objetó el joven.

El presidente del Primer Banco Galáctico se levantó, alisando con gesto automático su cabello gris.

—Caballeros, he guardado silencio hasta ahora porque poseo una parte de la Corporación de Bienes Raíces Galácticos. Pero el hecho de haber respaldado financieramente a este joven demuestra de modo claro mis sentimientos acerca de su proposición. Pero ahora deseo ante todo que consideren esta oferta. Mi principal objetivo no es el beneficio, que, al fin y al cabo, sólo es razonable. Pero anoche, caballeros, uno de mis propios criados me disparó con una pistola lanzarrayos. Un criado que fue analizado por el Servicio Psíquico hace menos de seis meses. Esto significa que los Liberales emplean a algunos Manuales y han aprendido a esquivar los sondeos psíquicos. Caballeros, Michael Lance tiene razón, nos está ofreciendo la seguridad de nuestras vidas.

Dwight Gregory volvió a sentarse y reinó el silencio, mientras los otros cincuenta se contemplaban entre sí. Luego, poco a poco, todas las miradas se posaron en el presidente, Hector Almeric.

—¡Por la bomba atómica! —exclamó éste—. Creo que nos has convencido, jovencito. Firmaremos.

Uno a uno, los cincuenta Inversores firmaron el contrato, junto con una transferencia bancaria de un millón de dólares. Después, regresaron a la Tierra, con el objeto de seguir dirigiendo la galaxia.

Michael Lance cumplió su palabra, y la construcción de Ceres se llevó a cabo en unas siete semanas. Durante los dos días siguientes, cincuenta cruceros familiares, y otras naves para los equipajes, aterrizaron en el pequeño planeta. Los robots descargaron velozmente todo el equipaje y acomodaron a las familias. Y les pareció demasiado pronto, ya que se llevaron a cabo, mientras tanto, tres nuevos intentos para asesinar a otros tantos Inversores.

El primer día de su estancia en Ceres, Hector Almeric se dedicó a visitar su nueva morada. Hasta en el último detalle, era la residencia con que siempre había soñado. Los jardines eran tal como los había imaginado, magníficas flores terrestres, helechos y salvia, junto a lirios rojos de Marte y pálidas florecillas azuladas de la Luna. Se paseó por el parque y permaneció largo rato junto a la fontana cantarina que deseaba desde la edad de veinte años.

Hector Almeric tenía muchos motivos para sentirse feliz, pero no lo era. Estaba preocupado e inquieto. Se dirigió al salón de conferencias y sintonizó el televisor con la longitud de onda de Dwight Gregory. El banquero le sonrió como un colegial y saludó a Almeric.

—Lo malo que tienes, Hector —le espetó—, es que nunca aprendiste a descansar. ¿Por qué no llamas a la Tierra y le das a alguien una orden cualquiera? Esto te sentará bien. Y no vuelvas a importunarme. Estoy a punto de recibir un mensaje de mi robot..., le he puesto el nombre de Gertrudis.

La pantalla se oscureció, desapareciendo el banquero. Almeric, indolentemente, sintonizó la longitud de onda de Michael Lance y apretó la palanca. No hubo respuesta. Marcó el número de su oficina en la Tierra y la pantalla continuó en blanco.

No había ningún motivo, pero Hector Almeric volvió a sentir miedo. Cruzó la estancia y apretó el botón de Transferencia Espacial. La energía estaba muerta, sin vida. Volvió al televisor y, de nuevo, intentó llamar a Michael Lance. Al no obtener respuesta, apretó la palanca con temblorosas manos. Lanzó un respingo cuando la pantalla le mostró únicamente un paisaje plano y verde. La casa de Michael Lance se había desvanecido.

Hubo una nota indicadora en el televisor y observó cómo la luz señalaba una llamada desde la Tierra. Aliviado, giró la manivela hacia este canal. Y entonces, Michael Lance, el Inversor cincuenta y uno, apareció sonriente en la pantalla.

—Michael —jadeó Almeric—, ¿qué le ha pasado a tu casa?

—Debí olvidarme de rociarla con la capa final —Lance se encogió de hombros—. Soy muy descuidado, ¿verdad? Pero esto no les ocurrirá a las demás casas de

Ceres.

—No..., no lo entiendo —tartamudeó Almeric—. Y..., y algo raro le ocurre al aparato de Transferencia Espacial. No funciona. Tampoco puedo sintonizar con mi oficina por el televisor. ¿Es que no hay fuerza?

Lance sonrió ampliamente.

—¿Ha intentado llamar a una nave?

—No.

—Pues no se moleste. Temo haberle mentido en un par de cosas, Almeric. No hay naves en Vesta. No las hubo jamás. Creo que también me olvidé de decirle que los robots fueron construidos de forma que jamás aprendiesen a fabricar una nave.

—¡Pero si hay muchas! —protestó Almeric.

—Todas están de servicio. No, temo que no tengan ningún medio para abandonar Ceres.

—Construiremos una —barbotó Almeric—. Jenkins era ingeniero espacial. Inventó la conducción galáctica.

—Dudo que encuentre los materiales apropiados en Ceres —replicó, afablemente—. Pero en realidad, esto no importa. La franja de energía en torno a Ceres no puede penetrarse por ninguno de sus lados. La combinación de penetración se cambia automáticamente cada día. Y aunque ustedes descubriesen la clave, sería ya distinta cuando hubiesen logrado fabricar una espiral.

Hector Almeric comenzó a comprender.

—¿Pero... por qué..., por qué? —preguntó, estupefacto—. ¿Por qué? ¿Crees que te convertirás en dictador de la galaxia, con todo el poder y el dinero? ¿Es eso lo que intentas?

—Todavía no sé lo que haré, Almeric. El Consejo todavía no lo ha decidido.

—¿El Consejo? —se atragantó Almeric.

Michael Lance asintió.

—Oh, sí, ésa es la otra mentira que te dije, Almeric, al afirmar que yo era el inventor de todos los adelantos de que ahora disfrutas. Aunque su empleo fue idea mía, en realidad no son más que el resultado de la colaboración de todo el Consejo. Sí, los científicos hemos llegado a tener conciencia de nuestra responsabilidad ante todos los hombres..., incluso los Inversores. Nuestra obra ya no se utilizará nunca más para explotar o matar a nadie. Por este motivo, los Inversores habéis sido trasladados a Ceres en vez de ser eliminados.

—Pero hubo varios intentos...

—Sólo para amedrentaros, Almeric, para tener la seguridad de que accederíais a instalaros en Ceres. No ha habido ningún otro asesinato desde que fui nombrado jefe temporal del Consejo de los Liberales.

—¡Tú! —exclamó Almeric, aterrado—. ¡Tú eres el científico...!

Michael Lance asintió.

—¿Pero..., pero por qué? —repitió el Inversor.

—Ya lo sabes, Almeric. Lo has sabido siempre. Pero no querías admitir que tú y los demás Inversores habéis vivido a expensas de los millones de habitantes de la galaxia —el altavoz captó la ironía de la voz—. Supongo que es natural que hayáis cerrado la mente a la idea de que podía llegar el día de la venganza. Tenía que llegar. Recuerda..., “no es posible cambiar la naturaleza humana” —hizo una pausa y continuó—: Pero tú debes de ser más feliz, Almeric. ¿Por qué no convocas una reunión de la Junta y dictas una ley para que todos los habitantes de Ceres sean felices? A fin de cuentas, tienes lo que te prometí: paz, seguridad... y la vida. Y, gracias a los robots, muchos lujos..., incluyendo las fincas que siempre anhelasteis poseer. Tú y tus descendientes, Almeric, podréis vivir y mandar en Ceres por toda la eternidad. Nadie podrá entrar... ni salir de este planeta.

Hector Almeric seguía mudo, con la cabeza abatida, ante la pantalla.

—Ésta será la última comunicación con la Tierra —añadió Michael Lance—. Ahora estamos limpiando el espacio, para que los canales del televisor y de Transferencia Espacial a Ceres sean destruidos para siempre. En beneficio de la población libre de la galaxia..., que por primera vez lo es de veras..., te deseo buena suerte, Hector Almeric.

Y antes de que su imagen se desvaneciera en la pantalla, dejándola gris de nuevo, Michael Lance se llevó una mano al cabello y se puso un mechón de éste sobre la frente.

La Revolución había terminado.

AQUELLA

Donald A. Wollheim

Al ver aquel bello planeta azul que resplandecía en el cielo ante mí, comprendí que era el lugar ideal que yo tanto deseaba para descender con mi yate espacial y dar fin a mi largo viaje. Había viajado durante muchos meses, fácil y perezosamente por entre las fantásticas distancias que separaban a las estrellas. Mis vacaciones aún no habían llegado a su término y ansiaba los placeres que podía ofrecerme la miríada de mundos maravillosos del espacio.

Había visitado los brillantes mundos cobrizos de Altair, explorado las cavernas de Polaris y paseado por las magníficas ciudades de cien planetas civilizados y por entre las enormes selvas de cien mundos coloniales. Y aun así, al ver aquel globo, tan azul, de aguas tranquilas y las pequeñas islas que moteaban su superficie, me dije que había hallado un lugar a propósito para detenerme y descansar. Descendí con mi plateada nave sobre las afueras de una pequeña ciudad situada junto a una laguna en una de las islas más grandes.

Cuando abandoné la nave y la brisa cálida y cargada de aromas y flores llegó hasta mí, al mismo tiempo que el suave susurro de los verdes árboles me traía un mensaje de paz, sentí una enorme alegría..., pues aquél era indudablemente un bellissimo lugar. Y cuando la gente de piel rosada, cabellos dorados y ojos tristes vino a darme la bienvenida, me sentí muy feliz.

Aquella era el nombre del planeta, me dijeron, y muy pocos extranjeros procedentes de las estrellas les honraban con su visita. Esto me sorprendió, ya que el planeta se hallaba situado en una populosa región del espacio y no era probable que mundo tan idílico escapara a la atención de los ociosos y de los buscadores de descanso, venidos de mundos donde se trabaja cada día.

Si ha existido alguna vez planeta adecuado para disfrutar de unas vacaciones, aquí está, pensé para mis adentros. Allí no parecía haber industria alguna ni máquinas ni factorías. Un mundo de agua con un puñado de islas esparcidas por su superficie. La población no pasaba quizá de unos cuantos millones de habitantes en un mundo de considerable magnitud. No había bestias peligrosas, ni enfermedades, ni clima desagradable. Se me aseguró que allí siempre hacía buen tiempo, siempre cálido, siempre fructífero.

Nada parecía coartar mi placer, y, sin embargo, algo me preocupaba. Los nativos se mostraban muy amistosos y amables, pero noté cierta reserva en su actitud. Se hacía difícil explicarla, pero era claramente perceptible. Aquellas gentes sonrosadas vivían de forma tan simple y agradable, que al punto se hacía evidente que no eran salvajes. No, ni muchísimo menos. Había en aquellas gentes algo que denunciaba al

hombre civilizado; su saber y su pensamiento, aunque lentos e indiferentes a los problemas de la Federación Estelar eran, por otra parte, notables.

Mi piel negra y mis ropas de extranjero tenían al menos que excitar la curiosidad de los niños, ya que el planeta recibía pocas visitas, pero incluso ellos mostraban cierta reserva en aproximarse a mí. No tenían el entusiasmo que yo había observado en los jóvenes de otros mundos..., donde se abrigaban ideas románticas acerca de las estrellas.

Los nativos eran afables, pero hasta mi conciencia se abrió paso lentamente la convicción de algo que marchaba mal allí.

No sabía de qué se trataba, pero al cabo de varios días comencé a sentirme vagamente intranquilo. Quizá fuese la ausencia de visitantes. ¿Por qué aquel bello planeta no era un paraíso para el descanso? Lo tenía todo. Grandes océanos (poco profundos, me advirtieron, aunque en ciertos lugares sí lo eran), islas verdes y sonrientes, gentes afables que entonaban lánguidas canciones... Pero aquella extraña intuición persistía.

Pocos días después hice amistad con un tal Salur, un joven rubio nativo de la isla donde yo me encontraba. A menudo me acompañaba, pareciendo disfrutar, como por reflejo, de las delicias que yo gustaba en su mundo.

De él obtuve indirectamente alguna información. Manifestó que no sabía el motivo de que el planeta no fuese más visitado. Admitió, en parte, una suposición que comenzaba a nacer en mi interior..., que Aquella formaba parte de un mundo colonial. Lo sospeché ante su carencia de industria, pero Salur negó tal suposición. Declaró que en otro tiempo su mundo no era dominado por el agua y que su estado actual se debía a la labor de los descubridores estelares.

Salur me explicó luego, con expresión enigmática y el rostro vuelto hacia otro lugar, algo sobre un mundo volcánico y que en otros tiempos terribles erupciones y terremotos sacudían continuamente su superficie. La Federación Estelar lo había cambiado todo. Habían inundado el planeta extinguiendo la agonía del suelo, para convertirlo luego en el paraíso que entonces era.

Quizá pretendieron que se convirtiese en un mundo de descanso, pero nunca había llegado a serlo.

Miré hacia el silencioso océano azul y me asombró la pureza del aire y el cálido color del cielo. Su extensión amplia y poco profunda debería estar lleno, lógicamente, de embarcaciones de placer procedentes de otro planeta, de cientos de planetas. Sin embargo, allá a lo lejos sólo se distinguía una roja vela que navegaba.

Salur miró también hacia el horizonte y una vez más me desconcertó su mirada triste, que parecía patrimonio de todos los de su raza. Había algo enterrado profundamente en el ayer de su pueblo.

Recordé que Salur había descrito a Aquella como un lugar parcialmente colonial,

como queriendo decir que su pueblo era nativo de allí y no procedía de otro mundo. Asimismo recordé que en ningún otro mundo había yo visto humanoides de color sonrosado. Negros, tostados, y rojos, sí. Los habitantes de vívida piel azul de Algol, los dorados de Sango, y los que tenían la piel negra y brillante como la mía. Pero no sabía que existiesen seres con la piel rosada. Debían residir allí desde siempre, sin constituir otra cosa que un recuerdo racial de su terrible pasado, un pasado de volcanes, lava, y terremotos, que aún rugían en sus mentes y les entristecían.

Sugerí a Salur visitar alguna otra isla, a lo que asintió tristemente con un movimiento de cabeza.

Embarcamos en una barca que tenía forma de concha y, tras izar una vela triangular, avanzamos lentamente sobre las aguas azules. Muy pronto la isla quedó a nuestra espalda, para desaparecer acto seguido en el horizonte. Nos hallábamos completamente solos en la enorme extensión azul.

Miré hacia abajo, intentando penetrar con la vista en la profundidad del agua, pero no vi nada. Me llamó la atención una total ausencia de peces, característica que sólo se remediaría con el paso de los siglos. En aquel mundo reconstruido no hacía muchos siglos forzosamente tenía que haber fallos.

Salur miró también hacia el agua, pero no dijo nada. Volví a notar aquella rara tristeza que parecía envolverle, algo más allá de la tristeza. Algo que me hizo sentir un extraño escalofrío, que duró únicamente unos segundos.

La noche nos sorprendió en el agua y nos tendimos de espaldas para contemplar el cielo azul, donde parpadeaban millones de estrellas. De vez en cuando tuve la sensación de quedarme dormido, pues el cielo parecía nublarse y las estrellas desaparecer entre una nube gris. Entonces la lancha escoró con violencia y me puse en pie.

—¡Llueve! —exclamé—. ¡Creí que aquí nunca llovía!

Salur también se había puesto en pie y miraba hacia el mar. Guardó silencio durante unos segundos antes de replicar:

—Aquella todavía no es perfecta. Esto no es exactamente lluvia.

Hablaba en tono bajo y tenso.

Miré de nuevo hacia el mar desierto y entonces vi que en su superficie se alzaban olas, mientras que unos raros temblores agitaban su superficie. Un terremoto submarino, pensé, al punto al ver el estertor final de un volcán que no se había apagado totalmente.

El cielo estaba oscuro, casi negro, y en él ya no brillaba ni una sola estrella. Una tormenta unió su fragor al del terremoto.

La situación se hacía peligrosa. Miré a mi alrededor. Salur estaba sentado en la proa de la embarcación, mirando absorto al tenebroso y turbulento mar.

Pronto recobré el ánimo. La embarcación no podía hundirse, gracias al material

con que estaba fabricada. No podía cuartearse, ni volcar, ni sumergirse. Bajo su sencillez exterior la ciencia de las estrellas la mantenía firme.

Me sujeté con unas ligaduras a la cubierta y me dispuse a gozar del espectáculo, del último furor de aquel planeta no completamente domeñado. Tal vez estaba allí la respuesta a la carencia de visitantes, en su falta de seguridad.

Salur pareció adivinar mis pensamientos; durante un breve instante apartó sus ojos de la temible oscuridad y dijo:

—Esto no ha sucedido desde hace cinco generaciones.

Volví a sentir un escalofrío. ¿Por qué su voz era tan tensa, tan aguda? ¿Por qué parecía ahora más áspera que antes? ¿Por qué brillaban tan extrañamente sus ojos?

En aquel momento comprendí que me hallaba muy cerca del secreto que aquellas gentes guardaban en sus corazones. Estaba a punto de descubrir lo que les mantenía aislados del universo.

En estos últimos años, deseé algunas veces, no haberme acercado tanto a la verdad. Algunas veces, llegué a desear también que la tormenta se hubiese calmado entonces.

La oscuridad se hizo total. Brilló un súbito relámpago, y luego otro... seguidos de un trueno violento y atemorizador.

Sin prestar la menor atención al peligro, Salur se incorporó en la barca, cara al viento. Flotaban sus rubios cabellos y sus ojos eran más brillantes que nunca. Las aguas se retorcían agónicamente, rugía el trueno y los relámpagos iluminaban de vez en cuando la terrible escena.

Luego llegó otro formidable estremecimiento. Terremoto tras terremoto torturaba el fondo del océano.

Salur lanzó un fuerte grito y yo miré hacia donde él señalaba. El océano se hundió y, a la luz de los relámpagos, vi como una formación de roca gris ascendía de pronto a la superficie, como un submarino que emergiese. Como se alzaban otras rocas y fuego, por un instante, entre un fantástico estrépito surgió en el agua una enorme superficie de tierra.

Distinguí una gran llanura por la que discurrían arroyos de agua negra y donde crecían plantas blancas y verdes así como una vegetación típicamente submarina. También se divisaban grandes formaciones rocosas cubiertas por el fango.

Aparecieron contra el tormentoso cielo negro, altas torres de metal retorcido y roto. La luz de los relámpagos iluminó grandes planchas de blindaje y cadenas de metal que colgaban de ruedas radiadas. La negra boca de un cañón se recortó también contra el cielo, y de su extremo colgaban húmedas algas.

Contemplé todo aquello por un momento antes de que la masa volviera a hundirse en el mar. Salur, de pie en la proa de la embarcación, agitaba en el aire ambas manos, gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Y escuché sus palabras. Cosas que no debían escuchar unos oídos civilizados.

Entonces supe lo que era Aquella y por qué tenía pocos visitantes.

Por la mañana, cuando la tormenta ya no era más que un mal recuerdo y el sol lucía sobre un pacífico mar azul, navegamos silenciosamente, de regreso a la isla.

Atravesé las calles de la pequeña ciudad. Estaba seguro de que aquellas gentes de piel rosada estaban ya enteradas de mi descubrimiento. Por la chispa que brillaba en el fondo de sus ojos, comprendí la tristeza, la maligna tristeza que les impedía disfrutar de su bello mundo.

Supe por qué en todos los planetas de la horda estelar nunca había visto personas de piel rosada.

Mientras entraba en mi nave espacial para abandonar aquel planeta para siempre, hice una pregunta a Salur:

—Aquella no fue siempre el nombre de este planeta, ¿verdad?

Salur me miró y asintió con un movimiento de cabeza, replicando:

—Antes de ser inundado. Aquella no era su nombre.

Vacilé un momento en confirmar mi sospecha. Pero tenía que hacerlo. Apoyé una mano sobre la compuerta de mi nave espacial y murmuré:

—El hombre original de este planeta, antes de ser arrasado era...

Salur me miró fijamente y habló en voz baja:

—Tierra... —concluyó.

Cerré la compuerta.

LA VUELTA AL HOGAR

Marion Zimmer Bradley

CAPÍTULO PRIMERO

Brian Kearns, atento al cronómetro de navegación y al zumbido casi imperceptible de la pantalla del monitor, esperaba el instante de alcanzar el límite de tolerancia de la gravedad, concediéndose a sí mismo un margen de seguridad de diez segundos.

Brian era un joven práctico y metódico, con doce años de entrenamiento y otros cuatro años y medio como profesional.

Aflojó las correas de su camilla espacial, una especie de cuna muy próxima al panel de complejos controles que había observado con profunda atención, hasta aquel momento. Luego descendió pacientemente, centímetro a centímetro, como una mosca, por la pared, hasta asir una manilla, pulsando luego cierto interruptor todo lo posible hacia la izquierda.

El suave zumbido se detuvo.

Brian acababa de dar cima a un trabajo.

Tomó el lápiz que se hallaba unido al diario de navegación, tiró de una página que flotaba en el vacío y escribió rápida y en forma experta con su mano izquierda:

“Día de viaje n.º 1676; acabo de bajar el interruptor que corta los motores interestelares. Nuestros cálculos eran correctos y no parecen presentarse efectos visibles de *shock* cuando las unidades de transmisión dejaron de funcionar. Nos hallamos ahora a mil cuatrocientas millas de Marte. Dejo el control de la nave a... — consultó nuevamente su cronómetro y escribió—; a las 08'14 horas. Posición...”

Añadió una serie de complicadas cifras, puso sus iniciales bajo la nota y luego tomó el auricular de la comunicación interior.

Una voz áspera habló desde el otro extremo de la nave estelar, casi desde media milla de distancia:

—¿Eres tú, Kearns?

—Sí, Caldwell.

—Esperamos con los motores atómicos aquí, Brian. ¿Eran correctas las cifras?

—Todos los cálculos parecen correctos —contestó Brian con alguna rigidez—. Se han detenido los motores de acuerdo con el programa establecido.

—¡Formidable! —gritó la voz al otro extremo de la línea.

Brian frunció el ceño y tosió con tono de reproche. La lejana voz parecía enormemente alborozada; sin embargo, preguntó con mucha corrección:

—¿Espero órdenes, capitán Kearns?

—De acuerdo, capitán Caldwell —contestó Brian—, suya es la nave, veamos...

Brian se detuvo, consultó su cronómetro y al cabo de unos pocos segundos indicó:

—¡Ahora!

Colgó el auricular y miró la sala de control, donde había permanecido durante todo el largo viaje del *Homeward*. Los enormes motores interestelares se hallaban silenciosos en aquel momento, y las grandes superficies de metal parecían considerarle con fría indiferencia. Brian experimentó una curiosa sensación de extrañamiento al colocar la capucha al lápiz y correr un panel situado sobre el cuaderno de navegación. Se sostuvo allí, asido a una manilla, preguntándose si habría dejado algo pendiente aunque, con la seguridad del prolongado hábito, sabía que no era así.

Es imposible encogerse de hombros en el vacío; ese gesto haría volar a un hombre por la cabina, y Brian estaba demasiado bien entrenado para realizar movimientos inútiles. Pero sus cejas se alzaron un poco y una vaga sonrisa iluminó sus facciones, durante un minuto, su apariencia estuvo de acuerdo con su edad. Después, adoptando la expresión que siempre empleaba ante su tripulación, retrocedió por la pared, soltó unas sandalias de goma sujetas a su asiento-litera y se las puso con habilidad producto de una larga práctica. Luego, hizo un leve esfuerzo para seguir avanzando rápidamente por el resto de la pared e introdujo el cuerpo por la compuerta que conducía a la parte delantera de la inmensa nave estelar.

Allí se detuvo, mirando hacia el pasillo estrecho y cilíndrico. En aquel momento sentía una débil vibración a su alrededor, ya que, lejos de allí en la proa del *Homeward* los motores atómicos comenzaban a funcionar. Se permitió una nueva sonrisa, esta vez con el secreto desprecio que le permitía su condición de técnico en cohetes, para luego introducir el resto de su cuerpo, largo y delgado, por la compuerta. Se lanzó hacia adelante, en línea recta, a lo largo del pasillo, como un proyectil sin peso alguno. Frenó con gesto firme en el otro extremo, y luego se detuvo; se oyó un maullido musical, a su espalda, y el gato de la nave, "Einstein" — en realidad un mamífero de Centauro semejante a un canguro enano— se lanzó ciegamente sobre él.

—¡Brian..., cógele! —exclamó una voz femenina.

Brian se volvió, y con el brazo trazó un amplio círculo para capturar al animal. Lo consiguió, asiéndole por una delgada pata. La extraña criatura chilló y trató de huir, mientras que la muchacha decía:

—Sostenlo un momento..., ya voy.

La muchacha se adelantó por el pasillo, y cogió con presteza al animal, que de inmediato se tranquilizó y se acomodó entre sus brazos.

—Casi se volvió loco cuando se encendieron los cohetes —explicó en tono de disculpa—. Debe ser la vibración o algo por el estilo.

Brian sonrió a la muchacha, pequeña y delgada, con cabellos rubios que flotaban alrededor de su cabeza. Sus ropas de trabajo, muy breves, también flotaban en curiosos pliegues. Vivían todos en pleno vacío desde hacía tanto tiempo, que Brian apenas si se había fijado en la muchacha, pero en aquel momento notó cierta inquietud en su mirada... Elinor Wade era especialista en dietética y sabía menos sobre motores que el extraño gato de Centauro acurrucado en sus brazos.

—Está bien, Ellie; puede que “Einstein” sea un técnico en motores, un técnico excepcional de gran sensibilidad. Hace un momento corté las unidades de transmisión y entregué la nave a Caldwell.

La muchacha murmuró:

—¡Entonces casi hemos llegado! ¡Oh, Brian!

Los ojos de la muchacha brillaban. Brian asintió con un movimiento de cabeza.

—Ahora es Caldwell quien dirige la nave, e ignoro lo que hará —añadió Brian—, pero será mejor que tengas los oídos bien abiertos para recibir instrucciones. Tendremos que sujetarnos dentro de unos minutos para soportar el frenado si Caldwell desciende a Marte.

—Brian, tengo miedo... —murmuró Ellie, dejando flotar al gato.

La muchacha extendió una mano y tomó la de Brian añadiendo:

—Sería... terriblemente irónico que esta vieja nave hubiese viajado hasta Centauro, para estrellarnos ahora contra su atmósfera.

—Tranquilízate —respondió Brian—. Tal vez Caldwell decida regresar a la Tierra... Conoce bien su oficio y yo conozco muy bien al *Homeward*.

—Por supuesto —replicó la muchacha, mientras trataba de forzar una sonrisa sin conseguirlo—. ¡Estás enamorado de esta vieja ruina!

Brian sonrió comprensivamente y dijo:

—No lo niego, pero sólo se trata de una pasión provisional... hasta que te deje en Tierra.

La muchacha enrojeció y apartó su rostro. Los doce miembros de la tripulación del *Homeward* eran jóvenes, y aquel estrecho confinamiento provocaba fuertes afectos, aunque hombres y mujeres vivían a bordo cuidadosamente segregados por razones prácticas que nada tenían que ver con la moralidad. El viaje desde Centauro, pese a su velocidad fantástica, había requerido casi cinco años. Y nadie había descubierto aún como dar a luz a un bebé en pleno vacío.

Brian preguntó:

—¿Vas al salón?

—No... —replicó la muchacha retrocediendo—, tengo que alimentar a “Einstein”, y después, Paula sigue en la unidad de Cultivo de Alimentos y allí no hay sistema de comunicación..., tengo que acercarme para decirle que quizá tengamos que sujetarnos...

—Te acompañaré. Tengo apetito, y quiero comer algo antes de que salgamos. De todas maneras...

—¡No!

La exclamación de la muchacha sorprendió a Brian.

La muchacha agregó con palidez:

—Quédate en el salón. Te llevaré algo de comer.

Brian quiso protestar:

—Pero...

—Vamos... Paula está... —dijo Ellie torpemente—, Paula está vistiéndose.

—¡Qué diablos...! —exclamó Brian con tono de sospecha.

Tomó impulso, y recorrió velozmente el pasillo hasta alcanzar la abierta entrada de la Unidad de Cultivo de Alimentos. Ellie gritó al atravesar Brian el umbral. Ante sus ojos dos figuras estrechamente unidas se agitaron convulsivamente y se apartaron. Paula Sandoval se llevó ambas manos al rostro y luego extendió una mano para capturar una prenda interior que flotaba, mientras Tom Mellen se incorporaba y miraba con beligerancia a Brian.

—¡Vete al infierno! ¡Sal de aquí! —casi rugió.

Brian preguntó con terrible frialdad:

—¿Qué ocurre aquí?

La voz tensa de Paula sonó venenosamente:

—Creo que ya lo ha visto, capitán.

Sus ojos negros despidieron llamas.

—Brian... —imploró Ellie, apoyando una mano sobre la muñeca del joven con suavidad pero con firmeza.

Brian la rechazó con tal violencia, que la muchacha fue a parar al centro de la cabina. Luego dijo con fría voz de mando:

—Mejor será que atiendas a tus obligaciones, Paula. Caldwell necesitará comprobar sus cifras. En cuanto se refiere a ti, Mellen, las ordenanzas...

—¡Pueden irse al diablo las ordenanzas, y tú también! —rugió Tom Mellen.

Se irguió, revelando su alta estatura. Hubo un silencio y luego, preguntó:

—¿Qué diablos te propones metiendo las narices en todas partes?

—Escucha —dijo Brian en tensión, mientras flotaba en el vacío en torno a las dos muchachas—. Paula... vete de aquí, *¡es una orden...!* Tom, esta sección de la nave está vedada a los hombres fuera de las horas de comida. Es la quinta vez que...

—La sexta, para ser más exactos, intolerante capitán, y cuatro de ellas no me cazaste. ¿Y qué? Qué diablos te has creído..., maldito...

—Dejaremos a un lado lo que soy y lo que hago, señor Mellen...

Brian miró a Paula nuevamente y ordenó:

—¡Sandoval... le he dado una orden!

Ellie rodeaba con sus brazos a Paula, que sollozaba convulsivamente; Paula se apartó de ella con los ojos brillantes, y dijo con tono amargo mirando a Tom:

—Dale tú otra orden sobre mí, Tom.

Después que abandonó la cabina, Brian prosiguió:

—Vete tú también, Ellie. Solucionaré esto con Mellen.

Pero Ellie no se movió.

—Brian —dijo con calma—. No es el momento de recurrir a esas ordenanzas.

—Mientras el *Homeward* se encuentre en el espacio —le dijo Brian secamente—, las ordenanzas se cumplirán estrictamente.

—Escucha un momento... —comenzó Mellen con un tono furioso.

Luego, de pronto, enrojeció violentamente, y avanzó hacia Brian, antes de que éste comprendiese lo que estaba sucediendo.

—Los motores atómicos están funcionando —dijo— lo que significa que Caldwell es ahora el capitán. Durante tres años he estado esperando este momento...

Brian esquivó la acometida de Mellen con rápido gesto y Mellen quedó boca abajo por la misma fuerza de su golpe.

—¡Brian...! ¡Tom...! —rogó Ellie, interponiéndose entre ellos.

Pero Mellen la echó a un lado.

—Te lo aconsejo, Ellie, apártate de aquí... —jadeó.

Brian insistió:

—Escucha...

Pero Mellen se lanzó de nuevo sobre él, extendiendo ambas manos, y empujó con fuerza.

Los dos hombres chocaron en el vacío y se separaron luego, con tal violencia que sus cabezas chocaron con las dos paredes extremas de la unidad. Brian, medio aturdido por el golpe, logró recuperar su estabilidad.

La risa de Mellen, irónica y retorcida, resonó en la cabina.

—Está bien. ¡Maldita sea! —dijo amargamente—. Supongo que no vale la pena que nos peleemos aquí ahora mismo. Pero al tomar tierra...

Brian se llevó una mano a la cabeza y parpadeó, todavía aturdido.

—Para entonces —replicó fríamente—, ya no necesitaremos luchar, porque mi mandato habrá terminado.

Mellen apretó los labios, y Ellie intercedió, ansiosa:

—Tom, Brian tiene razón..., no hagas las cosas más difíciles ahora que casi estamos en casa...

—Sí..., está bien... —replicó Tom Mellen, sonriendo de súbito con buen humor—. ¡Eh, Brian! ¿Qué te parece? Nada de rencor, ¿eh?

Brian se volvió para responder con tono glacial:

—¿Por qué ha de haber rencor? Es mi deber que se cumplan las ordenanzas hasta que el *Homeward* se pose en Tierra.

—¡Maldita sea...! —murmuró Tom en voz baja en dirección a la rígida espalda de Brian.

Incluso Ellie parecía perturbada. Entonces Mellen avanzó hacia la parte delantera

de la nave.

—Vamos —dijo—. Creo que Caldwell nos necesitará.

Y mediante pequeños impulsos de su cuerpo, avanzó con presteza hacia el salón delantero de la nave.

CAPÍTULO II

La técnica de freno en la atmósfera había sido perfeccionada cien años atrás, antes de que el viejo *Starward* despegara de la Tierra con dirección a Centauro. Sin embargo, era nueva para la tripulación del *Homeward* y lo tedioso de su proceso les crispaba los nervios. Únicamente Brian, bien sujeto a una de las literas del salón, conservaba la calma, y Ellie, en la litera próxima a la suya, se sentía contagiada por su confianza; Brian Kearns había sido entrenado a bordo del *Homeward* durante doce años antes del comienzo del viaje.

Habían sido necesarias cuatro generaciones para que la desamparada tripulación del *Starward* reparase los supermotores aplastados en el aterrizaje, e instalase un centro en el cuarto planeta de Centauro —bautizada como Tierra Dos—, para que otra tripulación pilotara la nave de regreso a la Tierra y transmitir la noticia de su éxito. Ciento treinta años de tiempo subjetivo. Teniendo en cuenta la significación de tiempo producida por las supervelocidades, era muy posible que hubiesen transcurrido cuatrocientos o quinientos años, objetivamente en el planeta que dejaron sus antepasados. Ellie observó el rostro tranquilo de Brian, su boca que persistía en sonreír con cierto abandono muy personal cuando no se creía observado, y se preguntó si su compañero no sentiría pesar. Ellie luchó un instante con una añoranza abrumadora, al recordar la última vez que vio el pequeño planeta oscuro, girando alrededor de la estrella roja. Había dejado una floreciente colonia de 400 habitantes, un mundo al que jamás regresaría, ya que después de cinco años de tiempo subjetivo, era muy posible que todos sus conocidos de Tierra Dos hubiesen muerto ya.

Pero los pensamientos de Brian se proyectaban hacia el futuro y no hacia el pasado, ni tampoco podía ocultarlo.

—Supongo que ahora habrán descubierto ya un método mejor de freno en la atmósfera —murmuró—. Si alguien nos mira desde ahí abajo, nos tomará probablemente por fósiles vivientes..., y me temo que lo somos. En su mundo nos sentiremos tan aislados como si perteneciéramos a la edad de piedra.

—¡Oh, no lo sé! —protestó Ellie—. La gente no cambia...

—Pero sí lo hacen las civilizaciones —insistió Brian—. Han transcurrido menos de cien años desde el primer cohete lanzado hacia la Luna y el lanzamiento del *Starward*. Una civilización científica puede evolucionar con gran rapidez.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que se haya avanzado en tal campo? —quiso

saber Ellie.

—¿Has oído hablar alguna vez del enlace del tiempo? —preguntó Brian con tono burlón—. Cuando cada generación resume los conocimientos de la anterior, progresa acumulativamente, de forma directa. Cuando partió el *Starward*...

—Brian... —comenzó la muchacha.

Pero Brian continuó imperturbable.

—Te aseguro que el hombre progresó al azar durante miles de años, pero al adquirir un método científico en menos de un siglo, se pasó del avión a reacción a la nave espacial. Una raza capaz de efectuar viajes interestelares sólo podía progresar en una sola dirección. Con tiempo suficiente, si proporcionásemos a un computador la información adecuada, podríamos predecir con exactitud lo que encontraríamos ahí abajo.

—Me parece que estás olvidando el elemento humano —dijo Ellie lentamente—. La tripulación del *Starward* estaba formada por un grupo de científicos seleccionados, y la colonia de Tierra Dos es probablemente lo que más se aproxima a una sociedad homogénea. No puedes hacer tales previsiones con un planeta normalmente poblado.

—El elemento humano...

—¿Quieren dejarlo ya? —gritó furioso Langdon Forbes desde su litera—. ¡Estoy tratando de no marearme, pero esa charla de Kearns acerca del progreso ya es el colmo! ¿Es ahora el momento oportuno para teorizar sobre todo eso?

Brian gruñó algo ininteligible y se calló. Ellie extendió una mano hacia él, pero Brian la rechazó.

Surgió un gemido desde la parte baja de la litera de Ellie. “Einstein” descubría la gravedad y no le gustaba. Ellie cogió en brazos al atemorizado animal tan sólo para calmarlo. Se extendió el silencio por todo el salón; la constante baja vibración de los motores atómicos penetraba hasta tal punto en sus conciencias que habían olvidado su condición de sonido. Aparentemente inmóviles, experimentaban una desagradable sensación de arrastre a medida que la enorme nave estelar frenaba en amplios círculos, primero rozando la atmósfera durante uno o dos segundos y girando elípticamente, como un cometa enloquecido; luego penetró en la atmósfera durante unos segundos más, y después durante un minuto, varios minutos..., hasta descender trazando lentas y cuidadosas espirales.

—Espero que hayan descubierto algún sistema para dotar de gravedad artificial a las naves espaciales —suspiró Judy Keretsy, con una sonrisa en la litera dónde se hallaba sujeta, boca abajo, ahora en el techo del salón.

Sus largos cabellos rizados caían sobre su cabeza como una espesa cortina; era la única mujer de la tripulación que no llevaba el cabello funcionalmente corto. Trató de recogerlo inútilmente, y extendiendo una mano se quejó:

—¡Oh, mi pobre cabeza! Me estoy mareando aquí arriba.

—¡Vaya! —exclamó irónicamente Ellie—. ¿Te sucede igual que a este pobre

gato?

—¡Oye...!, ¿de quién partió la idea de embarcar a ese animal? —preguntó alguien.

—Valiosa contribución al mundo de la ciencia —se burló Judy—. ¿Por qué no has traído la pareja, Ellie?

—Brian no se lo hubiese permitido —comentó Marcia van Schreeven con cierto tono de amargura.

Ellie acarició la oscura piel del animal y recordó a Marcia con tono pacífico:

—“Einstein” pertenece al tercer género. Cuando las condiciones sean adecuadas, se reproducirá en el primero y segundo.

—Es un animal con suerte —dijo Brian con sorna.

Ellie le miró con una timidez poco corriente en ella y murmuró:

—¡De todos modos “Einstein” será único en la Tierra!

—Verás cosas mucho más raras que “Einstein” —le cortó Brian con indiferencia—. Hemos estado en un solo planeta, mientras que ahora la Tierra habrá colonizado probablemente todas las estrellas más cercanas. Los terrícolas deben ser muy cosmopolitas...

—Hablando de la Tierra —intervino Langdon—. ¿En qué parte de ese planeta vamos a descender con esta nave?

—No lo sabremos mientras no entremos en contacto con la superficie —replicó Judy con irritación, intentando recogerse los flotantes cabellos de nuevo—. Tenemos el mapa que nos entregaron los Primeros, pero no es posible que el viejo aeropuerto espacial de Denver siga en funcionamiento, y si lo está, lógicamente habrá cambiado tanto que no sabremos como aterrizar. Quizá no haya espacio para una nave de este tamaño.

—Se nota que has estado escuchando a Brian —comentó Langdon sonriente—. Según él, es una suerte que no hayamos chocado ya con el cohete de servicio a la segunda galaxia.

Brian ignoró la confusión de términos técnicos y respondió con seriedad:

—Es por eso que sugerí aterrizar en Marte. Tiene suficientes áreas desérticas para que descendamos sin producir daño a zonas urbanas. Dudo de que la población esté allí tan centralizada...

—¿Y por qué no lo hemos hecho? —preguntó Marcia con voz chillona.

Langdon frunció el ceño y volvió la cabeza hacia ella.

—Intentamos comunicar con ellos por radio desde el espacio —explicó—, pero no recogieron nuestras señales. Caldwell y Mellen decidieron entonces traernos a la Tierra, en lugar de perder tiempo en Marte donde quizá hubiéramos tenido que partir nuevamente. Sólo hay combustible para un aterrizaje y un despegue.

—Pero podríamos haber cargado más combustible en Marte... —comenzó Brian.

Fue interrumpido por una tos cortés que sonó en el altavoz situado en el centro del salón.

—¡Eh, Kearns! Brian Kearns, adelántate aquí. Por favor, ven a la sala delantera de control, si te es posible.

Brian frunció el ceño y comenzó a soltar trabajosamente las correas que le sujetaban a su litera.

—Bien... —murmuró—, ¿qué querrá ahora Mellen...?

—¿Qué sucede? —preguntó Judy con tono chillón—. ¿Hay dificultades?

—¡Oh, cállate! —exclamó Ellie—. Si las hay ya nos lo dirán.

La muchacha contempló, con vaga inquietud, cómo Brian se arrastraba torpemente junto a su litera, hasta llegar a la compuerta —que sólo funcionaba perfectamente en el vacío—, e introducirse en la sala de control delantera.

Tom Mellen volvió su cabeza, de cabellos muy cortos, hacia Brian, al entrar éste.

—Estamos intentando comunicar en diversas frecuencias —explicó Mellen frunciendo el ceño—, pero no responden. No se oye la menor señal. ¿Qué opinas, Brian?

Brian miró deliberadamente a su alrededor. Paula Sandoval se hallaba bien sujeta ante los instrumentos de navegación, y encogiendo sus desnudos y morenos hombros, eludía mirar a Brian. Caldwell, el veterano de cabellos grises que había reparado los motores atómicos, sonreía. Mellen mostraba una actitud defensiva y de total desorientación.

—Propuse Marte —respondió Brian—, y vuelvo a proponerlo de nuevo; estamos perdiendo el tiempo tratando de comunicar con los aparatos que tenemos a bordo. Es probable que ellos usen ahora algo muy superior, a la radio o a cualquier frecuencia que conozcamos, así que no nos oirán. Su equipo puede resultar excesivamente evolucionado para que nuestros aparatos primitivos...

—Conque primitivos... —repitió Caldwell, intentando conservar la paciencia.

Mellen le interrumpió fogosamente:

—Escucha, Kearns, hay muchas formas de transmitir impulsos electrónicos.

—Los primeros hombres del espacio sostenían que todos los combustibles tenían que ser químicos o atómicos, ¿no? —dijo Brian—. Nosotros usamos cerberio. ¡El mundo no terminó al partir el *Starward*! Debes comprender que hemos estado ausentes durante un tiempo que equivale a unos quinientos años, ¡y que estamos fuera de su época!

—Tal vez... —murmuró con calma Mellen, haciendo funcionar de nuevo el interruptor.

Brian, irritado, lo cerró.

—¿Para qué, Tom? —insistió—. Si hubiesen recogido nuestras señales, ya nos habrían contestado. ¿Has visto salir o entrar algún cohete?

—Nada que tenga más de doce centímetros desde que entramos en órbita —replicó Mellen.

Brian frunció el ceño.

—¿Dónde nos hallamos, Paula?

La muchacha le dirigió una mirada llena de odio pero, tras una ojeada a sus instrumentos, respondió:

—En órbita a cuarenta millas, velocidad 5'6 millas por segundo.

Kearns miró a Caldwell.

—Tú eres el capitán —dijo.

—Hasta cierto punto —replicó Caldwell, devolviéndole la mirada fijamente—. Por ello quise que vinieras aquí. Podemos hacer dos cosas. O bien descender hasta más abajo de la capa de nubes y arriesgarnos a que disparen contra nosotros, hasta encontrar un sitio para el aterrizaje, o bien permanecer en órbita y enviar abajo a alguien en el cohete sonda.

—El cohete sonda —decidió Brian al instante—. ¿Pretendes aterrizar con una nave de este tamaño sin que hayan enviado instrucciones desde el exterior...? Es de suponer que haya leyes sobre el aterrizaje de naves espaciales. El cohete sonda puede tomar Tierra en un terreno muy reducido, localizar un aeropuerto espacial lo suficientemente grande para el *Homeward* y conseguir los permisos necesarios.

—Pasas por alto una cosa —dijo Mellen con preocupación—. Supongamos que carecen de aeropuertos espaciales...

—Deben tenerlos, Tom —protestó Caldwell—, incluso para las naves interplanetarias.

Y Brian añadió:

—Es imposible que seamos la única nave interestelar.

—No me refiero a eso —protestó Mellen—. Seguramente uno de los planetas, Marte o la Tierra hubiese recogido nuestras señales. Habrá alguien que use la radio para algo, aunque sea puramente local. Es decir, ¡si es que hay alguien ahí abajo!

Brian se echó a reír y preguntó:

—¿Te refieres a alguna catástrofe universal?

Brian acababa de hablar con tono sarcástico, pero Mellen tomó su pregunta muy en serio:

—Algo por el estilo —dijo.

—Hay un medio de averiguarlo —propuso Caldwell—. ¿Quieres bajar con el cohete sonda, Brian? No usaremos ahora los motores de transmisión..., no tienes nada que hacer a bordo.

—Iré —aceptó Brian.

Pero apenas podía ocultar su ansiedad, e incluso olvidó su resentimiento contra Mellen por un instante.

—¿Puedo llevarme a Tom para que maneje la radio? —preguntó tras una leve pausa.

Caldwell frunció el ceño y respondió de modo práctico, y con gran tacto.

—Necesitaré a Tom y también a Paula para descender con la nave cuando llegue el momento. Es mejor que lleves a Langdon. Y llévate también un par de hombres; Mellen puede tener o no razón, pero opino que ningún miembro de la tripulación

debe bajar solo mientras no sepamos exactamente lo que vamos a encontrar.

La seriedad de Caldwell hizo muy poca impresión en Brian preocupado por la elección de un copiloto, pues el joven sólo estaba capacitado para manejar las complejas naves interestelares.

Finalmente, fue Ellinor Wade quien se hizo cargo de los controles del pequeño reactor estratosférico, diseñado para la exploración durante las etapas finales de reparación del *Homeward*. La muchacha dejó que el aparato se hundiese en la masa de nubes, y preguntó:

—¿Dónde hemos de aterrizar?

Langdon se inclinó adelante, estudiando con atención su mapa.

Contestó al cabo de unos segundos:

—Inténtalo en el medio oeste de Norteamérica. Allí se construyeron los primeros cohetes, y todos hablamos inglés...

—A menos que el idioma haya cambiado mucho —murmuró Brian.

Ellie frunció el ceño cuando hizo descender el rapidísimo reactor, trazando un arco sobre una masa de tierra poco familiar. Brian y Langdon se llevaron ambas manos a los ojos, a causa de la súbita luz amarillenta que los hería. La iluminación de a bordo, se limitaba a las suaves luces carmesí que privaban en Tierra Dos, bajo la cual había vivido la tripulación toda su vida. Ellie se inclinó sobre el panel de instrumentos, lanzando en voz baja una maldición muy poco adecuada para una muchacha.

El aparato voló sobre onduladas colinas, y Brian respiró hondo al distinguir el horizonte una masa regular de edificios. Luego dijo en voz baja:

—Ya empezaba a temer si Mellen tendría o no razón con sus desiertos atómicos.

Ellie advirtió:

—Por lo que nos dijeron los Primeros, no me importa tomar tierra en un aeropuerto de la ciudad. Busquemos ante todo un sitio apropiado.

Dirigió el aparato hacia el norte de la ciudad y preguntó luego:

—¿Habéis visto algo que se parezca a un medio de transporte? ¿Aviones, cohetes, o algo por el estilo?

—Nada apreciable a simple vista —respondió Langdon preocupado—, ni ningún movimiento que pueda detectarse con el radar.

—Es extraño... —murmuró Ellie.

Desde aquella altura la visibilidad era muy clara, y cuando el aparato descendió más, los detalles aparecieron con mayor nitidez: amplios campos arados, casas de juguete muy esparcidas, y grupos de pequeños edificios. Parecía haber animales en el campo. Langdon le sonrió, recordando a Tierra Dos:

—Igual que en casa... una comunidad rural corriente, ¡aunque todo parece *verde*!

—¡Eso se debe a esta ridícula luz amarilla! —exclamó Ellie distraídamente—. Será mejor que te prepares para alguna sorpresa, Langdon...

—Tal vez te la lleves tú —respondió Langdon, tranquilamente.

Este último miró por encima del hombro de Ellie y añadió:

—Allí hay un terreno nivelado, Ellie.

El cohete sonda tocó tierra y se detuvo suavemente; los dedos de Langdon se desplazaron sobre el panel de la radio para enviar un breve mensaje, mientras Brian abría la portezuela. Extraños aromas penetraron en la cabina y los tres tripulantes, entornaron los ojos bajo la fuerte luz, una luz muy molesta, hasta poner pie en tierra.

—Hace frío —murmuró Ellie temblando bajo sus finas ropas.

Langdon miró hacia el suelo y dijo, consternado:

—¡Has aterrizado en un campo de labor!

La comida todavía se conservaba cuidadosamente en Tierra Dos más por hábito que por grave necesidad, en cuanto la conquista del nuevo planeta era insegura y la colonia humana, no se atrevía a correr riesgos. Los tres experimentaron cierta sensación de culpabilidad al mirar las ennegrecidas espigas de grano.

Ellie asió por un brazo a Brian y dijo:

—Alguien viene...

Por entre los surcos del trigo maduro avanzaba un chico de unos trece años. Caminaba con decisión, pero sin prisas. No era muy alto pero parecía fuerte; su rostro estaba muy tostado, y lucía unos cabellos negros muy cortos. Vestía una camisa y pantalones de faena metidos en botas de caña baja. Todas sus ropas tenían el mismo color: marrón. Incluso Brian guardó silencio cuando el muchacho llegó hasta el cohete sonda, se detuvo para observarlo, mirando luego con indiferencia a las tres personas reunidas ante la portezuela del aparato. El muchacho se acercó hasta la cola del cohete, para examinar los tubos reactores que aún humeaban.

Brian soltó rápidamente la mano de Ellie y gritó, olvidando el discurso que había preparado:

—¡Eh!... ¡no te acerques ahí! ¡Eso está muy caliente, es peligroso!

El chico desistió, volviéndose en dirección a Brian, para decir en un inglés un tanto áspero pero perfectamente comprensible:

—Vi la columna de humo y creía que había caído un meteoro.

Luego se echó a reír, les dio la espalda, y comenzó a alejarse.

Brian, desconcertado, miró a Ellie y a Langdon. La muchacha llamó al chico:

—Por favor... espera un momento.

El muchacho dio media vuelta, y ante su indiferente cortesía, Brian no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Fue Langdon, finalmente, quien dijo con voz vacía:

—¿Dónde podemos...? Traemos un mensaje para el gobierno. ¿Dónde hay algún medio de transporte... para ir a la ciudad?

—¿Ciudad? —repitió el chico—. ¿Para qué? ¿De dónde vienen ustedes? ¿La... la ciudad?

Brian asumió de nuevo el control de la situación.

—Formamos parte de la primera expedición hecha a Centauro, en el *Starward* —explicó—. Nosotros..., mejor dicho, nuestra nave, dejó este planeta hace cientos de

años.

—¡Oh! —exclamó el muchacho, sonriendo amistosamente—. Bien, supongo que estarán muy contentos de haber regresado. Más allá de esa colina...

El chico señaló con una mano y añadió tras una breve pausa:

—...Allí encontrarán una carretera que les llevará a la ciudad.

Se volvió de nuevo y caminó con decisión.

Los tres viajeros se miraron con muda indignación. Brian dio un paso hacia delante y gritó:

—¡Eh..., vuelve aquí!

Con irritado movimiento de cabeza, el muchacho se volvió una vez más y preguntó:

—¿Qué desean ahora?

Ellie insistió con tono amable:

—Este aparato no es más que un cohete sonda de nuestra nave. Tenemos que descubrir un sitio apropiado para aterrizar con la nave espacial. Como puedes ver...

Y Ellie señaló a la extensión de trigo destruido añadiendo a continuación:

—...Nuestros motores han estropeado parte de la cosecha. Nuestra nave espacial es mucho mayor y no queremos causar más perjuicios. Quizá tu padre...

El rostro del muchacho, que al principio reflejaba la desorientación, se iluminó a medida que Ellie hablaba.

—Mi padre no está ahora aquí —les informó—, pero si vienen conmigo les llevaré donde mi abuelo.

—Si tú pudieras decirnos dónde está el aeropuerto espacial más cercano... —sugirió Brian.

El muchacho frunció el ceño.

—¿Aeropuerto espacial? —repitió—. ¡Bueno, puede que mi abuelo les ayude!

Se volvió una vez más y comenzó a caminar. Langdon y Ellie le siguieron al punto; Brian se quedó rezagado, mirando intranquilo al cohete. El muchacho le miró por encima del hombro y le aseguró:

—No tiene por qué preocuparse por su avión...

Se echó a reír alegremente, y añadió:

—...Es demasiado grande para que lo roben.

Brian sintió irritación; la actitud del muchacho era lo suficiente burlona como para ponerse a la defensiva. Pero al darse cuenta de la inutilidad de su cólera, corrió para reunirse con los demás. Al llegar junto a ellos, el muchacho se quejaba:

—¡Creí que había tenido la suerte de encontrar un meteoro caído! Nunca he visto un meteorito...

Después, haciendo un evidente esfuerzo para recordar sus buenos modales, añadió cortésmente:

—Tampoco he visto nunca una nave espacial.

Se hacía evidente que para el chico una nave espacial no significaba gran cosa.

Los frágiles zapatos de Ellie tropezaban constantemente con el desnivelado terreno, y los tres se alegraron al salir, por fin, a una llana carretera que serpeaba por entre pequeños árboles en flor. No habían vehículos de ninguna clase y la carretera era lo suficientemente ancha para que los cuatro caminasen en fila y bastante separados. El paso del muchacho era rápido, siempre delante de ellos, aunque de vez en cuando miraba hacia atrás y reducía su marcha.

En una ocasión que el muchacho se adelantó un buen trecho, Langdon dijo:

—Por lo visto el tráfico ha desaparecido totalmente en las comunidades rurales.

Y Brian comentó:

—¡Es increíble! O estamos tratando con un retrasado mental, o los chicos de aquí están tan adelantados que la primera expedición estelar no significa nada para ellos.

—No estaría yo tan segura —dijo Ellie con lentitud—. Aunque no comprendamos lo que sucede, no tratemos de hacer conjeturas antes de tiempo. Brian, aceptemos las cosas según vayan viniendo.

CAPÍTULO III

Les dolían los músculos, que casi no habían usado durante casi cinco años. La carretera penetró en un pueblo de casas bajas y muy apiñadas, construidas con lo que parecía ser piedra de color gris. Frente a casi todas las casas crecían las flores, formando bellos dibujos geométricos. Pequeños grupos de niños vestidos con pantalones de color amarillo o gris rojizo corrían sobre el césped, gritándose algo que carecía de ritmo. La mayor parte de las casas tenían bajos porches, donde se sentaban mujeres que lucían vestidos cortos y ligeros. La calle no estaba pavimentada y las mujeres no parecían tener ocupación precisa; sus charlas en voz baja poseían un tono casi musical. Los tres forasteros escucharon una canción que entonaba un hombre con voz monótona. El muchacho les condujo en aquella dirección. Subieron los escalones de un porche para luego atravesar el umbral de una puerta que estaba abierta.

Penetraron en una amplia habitación bien iluminada. Dos paredes parecían estar formadas por persianas, por entre las que se divisaba parte de un jardín; en otra pared había una gran chimenea, en la que parpadeaban unas ascuas. Sobre ellas, y colgada de una brillante cadena, había una reluciente cafetera. Aquello le recordó a Brian un dibujo que había visto en uno de sus viejos libros de historia, y parpadeó ante el anacronismo. El mobiliario le era poco familiar, asientos bajos y llenos de cojines, construidos a lo largo de las paredes, y unas puertas cerradas en la cuarta pared. De una de las habitaciones interiores surgía una voz de barítono, rica y resonante, que ascendía y descendía en notas muy poco familiares.

El muchacho llamó:

—¡Abuelo!

El cantante terminó una de sus extrañas frases; luego la canción cesó y los tres forasteros escucharon unos pasos lentos detrás de una de las puertas, hasta que entró un anciano de elevada estatura.

Se parecía mucho al muchacho. Sus cabellos eran cortos pero crecidos a lo largo de sus mejillas, aun cuando la barbilla aparecía perfectamente afeitada. Y vestía una camisa y pantalones de labor marrones, y calzaba zapatillas de cuero cosido a mano. Parecía fuerte y vigoroso. Sus manos tostadas y nudosas se veían muy bien cuidadas, aunque algo sucias. El viejo se mantenía muy erguido, examinándoles con gran compostura, con sus ojos negros. Exhibió una sonrisa zumbona, dando unos cuantos pasos hacia adelante. Su voz era cantarina, plena y muy sonora.

—Sean bien venidos, amigos. Están en su casa. Destry, ¿quiénes son nuestros invitados?

El muchacho contestó muy tranquilo.

—Bajaron de una nave espacial, abuelo..., mejor dicho, en parte de una. Aquella estela de humo no era la de un meteoro. Dijeron que querían ir a la ciudad. Y les he traído aquí...

La expresión del hombre permaneció imperturbable. Brian esperaba su sorpresa, una emoción más tangible, pero el anciano conservó la misma calma.

—Por favor, tomen asiento —dijo con afabilidad—. Me llamó Hard Frobisher, amigos, y este es mi nieto Destry.

Los tres tomaron asiento en uno de los anchos bancos, sintiéndose como niños en su primer período de aprendizaje ante los Primeros. Sólo Brian tuvo presencia de ánimo suficiente para murmurar sus nombres:

—Brian Kearns... Ellinor Wade... Langdon Forbes.

El anciano repitió los nombres, inclinándose ceremoniosamente ante Ellie, quien apenas pudo ocultar su asombro. El hombre preguntó, sonriente:

—¿Puedo servirles de ayuda en algo?

Brian se puso en pie.

—El muchacho no se lo ha dicho, señor, pero pertenecemos a la primera expedición de Centauro..., al *Starward*.

—¡Ah...! —murmuró Hard Frobisher, a la vez que en sus facciones aparecía un ligero interés—. Eso ocurrió hace mucho tiempo, según me han contado. ¿Así que los Bárbaros tuvieron algún medio de prolongar la vida más allá de sus límites señalados?

La paciencia de Brian rebasó también los límites señalados.

—Escuche, señor. Formamos parte de la primera expedición realizada al espacio interestelar. La *primera*. Ninguno de nosotros dejó la Tierra en el *Starward*. No habíamos nacido. La supervelocidad, si sabe usted lo que es, cosa que comienzo a dudar, nos sumió en un tiempo subjetivo. Ni tampoco hay necesidad de calificarnos de bárbaros. Cuando el *Starward* aterrizó, sus motores se averiaron y fueron precisas cuatro generaciones, *cuatro generaciones*, para repararlos y regresar a la Tierra.

Ninguno de nosotros estuvo aquí antes. Somos extranjeros, ¿me comprende? Tenemos que preguntar cosas. Hicimos una pregunta correcta... y ahora, si puede usted darnos una respuesta también correcta...

Frobisher frunció el ceño y Brian guardó silencio.

—Francamente —suspiró el anciano—. No sé con quien podrían ustedes tomar contacto para resolver su problema. Hay mucha tierra libre al sur de la ciudad, donde pueden aterrizar con su nave...

—Escuche... —comenzó Brian.

Langdon le tomó del brazo, y Brian únicamente rogó:

—Si pudiera ponernos en contacto con el gobierno...

El anciano respondió calmadamente:

—Hay tres gobernadores en nuestro pueblo, pero sólo regulan las horas de escuela y dictan normas sobre el cierre de las casas. No me gustaría molestarles por una fruslería como ésta. No creo que tengan nada que decir con respecto a su..., ¡ah, sí!, a su nave espacial.

Las palabras del anciano dejaron mudos por completo a Brian y a Langdon. Ellie, pensando que se encontraban metidos en una gigantesca tela de araña, preguntó con desesperación:

—¿No podríamos ir a alguna otra..., quizá a una ciudad mayor?

Frobisher la miró sinceramente sorprendido.

—Hay medio día de camino hasta Camey —respondió—, pero cuando ustedes lleguen allí les dirán lo mismo. Si lo desean, repito, pueden ustedes aterrizar con su nave espacial en nuestras tierras sin cultivar, cuando gusten.

Brian respiró hondo y dijo con tono belicoso:

—Aclaremos esto. Dice usted que hay una ciudad mayor cerca de aquí. ¿Tiene que haber allí alguien con autoridad!

—¡Oh, la ciudad! —exclamó desencantado—. ¡Hace muchos años que nadie vive en las ciudades! ¿Para qué quieren ustedes ir allí?

Fue Langdon quien contestó:

—Escuche, señor Frobisher. Hemos venido desde Centauro para traer a la Tierra noticias de nuestra expedición. Esperábamos llevar una sorpresa, después de todo ha pasado mucho tiempo desde que partió el *Starward*. Pero por lo que usted nos está diciendo, ¿hemos de entender que no hay nadie que nos escuche, que la primera de las expediciones interestelares no significa nada?

—¿Acaso tiene que significar algo? —preguntó Frobisher con expresión aún más asombrada que la de Brian—. Comprendo vagamente sus razones... porque después de todo han hecho un largo viaje, pero, ¿por qué? ¿No se sentían a gusto donde estaban? Sólo hay una razón para que la gente se traslade de un lugar a otro..., y me parece precisamente la que les ha impulsado a ustedes.

Reinó un prolongado silencio en la estancia. Hard Frobisher se puso en pie, mirando a sus huéspedes con indecisión, y Brian creyó por un instante que el anciano

iba a repetir los movimientos de Destry..., volverse y alejarse con indiferencia. Pero el hombre se acercó hasta la chimenea, y examinó lo que parecía una enorme cafetera.

—La comida está ya lista —dijo—. ¿Puedo invitarles a que se unan a nosotros? La buena comida está reñida con las disensiones, y no hay sabiduría en un estómago cuando está vacío.

Brian y Langdon tomaron asiento de nuevo, desorientados ante Frobisher. Fue Ellie quien respondió con firmeza:

—Gracias, señor Frobisher...

Y al mismo tiempo hundió un codo en las costillas de Brian susurrándole con furia:

—¡Compórtate como es debido!

Destry se acercó para ayudar a su abuelo a poner la mesa, y los extranjeros tomaron asiento. La comida les resultó totalmente desconocida y muy poco agradable, acostumbrados a los alimentos sintéticos de a bordo; Brian, con mal talante, no hizo el menor esfuerzo por ocultar su desagrado. Langdon comió con indiferencia. Hard y Destry lo hicieron con el apetito voraz de quienes pasan largo tiempo al aire libre. No hablaron durante la comida, excepto para instar a sus invitados a servirse más alimentos. Ellie fascinada saboreó los manjares con interés puramente profesional, preguntándose cómo estarían preparados.

No mucho después Hard Frobisher hizo una seña a Destry y el muchacho se levantó para retirar los platos de la mesa. Frobisher echó hacia atrás su silla para volverse hacia Brian.

—Ahora podemos discutir su problema, si así lo desea —declaró con afabilidad—. Cuando el estómago está lleno, se toman siempre decisiones prudentes.

Luego miró a Ellie, sonriendo, y añadió:

—Lamento no tener a una mujer en mi casa para entretenerla a usted mientras nosotros hablamos.

Ellie bajó los ojos al suelo, profundamente turbada. En el *Homeward*, al igual que en Tierra Dos, los hombres y las mujeres eran perfectamente iguales. La cortés deferencia de Hard era algo nuevo para ella, y la noticia de que no podía tomar parte en la conversación constituía una sorpresa un tanto desagradable. Langdon cerró los puños, mientras Brian parecía a punto de estallar. Ellie calibró con una sola ojeada, y tomó una rápida iniciativa.

—¿Puedo ayudarte? —propuso a Destry con una sonrisa tímida.

El muchacho sonrió a su vez, y dijo:

—Claro, venga conmigo —respondió—, usted llevará los platos y yo la olla.

Frobisher se recostó en su silla, y extrajo de un bolsillo una bolsa de cuero. Lentamente cargó una pipa de ámbar tallado, que hizo pensar a Langdon en cierto nivel de civilización. También en Tierra Dos existía la costumbre de fumar, pero el aroma de aquel tabaco no era corriente. Los dos jóvenes contuvieron la tos y

rechazaron la bolsa que el anciano les ofrecía, sacando del bolsillo sus propios cigarrillos grises para inhalar ávidamente el humo dulzón que anulaba el hedor de la pipa. En la otra habitación oyeron el rumor de agua, y la insegura voz del muchacho, mezclada con la risa alegre de Ellie. Brian frunció el ceño y apoyó los codos sobre ambas rodillas.

—Veamos, señor Frobisher —dijo con aspereza—. Sé que intenta mostrarse hospitalario, pero, si no le importa, vayamos al grano. Tenemos que aterrizar con la nave, y después...

Brian se detuvo, preguntándose si no estaría en una especie de reserva para retrasados mentales. Pero no, la estancia estaba amueblada con sencillez, pero con gusto. La madera de los muebles, aparecía bellamente barnizada y la alfombra que cubría parte del suelo hacía juego con los cortinajes de las ventanas. La casa respiraba comodidad, y hasta un cierto lujo, sin contar con el hecho de que el acento de Frobisher era el de un hombre culto. No parecía excéntrico, a juzgar por lo que Brian había observado hasta entonces acerca de casas y de personas. Destry no se impresionó lo más mínimo ante el pequeño reactor, sabía de qué se trataba y aun así se mostró impasible. Era algo radicalmente distinto de lo que esperaba, y el cambio le infundía temor. Estudió uno de los cuadros que colgaban en las paredes de la estancia, y entonces advirtió la primera excentricidad; en su mayor parte los cuadros eran apuntes de pájaros, trazados con mucha precisión, pero la combinación de los colores denunciaba una mente enferma... Brian comprendió que aquella luz tan intensa y nada familiar era lo que daba un extraño realce a los colores; a la vez sintió gran escozor en los ojos, y un violento dolor de cabeza. Descansó su frente sobre sus puños crispados y cerró los ojos.

—No se trata de que aquí no sean ustedes bien venidos —murmuró Frobisher pensativamente dando una fuerte chupada a su pipa—. Comprendemos que sólo hay una razón para impulsarles a abandonar su planeta y que no fueran ustedes felices allí. Comprendemos que...

—¡De todas las estúpidas e injustificadas suposiciones...! —barbotó Brian furioso.

Luego se dominó. Estaba perdiendo su proverbial dominio de sí mismo. Se hallaban muy alejados de la tripulación, y no podían permitirse el lujo de meterse en dificultades. Tras frotarse los irritados ojos, se excusó:

—Lo siento, señor Frobisher, no quise ofenderle...

—No me ha ofendido —le aseguró Frobisher—, y por supuesto que yo tampoco lo he pretendido. Si me he equivocado...

—Hemos venido aquí por un motivo —le informó Langdon—. El dominio del hombre sobre el mundo exterior al sistema solar. Dicho en otras palabras, terminar lo que los Primeros comenzaron.

—Y a juzgar por las apariencias —murmuró Brian con amargura—..., hemos perdido el tiempo.

—Sí, me temo que así es...

Un cambio en el tono de voz de Frobisher les hizo alzar la cabeza. El hombre añadió:

—Lo crean ustedes o no, conozco perfectamente sus problemas, señor Kearns. He leído mucho acerca de los Bár..., perdón..., acerca del pasado...

Pensativo, el anciano vació la cazoleta de su pipa, y continuó:

—Supongo que no les queda vida suficiente para regresar a Centauro, ¿no es así?

Brian se mordió el labio inferior.

—Existe una posibilidad... —respondió—, pero no hallaríamos con vida a ninguno de nuestros compañeros. Eso en caso que pudiésemos regresar, porque nuestras reservas de combustible son limitadas...

Luego miró a Frobisher en muda interrogación.

—Pues no sé qué hacer por ustedes —suspiró el anciano.

En su tono había una sincera preocupación. Y fue aquello justamente lo que hizo a Brian estallar por fin. Ignorando el gesto apaciguador de Langdon, se puso en pie.

—Escuche, Frobisher —dijo con rabia—. ¿Quién diablos le ha concedido autoridad para tomar decisiones?

La expresión del rostro de Frobisher no varió en absoluto.

—Aterrizaron ustedes en mis tierras y mi nieto les trajo a esta casa —repuso.

—Así que asume toda la responsabilidad. ¿Acaso gobierna usted la Tierra?

El hombre quedó boquiabierto.

—¿Que yo gobierno...?

Frobisher estalló en carcajadas, apretándose los costados. Su regocijo era incontenible.

—¿Que yo gobierno la...?

Las carcajadas se hicieron más violentas, tan contagiosas que Langdon terminó por esbozar una sonrisa de desorientación, mientras que la cólera de Brian comenzaba a desvanecerse.

—Lo siento —logró articular Frobisher, con lágrimas en los ojos—. Es la cosa más graciosa que he oído desde la siega de primavera. Que yo gobierno... ¡ja, ja, ja! Ya verá cuando se lo diga a mi hijo..., lo siento, señor Kearns, no pude dominarme..., ¡que yo gobierno la Tierra...! ¡Cielos...! ¡Tengo trabajo de sobra con gobernar a mi nieto!

El anciano rió nuevamente. Brian no comprendía qué podía hacerle tanta gracia y así lo expresó en voz alta.

Haciendo un esfuerzo, Frobisher dejó de reír y en sus ojos apareció una nota de seriedad.

—Usted ha recurrido a mí —declaró—, y eso hace que la responsabilidad sea mía. No voy a rechazarla, ni a negarles mi hospitalidad, pero francamente, preferiría que hubiesen encontrado a otra persona...

Frobisher rió entre dientes y añadió:

—¡Estoy seguro de que ustedes van a crear dificultades! Si no quieren escucharme, pueden acudir a otro, pero me temo que todos le dirán lo mismo...

La sonrisa del anciano y su expresión amistosa hicieron desaparecer instantáneamente la ira de Brian, si bien continuaba tan desorientado como antes.

Frobisher añadió calmadamente:

—El pueblo de Norten puede llevar este problema tan bien como cualquier otro...

Se puso en pie.

—...Supongo que sus compañeros estarán preocupados por ustedes. ¿Disponen de algún medio de comunicación?

Y cuando Langdon asintió desesperadamente, Frobisher descolgó un abrigo de una percha diciendo:

—Entonces, ¿por qué no informarles? Podemos seguir charlando por el camino..., ¿no les importa que vaya con ustedes?

—No, en absoluto —respondió Brian débilmente—. En absoluto.

CAPÍTULO IV

Recordando la recomendación de Caldwell sobre no separarse, Brian insistió en que Ellie les acompañara hasta el cohete. Al parecer poco interesado, Destry rechazó al principio la invitación de su abuelo para unirse a ellos, pero cambió de idea. Tomó una chaqueta gruesa, pero, ante la sorpresa general, no se la puso, sino que se la echó a Ellie sobre los hombros, explicando concisamente a su abuelo:

—Tiene frío.

Luego, sin esperar a que le diesen las gracias, se adelantó con grandes zancadas.

El sol estaba poniéndose, y la luz se hizo casi intolerable. Brian cerraba los ojos, de vez en cuando, y Langdon fruncía el ceño con mayor frecuencia; Ellie se llevó una mano a la frente, y Brian rodeó su cintura con el brazo.

—¿Te duele la cabeza, querida? —preguntó.

La muchacha hizo un mohín y replicó:

—¿Crees que nos acostumbraremos a esta luz?

Langdon dijo:

—Supongo que los Primeros sintieron lo mismo en Theta Centauri.

Ellie sonrió débilmente.

—Es probable —admitió—, pero nadie les dio la bienvenida.

Frobisher marcaba el paso delante de ellos, y Brian declaró con tono indignado:

—Creo todavía que todo esto es una estratagema. O de lo contrario nos encontramos en una reserva primitiva. ¡El mundo no puede ser así!

—¡Oh, no seas tonto! —exclamó Ellie, frotándose los ojos—. ¿Cómo iban a saber que aterrizábamos aquí?

Algunas de las mujeres reunidas junto a los porches saludaban familiarmente a Frobisher, quien alzaba la mano con ademán alegre. Pero nadie prestó atención a los extranjeros, excepto una mujer regordeta, de cabellos muy rizados que caían en forma de salchicha sobre su frente.

—Veo que tienes invitados, Hard... si tienes la casa demasiado llena, la mía está vacía.

Frobisher la miró sonriente y replicó:

—Puede que necesitemos de tu hospitalidad. Aún hay más y vienen desde muy lejos.

La mujer observó con una aguda mirada femenina, los cabellos cortos, el traje de espuma sintética que ocultaba la chaqueta de Destry, las sandalias de caucho, y, sobre todo, las piernas desnudas de Ellie. Luego extendió su mano en ademán amistoso y preguntó:

—¿Piensa quedarse en nuestro pueblo, querida?

—Aún no lo han decidido —contestó Frobisher con tono indiferente.

Pero Ellie, arrastrada por un súbito impulso de amistad, contestó:

—¡Así lo espero!

Y estrechó con calor la mano que la mujer le extendía.

—También yo lo espero, querida. No es frecuente que tengamos vecinos jóvenes —replicó la mujer—. Usted y su esposo —Ellie enrojeció ante aquel arcaísmo— pueden contar con nosotros, si se establecen aquí.

La mujer volvió entonces a su casa.

Langdon murmuró en voz baja:

—Es como estar en Tierra Dos, pero todo..., todo...

—¡Tiene que haberse producido algún desastre! —exclamó Brian—. ¡Culturalmente llevan mil años de retraso, viven mil años antes de que hubiera partido del *Starward*! ¡Hasta Tierra Dos está más civilizado que esto! Aquí cocinan aún con fuego...

—¿Cómo mides la cultura? —murmuró Ellie ante la sorpresa de Brian—. ¿No habrán progresado de forma desconocida para nosotros? La diferencia puede reducirse al punto de vista.

Brian sacudió la cabeza tercamente.

—Es una regresión —protestó.

Pero Ellie no respondió, porque habían divisado el cohete. Frobisher disminuyó su marcha para ponerse a la altura de los demás.

—Ahí tienen su avión —indicó—. ¿Se comunicarán desde aquí o volverán a bordo de su nave espacial?

Brian y Langdon se miraron.

—No lo hemos pensado —admitió Langdon—, pero... Brian..., sin una señalización especial, o al menos indicador de rayos, ¿cómo van a aterrizar?

Brian frunció el ceño.

—No sé mucho de cohetes —dijo finalmente—, pero los supermotores son mi especialidad. ¿Cuánto espacio necesitan para aterrizar?

Langdon respondió, preocupado:

—Paula y Caldwell..., entre los dos..., si fuera preciso podrían posar el *Homeward* sobre el laboratorio bioquímico del bisabuelo de Kearns, sin romper ni un solo tubo de ensayo. Pero necesitarían una señalización. De aterrizar a ciegas, pueden caer sobre el pueblo... —se detuvo y aclaró—: Es decir, si estiman nuestra dirección según los datos que transmitamos desde aquí.

—En tal caso —sugirió Brian—, sería mucho mejor volver a la nave y buscar un desierto bastante grande como para aterrizar a ciegas.

—Regresar a la nave resultará un problema con esta luz —observó Ellie preocupada—. Dentro de una hora será de noche... y me temo que vamos a quedar sumidos en una completa oscuridad.

Frobisher se mantenía a cierta distancia durante la conversación. Brian insistió:

—¿Qué le pasa a tu cerebro, Ellie? Podrías viajar hacia el sol y allí hacer carreras de velocidad con el *Homeward*.

—Pero quizá no volvamos a localizar este paraje —objetó Langdon.

—¡Por el amor de...! ¿A quién le importa eso ahora? —estalló Brian.

—A mí me importa —repuso Langdon con firmeza—. Según Frobisher, en todas partes privan las mismas condiciones, y me... gusta ese anciano, Brian. Me gusta este lugar. Me agradaría quedarme aquí, establecerme aquí.

Brian le miró.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó.

—Nada de eso. Si queremos explorar cuando el *Homeward* haya aterrizado, disponemos del cohete y de suficiente combustible. Ya que estamos aquí, quedémonos aquí.

Brian no pudo ocultar que su confianza en sí mismo había disminuido, era la primera vez que un miembro de la tripulación ponía en tela de juicio su criterio, y aunque muchos de ellos estuvieran en desacuerdo con sus métodos. Se encogió de hombros y repuso:

—Veo que mi voto ya no cuenta. De todas maneras abandoné el mando al arrancar los motores atómicos. ¡Arréglatelas con Caldwell!

Luego se alejó en dirección al costado opuesto del cohete. Oyó como funcionaba la radio, pero no le prestó la menor atención, porque Ellie se hallaba junto a él.

La muchacha alzó el rostro, sonriendo afectuosamente. Brian, aún distraído por mil pensamientos contradictorios, admiró el nuevo misterio que adquirirían los cabellos de la muchacha bajo aquel sol de color oro viejo. Los tonos rojos se habían difuminado y los cortos rizos parecían pura y delicada plata. Con aquella nueva luz, Ellie aparecía muy blanca y frágil y Brian la tomó impulsivamente en sus brazos. Ella le rodeó ansiosa con los suyos en un gesto de simplicidad que el joven esperaba.

—El viaje ha terminado —murmuró ella dulcemente—. Hemos esperado tanto

tiempo, Brian. Qué importa si el computador se ha equivocado en sus previsiones. Bésame, tonto.

La fuerza de los brazos de Brian era considerable y la muchacha no pudo reprimir un gemido.

—¡Eh...! No estoy acostumbrada a pesar tanto..., tómalo con calma... —protestó Ellie, riendo, mientras Brian inclinaba la cabeza hacia la suya.

Ellie sentía la luz del sol en sus ojos, la fatiga física producida por la falta de ejercicio, y la sensación de excesiva gravedad... Tierra Dos era un mundo pequeño y ligero. En los brazos de Brian había una desesperada urgencia; después la soltó, diciendo con voz áspera:

—¿Adónde ha ido Frobisher? ¡Maldita sea, Ellie! ¡Necesito tener las ideas muy claras!

Dolorida, pero consciente de la súplica que escondía la dura fachada de Brian, Ellie fingió no advertir su rechazo, e hizo un esfuerzo para pensar en otra cosa.

—Él y Destry están examinando el grano estropeado...

—Pagaremos ese grano. Ahí vienen...

Brian dio un furioso puntapié a una espiga de trigo, y murmuró:

—Vamos a necesitar meses para ponernos en forma, después de tanto tiempo en el vacío. No estamos preparados para esta gravedad. ¿Te has fijado cómo camina Frobisher? Parece el dueño del mundo...

El resentimiento era patente en su voz, y luego añadió:

—...¡O que posee todo cuanto deseaba!

Cuando abuelo y nieto se acercaron a ellos, dijo:

—Señor Frobisher, gustosamente le pagaremos todo el trigo que hemos estropeado.

—No debe preocuparse por ello —repuso Frobisher. Por primera vez había cierta nota de respeto en su voz. Tras una ligera pausa añadió—: Pero eso muestra su buena disposición. Si insiste en pagar, podrá contribuir con su trabajo en la próxima temporada una vez se haya establecido aquí.

Brian se sentía muy desconcertado por las palabras del anciano, pero decidió no insistir más. Cuando Langdon se unió a ellos le preguntó:

—¿Qué ha dicho Caldwell?

—Que lo intentará si le proporcionamos alguna clase de señalización —respondió Langdon—. ¿Dónde desea que tomemos tierra, señor Frobisher?

Hard Frobisher comenzó a dibujar en el suelo con un largo palo.

—Sobre esta elevación... —dijo.

—Llevaremos el cohete hasta allí —decidió Ellie.

Luego, obedeciendo a un segundo pensamiento, lo invitó:

—¿Vienen con nosotros hasta allí?

Hard Frobisher miró pensativamente al cohete, después hacia el horizonte.

—...El camino no es largo y podemos ir a pie.

Pero Destry dijo ansiosamente:

—Creo que me gustaría ir, abuelo.

El anciano sonrió comprensivamente.

—Los jóvenes siempre muestran entusiasmo por todo, señorita Wade —dijo casi en tono de disculpa—, pero en fin, de acuerdo.

Brian volvió a asombrarse. ¿Cómo aquellos humanos eran tan confiados? Incluso en Tierra Dos, donde la colonia estaba muy unida, mostraban cierta cautela. ¿Cómo podían saber Frobisher y Destry que no iban a raptarlos?

Fue un gran alivio regresar al interior del cohete y encender la familiar luz carmesí. Destry mostró alguna sorpresa ante aquella iluminación, pero Frobisher no hizo preguntas, ni pareció impresionarse lo más mínimo cuando el cohete despegó verticalmente y trazó un círculo en el aire antes de aterrizar en el borde de una gran meseta desnuda. Sólo en un momento de la maniobra, Frobisher pareció algo sorprendido, cuando Ellie tomó los mandos del aparato. El anciano miró a Brian, luego a Langdon, y después a la esbelta y pequeña muchacha, pero se abstuvo de todo comentario.

Tomaron tierra y Langdon puso en marcha el transmisor. Brian lo tomó de su mano y preguntó:

—¿Oiga...? ¡Atención, *Homeward!* Habla Kearns... ¿Eres tú, Tom?

La bronca voz de Mellen, preguntó desde muy lejos:

—¿Tenía yo razón cuando dije que no habría aeropuertos?

—La tenías —replicó Brian secamente.

—Hemos captado vuestras señales. Pero Paula dice que aterrizaremos directamente sobre el cohete. Y si no lo hacemos, ¿cómo hallaremos el sitio elegido?

Tom parecía desorientado. Al cabo de una pausa agregó:

—En los últimos segundos de frenado..., no resulta fácil controlar la nave.

—¡Diablos! —exclamó Brian—. ¡Aguarda un minuto tan sólo!

Explicó la situación a Langdon, quien repuso ceñudamente:

—Sólo hay una solución. Quitemos el combustible del cohete...; el impacto lo haría explotar... Podemos prescindir del cohete, pero no de nuestra tripulación. Tomarán tierra con cierta violencia, pero todos están bien sujetos a sus literas, y nadie sufrirá daño.

—Pero más adelante necesitaremos el cohete —arguyó Brian.

—¿Se te ocurre algo mejor? —preguntó Langdon—. Si yerran el impulso, pueden incendiar todo el pueblo.

—Todavía sigo creyendo que debíamos elegir un desierto —insistió Brian.

Destry les interrumpió con disgusto:

—Cuando se quiere que un martín pescador bucee, se arroja un trozo de pan al lugar que interesa, no se deja de la mano por las buenas. Si esa señal... o lo que sea, sale de ahí... —dijo el muchacho, señalando al transmisor—, ¿por qué no sacarlo del avión, y llevarlo al lugar donde deseen que aterrice su nave? Un aparato tan pequeño,

como éste, no sufriría daños importantes, ¿verdad?

Brian y Langdon se quedaron boquiabiertos.

—Destry —murmuró Ellie tras un breve silencio—, tienes madera de científico.

—Escuche —replicó el muchacho amoscado—, puede que la idea no fuera buena, pero no tiene por qué insultarme...

—Pero sí es buena —interrumpió Langdon—. No sé como no se me había ocurrido... ¡Debo haberme vuelto imbécil con esta luz! Brian, la idea es buena. Ellie, mientras yo me comunico con Mellen y desmonto el aparato, saca el resto del transmisor de radio. Tendré que volver para soldar unos cuantos cables. Creo que cuando terminemos será de noche, así que conviene preparar unas cuantas lámparas. Vamos... a trabajar...

Langdon hizo funcionar el interruptor y llamó:

—¿*Homeward, Homeward?* Habla Forbes... ¿Eres tú, Tom...? Dentro de unos veinte minutos estará lista la señalización.

Brian y Ellie lucharon por alzar el pesado asiento del aparato donde se hallaba el resto del transmisor de radio; la gravedad poco familiar, les hacía la tarea casi imposible. Destry cogió un extremo del asiento y lo levantó con suma facilidad. Ellie y Brian se inclinaron sobre el equipo que allí se guardaba. La muchacha murmuró al oído de Brian:

—Bonita tu teoría sobre la regresión. Ese chico sabía de qué hablaba.

Brian gruñó:

—¡Y empleó una analogía de historia natural! Si Langdon o yo no estuviéramos tan trastornados, sin duda se nos habría ocurrido lo mismo.

Ellie no contestó. No valía la pena encolerizar de nuevo a Brian. La muchacha se alejó, mientras que Langdon disponía rápida y diestramente el equipo para emitir una señal constante. Tuvo que encender las luces del cohete durante la tarea, y antes de que el dispositivo estuviese terminado el sol ya se había puesto. Al asomarse a la compuerta del cohete, Langdon frunció el ceño.

—¡No veo absolutamente nada! —protestó, tomando una de las lámparas rojas que Ellie le entregaba—. Puedo enviar la señal con esto... Sí..., pero no conozco la disposición del terreno...

Hizo un movimiento con la mano abarcando la desnuda tierra y añadió:

—Me voy a perder ahí... o me equivocaré al colocar la señal.

Destry intervino:

—Conozco este lugar como la palma de mi mano... yo buscaré un buen sitio para el aterrizaje.

—¿Necesitas más ayuda? —preguntó Brian.

Pero Langdon negó con un movimiento de cabeza:

—No, gracias. No tiene sentido que los dos nos metamos en esa oscuridad.

Recogió el dispositivo de radio, y en compañía de Destry, avanzó hacia el campo, sumido para Brian y Ellie en plena oscuridad, aunque estaba bañado por la clara luz

de la luna. Ellie y Brian permanecieron inmóviles en la compuerta del cohete, forzando los ojos para distinguir la luz rojiza de la lámpara de Langdon. La joven tembló bajo la áspera chaqueta de Destry. Un brazo de Brian la rodeó en la oscuridad.

Ellie murmuró:

—¡Si llegamos a ir a Marte...!

Frobisher, tras ellos, exhaló un profundo suspiro:

—Han tenido ustedes suerte..., no habrían vivido allí ni tres días, fuera de su nave..., supongo que la nave es autónoma, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —asintió Brian—, pero... Marte era una colonia bastante desarrollada cuando el *Starward* partió.

Frobisher se encogió de hombros.

—Todo el mundo regresó de Marte antes de que los hombres del espacio abandonaran sus empresas. Ahora allí ya no queda agua.

Brian murmuró:

—Y a estas alturas habrán colonizado ustedes todos los planetas, y alcanzado las estrellas más próximas.

La voz del anciano perdió su agradable inflexión.

—Dice usted cosas sorprendentes, señor Kearns..., no indica que pudimos colonizar todos los planetas —lo que por otra parte es verdad—, sino que debimos haberlo hecho. ¿Tiene usted inconveniente en explicarme el motivo? ¿Y el objeto? Los planetas no son lugares adecuados para los seres humanos, a excepción de éste..., y le aseguro que no me agrada vivir en ningún otro.

Brian saltó, indignado:

—¿Quiere decir que ya no hay viajes espaciales?

—Desde luego que no —respondió Frobisher—. A nadie le interesa ir a otros planetas.

—Pero..., ¡los planetas ya habían sido conquistados al partir el *Starward*!

Frobisher se encogió de hombros nuevamente.

—Los Bárbaros hicieron muchas cosas que nosotros consideramos estúpidas —dijo—. ¿Por qué habría de llamarse a eso conquista? ¿Con el fin de animar a los hombres a buscar otros mundos para los cuales no están biológicamente adaptados? He leído muchas cosas acerca de los Bárbaros, sobre su insaciable egoísmo, su curiosidad infantil, su ansia constante de huir de sus propios problemas, pero, perdóneme por decir esto, no trato de ofenderle en absoluto, ¡nunca las había creído hasta hoy!

Ellie tomó del brazo a Brian antes de que éste contestara.

—Escucha..., mira hacia allí, Langdon está haciendo señales..., deben haber montado ya el transmisor —observó Ellie trazando amplios círculos con su linterna.

Langdon y Destry no tardaron en surgir de la oscuridad, y tomando asiento bajo la luz rojiza que se filtraba por las ventanillas del cohete.

—Listo —dijo Langdon—. Ahora debemos esperar a que Laura localice la señal,

y Caldwell haga descender la nave.

—Confío en que alguien se acuerde de “Einstein” —murmuró Ellie preocupada—. No me gustaría que se rompiera el cuello en los últimos segundos del viaje.

—Judy cuidará de él —aseguró Langdon.

Durante la espera. Brian insistió en exponer cuantos argumentos oyó a los Primeros sobre la necesidad de los viajes espaciales.

—¿Y qué opina acerca del exceso de población? ¿Y sobre la alarmante disminución de alimentos y riquezas naturales?

La risa de Frobisher resonó con fuerza en la oscuridad.

—Ni siquiera los Bárbaros esperaban encontrar alimentos naturales en Marte o en Venus —dijo—. Los viajes interestelares podrían haber resuelto el problema, pero a un precio prohibitivo. Sin embargo, cuando el hombre decidió abandonar la busca de riquezas naturales basándose en vastos proyectos teóricos, el problema se resolvió fácilmente.

—¿Cómo se llegó a tal decisión? —preguntó Brian casi tímidamente.

—No lo sé —replicó Frobisher pensativo—, pero cuando se hace perentoria una decisión, alguien se encarga de tomarla. Es probable que el exceso de población llegara a tales extremos, me refiero al conjunto del sistema solar, puesto que la Tierra era responsable de la alimentación de Marte y de Venus, que durante una o dos generaciones todas las personas capaces dedicaran sus esfuerzos a la fabricación de alimentos en vez de a la astronomía, o como llamaran a eso. Una vez resolvieron este problema, se consideró la ciencia en términos del beneficio humano, y quizá se pensó que los recursos se controlaban mejor aquí en la Tierra. Eso eliminó también las guerras, no hace falta mucho tiempo para que ciertas actitudes se desarrollen. Tras generaciones de superpoblación, la gente se había vuelto neurótica y los científicos de entonces, imagino yo, dieron a las mujeres la posibilidad de no tener los hijos que no desearan. Ese que podríamos llamar deseo de muerte redujo eficazmente la población en sólo dos o tres generaciones; se podría decir que los neuróticos se suicidaron pura y simplemente. ¿Es ésta su nave... o es otro de los meteoros de Destry?

Todos se alejaron en la oscuridad, en tanto resonaba un increíble rugido hasta que, como un telescopio de fuego, el *Homeward* se posó en Tierra. Brian, entre Destry y Ellie, se preguntó si aquél se sentía aún decepcionado en su espera de un meteorito.

CAPÍTULO V

Las preguntas y las explicaciones se multiplicaron.

—¡Eh..., ya estamos aquí!

—¿A quién se le ocurrió montar ese dispositivo de señalización?

—¡Eh...!, no veo nada..., ¿es que no hay luz en este planeta? ¿No podíamos

haber aterrizado de día?

—¿Dónde estamos? ¿En China?

—¡Maldita gravedad...! ¡Casi no puedo andar!

—¡Ellie...! —sonó una voz más imperativa que las demás—. Ven aquí y recoge a ese maldito gato tuyo.

Ellie corrió hacia Judy, que caminaba a tropezones con “Einstein” a cuestas. Cuando llegó junto a ella, Judy gritó:

—¡Toma..., coge a ese bicho...! ¡Me está arrancando el pelo de raíz!

Y Judy se echó la espesa cabellera sobre un hombro al mismo tiempo que añadía:

—Me parece que el pelo es aún más molesto con la gravedad.

“Einstein”, chilló alborozado al cogerlo Ellie.

Al cabo de unos segundos volvió a oírse la voz de Frobisher:

—Les ofrezco la hospitalidad de nuestro pueblo y la de mi casa mientras lo deseen.

Ellie casi tropezó con Mellen y Paula, estrechamente abrazados en la salida de la nave. Sus rostros brillaban débilmente bajo el resplandor rojizo que se filtraba por la puerta compuerta, y por un instante les envidió. Sólo sentían una emoción concreta al tomar tierra. No les importaba en absoluto lo que pudiesen encontrar..., habían llegado y estaban juntos. Ellie se volvió rápidamente para no molestarlos, pero Tom le dirigió una alegre sonrisa que hizo casi apuesto su afilado rostro. Paula corrió hasta Ellie y la abrazó.

—¡Todo ha terminado! —murmuró jubilosa—. ¡Ya estamos aquí!

Pero sus negros ojos exteriorizaban cierta tristeza al añadir:

—Me hubiera gustado hallar alguna forma de comunicar a nuestros padres que llegamos sanos y salvos.

—Nunca lo dudaron —la consoló Ellie afectuosamente.

Tom Mellen gruñó:

—¿Qué está diciendo Kearns? Silencio, muchachas...

Brian se dirigía a la tripulación.

—Escuchen, no podemos ir todos. Algunos de nosotros deberán permanecer en el *Homeward*. Sugiero que durmamos a bordo, para visitar el pueblo por la mañana...

—Quédate tú si quieres —dijo Caldwell con violencia—. Ya estoy harto del *Homeward*.

Estalló entonces una verdadera rebelión, al proclamar la pequeña Judy:

—¡Si alguna vez vuelvo a bordo del *Homeward*, tendrán que llevarme atada!

Y Mellen gritó:

—El viaje ha terminado y volvemos a ser civiles, Kearns, así que deja ya de darnos órdenes.

Con el rumor de las voces, el gato de Centauro se enfureció, y saltó a tierra desde el hombro de Ellie, para emprender una extraña carrera en la oscuridad. Ellie gritó:

—¡Cogedlo..., cogedlo!

Paula trató de alcanzarlo, pero no lo consiguió, tropezando y cayendo al suelo. Quedó inmóvil, riendo como una histérica, mientras el gato penetraba en el círculo de luces. El animal intentó familiarizarse con la insólita gravedad; luego olisqueó la hierba, lanzó un maullido musical y terminó por tenderse boca arriba y retozar alegremente.

Brian había perdido toda su posible autoridad. Los tripulantes del *Homeward*, casi adolescentes y excitados por la euforia de haber puesto fin al viaje, se echaron en la hierba, jugando como si fuesen niños, y sin prestar ninguna atención a su jefe. Cuando Ellie hubo capturado por fin a “Einstein”, y se calmaron un poco los ánimos, Brian no tenía otro deseo que salvar de algún modo las apariencias. Lívido y casi sin poder pronunciar palabra, rogó a Caldwell, el más sereno del grupo, que aceptara la hospitalidad de Frobisher en nombre de todos. Apoyado en la escalerilla de la nave contempló sombríamente cómo sus compañeros se alejaban bajo la guía de Destry. Se reían aún por cualquier cosa, tomados de la mano para no tropezar y caer en la oscuridad.

Hard Frobisher se dirigió hacia él, y Brian, obedeciendo a un súbito impulso, le preguntó:

—¿Le gustaría subir a bordo?

La respuesta fue inesperada:

—Sí, creo que me interesaría ver el interior de su nave...

Y acto seguido subió la escalerilla, detrás de Brian.

El visitante observó con curiosidad las literas y los complicados aparatos de recreo, inspeccionó las cabinas sin grandes comentarios y lanzó un gruñido de interés en el departamento de Cultivo de Alimentos. Finalmente, Brian le condujo hasta la enorme cabina de control, donde pasó la mayor parte del viaje a cargo de los complejos motores.

Ante aquella tremenda maquinaria, Frobisher pareció por fin impresionado. Quebró el silencio reinante con una pregunta:

—¿Conoce usted todos estos aparatos?

Brian se echó a reír condescendiente y replicó:

—Sí, soy técnico en este tipo de motores. Tuve que especializarme para ello.

—Le debió costar toda una vida aprender esto, ¿no?

Brian sonrió nuevamente y dijo:

—No, sólo unos doce años aproximadamente.

—¡Doce años! —exclamó Frobisher—. Doce años... ¿Y para llegar hasta aquí? ¿Cuatro?... ¡Cuánto tiempo desperdiciado..., metido en una sala llena de máquinas!

Brian advirtió entonces, con cierto embarazo, la nota de emoción que había en la voz del anciano. Era auténtica piedad.

—¡Pobre muchacho! —volvió a exclamar Frobisher—. ¡Pobre muchacho! ¡Perder dieciséis años encerrado aquí! No me sorprende que sea usted un...

El anciano se detuvo, al ver quizá cómo Brian tensaba las mandíbulas.

Brian habló en voz baja, y con cierto tono de amenaza:

—¡Oh, no se detenga! Dígame..., no le sorprende que yo sea... ¿qué?

—Un neurótico —concluyó Frobisher, calmamente—. Por supuesto tuvo que justificarse a sí mismo por haber empleado ahí su vida.

Frobisher hizo otra pausa y movió la cabeza tristemente:

—Por fortuna aún es usted joven...

—Esta nave —replicó Brian con rigidez—, ¡es el más grande logro de la raza humana! Si yo viviese el doble que usted..., nunca...

Brian oprimió de pronto un interruptor. La gran cúpula se abrió y los inmensos telescopios aproximaron las rutilantes luces de las estrellas, dejando al anciano y al muchacho bajo una enorme galaxia esplendente como el mismo fuego.

—¡Maldita sea! —exclamó Brian con voz ronca—. Amigo, hemos viajado en esta nave durante nueve años-luz para nada, ¡para nada! Hemos pisado mundos donde nunca ningún ser humano estuvo antes. ¡Le aseguro que ésta es la empresa más grande que la humanidad ha hecho!... Y yo he tenido el privilegio de tomar parte en ella...

Brian tartamudeaba, y, al darse cuenta, se detuvo.

Frobisher le miró con tristeza, profundamente embarazado.

—Pobre muchacho... ¿Y para qué? ¿Qué obtuvo con todo esto?... ¿Qué provecho le ha producido, no sólo a usted, sino a todos los demás seres humanos?

Brian gritó de pronto:

—¡Viejo imbécil! ¿Ha oído hablar alguna vez de la ciencia?

—No la desconozco del todo —replicó Frobisher fríamente. Luego añadió con el mismo tono de ansiosa amistad—: Muchacho, supongo que cree en cuanto le han enseñado. ¿Puede mostrarme un solo ser humano, actual o pasado, que haya obtenido con el viaje del *Starward* algo que no sea satisfacer una vanidad personal? Si considerara cuidadosamente el asunto, descubriría que la construcción, lanzamiento y el coste del *Starward* defraudaron a un gran número de personas.

Brian replicó, casi desesperadamente:

—Los individuos no importan. El conocimiento, cualquier conocimiento, siempre es beneficioso para el conjunto de la raza, elevan a la humanidad desde el limo marino hasta las estrellas...

—No puedo respirar un aire tan consistente —dijo Frobisher con viveza—. El limo es mucho más cómodo.

—¿Y dónde estaría usted si sus antepasados se hubiesen quedado en los árboles, con el razonamiento de estar bien donde se encontraban? —casi gritó Brian.

—Yo me habría sentido muy feliz rascándome y moviendo el rabo —murmuró Frobisher—. ¿Cree que los grandes monos ambicionan con ser humanos? He recorrido demasiado camino, por desgracia, para ser feliz entre las ramas de un árbol o en una cueva. Lo importante para un humano es descubrir el mínimo absoluto con el que recuperar la felicidad natural que perdió cuando abandonó las ramas del árbol.

¿Sabe lo que me recuerda esta nave?

—¡No! —replicó Brian secamente.

—Un brontosaurio —contestó Frobisher con toda naturalidad.

En el silencio que siguió, Brian hizo funcionar de nuevo el interruptor, y las estrellas desaparecieron.

—Vámonos —murmuró—. Salgamos de aquí.

Brian casi no durmió aquella noche. Al amanecer, penetró silenciosamente en el cuarto donde dormían las seis mujeres de la tripulación y las despertó una por una; envueltas en sus mantas y con los ojos cargados de sueño, se dirigieron de puntillas hasta el dormitorio de los hombres, donde toda la tripulación se dispuso a escuchar a Brian.

—Muchachos, tenemos que hacer algo... Debemos salir de este manicomio...

—Tómalo con calma, Brian —le interrumpió Mellen—. Esas palabras no me gustan. Quienes nos albergan no están locos, a juzgar por lo que he visto y escuchado la pasada noche. Aunque creen que nosotros sí lo estamos un poco.

Caldwell murmuró:

—Probablemente tienen razón. Hace mucho tiempo se afirmaba que permanecer mucho tiempo en el espacio era causa de locura.

Brian dijo con tono amargo:

—¡Tengo la impresión de que estáis todos locos!

—No culpes a esa gente —intervino Ellie inesperadamente—. ¿De qué sirve viajar constantemente por las galaxias? Los habitantes de aquí no necesitan hacerlo.

—Brian tiene razón, desde luego —dijo Don Isaacs, un muchacho pacífico que nunca tuvo mucha amistad con los restantes miembros de la tripulación, excepto con Marcia—. Pero debemos ser prácticos. Estamos aquí. No podemos volver a Tierra Dos ni tampoco cambiar a esta gente. Así que procuremos disfrutar cuanto nos sea posible.

Mellen dijo:

—Bien dicho, Don. Hay algo más. Si Kearns continúa con sus discursos y le hacemos caso, estoy seguro de que todos terminaremos en algo parecido a una prisión por perturbar la paz. Tengo la impresión de que aquí conceden un especial valor a la paz.

—¿Y qué vamos a hacer? —quiso saber Brian—. No podemos vivir aquí, ¿verdad?

—¿Por qué no? —preguntó Paula con aire de reto.

Y Judy murmuró:

—No hay tantas comodidades como en Tierra Dos, pero sin duda estaremos mucho mejor que en la nave.

Mellen estrechó contra su cuerpo a Paula y declaró:

—Ignoro para qué hiciste este viaje, Brian. Yo lo hice porque los Primeros me prepararon para eso y porque de no venir yo, otro lo habría hecho. Esto no es como en casa, pero está tan cerca de serlo que casi lo parece. A mí me gusta. Paula y yo nos vamos a establecer aquí y construiremos una casa o algo por el estilo.

Langdon añadió:

—No es un secreto que Judy y yo, ni que Don y Marcia...

Se detuvo durante un segundo y terminó:

—...Brian y Ellie también..., hemos estado esperando mucho tiempo. Hay unos doscientos habitantes en este pueblo, y apuesto a que son buenas personas. Y me gusta ese anciano, me recuerda al bisabuelo Wade. Apostaría a que esta gente no se pasa el tiempo luchando entre sí, sintetizando la comida, y preparando catálogos.

—¡Desde luego que no! —le interrumpió Ellie deslizando un brazo sobre el de Brian—. Son como en Tierra Dos, pero sin instintos belicosos.

Mellen murmuró:

—Kearns está disgustado. Deseaba encontrar aquí computadoras que dijese a todo el mundo cuándo hay que escupir, y robots que hiciesen las faenas.

—Sí... —admitió Brian en voz baja—, sí, supongo que sí...

Les volvió la espalda y desapareció.

Ellie le siguió al exterior, donde amanecía el nuevo día. Le encontró sentado al pie del cohete donde se arrodilló muy cerca de él, colocando ambas manos sobre las de Brian, que estaban muy frías.

—Brian... ¡oh, querido...!

—¡Ellie...! ¡Ellie!

Brian la rodeó con sus brazos, ocultando el rostro en el fino vestido de la muchacha. Ellie estuvo durante unos segundos sin hablar. Pensó que Brian era muy joven, demasiado joven. Habían comenzado a prepararle para aquella misión antes de que aprendiera a leer. Doce largos años de instrucción y ahora todo se derrumbaba a sus pies.

Brian dijo con tono amargo:

—Es..., es la pérdida de tiempo, Ellie. ¿Por qué...? Podríamos habernos quedado en Tierra Dos.

—Eso es exactamente lo que dijo Frobisher —replicó Ellie con dulzura.

La muchacha contempló las rojizas nubes que aparecían ya por el este, y se sintió invadida por una terrible nostalgia, una especie de añoranza que estuvo a punto de hacerla llorar.

—Ellie..., ¿por qué? —insistió Brian—. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa por la que una cultura se detenga, que muera, que permanezca estancada? ¡Estaban a punto de conquistar todo el universo! ¿Qué fue lo que les obligó a detenerse?

La terrible angustia que se adivinaba en su pregunta hizo que el tono de Ellie fuese más tierno:

—Tal vez no se detuvieron, Brian. Tal vez hayan progresado en otra dirección.

Los viajes espaciales se adaptaban a la cultura que nosotros conocíamos... o quizá no. ¿Recuerdas lo que nos enseñaron los Primeros sobre la guerra de Rusia contra Venus, y sobre los comandos de Marte? Esta gente quizá haya descubierto todas las culturas que nosotros buscábamos y que nunca encontramos.

—¿Utopía? —interrogó Brian apartando a la muchacha.

—No —respondió Ellie en voz muy baja rodeando a Brian de nuevo con sus brazos—. Arcadia.

—¡Qué importa! Ellie, suceda lo que suceda, no me abandones tú también... —suplicó.

—No lo haré —prometió la muchacha—. Nunca. Mira, Brian, el sol está saliendo. Debemos regresar.

—Sí..., nos espera un gran día —replicó Brian con un rictus amargo en sus labios demasiado jóvenes.

Al cabo de unos segundos, Brian, relajado, sonrió, ciñendo a la muchacha contra sí mientras le murmuraba al oído:

—Todavía no...

CAPÍTULO VI

Paula y Ellie se hallaban sobre una elevación, cerca del abandonado *Homeward*, contemplando las casas que se construían a sus pies.

—¡El pueblo empieza a adquirir forma! —exclamó Paula con alegría—. ¡Nuestra casa estará terminada antes de la noche!

—Me alegra que hubiese terreno cerca de Norten para nosotros —murmuró Ellie—. ¿No tienes la impresión de haber vivido siempre aquí? ¡Y sólo hace cuatro meses que hemos llegado!

Había tristeza en el moreno rostro de Paula, al preguntar:

—Ellie, ¿no podrías hacer nada para que Brian... deje de molestar a Tom? Cualquiera día Tom se le revolverá, y ya sabes lo que puede ocurrir.

Ellie exhaló un profundo suspiro.

—¡No sabes cómo odio la idea de que algunos de nosotros lleguen a enfrentarse! No toda la culpa es de Brian, Paula... —se detuvo, sonrió tristemente y concluyó—: Aunque me temo que siempre sea él quien empieza. Haré cuanto pueda, desde luego...

—¡Brian está loco! —exclamó Paula enfáticamente—. Ellie, ¿es cierto que tú y Brian seguiréis viviendo en el *Homeward*?

La muchacha contempló con disgusto la negra masa de la nave y añadió:

—¿Cómo lo soportas?

—Viviría con Brian en cualquier parte, Paula. Y tú también lo harías con Tom —

replicó Ellie calmosamente—. Además, Brian tiene razón, alguien debe cuidarse de la nave. Cualquiera de vosotros pudo haber hecho lo mismo.

Paula murmuró:

—Me gusta más nuestra casa, sobre todo ahora...

La muchacha se inclinó hacia Ellie y le dijo algo al oído. Ellie la abrazó afectuosamente, y luego preguntó:

—¿Te encuentras bien, Paula?

La muchacha vaciló antes de contestar:

—Me digo a mí misma que todo viene de mi imaginación —explicó por fin—. Este planeta pertenecía a nuestros antepasados, a nuestra raza; mi cuerpo debe adaptarse a él fácilmente. Pero después de haber nacido y crecido en Tierra Dos, donde pesaba la mitad que aquí, de tanto tiempo en el vacío..., sé que esta gravedad resulta dura para todos, pero como el bebé... ¡sufro un dolor espantoso noche y día!

—Pobrecilla... —murmuró Ellie rodeando con el brazo la cintura de su amiga—. También yo tengo molestias, porque los ojos me duelen mucho con esta luz.

Judy ascendió, jadeando, por la ladera. Había peinado sus cabellos formando un gracioso moño sobre la nuca. Sus ojos aparecían entornados bajo la fuerte luz solar.

—¡Perezosas! —gritó alegremente—. ¡Los hombres tienen apetito!

—Un momento... —respondió Ellie.

Pero no se movió. Ellie consideraba conveniente preparar la comida en las unidades de cultivo del *Homeward*, pero ahora le desagradaba hacerlo.

Langdon y Brian ascendieron por la colina. Hard Frobisher caminaba junto a ellos con frágil paso. Langdon entornó los ojos para mirar a las mujeres y finalmente aparentó identificar a Judy.

—Os estáis estropeando —dijo bromeando—. En Tierra Dos estaríais trabajando con los hombres, Judy.

Judy sonrió y repuso:

—Pues me gusta no hacer nada; además ya tengo bastante trabajo viendo lo que hacen aquí las mujeres.

Brian Kearns hizo un esfuerzo por sonreír y comentó un tanto ácidamente:

—He tenido suerte. Ellie al menos estaba preparada para esta clase de vida. ¿Y tú, Paula?... ¿No sientes haber abandonado a tu computador?

Paula se encogió de hombros significativamente antes de responder:

—Las mujeres del *Starward* fueron escogidas por sus conocimientos científicos. Yo aprendí navegación porque mi abuela sabía fijar un ciclotrón antes de tener niños en Tierra Dos. Pero no vierto ninguna lágrima por eso.

—Bien, supongamos que ahora ustedes dos vienen conmigo para recibir una lección sobre cultivo de alimentos —intervino Ellie.

Las tres mujeres se dirigieron hacia la nave. Al llegar a la escalerilla, Ellie se detuvo.

—Paula, querida —dijo—, no debes seguir haciendo equilibrios por estos

escalones. Vuelve, que nosotras ya nos arreglaremos...

Paula sonrió agradecida y se alejó para reunirse con los hombres.

Mientras tanto, Frobisher observaba la construcción de las casas.

—Pronto formarán ustedes parte de nuestro pueblo —comentó—. Creo que hasta el momento lo han hecho muy bien.

Brian correspondió cortésmente con un movimiento de cabeza. No estaba preparado para descubrir que el grupo podía actuar como colonia autónoma, igual que en Tierra Dos. Todos creyeron reintegrarse en la compleja estructura económica del mundo en el pasado, pero allí el sistema era la simplicidad misma. Cada hombre poseía tanta tierra como pudiese cultivar, así como todo cuanto fabricase con sus manos. El hombre contribuía con su trabajo personal donde se le necesitara, teniendo derecho a cambio a cuantos bienes personales le fueran precisos: alimentos de los agricultores, ropa de los tejedores, y así sucesivamente. Los restantes bienes superfluos debía ganarlos mediante el trabajo, una buena administración y disposiciones de tipo privado. Brian consideraba simple e idóneo este sistema e incluso le complacía su actividad; un carpintero de Nortén le había ofrecido un empleo; familiarizado por su formación profesional con las herramientas y la maquinaria, no tuvo dificultad alguna para adaptar sus dotes a la carpintería y la construcción. Siempre había trabajo en el pueblo, y Brian sentíase a gusto.

Aun así, con toda su evidente simplicidad, el sistema parecía muy poco eficiente. Brian dijo, mirando las casas dispersas:

—Creo que todo sería más fácil si se dispusiera de un sistema central de distribución.

—Se ha intentado varias veces —respondió pacientemente el anciano—. En diversos períodos, grupos de pueblos se han unido para intercambiar servicios, distribuir alimentos no cultivables localmente, para montar sistemas de comunicación particulares, e incluso para distribuir bienes de lujo. Pero esto implicó siempre medios de cambio, mantener cuentas de crédito, etcétera. Por regla general, las desventajas eran mucho más numerosas que las ventajas, con lo que la asociación se rompía al cabo de un año o dos.

—¿No hay ninguna ley en contra de ello? —preguntó Brian.

—¡Oh, no! —replicó Frobisher, asombrado ante la pregunta—. ¿Para qué? El objetivo del sistema es que cada hombre goce de libertad absoluta. La mayoría de los demás pueblos son como Nortén..., un máximo de comodidad y un mínimo de dificultades.

Brian murmuró:

—Pero al menos necesitarían aparatos que les ahorrasen trabajo. Ustedes cocinan con fuego..., ¿no sería más sencillo disponer de unidades de alimentación como la que tenemos en la nave?

Frobisher pareció reflexionar sobre el asunto. Luego observó:

—Un fuego de leña da a la comida mucho mejor sabor. La mayoría lo prefiere así.

Y una cocinera debe estar orgullosa de lo que guisa, ¿no? Aunque fuera más sencillo disponer de unidades de cultivo, hay que tomarse la molestia de fabricarlas. Aquí cualquiera puede construir una cocina en un solo día con la ayuda de un vecino, y puede guisar en ella todo el resto de su vida. En cambio, tendría que emplear años para aprender a fabricar una unidad de cultivo; y para lograr que fuese lo suficientemente económica como para ser adquirida, debería fabricar millones de ellas, lo que significa la reunión de cientos o de miles de personas, sin tiempo para cultivar o guisar su propia comida o vivir sus propias vidas. El coste es demasiado alto, y resulta muy complicado para que valga la pena.

Langdon preguntó súbitamente:

—¿Cuántos habitantes tienen ahora?

Frobisher frunció el ceño.

—Hacen ustedes muchas preguntas. ¿Quién sabe? Colectivamente, las personas no son nada excepto pura estadística, cosa que no es buena para nadie. Las personas son individuos, son seres humanos. Hace pocos años, un filósofo de Camey (donde nació Destry) estableció el llamado factor crítico de población: el punto en el que un pueblo llega a ser demasiado grande para funcionar bien como unidad autónoma y comienza a desintegrarse. Es un problema atractivo si les interesan las matemáticas..., pero a mí, desde luego que no.

—A mí, sí —terció Paula tras ellos, sentándose en la hierba—, parece interesante.

Frobisher la miró con expresión paternal, e invitó:

—Usted y Tom pueden acompañarme la próxima vez que vaya a Camey. Les presentaré a Tuck... Pero lo único cierto es que si un pueblo crece excesivamente, los resultados serán más negativos que positivos, por lo que la mitad de la población suele emigrar para construir una nueva comunidad, o adaptar su vida a otra más reducida.

—Eso no me parece muy práctico —comentó Brian con tono ácido.

—Da muy buen resultado —concluyó Frobisher, calmamente—, es decir, lo que mejor confirma una teoría..., ¡vaya!..., aquí está Tom. No hemos hecho un alto en el trabajo, Tom. Estamos esperando únicamente que las mujeres traigan la comida.

Mellen dejó caer en las manos de Langdon un trozo de papel y preguntó:

—¿Dónde anda Judy? No puedo leer esto..., ¡su escritura es medio árabe y medio rusa!

—Está en la nave con la esposa de Kearns —respondió Frobisher.

No advirtió el anciano el respingo de Paula al decir esa palabra, que en Tierra Dos se identificaba con la servidumbre e inferioridad sexual. Los tres hombres del *Homeward* fingieron ignorar tal vulgaridad, y Langdon rió entre dientes diciendo:

—Creo que te lo podré traducir yo.

—¿Qué significa? —preguntó Brian, interesado en contra de su deseo.

Judy era el electricista de a bordo, responsable de todos los circuitos de iluminación, y su trabajo era capaz y excelente. Brian se inclinó sobre el trozo de

papel, y Langdon frunció el ceño murmurando:

—¡No puedo ver casi nada con esta luz! ¿Qué será esto, Tom?

—Un diagrama de instalación eléctrica. Hay bombillas rojas en el *Homeward* y Judy va a instalar luz en nuestra casa... y en las vuestras también. ¿No os lo ha dicho?

—Creí que os habíais consagrado a la existencia primitiva —murmuró Brian.

Langdon gruñó algo burlón, y Mellen crispó ambos puños. Luego se dominó esbozando en sus labios una sonrisa.

—Éste es un país libre —dijo. Luego, súbitamente, añadió—: Brian, no es cosa mía, pero dime..., ¿pensáis tú y Ellie esa locura? Estaréis muy solos aquí arriba. Mañana mismo se puede iniciar una casa.

—Alguien debe cuidar de la nave —replicó Brian con dureza—. Y esto me recuerda algo..., si Judy piensa realizar instalaciones eléctricas, será mejor que use los repuestos. ¡No hay que tocar las unidades de transmisión!

Langdon se echó a reír suavemente, pero el rostro de Mellen se oscureció, profundamente molesto. Luego dijo con sequedad:

—Ya dejaste de ser capitán. Recuerda que el *Homeward* no es de tu propiedad personal, Brian.

—Lo sé muy bien —contestó Brian—. Ni tampoco es propiedad colectiva de la tripulación. Es una nave que está en depósito. Ya que nadie parece tener sentido de la responsabilidad, actuaré yo como guardián.

Frobisher alzó la cabeza como si estuviera a punto de decir algo, pero se le adelantó Paula.

—¿Para qué? No tenemos combustible. Jamás podremos despegar de nuevo.

La pesadilla se apoderó nuevamente de Brian. Estaba luchando contra algo intangible. Eran todos unos estúpidos, incapaces de comprender por qué el *Homeward* debía preservarse como su único eslabón con la vida civilizada. “Un año o dos más —pensó Brian torvamente— y comprenderán lo que estoy haciendo y su motivación. Más pronto o más tarde se cansarán de todo esto.”

—¿En qué cosas profundísimas estás pensando...? —preguntó Ellie, sonriente, depositando en sus manos una cesta llena de comida—. Langdon, Paula, señor Frobisher..., necesito a todo el mundo para llevar la comida. Ven aquí, Destry, toma tú también esta otra cesta..., llévala ahora mismo al pueblo. Date prisa antes de que se enfríe.

Brian, profundamente abstraído, mascó un bizcocho de proteínas, mientras descendía por la falda de la colina, preocupado con su continuo problema. Ellie ofreció su cesta a Destry y a Frobisher; el anciano tomó cortésmente un bizcocho, pero negó Destry con la cabeza:

—Gracias, Ellie, pero no me agradan las cosas sintéticas.

—¡Destry! —exclamó su abuelo con severidad.

Ellie murmuró:

—No sabía que alguna vez las habías probado.

Al tropezar con una pequeña roca del sendero, Destry soltó un par de tacos, por los que a continuación se disculpó, aunque podía haberse ahorrado la molestia, ya que Ellie jamás los había oído e ignoraba su significado. Ellie olvidó su pregunta para hacer otra:

—¿Has estado alguna vez fuera de Nortén, Destry?

—Una o dos veces. Fui a Camey con mi padre, cuando éste enseñó a un hombre a tejer alfombras. Mi padre hace alfombras muy bellas..., mucho mejores que las nuestras.

—Comprendo —murmuró Ellie.

—Quería que volviese con él, pero estos pueblos son muy semejantes y preferí cuidar de mi jardín, así que me quedé con el abuelo. Además tenía que...

Destry se detuvo bruscamente, al acercarse al emplazamiento de las nuevas casas, y gritó:

—¡La comida!

Vio cómo las gentes del pueblo abandonaban sus andamios y tomó una de las cestas para repartirla entre todos.

La comida producida por las unidades de cultivo del *Homeward* se distribuyó de modo equitativo, y todos comieron cortésmente, pero sin mucho entusiasmo; sólo los niños parecían disfrutar de los alimentos sintéticos. Incluso la tripulación del *Homeward* parecía haber perdido su gusto por ellos. Brian, sentado en un escalón de madera a medio acabar, masticaba la comida distraídamente, hasta que al fin hizo un gesto y arrojó el bocadillo sobre la hierba. Decidió que Ellie cocinaba mejor sin aquellas máquinas. A la muchacha le gustaba la comida primitiva y Brian tenía que admitir que Ellie guisaba bien. Pero se sentía inquieto. Las unidades de cultivo sintetizaban los alimentos extraídos del carbono puro, el agua, y cantidades casi infinitesimales de productos químicos; el proceso completo de cultivo de los alimentos le parecía a Brian ineficaz y oneroso. Significaba una pérdida de tiempo. Era agradable, claro está, trabajar al aire libre, y todos parecían disfrutar con ello. No resultaba tan agobiante como el mantenimiento de las máquinas, ni producía un aburrimiento mortal como la forzada inactividad, ni otra diversión que las películas y los complicados juegos mentales. Brian era diestro en un juego tridimensional formado por tres tableros unidos por un dispositivo de computación electrónica.

“Pero yo disfrutaba con mi trabajo —pensó sumido en un mar de confusiones— y disfrutaba trabajando en las unidades de transmisión.”

¿Acaso no era verdad?

Abandonó el resto de los alimentos sintéticos que contenía su plato, tomó sus herramientas —el martillo, la regla y el nivelador que el herrero del pueblo le había fabricado a cambio de poner un techo a su casa— y comenzó a colocar tablones, que clavaba con golpes precisos y llenos de cólera fuerza.

CAPÍTULO VII

Brian se sentía aún colérico y con pocos deseos de hablar, cuando, semanas después, se dirigió al pueblo cargado con una caja. Las casas estaban ya completamente terminadas, si bien provistas de muy escasos muebles. Por ello, después de su jornada normal, Brian ayudaba a Caldwell a construir su mobiliario.

Tras su llamada, Paula, envuelta en una especie de túnica tejida a mano —se hallaba más gruesa ahora— abrió la puerta, y su rostro enjuto se relajó inmediatamente, esbozando una sonrisa que avergonzó a Brian.

—Brian..., sí, Ellie está aquí, pero...

La muchacha vaciló un minuto, pero le instó con timidez:

—¿Quieres entrar? No te vemos mucho por aquí.

—Vine para ver a Tom... —contestó Brian incómodo.

Siguió a Paula hasta una gran sala iluminada por una luz rojiza. Descubrió, con desaliento, que frente a la chimenea no sólo estaban Ellie y Tom Mellen, sino también Langdon y Judy, Marcia y Don Isaacs, Destry, y... Hard Frobisher. ¡Frobisher! Parecía como si Hard Frobisher estuviera en todas partes, actuando a modo de espontáneo supervisor de los recién llegados. Pero era imposible no simpatizar con el anciano, pese a la alegre impertinencia de su pregunta:

—¿Qué nos trae usted en esa caja tan grande e interesante, señor Brian?

—Una muestra de nuestros avances científicos —respondió Brian con frialdad.

Desenvolvió la caja y extrajo de su interior varios pares de gafas con cristales rojos y montura de plástico. Entregó un par a Mellen.

—Apaga la luz —dijo— y ponte estas gafas.

Tom miró desconcertado las gafas por un instante y luego se las puso. Apagó las luces rojas, acercándose hasta la puerta que daba al oeste, desde donde miró el sol que se ponía. Luego se volvió, sonriente.

—Van bien —confesó—, muy bien. ¿Cómo lo lograste, Brian? El cristal rojo no daba resultado... ¿recuerdas?

Brian se encogió de hombros.

—En su interior hay ahora una capa polarizada. No pude encontrar selenio y en su lugar usé óxido de oro para el color rojo. Se trata de un filtro de cuarzo muy fino..., ¡oh, no tiene importancia! Tenía que haberlas hecho antes, pero me costó mucho tiempo fabricarlas.

Langdon tomó otro par de la caja y dijo con calma:

—Ahora lo recuerdo. Miguel Kearns hizo las lentes de algunos viejos instrumentos del *Starward* y preparó duplicados para el viaje. ¿Le ayudaste tú?

—Un poco —replicó Brian.

Observó entonces la mirada de Frobisher y añadió con sorna:

—La ciencia carece de utilidad, ¿no es cierto? Pues no me gusta que mis hombres

padezcan irritación en los ojos...

Las tensas facciones de Paula se relajaron al ponerse las gafas polarizadas.

—Esto es maravilloso, Brian —dijo.

El rostro de Ellie resplandeció de orgullo, y Langdon exclamó burlescamente:

—¡Vaya! ¡Después de todo es un ser humano!

Pasó un brazo sobre los hombros de Brian añadiendo:

—¿Cuándo pensáis tú y Ellie bajar de vuestra torre de marfil y vivir con el resto de la manada?

Brian enderezó el busto, pero el tono de aprobación general le halagaba. Se dirigió hacia la chimenea, mientras Frobisher argüía:

—No es la ciencia en sí misma la que nos disgusta, sino su empleo como fin más que como medio. Dije en otra ocasión que la nave me recordaba a un monstruo prehistórico, un brontosaurio. ¿Sabe lo que es?

—Viven algunos en Tierra Dos. Son muy grandes, pero no peligrosos..., demasiado torpes —le respondió Brian.

—Exacto —dijo Frobisher—. Su magnitud no le hace ningún bien.

El viejo sonrió, y al cabo de un par de segundos sus facciones se ensombrecieron al agregar:

—La enorme masa corporal del brontosaurio se excedió en un desarrollo que, al principio, debía serle favorable. La ciencia se desarrolló también para ser útil al hombre, al individuo. La ligera armadura que protegía al soldado bárbaro se hizo tan pesada con el tiempo que era preciso alzar al jinete con una garrucha hasta su montura. Y si caía de ella... ya no volvía a levantarse. Ayudó al ejército como conjunto..., pero perjudicó la vida al individuo. La ciencia ha dedicado tanto tiempo e ideas a conjuntos (la Nación, la Raza, la Humanidad) con resultados que gravitaron terriblemente sobre el individuo. Se libraron guerras para beneficiar al monstruo llamado Humanidad a un terrorífico precio individual. El jinete cayó de su caballo y el peso de su armadura le impidió levantarse nuevamente. Creo que el colapso se inició incluso antes de partir el *Starward*. Pese a sus enormes defensas el brontosaurio murió, aunque la naturaleza fue un poco más amable con los hombres... individualmente. Como conjunto la Humanidad murió también, incluso como concepto. Los individuos supervivientes sabían ya lo bastante para no repetir de nuevo el inútil proceso. La ciencia ocupó su lugar entre las demás artes y oficios, en vez de servir a un hipotético conjunto. Nosotros subordinamos cada arte o ciencia al enriquecimiento de la vida privada y personal del individuo...

El anciano se detuvo, e hizo un gesto con la mano abarcando toda la estancia, para añadir:

—Creo que ha llegado el momento en que puedo explicarle el motivo...

Pero Brian se levantó en aquel momento y se alejó de Frobisher, exclamando:

—¡No he venido aquí para escuchar una conferencia! Ahí te dejo las gafas, Tom. Puedes repartirlas. Di a todos que procuren no romperlas; cuesta mucho fabricarlas.

Y cerró con fuerza la puerta a su espalda.

Al haber desafiado a Frobisher, se sentía un poco mejor, pero con el paso de los días se sentía atormentado por la inutilidad de su vida. Empleaba cada vez más tiempo en el trabajo manual —ahora en completa soledad— fabricando muebles, con cierta satisfacción al sustituir los insolubles problemas mentales por la actividad física. Ellie no se atrevió a aludir el tema de abandonar el *Homeward* hasta una noche en que Brian, sentado en el antiguo salón, contemplaba distraídamente a “Einstein” trepando por las vigas del eje central de la nave. Las manos en forma de ventosas del gato de Centauro no eran lo suficientemente fuertes para sostener su propio peso con la nueva gravedad; el animal sufría ahora una especie de cojera en sus patas traseras, divertida de contemplar, pero que para él resultaba sin duda dolorosa. Ellie tomó al gato en sus brazos cuando entró en el salón.

—El pobre “Einstein” lo está pasando muy mal —dijo—. La gravedad de aquí le es extraña. Sería mucho más feliz en una casa corriente.

—Lo supongo —respondió Brian ácidamente—. Y supongo que tú también lo serías. Pero escucha, Ellie..., nuestros compañeros no tardarían en dismantelar la nave...

—¿Y por qué no dejas que lo hagan? —preguntó Ellie con naturalidad.

Brian se encogió de hombros con desánimo.

—Más pronto o más tarde..., pero aun así, algún día Tierra Dos se lanzará al espacio nuevamente..., ¡ellos no han retrocedido al salvajismo!

Ellie sonrió, murmurando:

—Eso no ocurrirá en toda nuestra vida.

—¡Eres peor que los otros! —gritó Brian súbitamente furioso.

La muchacha dijo:

—Vamos a cenar...

Brian se levantó con tristeza y la siguió. Dio un ligero rodeo para no tropezar con el saliente de una máquina; al tropezar de pronto con “Einstein”, exclamó irritado:

—¡Aquí no se puede mover uno!

Ellie no contestó. Brian agregó por fin:

—Creo... que no ocurrirá mientras vivamos.

—¿Qué harás entonces? ¿Pretendes que este secreto lo hereden tus hijos? —inquirió Ellie.

Brian respondió antes de advertir la fría ironía que encerraba el tono de la muchacha. Le había costado doce años aprender los puntos básicos de la operación interestelar.

Frunciendo el ceño, comenzó a cenar. Su humor fue mejorando a medida que comía, y finalmente alzó la cabeza para explicar:

—Frobisher estará de acuerdo o no, pero pienso hacer de Destry un científico. El

muchacho siempre está cerca de mí. Siempre, desde que tú me enseñaste a conducir el cohete sonda. Un día le llevé conmigo, y le dejé tomar los mandos durante unos minutos, no es muy difícil.

Brian hablaba con satisfacción. Estaba en juego su dignidad personal ante Frobisher. Tras una leve pausa agregó:

—El muchacho tiene verdadera pasión por los aviones. Debe haber leído muchos libros antiguos.

Ellie preguntó de pronto:

—¿Cómo será el padre de Destry?

Brian respondió con cierto aire despreciativo:

—¡Hace alfombras!

Ellie no parecía muy convencida.

—Puede que haga alfombras —dijo— del mismo modo que Frobisher pinta esos pájaros por toda su casa. Mira lo que he encontrado en la biblioteca de Frobisher... Destry me lo prestó cuando se lo pedí.

Y la muchacha entregó a Brian un libro bellamente encuadernado en piel roja. Brian lo abrió, despertada su curiosidad, y leyó el nombre —John D. Frobisher— que figuraba en la cubierta. Había visto muy pocos libros en Nortén, y los pocos que había observado consistían en su mayor parte obras sobre cocina, música, o diarios; llevar un diario parecía ser el pasatiempo favorito entre los jóvenes del lugar. Pero el libro que acababa de entregarle Ellie estaba impreso y mostraba unos diagramas exquisitamente reproducidos, que recordaron a Brian los diagramas eléctricos de Judy. Brian trató de leer una página o dos, pero aunque el lenguaje no era muy técnico, la educación de Brian había sido tan especializada que aquel vocabulario no estaba a su alcance. Cerró el libro y preguntó:

—¿Enseñaste esto a Judy?

—Sí, me explicó que trata sobre radio y radar, pero que no es de carácter elemental.

—Curioso... —murmuró Brian, pensativo.

—Hay algo mucho más curioso todavía —continuó Ellie—. ¿Has visto a Caldwell últimamente? ¿O a Marcia y Don Isaacs...?

—No. La verdad es que no veo mucho a Don, aunque...

—Se fueron la misma noche en que discutiste con Frobisher. Marcia me contó que se iban para que Don pudiese trabajar en otro pueblo. Eso es lo que dicen siempre..., como el padre de Destry. La gente parece ir y venir continuamente. Casi todos los días alguien recoge una camisa limpia y un par de calcetines y emprende el camino. Y nadie le vuelve a ver hasta tres o cuatro meses después en que aparece de nuevo como si nada hubiera ocurrido.

—Y el nivel de vida... —musitó Brian—, bastante cómodo, pero primitivo...

Ellie se echó a reír.

—¡Oh, Brian! Éramos felices en Tierra Dos sin mucho más. La nave está

supermecanizada. Nos estropeamos..., nos hemos creado una infinidad de necesidades superfluas...

—¿También te ha convertido Frobisher?

La muchacha rió nuevamente, y replicó:

—Puede ser.

Brian guardó silencio, contemplando el libro. Se sentía prisionero. Era un insidioso veneno la tentación de descansar, de soñar, de morir en... Ellie lo había llamado Arcadia. Pero un poema de un viejo libro que había en la nave bullía en su cerebro; era como la isla de las venenosas flores de loto, donde quienes las saboreaban olvidaban lo que fueron antes...

Las palabras del viejo poeta resonaban insidiosamente en su cerebro. Brian se puso en pie y cogió el libro que se hallaba detrás de un panel del salón. Al abrirlo, desde una de las páginas le contemplaban las palabras de la derrota.

*Maligno es el oscuro cielo azul,
que forma bóveda sobre la mar;
la muerte es el fin de la vida. ¡Ah!
¿por qué la vida debe ser todo trabajo?
Vivamos en paz; el Tiempo transcurre velozmente...*

¿Cómo el hombre dominador del espacio podía vivir de aquella manera, como un animal satisfecho, año tras año? Brian se preguntó si entre las víctimas del loto hubo alguien que rehusara el veneno, que llegó a comer la flor para no morir de hambre, o por no soportar su soledad dentro de un grupo abandonado a sus sueños.

*Dejadnos solos... ¿qué placer podemos hallar
en la guerra contra el mal? ¿Hay alguna paz en
dejarnos arrastrar constantemente por la ola?
Concedednos un largo descanso o la muerte, una muerte
oscura o una comodidad soñadora...*

Brian frunció el ceño y dejó caer el libro. ¡No tenía nada de cómodo la vida en Nortén! Aquellos últimos días, semanas y meses, había trabajado más que durante toda su vida. Sus manos, otro tiempo suaves y sensibles, capaces de captar el más mínimo temblor de una palanca, estaban ahora llenas de callos y tostadas por el sol. Aun así había hallado una cierta satisfacción. Dejó ya de inventar juegos complicados para pasar el tiempo, así como de preocuparse continuamente por sus compañeros. Tenía a Ellie..., y esto, aunque no le quedara nada más, era lo que le retenía allí.

Pero su cerebro continuaba hambriento. Se había sentido tan satisfecho —pensó con cierta sensación de culpabilidad— ante la mejora de los ojos de su tripulación,

gracias a las gafas especiales, como cuando guió el *Homeward* a través de una peligrosa nube de gas radiactivo. Tal vez aún más, pensó otra vez con una extraña sensación de culpabilidad.

Pero no podían continuar usando aquellas gafas durante toda la vida. Debía existir algún medio de graduar los filtros, quizá a intervalos mensuales, para que todos se acostumbraran poco a poco a la violenta luz. Tomó un lápiz, buscó una cuartilla de papel, y después, irritado aún consigo mismo, se dirigió hasta su antiguo cuarto de control, para buscar el libro de navegación. Sus manos dudaron ante el vandalismo que estaba a punto de cometer, pero después se encogió de hombros lanzando una maldición en voz baja. Arrancó una hoja de la parte posterior, tomó asiento, y allí mismo, al borde de la litera, comenzó a diseñar más gafas de filtros graduables.

Resplandecía ya la amarillenta luz del amanecer cuando terminó; Ellie estaba durmiendo en la cabina. Sus rizados cabellos le caían sobre el rostro. Brian pasó a su lado de puntillas y luego descendió por la escalerilla. El aire era frío y claro, y Brian se estiró perezosamente y bostezó, al advertir de pronto que le abrumaba un terrible sueño.

Contra el brillante cielo se recortó la silueta de un hombre que ascendía por la ladera. Al cabo de unos segundos Tom Mellen se acercó a él.

—¿Eres tú, Brian? —preguntó avanzando a grandes zancadas.

Cuando finalmente Tom Mellen llegó hasta él, Brian le preguntó:

—¿Adónde vas tan temprano?

—Voy a trabajar un poco en otro pueblo —replicó Tom con tono de indiferencia—. Tengo una carta para un amigo de Frobisher. Subí a pedirte un favor. Supongo que Ellie aún no se ha levantado, ¿verdad? No la molestes, pero...

Mellen se detuvo, para añadir luego:

—...Quiero que Paula venga conmigo, pero no se encuentra muy bien y no le gusta estar con personas extrañas. Echaría mucho de menos a Ellie...

Brian le interrumpió con brusquedad:

—Tom, nos vamos a mudar al pueblo. Ya he...

Miró hacia el *Homeward* y, súbitamente, dio rienda suelta a su resentimiento:

—¡Estoy harto de cuidar de este maldito monstruo! ¡He terminado con él!

Tom lanzó un prolongado silbido.

—¿Qué te ocurre, amigo? —preguntó—. Creí que estabas firmemente dispuesto a preservar esta pequeña isla de cultura.

Mellen hizo una pausa, y ante la expresión que se reflejaba en el rostro de Brian, abandonó el sarcasmo y añadió con ansiedad:

—Brian, si de verdad vas a hacer eso, ¿por qué no os quedáis con Paula mientras yo esté fuera? Regresaré antes de que nazca el bebé, y entonces podremos hacer una casa para vosotros dos.

Brian reflexionó durante un minuto, y finalmente asintió con un movimiento de cabeza.

—Estoy seguro de que a Ellie también le agradará eso. Se siente preocupada por Paula.

Tom permaneció de pie con la vista fija en el suelo.

—Está bien —murmuró—. Diré a Paula que os espere y luego emprenderé la marcha.

Mellen hizo otra pausa y luego añadió en voz baja:

—Brian..., creí que a bordo te agradaba aprovechar tu jerarquía con..., bueno, con las chicas... Pero ahora...

Una vez más se detuvo y concluyó, sumamente embarazado:

—¿Sabes que el niño fue concebido antes de tomar tierra?

—Lo sospechaba —replicó Brian fríamente.

—Creí que no habría problema porque aterrizáramos al cabo de uno o dos meses. Pero ahora... con el cambio de gravedad, me temo que... si Paula y yo hubiésemos tenido sentido común para esperar... Judy está embarazada, ¿sabes?, y no sufre ninguna molestia en absoluto, mientras que Paula..., supongo que te debo una disculpa, Brian.

—Mejor sería que te excusaras con Paula —le cortó Brian.

Pero en el fondo apreciaba el espíritu que animaba las palabras de Tom. Éste había comprendido, por fin, las razones de Brian.

Tom añadió rápido:

—También debo excusarme por algo más, Brian. Es culpa mía el que los demás te hayan hecho el vacío aquí. Yo pensaba que aún intentabas rehabilitar a los nativos.

—No te molestes —dijo Brian, glacial—. Creo que más pronto o más tarde los nativos necesitarán de esa rehabilitación que acabas de mencionar. Cuando ese día llegue, estaré dispuesto.

Se endurecieron las facciones de Mellen, quien dijo:

—¡Creo que Frobisher tiene razón sobre ti!... Hasta la vista.

Tom Mellen extendió una mano indecisa, que Brian estrechó sin entusiasmo. Contempló cómo Tom descendía por la colina y se preguntó adónde iría y por qué. ¿Formaba aquello parte de la irresponsabilidad local? Aunque Tom ya era de por sí un irresponsable... Era vergonzosa la forma en que se había comportado con Paula. ¿Quién la cuidaría ahora? ¿El brujo de la localidad? Brian frunció el ceño y penetró de nuevo en la nave para comunicar a Ellie su traslado.

CAPÍTULO VIII

Paula mostró un patético agradecimiento ante la compañía de Ellie, mientras “Einstein” se instalaba cerca de la nueva chimenea, como hacían los gatos comunes de Nortén, con los que sostenía una lucha continua. Brian localizó un emplazamiento

para la casa que intentaba construir, y, ayudado por Destry, montó un taller para trabajar la piedra. A cambio de la ayuda del muchacho, Brian le llevaba todas las noches hasta la cúpula del *Homeward*, desde donde le enseñaba los nombres y posiciones de las estrellas fijas. El muchacho llevaba siempre un cuaderno de notas. Brian quiso regalarle un duplicado de algunos textos de astronomía que se conservaban en la nave, pero Destry lo rechazó cortésmente.

—Prefiero escribir el mío. Así me aseguro de su contenido —explicó.

Brian trabajaba sin descanso en el perfeccionamiento de su equipo para esmerilar lentes. El taller se había convertido en un momentáneo refugio y, consciente de trabajar en algo que valía la pena, comenzó a abandonar poco a poco la concha en la que, originalmente, se había encerrado, alejándose de todo contacto con la vida del pueblo. En las pausas de su duro trabajo se distraía en algo que no había hecho desde muy pequeño: soplar vidrio. Fabricó una bonita serie de botellas y frascos para Ellie, y regaló a la admirada Judy otro juego similar. Tanto Judy como Ellie tenían muchos amigos en el pueblo; al cabo de algunas semanas, Brian se encontró con tantas solicitudes de botellas que abandonó la carpintería para dedicarse a la fabricación de piezas de cristal. Había en el pueblo otro especialista en aquel trabajo, pero por entonces —según la sempiterna frase— “se hallaba ocupado en otro lugar”. Brian halló agradable esta tarea y se sintió halagado por la buena acogida que le dispensaron.

Sin embargo, en su fuero interno, su ansiedad iba en aumento. Veía muy poco a Paula —aún existía cierta tirantez en sus relaciones—, se sentía muy preocupado por la evidente debilidad de la muchacha. Ellie también esperaba un bebé, aunque sólo Brian lo sabía, por lo que el estado de Paula hacía mayor su ansiedad por el de su esposa.

No había médico en el *Homeward*. Ninguno de ellos estuvo enfermo jamás. Nominalmente, Marcia debía encargarse de la salud de todos, pero entonces tampoco vivía en el pueblo. Y a juzgar por lo que Brian había oído en Nortén, bastaba simplemente con pedir ayuda a cualquier mujer del pueblo. Ellie era ferviente partidaria de este sistema, y respondiendo a las críticas de Brian que el hecho de tener hijos era una función natural, y que el proceso quirúrgico y médico que la colonia de Tierra Dos aplicaba a tal acontecimiento era bastante para volver neurótica a una mujer. Brian no se dejó convencer; sería suficiente si todo fuera normalmente, pero Paula necesitaba atenciones especiales. Brian no comprendía la escasa preocupación que Ellie mostraba hacia su mejor amiga.

Pero ni aun así Brian esperaba la prontitud con que se produjo el desastre. Un mediodía Paula se hallaba como de costumbre: pálida y de una patética gravidez, pero alegre y con los ojos brillantes. Por la tarde, a última hora, se mostró más tranquila que de costumbre y se acostó temprano. Pero, durante la noche, Brian sintió una mano de Ellie sobre su hombro, mientras exclamaba con pánico:

—¡Brian..., *despierta!*

Brian despertó instantáneamente, sorprendido por la expresión de la muchacha y el tono histérico de su voz.

—Es Paula..., nunca he visto cosa igual..., estaba bien esta noche..., ¡oh, Brian, por favor, ven!

Brian se vistió a toda prisa, pensando en lo que podría haber sucedido tan repentinamente. Escuchó los suaves gemidos antes de entrar en la otra habitación y luego se detuvo, con la boca abierta por el asombro, al ver el rostro de Paula. Carecía de todo color e incluso los labios aparecían muy blancos y hundidos, mientras que una extraña línea oscura los bordeaba. La muchacha siempre había sido muy delgada, pero en aquellos momentos sus manos parecían garras. Brian las tocó y ardían como el fuego. Hizo un terrible esfuerzo por recordar cuánto le habían enseñado acerca de la relación que existía entre la gravedad y el embarazo, lo suficiente para comprender que la situación podía hacerse muy pronto peligrosa. Brian deseó en aquel momento saber más, pero sólo fue instruido en el estricto celibato que debía mantener el personal durante los vuelos en el espacio. Su cerebro, adiestrado en un aspecto limitado de la ciencia, sólo retenía algunos fragmentos de conocimiento. Los recordaba muy vagamente..., imperfecta unión placentaria por el efecto cohesivo de la gravedad, deficiente funcionamiento hormonal bajo la tensión suplementaria del embarazo, daño en los tejidos internos... Pero Paula, adaptada a la ligera gravedad de Tierra Dos, que había concebido un hijo en pleno espacio, en aquellos momentos no se hallaba en el vacío sino brutalmente castigada por la fuerte gravedad de la Tierra. Algo grave ocurría, evidentemente, en el delicado equilibrio de cohesiones. Brian miró de nuevo a la inconsciente muchacha, y explotó con cierta violencia.

—¡Maldito sea Mellen..., imbécil insubordinado!

—¿Dónde... está Tom? —preguntó Paula muy débilmente—. ¡Quiero que venga Tom!

Los febriles dedos de la muchacha se crisparon sobre una mano de Brian, suplicando:

—¡Quiero que venga Tom!

Paula abrió los ojos, pero su mirada estaba perdida en el vacío. Brian sintió que la cólera se apoderaba nuevamente de él. Se inclinó sobre la muchacha y le dijo:

—Yo te lo traeré.

Ellie murmuró:

—No sé dónde ha ido, Brian. Paula podría...

Brian se incorporó y replicó furioso:

—¡Le encontraré aunque tenga que hacer pedazos a ese Frobisher! ¡Gracias a Dios aún disponemos del cohete sonda! Y averiguaré dónde han *enviado* a Marcia y Don. Siempre tuve la impresión que...

—Brian... —murmuró Ellie de nuevo.

Pero él la apartó mientras añadía:

—Frobisher me va a oír de una vez para siempre. Que maldiga a la ciencia cuanto

quiera. Pero si Paula muere porque en este planeta de monos nadie sabe cómo cuidarla, te juro por Dios que haré estallar un verdadero infierno en esa Utopía, inventada por Frobisher y sus amigos... ¡Y haré que vivan otra vez como seres humanos!

Sin pronunciar una palabra más, Brian salió de la habitación y abandonó la casa, mientras su cólera iba en aumento. Se dirigió rápidamente hacia el pueblo. Subió los escalones de la vivienda de Frobisher, cruzó el porche de dos zancadas, y abrió la puerta violentamente sin tomarse la molestia de llamar.

—¡Frobisher! —gritó sin preámbulos.

Se oyeron pasos en la oscuridad y una puerta se abrió. Los ojos de Brian brillaban furiosamente. Hard Frobisher entró precipitadamente, a medio vestir, en la amplia sala. Se abrió otra puerta y Destry, medio desnudo, apareció en el umbral, sorprendido e indignado. En las facciones del anciano había sorpresa, pero no cólera. Preguntó calmadamente:

—¿Qué sucede?

Como siempre, aquella inalterable tranquilidad hizo estallar a Brian.

—¡Muchas cosas! —gritó avanzando hacia Frobisher con tal impulso que el anciano retrocedió—. Tengo una muchacha en mis manos que parece a punto de morir... ¡Quiero saber a qué lugar de este maldito planeta envió usted a Tom, a Marcia y a Don! ¡Y saber también si por aquí ejerce algún médico decente!

La calma desapareció al punto del rostro de Frobisher.

—¿La esposa de Tom? —preguntó.

—¡No pierda el tiempo con palabrerías! —rugió Brian—. ¡Se llama Paula!

—Paula Sandoval, entonces... ¿Qué le ocurre?

—Dudo que usted lo comprenda —replicó Brian, secamente.

Pero Frobisher no se alteró y dijo:

—Supongo que se tratará de alguna enfermedad producida por la gravedad. Tom me lo indicó antes de partir. Es muy fácil llegar hasta él. Destry...

El anciano se volvió hacia el muchacho, que no se había movido desde el umbral de su puerta, y añadió, tras ligera pausa:

—Rápido..., baja y habla con el Centro. Diles que traigan aquí a Mellen por vía aérea, dentro de una hora si es posible. ¿Dónde está tu padre, Destry?... Me parece que ahora le necesitamos.

Destry había desaparecido ya en el interior de su cuarto; salió de nuevo casi inmediatamente, abotonándose la camisa.

—Se hallaba en el Centro de Marilla la semana pasada —replicó Destry—, pero creo que está ahora en Slayton. Y allí no hay ningún avión de tránsito regular. ¡Eh, señor Kearns!...

Destry se volvió con viveza hacia Brian para preguntar:

—¿Puede usted pilotar el cohete? ¿O buscamos a Langdon? Traerán en avión a Mellen desde el Centro de Marilla, pero necesitaremos el aparato para recoger a mi

padre.

—¡Pero...! —protestó Brian.

En aquel momento ya Destry bajaba velozmente los escalones. Hard Frobisher puso una mano sobre un hombro de Brian, empujándole hacia el muchacho. Brian tropezó en las escalones, parpadeando luego ante la luz de una potente lámpara eléctrica. Sobre un tosco banco de trabajo, junto al libro de notas de Destry y algunos objetos más propios de un muchacho, Brian quedó boquiabierto al descubrir un transmisor de radio. Y no se trataba de un modelo simple. Destry se había ajustado los auriculares y calibraba un instrumento que parecía hecho a mano pero extraordinariamente delicado. El muchacho movió una llave y dijo con tono apresurado:

—Por favor... Centro de Marilla..., prioridad de segunda clase... personal... ¡Hola!... ¡Betty! ¿Está en el Centro un especialista en radio llamado Mellen?... Sí, eso es, pero es un caso especial. Gracias...

Hubo una larga pausa.

—Gracias, pero ya nos arreglaremos. Escucha, Betty, tengo que llegar hasta Slayton. Deja libres las líneas, ¿quieres?

Hubo otra pausa y añadió:

—Mi padre... ¿Por qué...? ¡Oh, gracias! Muchas gracias, Betty. Diles que le envíen allí un aparato.

El muchacho cortó la comunicación y se quitó los auriculares. Se puso en pie, y Brian estalló de nuevo:

—¿Qué pasa aquí? —interrogó—. *¿Qué treta ha estado empleando contra nosotros?*

—Ninguna treta —le cortó Frobisher muy tranquilo—. Ya le advertí en otra ocasión que usamos la ciencia, sólo cuando es necesaria. Traté de decírselo dos o tres veces, pero usted no me dejó hablar. Tom Mellen lleva trabajando un mes en uno de los Centros. ¿No le extrañó que no le preocupase dejar a Paula como se encontraba? Sabía que de surgir cualquier complicación, inmediatamente sería traído aquí.

El anciano se volvió hacia los escalones. Se detuvo para añadir:

—¿No se ha dado cuenta de que ésta es la primera vez que muestra usted cierta preocupación *personal* por alguien o algo? Hasta ahora sólo le preocuparon los avances científicos. Escúcheme, puede quedarse aquí mirándome como un estúpido, o acompañarme al Centro para buscar a mi hijo, el padre de Destry, uno de los médicos más capaces de esta sección.

Como Brian permanecía inmóvil, absorto en sus pensamientos, el anciano le tomó suavemente del brazo, añadiendo:

—¡No lo piense más...! Sé pilotar un avión, pero no me gustaría nada utilizar el suyo... ¡Y tendré que acompañarle porque no conoce el camino! Destry, quédate junto a la radio por si acaso...

Brian, demasiado confundido para hablar, caminó junto al anciano atravesando

los oscuros campos en dirección al cohete. Al llegar al aparato, empezaba a recuperarse de la conmoción sufrida. Se instaló en la cabina de control, advirtiéndolo a Frobisher que se sujetara bien con el cinturón de seguridad. Despegó, mientras atendía a las instrucciones que le daba el anciano sobre la ruta a seguir hasta el Centro de Slayton. Luego volvió la cabeza.

—Escuche —dijo aún ceñudo—. Estoy un poco aturdido. ¿Qué ocurre aquí?

—¿A qué se refiere? —preguntó a su vez Frobisher.

—A todo esto...

—¡Oh, esto! —contestó Frobisher, encogiéndose de hombros—. Recuerdo que tenían ustedes extintores de incendios en su nave espacial. ¿Los dejaban en la mesa donde comían o los guardaban en espera de un caso de necesidad?

—Usted me insinuó que aquí se carecía de conocimientos científicos...

—Escuche, Kearns —le interrumpió el anciano—. Sus conclusiones siempre son precipitadas. No deje que vuelvan a serlo ahora porque le hayamos ocultado nuestro grado de civilización. Vivimos de la forma que más nos place.

—Pero la radio..., los aviones..., disponen de todo eso y, sin embargo...

Frobisher replicó sin ocultar su disgusto:

—Adopta usted el punto de vista de los Bárbaros. La radio, por ejemplo. La usamos sólo en casos de carácter urgente. Los Bárbaros la empleaban únicamente para escucharla; sé que tenían incluso radio con imágenes..., se sentaban, para mirar y escuchar..., contemplaban como otras personas hacían cosas en lugar de hacerlas ellos mismos. Su vida era muy primitiva...

—¡Primitiva! —exclamó Brian—. Ustedes disponen de aviones y sin embargo la gente anda...

Frobisher dijo, con tono de irritación:

—¿Por qué no? ¿Adónde hay que ir con tanta prisa? Mientras dispongamos de medios de transporte que podamos utilizar en caso de auténtica necesidad...

—Cuando el *Starward* partió, cada hombre poseía su propio helicóptero privado...

—¡Un cochecito de bebé privado! —gruñó Frobisher despreciativamente—. Si voy a alguna parte, lo hago sobre mis piernas, como un hombre. Los primitivos y estúpidos Bárbaros vivían apiñados en ciudades parecidas a grandes cuevas mecánicas, sin contemplar jamás el mundo en que vivían, ocultos tras muros de cristal y acero, mirando a su mundo en las pantallas de televisión y a través de las ventanillas de los aviones. Para fabricar todos esos aparatos debían amontonarse en sus cuevas, realizar trabajos sucios metidos hasta el cuello entre tuercas y pernos de metal, sin ver jamás lo que estaban haciendo, sin poder nunca enorgullecerse de su trabajo..., ¡vivían como sucios animales! ¿Para qué? Una masa de hombres para producir en masa, para producir bienes innecesarios, para poseer dinero que les permitieran comprar otras comodidades innecesarias. Aquí tenemos varios profesionales que construyen aviones o los diseñan, porque ése es su trabajo preferido

y se sentirían desgraciados si no lo hicieran. Son auténticos artesanos. Por eso disponemos de algunos pocos aviones, pero no muchos, por lo que los reservamos para el trabajo necesario. La mayor parte de la gente prefiere hacer cosas sencillas para su satisfacción personal. ¡No se les obliga a producir aviones en serie sencillamente porque sea posible!

El anciano trató de disculpar su vehemencia con una tos cortés. Luego añadió, casi en voz baja:

—No quería enfadarme..., lo siento. Puede tomar tierra en ese rectángulo de luces.

Brian hizo descender el cohete con suma facilidad. Los dos hombres se dirigieron en silencio hacia un edificio de planta baja, hecho de madera oscura. En el interior, junto al cálido hogar de una chimenea, se hallaba sentado un hombre ante una gran mesa iluminada por un inteligente sistema de iluminación, contemplando lo que parecía un gran mapa en relieve. Llevaba puestos unos auriculares. Alzó la cabeza cuando los dos hombres cruzaron el umbral de la puerta, pero les hizo una seña para que aguardaran en silencio. Al cabo de un momento, tomó una clavija negra de una caja que había a su lado y la clavó con destreza en un punto del mapa. Luego dijo ante un micro:

—Tornado localizado entre Camey y Marilla. Está bien..., envíese a Robinson para que coloque una bomba en su centro antes de que llegue a las granjas...

El hombre se quitó los auriculares e inquirió cortésmente:

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

—Hola, Halleck —saludó Hard Frobisher, avanzando hasta la mesa y estrechando la mano que el hombre le tendía—. Éste es Brian Kearns..., vino del espacio.

—¡Oh! ¿Todavía siguen llegando?... El último que tuvimos aquí descendió en tiempos de mi abuelo —replicó el llamado Halleck con indiferencia—. No, mejor dicho, ahora que lo pienso, en Marilla un hombre llamado Mellen trabaja en la estación meteorológica. ¿Le conoce usted, señor Kearns?... Ah, perdón, mucho gusto en conocerle.

Brian murmuró algo ininteligible y miró a su alrededor, aturdido. Halleck añadió:

—Supongo que ha venido para recoger al doctor Frobisher, ¿verdad? Ya está en camino. ¿No quieren sentarse?

—Gracias.

Frobisher tomó asiento en un cómodo sillón e hizo una seña a Brian para que ocupara otro. El hombre de la mesa colgó su equipo de auriculares para luego acercarse hasta el sillón que ocupaba Frobisher.

—Me alegro de verle, Hard. ¿Cuándo volverá por aquí?

—Por lo menos tardaré un mes o dos. ¿Estará aquí todavía?

—Tal vez. Tengo un par de vacas a punto de parir y me gustaría estar en casa entonces.

—¿Las negras? —se interesó Frobisher—. A ver si un día lleva unas cuantas a

Norten y hacemos un trato. Me haría falta un toro de buena raza, y ahora tenemos algunas familias nuevas con niños, y les vendría muy bien la leche de vaca.

Brian no intentó seguir la conversación, que giraba en torno a vacas y a la suerte de un amigo común al criar gallinas que ponían huevos con cáscara negra. Frobisher pareció compadecerse al fin de la extrañeza que se pintaba en las facciones de Brian.

—Este amigo mío —explicó al sonriente Halleck— nunca había estado en un Centro hasta ahora... No está mal esto, ¿verdad, señor Kearns? Siempre me agrada venir por aquí cuando llega el momento y siempre me alegra regresar a la granja.

Brian confesó:

—Me siento un poco desorientado...

Y tras una ligera pausa añadió:

—Tenía entendido que su civilización no era científica...

—No lo es —respondió Frobisher con dureza—. No usamos la ciencia; no nos usa ella a nosotros. La ciencia, señor Kearns, hace demasiado tiempo que dejó de ser un tablero de ajedrez para los poderosos con tendencias belicistas, no está esclavizada por un nivel de vida artificial, ni tampoco se halla al servicio de una población neurótica, insana, que desea divertirse constantemente, ¡que es presa fácil de los estimulantes! Tampoco constituye ya un arma para ciertos grupos de presión, sean educadores, fanáticos, adolescentes, exhibicionistas egocéntricos, o mujeres perezosas. Ya no se presiona a los hombres para que compren los productos de la ciencia comercializada, con objeto de crear puestos de trabajo y así mantener en pleno funcionamiento las ciudades. En nuestra sociedad, cualquiera que se interese por algo, y que tenga talento y habilidad más allá de lo común (condiciones que satisface más de la mitad de la población), emplea anualmente unos cuantos meses en el beneficio común, y no en nombre de la sacrosanta ciencia. Halleck, por ejemplo, sabe más de meteorología que nadie en los Llanos del Sur. Cada año se instala aquí cuatro meses o eleva un aeroplano de observación climatológica, para luchar contra los tornados antes de que se hagan peligrosos. El resto del año vive como un ciudadano normal. Todo el mundo lleva una vida cómoda, fácil y equilibrada. El hombre es un animal pequeño y su horizonte debe ser reducido. Hay un límite definido en su horizonte y ésa es la razón por la que un pueblo se descompone y comienza a tener problemas en cuanto crece demasiado. Aquí todos trabajan para los individuos y no para los ideales.

Brian abrió la boca para hablar pero Frobisher le cortó tranquilamente:

—...Y antes de trabajar en los Centros, debe demostrar su responsabilidad en los pueblos. Usted tiene un puesto reservado, Brian. ¿No le gustaría profesar un curso sobre mecánica del espacio interestelar?

—¿Qué...? —explotó Brian—. ¿Se refiere... a los viajes espaciales?

Frobisher se echó a reír de buena gana. Luego consultó su reloj y añadió con la misma calma de siempre:

—Mi hijo llegará probablemente dentro de unos minutos, pero aún tengo tiempo

de explicarle algo.

Se volvió de nuevo hacia Brian y continuó:

—Enseñará. Dos o tres meses al año. Los conocimientos nunca están de más. Siempre son útiles inmediatamente o no. Nuestra forma de vida actual no durará siempre. Por ahora constituye un período de prueba, una etapa de descanso mientras el hombre recupera su sensatez antes de evolucionar nuevamente. Algún día el hombre volverá probablemente al espacio, incluso a las estrellas. Pero abrigamos la esperanza a que entonces lo hará con cierta perspectiva.

El anciano se detuvo una vez más y luego continuó con viveza:

—Creo que lo conseguiré.

Se produjo entonces un largo silencio y Frobisher añadió:

—Soy historiador, señor Kearns. Durante el Primer Renacimiento, el hombre comenzó a desarrollar la noción atávica de la supervivencia del más fuerte y poderoso en lugar del mejor. Después, por desgracia para Europa, y también para los pieles rojas, se descubrió el Nuevo Mundo. Siempre es más fácil escapar a través de una frontera y dejar en ella la ropa sucia en lugar de vivir con los propios problemas. Al conquistar tal frontera, el hombre tuvo una segunda oportunidad de aprender a vivir consigo mismo y con su obra. Pero no lo hizo; tras guerras de todas clases escapó de nuevo, esta vez gracias al lanzamiento del *Starward*, pero dio entonces un paso en falso. Y llegó el desastre. Cada hombre tuvo que escoger entre morir dentro de su armadura o quitársela.

Frobisher sonrió y luego dijo:

—Durante algún tiempo, Brian, creí que era usted un brontosaurio.

—Me siento completamente acabado —murmuró.

—Puede enseñar mecánica interestelar durante una temporada. El resto del tiempo...

—Escuche —interrumpió Brian ansiosamente—. No tengo que comenzar inmediatamente, ¿verdad? Estoy terminando unas nuevas gafas para mis compañeros...

Frobisher rió alegre y apoyó una mano en su hombro, diciendo:

—Tómese el tiempo que quiera, muchacho. Nadie volverá a molestar a las estrellas durante siglos. Es mucho más importante que sus compañeros vuelvan a disfrutar de una visión cómoda.

El anciano se levantó de pronto y concluyó:

—Ahí está John. Supongo que en estos momentos Mellen volará junto a Paula.

Brian también se incorporó con presteza cuando un hombre alto, de cabello negro y chaqueta blanca entró en la estancia. Incluso bajo aquella débil luz su parecido con el anciano era notable. Parecía un Destry más viejo y más maduro. Frobisher presentó a los dos hombres y el doctor estrechó con fuerza la mano que Brian le tendía.

—Me alegro de conocerle, Kearns. Tom Mellen me habló mucho de usted la última vez que estuve en Marilla. ¿Nos vamos ya?

Cuando salieron al exterior y cruzaron el iluminado campo de aterrizaje, el doctor y su padre hablaron en voz baja, mientras que, por una vez, Brian no supo qué decir. Ni siquiera pensaba en algo concreto al despegar el cohete. El cambio había sido demasiado rápido. Entonces, súbitamente, su memoria le hizo preguntar con ansia:

—Escuchen. Si pueden recibir señales de radio, ¿por qué no contestaron a las llamadas que el *Homeward* emitió desde el espacio?

Frobisher parecía un poco embarazado. Finalmente respondió:

—Usamos una transmisión especial. Sus señales fueron emitidas por las antiguas bandas y nos llegaron en forma de parásitos...

Por alguna extraña razón, Brian se sintió inmensamente aliviado, y no pudo reprimir una carcajada.

—Le dije a Tom que nuestro equipo debía resultar muy anticuado.

—Sí —replicó lentamente Frobisher—. Anticuado, aunque no en el sentido que ustedes habían imaginado. Toda la tripulación del *Homeward* estaba anticuada, y la hemos puesto a prueba. Pero ahora ya está al día, creo yo. Espere un momento..., no se dirija a Nortén aún. Gire hacia el norte dos o tres kilómetros. Hay algo que quiero mostrarle...

Brian protestó:

—Paula...

John Frobisher se inclinó hacia delante y murmuró:

—La esposa de Mellen...

Brian no trató de discutir el barbarismo.

—...Pronto estará bien, Kearns. No se presenta ya mucho por aquí el síndrome de la gravedad, pues hace tiempo que fue vencido, incluso antes de que los exploradores espaciales pusieran término a su actividad. La muchacha se sentirá probablemente muy enferma y su aspecto no será agradable, pero le aseguro que no es peligroso. Dentro de una hora se encontrará bien.

La angustia que sentía Brian desapareció al punto. Las palabras no significaban mucho para él, pero su formación le había enseñado al menos una cosa: reconocer la competencia cuando tropezaba con ella, y la había en cada palabra de John Frobisher. Fijó el rumbo hacia el nordeste. El naciente sol estalló como una ola de fantástico brillo en el horizonte, revelando la lejana línea de unos edificios arruinados, orientados hacia dos enormes pistas situadas en un terreno en el que nada crecía. Sólo se destacaba allí un gran llano de cemento gris. Parecía extenderse hasta muy lejos; Brian vio cómo la hierba trataba de abrirse paso por entre las grietas del cemento, mientras que los muros de los edificios estaban casi cubiertos por la hiedra. Y entonces fue cuando divisó ocho altas formas regulares, largas y que aún brillaban un poco...

—Únicamente hay dos leyes en nuestra cultura —explicó Frobisher con solemnidad—, la primera es que ningún hombre debe esclavizar a otro. Y la segunda...

El anciano se detuvo mirando directamente a Brian, para añadir después:

—...Es que ningún hombre debe esclavizarse a sí mismo. Razón por la cual jamás hemos destruido esas naves. Éste era el antiguo aeropuerto espacial, Brian. ¿No le parece majestuoso? ¿Quiere tomar tierra?

Brian miró hacia abajo, pensativo. Aquello era lo que había esperado ver desde el principio. Y, sin embargo, otra cosa le parecía ahora aún más grande: que el hombre, después de haber creado aquello tuviese suficiente sentido común para abandonar su dominio, y el valor de confinarlo allí. Los hombres sólo destruyen lo que más temen.

—Vámonos —dijo Brian con firmeza—. Abandono. Regresemos a casa. Hay una muchacha enferma que le está esperando, doctor. Aunque su enfermedad no sea peligrosa, todos seguirán preocupados hasta que usted la visite.

Brian torció los controles del aparato, que giró hacia el sudeste, rumbo al pueblo de Nortén, hacia el sol naciente. Brian no comprendió que había superado la prueba final. Pensaba en Paula y en Ellie y ansiaba llegar cuanto antes junto a ellas. Abrigaba el convencimiento de que algún día regresaría hasta aquel aeropuerto espacial, curiosearía un poco e incluso llegaría a experimentar quizá una leve nostalgia.

El cohete sonda del *Homeward* continuó su vuelo bajo la luminosa mañana. Los poderosos símbolos permanecían inmóviles, fríos, aun dominadores, como si fueran una promesa y una amenaza: ocho grandes naves cubiertas desde la proa hasta la cola por rojiza herrumbre y musgo verde.

NAVIDAD EN GANIMEDES

Isaac Asimov

Olaf Johnson canturreaba entre dientes mientras sus ojos azules observaban soñadores el impresionante abeto situado en un rincón de la biblioteca. Aunque ésta era la estancia más amplia de la Base, a Olaf no le parecía demasiado espaciosa en aquella ocasión. Se inclinó con entusiasmo sobre la enorme canasta que tenía a su lado y extrajo el primer rollo de papel verde y rojo.

No se detuvo a reflexionar sobre el repentino impulso sentimental que se había apoderado de la Productos Ganimedinos, S. A., para enviar a la Base una colección completa de adornos navideños. Olaf se hallaba bien preparado para desempeñar el trabajo que se había impuesto como decorador en jefe de los temas navideños; este cargo le colmaba de satisfacción.

De repente frunció el entrecejo y masculló una maldición. La lámpara que convocaba Asamblea General empezó a lanzar destellos histéricamente. Con expresión contrariada dejó a un lado el martillo, que ya había levantado, así como el rollo de papel; se arrancó unas cuantas lentejuelas del cabello y se dirigió al departamento de los oficiales.

El comandante Scott Pelham estaba arrellanado en el sillón presidencial cuando entró Olaf. Sus dedos rechonchos tamborileaban sin ritmo sobre el cristal que cubría la parte superior de la mesa. Olaf sostuvo sin temor la mirada colérica del comandante, ya que en su departamento no había ocurrido ninguna anomalía en veinte circunvoluciones ganimedinas.

Un grupo de hombres llenó con presteza el aposento y la mirada de Pelham se endureció mientras los contaba uno a uno inquisitivamente.

—Ya estamos todos aquí —exclamó—. ¡Muchachos! Nos enfrentamos con una crisis.

Se percibió un vago movimiento. Los ojos de Olaf miraron al techo y se sintió aliviado. Por término medio, en cada circunvolución completa se originaba una crisis en la Base. Generalmente surgía al producirse un alza repentina en el cupo de oxita, o bien cuando era inferior la calidad del último lote de hojas de karen. Sin embargo, las palabras siguientes le dejaron sin aliento.

—En relación con la crisis tengo que hacer una pregunta.

La voz de Pelham tenía un profundo timbre de barítono, salpicado de estridencias, cuando estaba colérico.

—¿Qué cochino y estúpido perturbador ha contado historias de hadas a esos revoltosos astruces?

Olaf carraspeó nervioso, con lo que se convirtió en el centro de la atención

general. Le oscilaba la nuez presa de repentina alarma, se le arrugó la frente como cartón mojado; temblaba.

—Yo... yo... —tartamudeó; hubo un momentáneo silencio, sus largos dedos hacían desatinados ademanes suplicantes—. Sí... quiero decir que estuve allí después que las últimas entregas de hojas de karen..., ya que los astruces se movían con lentitud y...

La voz de Pelham adquirió un tono de falsa dulzura. Sonrió.

—¿Les habló a los nativos de Santa Claus, Olaf?

La sonrisa parecía insólita al igual que la mirada lobuna que lanzaba de reojo y Olaf quedó anonadado. Asintió convulsivamente.

—Oh, ¿sí? ¿Habló con ellos? Vaya, vaya, les habló de San Nicolás. Viene en un trineo volando por los aires con un tiro de ocho renos, ¿eh?

—Sí, en efecto. ¿No es verdad? —inquirió inadecuadamente Olaf.

—Y dibujó los renos para demostrar que no se trataba de un error. Y que él tiene una gran barba blanca y sus ropas son encarnadas con cenefas albinas.

—Sí, señor, tiene razón —contestó Olaf estupefacto.

—Y lleva un gran saco atestado de regalos para los niños buenos, los deja caer por la chimenea y los pone dentro de los calcetines y medias.

—Exacto.

—También les dijo que está a punto de llegar. Una circunvalación más y vendrá a visitarnos.

Olaf sonrió débilmente.

—Sí, mi comandante. Quería decírselo; estoy montando el árbol y...

—¡Cállese! —el comandante respiraba agitado y sibilante—, ¿sabe lo que se han imaginado esos astruces?

—No, mi comandante.

Pelham inclinó el torso sobre la mesa en dirección a Olaf y gritó:

—Quieren que Santa Claus los visite.

Se oyeron algunas risas que al punto se convirtieron en toses ahogadas ante la encolerizada mirada del comandante.

—Y si Santa Claus no los visita dejarán de trabajar —repitió—. Se producirá una huelga.

Después de estas palabras ya no se oyeron risas, ni toses contenidas, ni nada por el estilo. Si había cruzado otro pensamiento por las mentes del grupo, éste no llegó a manifestarse. Olaf expresó la idea que estaba en el ánimo de todos:

—¿Y cómo va la cuota?

—¿Que cómo va la cuota? —gruñó Pelham—. ¿Tengo que dibujarles un gráfico? Productos ganimedinos tiene que obtener cien toneladas de wolframita, ochenta toneladas de hojas de karen y cincuenta toneladas de oxita por año, o de lo contrario perderá la concesión. Supongo que ninguno de ustedes lo ignora. Se da la circunstancia que el año terminará dentro de dos circunvoluciones ganimedinas y la

producción sufre un déficit del cinco por ciento con arreglo al plan establecido.

Se produjo un silencio sepulcral. Pelham prosiguió:

—Y los nativos no trabajarán si no viene Santa Claus. No habrá trabajo, ni cuota, ni concesión, ni empleos. Cuando la Compañía pierda sus derechos, perderemos los empleos mejor pagados de la organización. Adiós, muchachos..., buena suerte... a menos...

Hizo una pausa y mirando fijamente a Olaf añadió:

—A menos que antes de terminar la próxima circunvolución tengamos un trineo volador, ocho renos y un Santa Claus. Y por las manchas cósmicas de los anillos de Saturno, lo conseguiremos; especialmente un Santa Claus.

Diez rostros palidieron mortalmente.

—¿Tiene algún plan, mi comandante? —graznó alguien con voz trémula.

—Sí, desde luego que lo tengo. —Estiró las piernas y se recostó en el sillón.

Un repentino sudor frío se apoderó de Olaf Johnson al notar, cual dedo acusador, las miradas fijas de todos los presentes.

—Cuanto lo siento, mi comandante —murmuró con voz ahogada.

Pero el dedo acusador permanecía inmóvil.

Pelham penetró con paso firme en la antesala. Se despojó de la careta de oxígeno y de los fríos cilindros conectados a ella. Arrojó a un lado, una tras otra, gruesas prendas de lana y, al fin, con un suspiro de preocupación, se quitó a tirones un par de botas espaciales que le llegaban hasta las rodillas.

Sim Pierce interrumpió el cuidadoso examen de la última partida de hojas de karen y lanzó desde detrás de sus lentes una mirada esperanzadora.

—¿Qué hay? —preguntó.

Pelham se encogió de hombros.

—Les prometí la visita de Santa Claus. ¿Qué podía hacer? También les he doblado la ración de azúcar y de momento están trabajando.

Pierce agitó una enorme hoja de karen con cierto énfasis, mientras decía:

—¿Quiere decir hasta el día en que deba aparecer el prometido San Nicolás? En mi vida he oído cosa más tonta. No se podrá llevar a cabo. No habrá Santa Claus.

—Diga eso a los astruces —Pelham se hundió en una butaca y sus rasgos adquirieron una expresión pétrea—. ¿Qué hace Benson?

—¿Cree que podrá equipar ese dichoso trineo? —Pierce examinó una hoja al trasluz con aire crítico—. Mi opinión es que está chiflado. El viejo aguilucho ha descendido al sótano esta mañana y desde entonces está allí. Lo único que sé es que ha desmontado el disociador eléctrico. Si sucede algo anormal, nos quedaremos sin oxígeno.

—Bien —Pelham se incorporó con dificultad—. Por mi parte ojalá nos asfixiemos. Sería la manera más fácil de salir de este atolladero. Me voy abajo.

Salió presuroso y cerró la puerta de golpe.

En el sótano miró a su alrededor aturdido. Diseminadas por todos los sitios brillaban numerosas piezas de acero cromado. Pasó un buen rato tratando de reconocer las partes que el día anterior constituían una compacta maquinaria, un electro-disociador perfectamente montado. En el centro, en contraste anacrónico, había un polvoriento trineo de madera, con las palas encarnadas y deslucidas; Se oían martillazos procedentes de su interior.

—¡Eh, Benson! —gritó Pelham.

Un rostro tizado y sudoroso se asomó bajo el trineo y un chorro de tabaco salió disparado hacia la inseparable escupidera del ingeniero.

—¿Cómo grita de esta manera? —se quejó Benson—. Estoy haciendo un trabajo delicado.

—¿Qué diablos es este fantástico artefacto?

—Un trineo volante. Una idea mía —el fuego del entusiasmo brilló en los húmedos ojos de Benson y mientras hablaba le surgía por la comisura de los labios la espuma del tabaco—. El trineo lo trajeron aquí en los viejos tiempos, cuando se creía que Ganimedes estaba cubierto de nieve como otros satélites de Júpiter. Todo cuánto tengo que hacer es adaptar en el fondo unos cuantos gravo-repulsores del disociador, con lo cual el trineo se hará antigravitatorio al conectar la corriente. Los compresores harán el resto.

El comandante se mordió el labio inferior dubitativo.

—¿Y funcionará?

—Por supuesto. Mucha gente ha pensado aplicar los repulsores a los viajes aéreos, pero resultan ineficaces en los campos de gran gravitación. En Ganimedes, con un tercio de gravitación y una presión atmosférica muy leve, un chiquillo podría manejarlo, incluso Johnson, aunque no lamentaría si cayera y se rompiera su maldito cuello.

—Muy bien, mire. Tenemos grandes cantidades de esa madera purpúrea aborígen. Póngase en contacto con Fim y dígame que coloque el trineo en una plataforma construida con este material. Tiene que medir unos seis metros de largo con una baranda alrededor de la parte que sobresalga.

Benson escupió y frunció el ceño bajo los espesos cabellos que le llegaban hasta los ojos.

—¿Cuál es su idea, comandante? —inquirió.

Inmediatamente se dejaron oír las risotadas de Pelham como ásperos ladridos.

—Esos astruces esperan ver los renos y los verán. Estos animales tendrán que ir montados en algo, ¿no es eso?

—Cierto... pero en Ganimedes no hay renos.

El comandante Pelham, que ya se marchaba, se detuvo un momento. Contrajo los párpados con desagrado como hacía siempre que pensaba en Olaf Johnson.

—Olaf ha salido a cazar ocho zambúes. Tienen cuatro patas, cabeza en un

extremo y cola en el otro. Esto es suficiente para los astruces.

El viejo ingeniero rumió este informe y rió entre dientes de mala gana.

—Bien, me agrada la tonta distracción de su trabajo.

—A mí también —gritó Pelham.

Se alejó majestuosamente mientras Benson, mirándolo de reojo, desaparecía bajo el trineo.

La descripción que había hecho el comandante de un zambú era concisa y exacta, pero omitió detalles interesantes. Por una parte, el zambú tiene una cola larga, un hocico flexible, dos orejas que ondean elegantemente de atrás hacia adelante. Tiene dos ojos purpúreos y emotivos. Los machos están dotados de espinas de color carmesí, plegables a voluntad, que se extienden a lo largo de la columna vertebral y al parecer este ornamento es muy apreciado por las hembras de esta especie. Todo esto, combinado con una cola cubierta de escamas y un cerebro nada mediocre tendrán ustedes un zambú, o al menos lo tienen si logran capturarlo. Precisamente, éste era el pensamiento que se le ocurrió a Olaf Johnson, al descender con cautela por una eminencia rocosa aproximándose a un rebaño de veinticinco zambúes que pastaban entre los desperdigados matorrales de una zona arenosa. Los ejemplares más próximos observaban cómo se acercaba Olaf, quien ofrecía un grotesco aspecto enfundado en pieles y con la careta de oxígeno conectada a la nariz. Como sea que los zambúes carecen de enemigos naturales se contentaban con mirar aquella extraña figura con ojos lánguidos y reprobatorios y volvieron a ronzar su provechosa pitanza.

Las nociones de Olaf respecto a la caza mayor eran incompletas. Rebuscó en los bolsillos un terrón de azúcar y cortándolo exclamó:

—Pss... Pss... michito..., pss... pss... michito...

Las orejas del zambú más próximo se crisparon con desagrado. Olaf se acercó más con el terrón de azúcar en alto:

—Ven aquí, currito, ven aquí...

El zambú vio la golosina y puso los ojos en blanco. Movié el hocico arrojando el último bocado de vegetación y avanzó olfateando con el cuello estirado. Después golpeó la palma extendida con un rápido y experto movimiento, llevándose el terrón a la boca. La otra mano de Olaf bajó rápida, pero se encontró con el vacío.

Con expresión desengañada sacó otra pieza del bolsillo:

—Ven aquí, príncipe. Acércate, Fido...

El zambú emitió un gruñido tremolante en las profundidades de su garganta. Era una manifestación placentera. Evidentemente aquel extraño monstruo que tenía ante él, después de haberse vuelto loco, se proponía alimentarlo para siempre con aquellos bocados concentrados y succulentos. Se lo arrebató de nuevo y retrocedió con la misma rapidez que la vez anterior. Pero en esta ocasión Olaf lo sujetaba con firmeza, pero el zambú también le había cazado medio dedo.

El alarido que dio Olaf denotaba que éste carecía en cierto modo de la impassibilidad necesaria requerida en tales circunstancias. Sin embargo, un mordisco que hace daño a través de espesos guantes, por supuesto, no deja de ser un mordisco.

Se abalanzó osadamente sobre el animal. Había ciertas cosas que alteraban la sangre de Johnson y el antiguo espíritu de los vikingos resurgía en él. Precisamente una de estas cosas era el que alguien o algo le mordiera un dedo, y mucho más si este alguien o algo era un ser extraterrestre.

Los ojos del zambú observaban indecisos mientras retrocedía. Ya no le ofrecían más terrones blancos y no sabía con seguridad lo que sucedería a continuación. La incertidumbre se desvaneció con rapidez inesperada cuando dos manos enguantadas se apoderaron de sus orejas y empezaron a zarandearlas. Lanzó un agudo gañido y arremetió brioso.

Los zambúes están dotados de cierta dignidad. Les desagrada que les tiren de las orejas, particularmente cuando otros zambúes, incluyendo algunas hembras, forman un corro y miran expectantes.

El terrícola cayó de espaldas y durante un rato estuvo en esta posición. Mientras tanto el zambú se alejó unos cuantos pasos y caballerosamente permitió que Johnson se pusiera en pie.

La vieja sangre de los vikingos alcanzó un grado más alto de efervescencia en Olaf. Se restregó la parte dolorida y saltó, olvidándose de las leyes de gravitación ganimedinas. Se desplazó por el aire a un metro de altura sobre la espalda del zambú.

Asomó el miedo en los ojos del animal al observar a Olaf. El salto había sido imponente, pero al mismo tiempo también se notaba en sus órganos visuales cierta confusión. Parecía que aquella maniobra carecía de propósito.

Olaf volvió a caer de espaldas sobre los cilindros al igual que la vez anterior. Empezaba a sentirse desconcertado. Los sonidos que emitían los espectadores denotaban palpablemente su condición de risitas burlonas.

—Risitas, ¿eh? —masculló amargado—; todavía no ha empezado la lucha.

Se acercó al animal lenta y cautelosamente. Dio un rodeo, examinando el punto más conveniente para lanzar el ataque. El zambú hizo lo mismo. Olaf simuló un falso ataque. Su oponente se agachó. A continuación, este último se volvió de espaldas y Olaf se agachó a su vez.

El seco y agresivo ronquido que salía de la garganta del zambú no parecía estar en consonancia con el espíritu fraternal que generalmente reina durante la época navideña y esta actitud irreverente le recordaba a Olaf algo así como un sacrilegio.

De pronto se oyó un silbido. Olaf sintió un repentino calor en la cabeza detrás de la oreja izquierda. Esta vez dio una vuelta en el aire y cayó de nuca. Los asistentes al espectáculo prorrumpieron en un clamor que parecía un relincho de satisfacción y el zambú movió la cola triunfalmente.

Olaf se sobrepuso a la impresión de estar flotando en un espacio infinito tachonado de estrellas y se incorporó vacilante.

—¡Protesto! —exclamó—. El ataque con la cola es juego sucio.

Saltó hacia atrás esquivando otro coletazo y acto seguido se lanzó hacia la parte inferior del animal y, atrapéndole las patas, con fuerza, le obligó a dar con el espinazo en el suelo. El zambú lanzó un gáñido de indignación.

Ahora la lucha había entrado en una fase en la que los músculos terrícolas y ganimedianos jugaban un papel decisivo. Olaf se manifestó como un hombre de fuerza bruta. Luchó con denuedo y por último se lo cargó a la espalda y el animal se sintió zarandeado e impotente.

Respondió vociferante y trató de demostrar sus objeciones con un coletazo bien administrado. Pero estaba situado con desventaja y la cola pasó silbando inofensiva sobre la cabeza de Olaf.

Los otros zambúes dejaron paso libre al vencedor con triste expresión en sus semblantes. Evidentemente eran muy buenos amigos del animal capturado y les era desagradable en extremo que hubiera perdido el combate. Volvieron a su quehacer gastronómico con resignación filosófica, completamente convencidos que todo era obra del destino.

Al otro lado de la prominencia rocosa, Olaf había habilitado una cueva. Se desarrolló una breve y confusa lucha antes que Olaf lograra hacer entrar en razón al zambú. Una cuerda anudada concienzudamente fue el auxiliar más eficaz para mantenerlo quieto.

Pocas horas después cuando ya tenía en su poder los ocho zambúes, poseía una técnica depurada que sólo se adquiere tras larga experiencia. Podía haber dado a los *cow-boys* valiosos consejos sobre la forma de derribar cuadrúpedos recalcitrantes. También podía haber dado unas cuantas lecciones a los estibadores terrícolas, sobre tacos y juramentos simples y compuestos.

Era el día de Nochebuena y en la Base ganimedina reinaba un ruido ensordecedor y un confuso acaloramiento, como si se hubiera puesto en marcha un nuevo ingenio para registrar toda clase de sonidos. Alrededor del viejo trineo situado sobre una enorme plataforma de madera purpúrea, cinco terrícolas libraban una verdadera batalla con un zambú.

El zambú posee opiniones concretas en relación con muchas cosas y uno de sus más tenaces principios es que no va adonde no quiere ir. Esto lo demostraba palpablemente sacudiendo la cabeza, la cola, las cuatro patas, las tres espinas, en todas las direcciones y con todas sus fuerzas.

Pero los terrícolas insistieron y no con gran delicadeza. A pesar de sus angustiosos alaridos el animal, fue elevado hasta la plataforma, colocado en el lugar correspondiente y enjaezado sin remedio ni esperanza.

—Muy bien —gritó Peter Benson—. Traigan la botella.

Sujetando el hocico con una mano, Benson agitó la botella con la otra. El zambú

temblaba de ansiedad y emitió temblorosos gañidos. Benson introdujo el líquido en la garganta del animal. Se oyó un gorgoteo y después un gruñido comprensivo. El animal estiró el cuello en demanda de otro trago.

—Nuestro mejor coñac —suspiró Benson.

Hubiera terminado la botella, pero la dejó cuando estaba por la mitad. Los ojos del zambú giraron rápidamente en sus cuencas; parecía como si intentara bromear. Sin embargo, esta actitud no duró mucho tiempo, pues el metabolismo ganimedino queda afectado por el alcohol casi de inmediato. Los músculos se le contrajeron con la rigidez propia de la borrachera e hipando sonoramente se desplomó.

—Traer al siguiente —exclamó Benson.

Al cabo de una hora los ocho zambúes no eran más que estatuas catalépticas. Les ligaron a sus cabezas palas en horquilla a guisa de astas. Producían un efecto tosco e inexacto, pero apto para el fin deseado.

En el preciso momento en que Benson abría la boca para preguntar dónde estaba Olaf Johnson, el benemérito personaje apareció entre los brazos de tres camaradas y fue conducido a la plataforma tan envarado como cualquier zambú después de la lucha. No obstante, articuló sus objeciones con la mayor claridad.

—Yo no voy a ninguna parte con este atuendo. ¿Me oye...?

En realidad había motivos para quejarse. Olaf nunca había sido atractivo, ni en sus mejores momentos, pero su condición actual era una mezcolanza entre una pesadilla de zambúes y una concepción patriarcal de Picasso.

Llevaba los atavíos tradicionales de Santa Claus. Éstos eran encarnados, tanto como podía permitir el papel de seda cosido a su capa espacial. El “armiño” era tan blanco como el algodón en rama; precisamente esto es lo que era. Su barba ondeaba libremente, hecha de más algodón en rama, enganchada a un lienzo que le llegaba de oreja a oreja.

Con tales aditamentos debajo y la nariz de oxígeno encima hasta la persona de ánimo más templado hubiera rehuído su mirada.

A Olaf no le habían mostrado un espejo para mirarse, pero lo que podía ver de él mismo y lo que su instinto le decía, le postraba en tal estado que la caída de un rayo fulminante la hubiera saludado con alivio.

Entre gritos y espasmos fue izado al trineo. Intervinieron otros, ayudando vigorosamente hasta que de Olaf, no quedó más que una masa retorcida de la que salían voces ahogadas.

—Dejadme —mascullaba—, dejadme —y atacaba uno a uno.

Hizo un pequeño amago para demostrar su osadía, pero cayeron sobre él numerosas manos que lo atenazaron, impidiéndole mover un dedo.

—¡Entre! —ordenó Benson.

—¡Váyase al infierno! —rugió Olaf entrecortadamente—. No quiero entrar en un artefacto patentado para un suicidio inmediato. Se puede llevar a su sanguinario trineo volante y...

—¡Oiga! —interrumpió Benson—. El comandante Pelham le está esperando al otro lado. Lo despellejará vivo si no está allí dentro de media hora.

—El comandante Pelham puede entrar en el trineo a mi lado y...

—Piense en su empleo. Piense en sus ciento cincuenta dólares semanales. Piense en Hilda allá en la Tierra que no se casará con usted si pierde el empleo. Piense en todo eso.

Johnson pensó en aquello confusamente; pensó alguna cosa más y penetró en el trineo. Aseguró el saco con correas y puso en marcha el gravo-repulsor. Abrió el propulsor a chorro lanzando una horrible maldición.

El trineo arrancó impetuoso y Olaf no salió despedido hacia atrás por encima del artilugio, por verdadero milagro.

Se aferró a los pasadores y observó cómo las colinas circundantes subían y bajaban según los picados y rizos del inseguro trineo.

Sopló el viento y las ondulaciones se hicieron más sensibles. Cuando Júpiter apareció, su luz amarillenta iluminó todos los picos y abismos del accidentado terreno hacia cada uno de los cuales parecía dirigirse el trineo, y cuando el gigantesco planeta se había alejado por completo de la línea del horizonte, la maldición de la bebida, que sale de los organismos ganimedinos, con la misma rapidez que entra, comenzó a alejarse de los zambúes.

El zambú zaguero fue el primero en despertar; se relamió la cavidad bucal, dio un respingo y desvaneció el maléfico influjo del alcohol. Después de haber tomado esta decisión, examinó lánguidamente lo que tenía a su alrededor. No le causó una impresión inmediata. Gradualmente se fue dando cuenta del hecho incontrastable de que el suelo que pisaba, cualquiera que fuere, no era el terreno firme de Ganimedes. Se inclinaba, se movía, lo cual era muy extraño.

Aunque hubiera atribuido este balanceo a su reciente orgía, no por ello dejó de mirar por debajo del barandal al cual estaba amarrado. Los zambúes jamás han muerto de ataque cardíaco, según consta en los registros sanitarios, pero éste, cuando miró abajo de sus patas estuvo a punto de romper la tradición.

El angustioso chillido de horror y desesperación que lanzó, hizo recobrar el conocimiento a los demás, cuyas cabezas, aunque doloridas, habían recobrado la conciencia.

Durante un buen rato se desarrolló una torpe, cacareante y confusa conversación, ya que los animales trataban de echar fuera de la cabeza el dolor e introducir en ella los hechos. Lograron conseguir ambos propósitos y organizaron una estampida. No era propiamente una estampida, puesto que estaban estrechamente atados. Pero si exceptuamos el detalle de su situación forzada, hicieron todos los movimientos del galope tendido. Y el trineo se volvió loco.

Olaf se cogió la barba un segundo antes de dejarla ondear libremente.

—¡Eh! —gritó.

Era tanto como sisear a un huracán.

El trineo pataleaba, saltaba y bailaba un tango histérico. Era presa de repentinos arrebatos y parecía dispuesto a estrellar su cerebro de madera contra la corteza de Ganimedes. Entretanto Olaf, a la vez que renegaba, juraba y lloraba, accionaba los propulsores a chorro.

Ganimedes daba vueltas y Júpiter se mostraba como una mancha borrosa. Quizá la bailoteante panorámica de Júpiter fue lo que indujo a los zambúes a comportarse con más formalidad. Parecía que ya les había pasado el malestar de la borrachera. Sea como fuere, cesaron de moverse, se dirigieron los unos a los otros sublimes discursos de despedida, confesaron sus pecados y esperaron la muerte.

El trineo se estabilizó y Olaf recobró el aliento que volvió a perder de nuevo ante un curioso espectáculo: hacia arriba veía las colinas y el sólido terreno ganimedino y por debajo el oscuro cielo y la abultada figura de Júpiter.

Al ver todo esto, él también hizo las paces con la eternidad y esperó el fin.

“Astruz” es un diminutivo de avestruz y a este animal se parecían los nativos de Ganimedes, si bien hay que considerar que tienen el cuello más corto, la cabeza más grande y su plumaje parece que de un momento a otro vaya a desprenderse de raíz. Hay que añadir a su retrato un par de brazos, flacos y huesudos, provistos de tres dedos rechonchos. Saben inglés, pero cuando uno los oye, preferiría que no lo hablaran.

Unos cincuenta astruces se habían agrupado en una construcción de poca altura hecha de madera purpúrea, que llamaban salón de reunión. En un sucio Banco de Honor de esta estancia fétida y oscurecida por el humo de las antorchas, estaban sentados el comandante Pelham y cinco de sus hombres. Ante ellos se pavoneaba el astruz más desaliñado de todos inflando su enorme tórax con rítmicos y explosivos sonidos. Se detuvo un momento y señaló hacia una abertura en el techo.

—Mira —graznó—. Chimenea. Nosotros hacer, entrar Sannicaus.

Pelham asintió con un gruñido. El astruz cloqueó placentero. Señaló los pequeños sacos de hierba tejida que colgaban de las paredes:

—Mirar, calcetines, medias, Sannicaus poner regalos.

—Sí —admitió Pelham sin entusiasmo— chimenea y calcetines. Muy bonito.

Torció la boca en dirección a Sim Pierce, que estaba sentado a su lado y murmuró entre dientes:

—Si estoy media hora más en esta escombrería, me moriré. ¿Cuándo llegará ese tonto?

Pierce se movió incómodamente.

—Escuche, he realizado algunos cálculos. Estamos a salvo en todo menos en las hojas de karen, en las que aún llevamos cuatro toneladas de déficit. Si logramos resolver este estúpido asunto dentro de una hora, podremos empezar un nuevo período y hacer que los astruces trabajen el doble —se echó hacia atrás y continuó—.

Sí, creo que lo podremos conseguir.

—Poco más o menos —replicó Pelham sombríamente—. Y eso si llega Johnson y no nos pone en otro aprieto.

El astruz hablaba de nuevo, pues a sus congéneres les agrada charlar:

—Todos los años Kissmess —no sabía pronunciar Christmas—, Kissmess bonito, todo el mundo amigos. Astruz querer Kissmess. Vosotros gustar Kissmess.

—Sí, es muy bonito —refunfuñó Pelham cortésmente—. Paz en Ganimedes y buena voluntad para los hombres, especialmente para aquéllos como Johnson. ¿Dónde diablos está ese idiota?

Cogió otro berrinche mientras el astruz saltaba unas cuantas veces de arriba a abajo de manera calculada, evidentemente para ejercitarse. Continuó saltando variando el ritmo con aburridos pasos de baile. Los puños de Pelham se crispaban de una manera extraña. Unos excitados graznidos que provenían de un agujero en la pared, dignificado con el nombre de ventana, contuvieron a Pelham de hacer una matanza de nativos.

Los astruces se agruparon en enjambres y los terrícolas lucharon por hallar un punto dominante.

Al fondo de la gran bola amarillenta de Júpiter, rugió un trineo volante tirado por ocho renos. Era muy pequeñito, pero no cabía duda; era Santa Claus que llegaba.

Al parecer algo funcionaba mal. El trineo, los renos y todo el conjunto, descendían a una velocidad terrible, pero volaban invertidos.

Los astruces se dispersaron en medio de una cacofonía de graznidos.

—¡Sannicaus! ¡Sannicaus! ¡Sannicaus!

Salieron trepando por las ventanas como una fila de estropajos locos en movimiento. Pelham y sus hombres alcanzaron el exterior por una puerta de poca altura.

El trineo se aproximaba, se hacía más grande, daba bandazos de un lado a otro y vibraba como una rueda descentrada en vuelo. Olaf Johnson era una pequeña figura que se asía perfectamente al trineo con ambas manos.

Pelham gritaba desafortadamente, incoherente y se atragantaba cada vez que se le olvidaba respirar a través de la careta nasal en la fina atmósfera ganimedina. De pronto se detuvo y miró fijamente con horror. El trineo seguía descendiendo veloz y ya casi se veía de tamaño natural. Si hubiera sido una flecha disparada por Guillermo Tell, no hubiera apuntado, entre ceja y ceja de Pelham, con más precisión.

—Todo el mundo a tierra —chilló mientras se dejaba caer.

La ráfaga de viento que dejó el trineo al pasar de largo restalló penetrante contra su rostro. La voz de Olaf se oyó durante un instante chillona y confusa. Los compresores de aire dejaron una estela de vapor.

Pelham temblaba en el helado suelo de Ganimedes. Poco después se levantó lentamente, sacudiendo las rodillas como una hula hawaiana. Los astruces que se habían dispersado, antes de que se les echara encima el vehículo aéreo, se agruparon

de nuevo. A lo lejos el trineo giraba dando media vuelta.

Pelham seguía los revoloteos y bandazos del artefacto desde que empezó a cambiar de dirección. Cabeceó e inclinándose a un lado, enfiló hacia la base y ganó velocidad.

En el interior del trineo Olaf trabajaba como un demonio. Con las piernas ampliamente abiertas balanceaba con desesperación el peso de su cuerpo. Sudaba y maldecía mientras intentaba con todas sus fuerzas evitar la panorámica de Júpiter “hacia abajo”, y esto producía en el trineo oscilaciones más y más violentas. Los bamboleos alcanzaban ahora un ángulo de 180°, y Olaf sintió que su estómago le presentaba enérgicas reclamaciones.

Conteniendo el aliento apoyó todo el peso de su cuerpo sobre el pie derecho y el trineo se balanceó con más amplitud que nunca. En el punto más pronunciado de este vaivén desconectó el gravo-repulsor y la débil fuerza gravitatoria de Ganímedes sacudió el trineo obligándole a descender. Como es natural, al ser el vehículo más pesado por el fondo, debido a la masa metálica del gravo-propulsor, adquirió la posición normal en tanto descendía.

Pero esto le causó muy poco alivio al comandante Pelham ya que, una vez más, el trineo apuntaba directamente hacia su persona.

—Cuerpo a tierra —vociferó, y de nuevo se lanzó al suelo.

El trineo silbó sobre su cabeza, crujió al tropezar contra una peña, hizo un salto de cinco metros y se paró en seco con un chasquido. Olaf salió despedido por la baranda.

Había llegado Santa Claus.

Con un profundo y tembloroso suspiro, Olaf se ajustó el saco sobre la espalda, se recompuso la barba y acarició la cabeza a uno de los sufridos y silenciosos zambúes. Podía haber sobrevenido la muerte; en verdad, Olaf no la había afrontado con serenidad, pero ahora estaba dispuesto a morir, pisando tierra firme, con nobleza, como un Johnson.

Dentro de la cabaña en la que los astruces se habían aglomerado, una vez más, un golpe en el tejado anunció la llegada del saco de los regalos de Santa Claus y un segundo batacazo la llegada del santo. Una figura espantosa apareció a través del agujero provisional.

—¡Felices Navidades! —farfulló, dejándose caer por el orificio.

Olaf fue a parar encima de los cilindros de oxígeno, como de costumbre y después los colocó en el sitio habitual.

Los astruces saltaban de arriba a abajo como pelotas de goma.

Olaf se dirigió cojeando ostensiblemente al primer calcetín y depositó una pequeña esfera deslumbrante y policromada que extrajo del saco, una de las muchas bolas que originalmente habían sido proyectadas para adornar los árboles navideños. Una a una las fue dejando en todos los saquitos disponibles.

Después de haber realizado su tarea, se sentó en cuclillas completamente agotado y siguió las sucesivas escenas con ojos vidriosos e inseguros. La jovialidad y las

carcajadas de buen humor, tradición característica de la festividad de Santa Claus, estuvieron completamente ausentes en esta ocasión.

Pero la ausencia de alegría la compensaron los astruces con su extraño embelesamiento. Hasta que Olaf entregó la última bola guardaron silencio y permanecieron sentados. Pero cuando se acabó el reparto, el aire se enrareció bajo la tensión de estridencias discordantes. En menos de un segundo la mano de cada astruz contenía una bola.

Charlaban entre ellos violentamente y asían las bolas con cuidado, protegiéndolas con el pecho. Después las comparaban unas con otras y formaban grupos para contemplar las más llamativas.

El astruz más desaseado se acercó a Pelham y lo cogió por las solapas.

—Sannicaus, bueno —cacareó—. Mira, dejar huevos.

Observó reverentemente su esfera y agregó:

—Ser más bonitos que huevos astruces. Ser huevos Sannicaus, ¿eh?

Con su dedo pellejudo pinchó el estómago de Pelham.

—¡No! —aulló Pelham impetuosamente—. ¡Infiernos, no...!

Pero el astruz no le escuchaba. Ocultó la bola en las profundidades de su plumaje y continuó:

—Colores bonitos. ¿Cuánto tiempo tardar salir pequeños Sannicaus? ¿Qué comer pequeños Sannicaus?... Nosotros enseñar ser vivos inteligentes, como astruces.

Pierce agarró el brazo del comandante Pelham.

—No discuta con ellos —susurró frenético—. ¿Qué importa si ellos creen que esas bolas son huevos de Santa Claus? ¡Mire! Si trabajamos como locos, podremos alcanzar la cuota. Que empiecen a trabajar.

—Lleva razón —admitió Pelham.

Se dirigió al astruz:

—Dígales a todos que se preparen.

Hablaba con claridad y en voz alta.

—Ahora a trabajar, ¿me comprenden? ¡Venga!, de prisa, de prisa...

Hacía ademanes con los brazos. El desastrado astruz se detuvo de repente y dijo con calma:

—Nosotros trabajar, pero Johnson decir Kissmess y venir todos los años.

—¿No tenéis bastante con un Christmas? —masculló Pelham.

—¡No! —graznó el astruz—, nosotros querer Sannicaus año próximo. Traer más huevos. Más otro año. Y otro, y otro, más huevos. Más pequeños Sannicaus. Si Sannicaus no venir, nosotros no trabajar.

—Hay mucho tiempo por delante. Ya hablaremos entonces. O nos volveremos todos locos o los astruces habrán olvidado la fiesta.

Pierce abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir, la cerró de nuevo, la abrió otra vez y finalmente consiguió hablar:

—Comandante, quieren que venga todos los años.

—Yo lo sé, pero el año próximo no se acordarán.

—Pero, no comprende... Un año para ellos es una revolución completa alrededor de Júpiter. Esto significa una semana y tres horas del tiempo terrestre. ¡Quieren que Santa Claus venga todas las semanas!

—¡Todas las semanas! —rugió Pelham—. Johnson les dijo...

Durante unos instantes le pareció que todo eran chispas dando saltos mortales. Se quedó sin respiración y automáticamente sus ojos buscaron a Olaf.

Olaf se quedó frío hasta el tuétano. Se levantó sobrecogido y se deslizó hacia la puerta. Se detuvo cuando estaba en el umbral; de repente recordó la tradición. Con la barba semidesprendida graznó:

—¡Felices Navidades y buenas noches a todos!

Corrió hacia el trineo como si todos los diablos le pisaran los talones. No eran los diablos, era el comandante Scott Pelham.

3/ERA ESTELAR

3000-10000

En el ámbito de la ciencia-ficción se da habitualmente por sentado que los planetas de nuestro sistema solar no serán sino meros peldaños en la ascensión del hombre hacia las estrellas. Raro es el astro que no ha sido explorado ya por la fantasía de los autores y cuyos habitantes no han sido descritos y clasificados. El hecho de que dichos autores no coincidan en su descripción y clasificación importa poco: nosotros, los hombres, no hemos sabido todavía describirnos y clasificarnos a nosotros mismos.

Los tres primeros relatos de este grupo parecen demostrar que el hombre del futuro no será muy distinto del hombre actual, aunque sí lo serán sus métodos de actuar y manifestarse. Para Theodore Sturgeon, el conflicto entre el pequeño empresario y el gigante industrial continuará existiendo, pero las técnicas que lo sustenten van a antojársenos insólitas. Sam Merwin afronta el problema del individuo enfrentado a la unidad social, y su irónico desenlace recoge una herencia que se halla en uso desde la época prehistórica. Leigh Brackett cree que la lucha por la libertad no terminará nunca, por lo que las estrellas significarán únicamente una etapa más del camino que tanta sangre, tanto sudor y tantas lágrimas nos han costado hasta hoy.

En cuanto a «La voz de la langosta» y a «Homo sapiens», vale la pena leerlos detenidamente y reflexionar sobre lo que nos dicen, pero muy especialmente sobre lo que dan a entender.

LA MEMORIA

Theodore Sturgeon

Jeremías Jedd se hallaba de pie sobre el polvo ígneo del aeropuerto espacial, contemplando el cielo y protegiéndose los ojos con la mano. Ocasionalmente consultaba la hora en su kronos, sacudiéndolo para asegurarse de que tenía cuerda, y luego miraba a sus espaldas hacia la achaparrada construcción de la oficina de Aduanas y el enorme reloj de la fachada. La pizarra anunciaba plácidamente que el *Pinacle* estaba a punto de llegar y dejaría a los pasajeros en la Puerta Tres.

Jeremías sacudió la cabeza y volvió a sacar del bolsillo la carta de Marte. Lentamente la desdobló y la leyó, como un hombre que comprueba su mnemotecnia. Después de varias lecturas había acabado por familiarizarse con su contenido. La carta decía:

“Como ya sabrás, Exportaciones Generales Genex, ha montado aquí una factoría, junto a Fuerte Wargod. Su instalación ha requerido mucho tiempo y dinero, la mayor parte de la cual se envió como equipaje personal, debido a la situación de los embarques espaciales.

”Como otras muchas personas, opino que eso fue una tontería, porque habrían podido obtener la conducción acabada directamente en Marte, y porque tal factoría requerirá fuerza motriz... cosa muy difícil de conseguir aquí. Sin embargo, no me preocupo mucho. ¿Por qué tiene que preocuparnos lo que nuestros competidores hagan con su dinero?

”Pero aquí está lo gracioso. Pese a que la factoría es pequeña y relativamente desprovista de lo más elemental, fabricará tuberías. Y el material es de plástico, susceptible de ser enviado en láminas. No hace falta explicar lo que esto significa para nosotros. Nuestra firma obtuvo los contratos de flotas espaciales, en vez de Genex, únicamente porque el Gobierno aprobó nuestro sistema, es decir metiendo las tuberías de diámetro más pequeño dentro de las mayores. Pero también ahora envía así sus tuberías la Genex. La idea no puede patentarse.

”Por lo tanto, a menos que encontremos un medio patentable de enviar tuberías en menos espacio del que precisa Genex, estamos arruinados, hermano..., del todo. Genex pretende monopolizar cuanto se refiere al sistema Colonial, ya lo sabes. Controla ahora casi todas las naves, los productos, y los servicios. Y me temo que nosotros engrosaremos la lista de los pequeños comerciantes que han tratado de hacerles la competencia”.

Jeremías se guardó la carta y se frotó los ojos. Le dolían. Desde que recibió aquella carta una semana atrás, apenas había dormido. Suministrar tuberías al proyecto Marte constituía un trabajo lo bastante duro para ahora dedicar largas noches en el laboratorio tratando de establecer la manera de competir con Genex. Todo cuanto Hal y él poseían, estaba invertido en su proyecto. Habían trabajado juntos desde que salieran de la universidad hasta que Hal se decidió por Marte.

Deseó fervientemente que todo hubiese sucedido al revés.

Si Hal estuviera allí, él habría podido imaginar algo. Jeremías fue siempre el verdadero cerebro de la firma Jedd. Pero de hecho, era Hal quien había descubierto algo. ¡Qué ironía! El caso es que no podía explicarlo por carta, ni por telegrama. Genex controlaba también el correo, y no tenía obstáculos para realizar averiguaciones.

Jeremías volvió a levantar la vista. Divisó un puntito brillante en el cielo. Miró en torno suyo. Los empleados del aeropuerto estaban preparando ya la rampa de recepción de la nave. Volvió a sacar la carta para releer lo que se refería a Phyllis Exeter:

“Muchacho, he encontrado la solución. No te la explico, sin embargo, en esta carta, porque ya sabes los motivos. Confío en que sabrás descubrirla por ti mismo. Los nuevos contratos van a ser puestos a subasta, y la prioridad para las flotas se concederá a la compañía que garantice envíos mayores por menor coste. Mi sistema no puede ser más sencillo. Budgie hubiera podido explicártelo. Dispones de tres semanas a partir del momento en que recibas esta carta. Y no olvides que necesitas diez días para presentar una solicitud de patente.

”En relación con esta idea, Phyllis Exeter llegará en el *Pinacle*. Me gustaría que fueses a recibirla, porque tiene lo que necesitas. Me porté muy bien con ella cuando estuvo en Thor City. Probablemente te lo contará. Habla más que Budgie. Procura ser listo, amiguito”.

Jeremías frunció el entrecejo mientras doblaba la carta y volvía a guardarla. Los dos últimos párrafos eran más explícitos de lo que parecía a simple vista. Sí, mucho más. Se fijó en una frase: “Sé listo, amiguito”. Y las referencias a Budgie..., no estaba seguro, pero era evidente que no figuraban en la carta por el mero propósito de llenar papel. Y la referencia a Phyllis Exeter y a su llegada. Eso ya era algo.

Si Hal quería asegurarse positivamente de que se entrevistaría con Phyllis Exeter, eligió el método más conveniente. Sólo por ese renglón encontraría a la joven, aunque se escondiese en las entrañas de la Tierra. Pero, ¿por qué Phyllis? Al fin y al cabo, Hal y Phyllis habían sido... Jeremías se encogió de hombros. Si Hal pretendía raptarles, allá él.

Mientras pensaba, Jeremías comenzó a experimentar una antigua y familiar

sensación.

En aquel momento comenzó a hacerse audible el ronco zumbido de los cohetes del *Pinacle*. Rápidamente fue descendiendo la nave, hasta estabilizarse a unos tres mil metros. Jeremías oyó distintamente el súbito cambio de marcha de los cohetes de propulsión fría, y al cabo de un minuto una nube de polvo salió al encuentro de la nave.

Jeremías pasó a la sala de espera de la Puerta Tres, esquivando apenas las ráfagas de aire cargado de polvo. Se abrió paso por entre la multitud allí reunida y se acercó a una portilla cubierta con un disco de plástico transparente a través del espeso polvo que se arremolinaba violentamente en torno al edificio. Desde la central del aeropuerto, hacia la sección donde iba a aterrizar la nave, se adelantó la escalerilla extensible que debía unirse al monstruo, como un enorme ovipositor.

Quince minutos después la escalerilla permitió descender a los pasajeros de la nave. La muchedumbre se apresuró hacia los ascensores, siendo apartada por los empleados. Jeremías no se movió, tratando de parecer indiferente, aunque sin lograrlo.

Llegó el primer grupo. Un individuo de rostro moreno, y bastante corpulento; otro de fría mirada, nervioso y delgado. Ambos se apartaron para ceder el paso a una mujer con los niños y una pareja de ancianos. Entonces apareció Phyllis.

Al verla, Jeremías se preguntó qué haría un hombre para derribar aquella muralla, aquella máscara brillante que la joven parecía llevar. Darle un beso o pegarle un puñetazo obtendría el mismo efecto. Tenía el cabello sedoso, de un verde iridiscente. Fumaba con una larga boquilla, y el color de humo parecía hermanarse con su cabellera. Su voz era tan vivaz y armoniosa como siempre. No tardó mucho en divisar a Jeremías.

—¡Oh, Jeremías! ¡Jeremías Jedd! ¿Cómo estás, querido?

—No me llames querido —replicó él.

—Oh, nadie pensará de mí más de lo que piensa ya.

—Pero alguien puede empezar a pensar cosas de mí —contestó Jeremías, con sequedad.

La cogió del brazo, mientras la muchacha reía.

—Vamos, necesito un trago —propuso Jeremías—. Sólo uno.

—Pareces estar muy seguro de que te acompañaré —observó ella, retrocediendo un paso.

—¡Has estado leyendo mi correo! —refunfuñó él.

Ambos avanzaron hacia la puerta, dirigiéndose al corredor que conducía a la oficina de Aduanas. Jeremías miró hacia atrás. Los dos individuos que había visto en los ascensores les iban siguiendo. Hizo un gesto con la cabeza.

—¿Van contigo?

La muchacha se encogió de hombros.

—Bien, ya sabes...

—No, no lo sé. En absoluto. Pero hoy aprenderé.

Phyllis volvió a reír y se colgó del brazo de su acompañante.

—Jeremías —le preguntó mimosa—, ¿todavía sientes algo por mí?

Jeremías contempló aquellas pupilas verdosas.

—Sí, creo que sí. Mala suerte.

—¿Mala suerte?

—Tiempo perdido —aclaró el joven—. Cuando pienso en todo el que he perdido pensando en ti, cuando hubiese podido estar fabricando tuberías...

—Por esto me gustas —se enfadó ella—. Siempre sabes dar la bienvenida más adecuada —se soltó del brazo del muchacho—. ¿Por qué me tratas así?

—Por varios motivos. Sin contar el hecho de que no te apartarás de mí hasta que hayas averiguado cuanto sé respecto al suministro de tuberías. No importa lo que yo haga o diga, no te separarás de mí.

—De acuerdo —la voz de Phyllis sonó muy profesional—. Así será, cuando tú lo dices. Pongamos las cartas boca arriba y juguemos con realismo. Pero, hubiera sido mucho más agradable.

—Conmigo no. Ni contigo ni conmigo.

Una vez dentro del edificio, torcieron hacia los ascensores de la derecha y bajaron a la cafetería, situada dos plantas más abajo. En el ascensor no conversaron, debido a la presencia de los dos individuos que les estaban siguiendo desde el exterior. Jeremías los examinó, pero el más joven desvió la mirada, contemplando el techo y silbando suavemente. El otro parecía estudiar los zapatos de Phyllis.

—Creo que has contratado a esos dos tipos —observó Jeremías—, sólo para satisfacer tu egolatría. Necesitas que los hombres te sigan por donde vayas.

—No necesito pagarles para eso —replicó ella con frialdad—. Lamento que te muestres tan descortés, Jeremías. Por favor, no te pases de la raya. Aunque te parezca extraño, tengo otros muchos acompañantes mejores que tú. Yo misma, por ejemplo.

—Lo sé —admitió él. Habían entrado en la cafetería y Jeremías la ayudó a sentarse—. Me gustas así. Me refiero a que podrías gustarme si lo intentara. Ésta es la primera vez que no te veo usar tu atractivo femenino, para atrapar me.

—Tus cumplidos son más desagradables todavía... ¿Quieres iluminar la minuta?

Jeremías apretó el botón que iluminaba la pantalla de la minuta. Tras estudiarla un instante, la joven señaló en el numerador los platos que deseaba. Jeremías la estudió durante esta maniobra.

Tuvo que admitir a regañadientes, que era una muchacha estupenda. Su apariencia, sus actos, su personalidad eran asombrosos. Frunció un poco el entrecejo, expresión que Phyllis a veces había mostrado en la Universidad. Generalmente significaba que se sentía fuera de sí, y dispuesta a hacer algo, como guiñarle un ojo a un profesor vulnerable, o copiar los apuntes de otro alumno.

Frunciendo también el ceño, Jeremías estudió varios instantes a la joven y al final, dijo:

—Dime una cosa. ¿Cómo esperas conseguir lo que te propones?

—No sé a qué te refieres.

El tono de Jeremías reveló impaciencia.

—¿Cómo vas a hacerlo? Tienes que reunirte conmigo en el aeropuerto, o buscarme. ¿Después, qué?

—Pareces estar enterado de todo. Contesta tú mismo.

—De acuerdo. Vas a hacerme olvidar el disgusto que siento por ti, y a proporcionarme el negocio... fingiendo remordimientos, naturalmente. Lamentas que una vez nos arrebataste el contrato en beneficio de una factoría de cosméticos... propiedad de Genex, y la vez en que Hal se enamoró de Dolly Holleson, y tú le contaste tantas mentiras respecto a él, qué Dolly se casó con otro... también lo lamentas. O la vez en que tú... —elevó la voz—, en que tú aceptaste mi anillo, mi actitud de perdón y olvido, así como un tercio de las acciones, de nuestra Compañía..., que entregaste a Genex sin más explicación que me fuera al infierno... Un piropo malentendido. Mira, Phyl, cuando me enteré, al entregarte las acciones, que Hal había falsificado el certificado de cesión, estuve a punto de matarle. Sí, corrió un grave peligro. Creyó que si tu situación mejoraba, podría recuperar las acciones, más adelante. De lo contrario... —respiró hondo—, perdería únicamente un poco de su tranquilidad de espíritu. En particular la mía. El caso es que Hal opina que eres un demonio y yo también. Desconozco la opinión que tienes de ti misma, pero puedo asegurar que no obtendrás de mí la más mínima información.

—Eres muy desagradable cuando te lo propones, ¿verdad? —susurró ella. Jeremías jamás había visto tan abiertos los ojos de Phyllis, ni su rostro tan pálido—. Y no te importa suavizar tus puntos de vista con una metáfora.

—Siempre apunto al blanco —replicó él—. ¿Por qué no te ofendes? ¿Por qué no te largas?

—Mira —repuso ella, lentamente, con una sonrisa trágica, y levantándose.

Se dirigió a la puerta. Un individuo se puso en pie, en una mesa de un rincón, y se encaminó hacia la salida. Detrás de Jeremías hubo ruido de sillas, y los individuos que les habían seguido antes, pasaron apresuradamente por su lado.

El que ya estaba en la puerta, un sujeto de aspecto suave, delgado y con las sienes grises, se cruzó de brazos y se recostó contra la pared, fuera del alcance de la fotocélula que abría la puerta. Cuando Phyllis llegó junto a él, el hombre le dirigió la palabra. Phyllis se detuvo y meneó la cabeza. Entonces, su interlocutor le sonrió. La joven se mordió el labio superior, agachó un poco la cabeza y volvió a dirigirse a la puerta. De una manera tan tranquila que apenas se advirtió su gesto; el individuo le impidió el paso.

Los otros dos tipos se unieron a ellos, les saludaron con efusión, tomaron a Phyllis por el brazo y la devolvieron de nuevo entre risas a la mesa de Jeremías, para luego, regresar a la suya propia. Toda la maniobra fue efectuada con tanta delicadeza, que nadie reparó en lo ocurrido.

—Acabo de presenciar algo estupendo —comentó Jeremías—. Una operación de bloqueo, contigo de protagonista, para variar un poco. Bien, siéntate y cuéntamelo todo, como una buena chica.

Jeremías volvió a sentirse aturdido por la expresión de la joven, por su ensimismamiento. Phyllis se dejó caer en su silla, evitando la mirada de su acompañante. Colocó las manos sobre el mantel, pero no dejaron de temblar. No abrió la boca.

Jeremías tocó un rosetón de la mesa y abrió la cámara fría de Phyllis, sacando la bebida que ella había pedido.

—Bebe un sorbo —le ofreció con gentileza—, y por una vez en tu vida cuéntamelo todo. ¿De qué lado estás, aparte del tuyo? ¿Cómo ha sucedido? ¿Y por qué esos sujetos tienen tanto interés en que no me dejes?

—Todo fue mal. Tú... tú sabes demasiado, Jeremías. Y sin embargo, no sabes lo bastante. Está bien, te lo contaré. Decírtelo no servirá de nada..., quiero decir que tú no me ayudarás. Pensé que podría sonsacarte sin que llegaras a saber nunca que ellos... que yo...

—Que te tienen atrapada —terminó Jeremías por ella—. El origen, Genex. La temperatura, alta. Siempre ha sido esto lo malo de ti, Phyl —afirmó Jeremías, sacudiendo la cabeza con pesar—. Tienes tanta suficiencia. Jamás solicitas la ayuda de nadie. Siempre descubres una salida, generalmente a costa de los demás. Pero supongo que Genex sabe tanto como yo.

Phyllis asintió con una sumisión que admiró y conmovió a Jeremías. Alargó una mano hacia ella, pero la retiró sin tocarla.

—Bien, habla —le ordenó.

—Todo iba bien —comenzó ella—. Logré una serie de contratos para Genex. Lo quieren todo. Todo el comercio colonial: naves, suministros, personal... todo. Y lo están consiguiendo, sea como sea. Al final, se apoderarán de Marte.

—¿Y qué? Todavía se hallan bajo la autoridad del Gobierno.

—Oh, será a corto plazo, Jeremías. Recuerda la historia. Después de los descubrimientos y las exploraciones, hay una fase colonizadora. La colonización es una ocupación en sí misma..., ya que el desarrollo tarda en llegar. Naturalmente, hoy día este proceso se ha acelerado en gran manera. Ya conoces los recursos naturales de Marte: uranio, hierro, diamantes y drogas. Se trata de una oportunidad ilimitada para quien controle el planeta. Tal vez durante dos generaciones, Marte necesitará el protectorado de la Tierra. Pero luego nacerán los patriotas, Jeremías. Y la Tierra se hallará con un competidor en vez de una colonia. Y según actúe este competidor, hará que se incline hacia una dirección u otra. Genex no quiere un mundo, sino dos, todo el Sistema, la Galaxia entera.

Jeremías se retrepó en su silla y la contempló, estupefacto.

—¿Eso lo has deducido por ti misma? No puedo creerlo. No, no lo creo. ¿De quién lo has aprendido?

—De Hal Jedd —repuso ella, con gran esfuerzo.

—¡Bien, bien, bien...! —Jeremías sacó del bolsillo la carta de Hal y la abrió. Los ojos de la joven fueron a la carta, al rostro de Jeremías, y luego se posaron en el mantel. El joven continuó—: No me engañes. Sé que has leído esto. Tú y tu compañía de exportaciones —repasó la carta, subrayó una frase con el índice, leyendo en voz alta—: “Phyllis Exeter llegará en el *Pinacle*. Me porté muy bien con ella cuando estuvo en Thor City.”

—Por esto he venido aquí —susurró ella con súbita amargura—. Sí, le vi. Muchas veces. Hasta llegó el rumor de que había descubierto algo radical en el sistema de fletes. Ya sabes que mantiene un pequeño laboratorio en su oficina. Bien, estuve allí.

—Se lo pediste tú, ¿verdad? Te dijiste: “Engañaré a este majadero y al estúpido de su hermano, como siempre he hecho, desde que éramos niños. Además, tengo que ajustar una cuenta”. ¿No fue así?

Phyllis casi se echó a reír.

—No pensé que tu hermano fuese un majadero —tomó un sorbo de su bebida—. Cuídate del filete, ¿quieres, Jeremías? Tengo apetito.

Jeremías sacó el filete crudo del refrigerador. Estaba tierno y sazonado. Lo deslizó dentro del calentador de inducción.

—¿Cómo te gusta?

—Un poco hecho —contestó Phyllis.

Jeremías manipuló los controles y cerró el cajón, mientras la joven continuaba su relato.

—Vi muchas veces a Hal. Sí, Jeremías, llegué a sentir adoración por él. No era una cosa personal... No me gusta su tipo. Estos chicos profesores me dejan fría. A mí me gustan los jóvenes de cabello rubio, lo bastante fuertes como para abofetear a una muchacha cuando se lo merece, e incluso para abstenerse de tocarla. Y tal vez con un hoyuelo en la barbilla...

Inconscientemente, Jeremías se acarició la pequeña concavidad de su mentón y se alisó el cabello rubio.

—¡Maldita seas con tus gustos! —exclamó—. Continúa con tu historia. ¿Por qué te interesaba Hal?

—Por lo que podía decirme sobre Genex. No sé..., tal vez jamás me había molestado en pensarlo. Tal vez mi salario y las retribuciones extraordinarias me impedían reflexionar. Sea como fuere, ocurrió tan lentamente que no me di cuenta. Pero lo que Hal me contó sobre sus ideas a gran escala... Yo estaba dentro de la empresa y tenía la obligación de saber acerca de ella más que tu hermano. Y cuanto más lo pensé, menos me gustó Genex. Tal vez hubiese debido apartarme de Hal. O hacerle callar, al menos. Pero, como ya he dicho, consiguió convencerme sin que me diera cuenta.

—Hal es así —sonrió Jeremías—. Sostiene la teoría de que una voz baja en una estancia ruidosa se oye mejor que una fuerte.

El cajón situado en el centro de la mesa dejó escapar un ligero silbido y se abrió. Jeremías cogió las pinzas, asió el filete y lo puso en un plato que ofreció a Phyllis.

—Gracias. Bien, conocí a un chico en Fuerte Wargod, un inocentón de ojos azules. Tal vez fuese la luz de la luna. Ya sabes que en Marte hay dos lunas, por lo que su efecto es doble. Quizá soy un poco alocada y no puedo resistir el impulso de sonsacar a la gente. El caso es que ese chico necesitaba recibir una fuerte impresión. Y antes de darme cuenta, ambos estábamos en el parapeto contemplando la Tierra, tan enorme y brillante, y yo comencé a relatarle todo lo referente a la colonización, a los dominios, y al patriotismo de la segunda generación de Marte. Hablé mucho. Realmente, no sé si yo misma creía todo cuanto dije.

Se estremeció de pronto, como tratando de ahuyentar de su cuerpo algo repelente. Se recobró con un esfuerzo y comenzó a trinchar el filete. Luego añadió, después del primer bocado:

—Aquel niño de ojos azules resultó ser un agente de Genex, cuya misión era averiguar mis convicciones.

Jeremías comenzó a reír a carcajadas, de manera cruel. Se reprimió al punto y se inclinó hacia delante.

—Eso fue lo que ocurrió... Me alegro muchísimo. Un tipo de aspecto ingenuo consiguió que le abrieses tu corazón, ¿eh? Dime, cariño..., ¿no intentaste cederle parte de tus acciones de la compañía?

Aquello la hirió profundamente. Phyllis, muy enojada, dejó de comer y maldijo a Jeremías. Luego, de pronto, sonrió y se encogió de hombros. Fue un gesto extraño, cuya resignación hizo que Jeremías volviese a sentir piedad por la muchacha. Phyllis había tratado siempre, con gran empeño, de ocultar sus debilidades personales. Y hasta entonces lo había conseguido. La joven era un magnífico producto de sus decisiones, y a Jeremías le molestaba ver destruido aquel producto, aun odiando lo que ella representaba.

—Lo siento —se disculpó, y ante su sorpresa, estas palabras salieron con suavidad de su boca.

—Por esto estoy aquí —concluyó ella—. Fracasé con Hal, como ya debí haber previsto. Y conseguí una buena reprimenda por ella y por el asunto con el tipo de aspecto ingenuo. Fue entonces cuando Hal escribió esta carta. Genex controla el correo. Desde entonces, todos los grandes cerebros de la empresa, y otros menores, han tomado cartas en el asunto. Me han traído hasta aquí como última oportunidad: o todo o nada. Tengo que descubrir el secreto; si lo consigo, volveré a gozar de los antiguos privilegios, si fracaso, estoy hundida. Fuera de Genex no surgen oportunidades, y ocuparía un puesto de honor en la lista negra.

—Naturalmente —asintió Jeremías—. Ahora lo comprendo. Y esos tipos que nos han seguido no permitirán que me dejes mientras no obtengas los informes... ¿Y si me marchó?

—Iré contigo. No me despegaré de ti en ningún momento.

—¿Y hasta cuándo puede continuar esta situación?

—Hasta que me confíes el secreto. O hasta que Genex consiga el contrato. En cuyo caso me veré despedida automáticamente.

—¿Y si abandonas?

—Estoy perdida.

—En otras palabras, tu destino está en mis manos.

—Sí, así es, Jeremías.

Y ante la estupefacción del joven, Phyllis se echó a llorar convulsivamente. Como actriz era bastante endeble. Lloraba de veras, de corazón.

Jeremías se echó hacia atrás y la contempló, reflexionando de modo febril. La carta de Hal poseía varios significados, y Jeremías no había sabido desentrañarlos todos aún. “Sé listo, amiguito.” La verdadera frase hubiera sido: “Si no puedes ser listo, sé precavido”. Tal vez debió mostrar más cautela, pero Phyllis parecía haber respondido bien a su tratamiento. Jeremías sabía su problema. Estaba asustada. Durante largo tiempo había vivido de su considerable astucia, y ahora estaba aterrada ante un final casi inevitable.

¿Pero cuál sería el secreto? ¿Jeremías tenía que averiguarlo!

Hal había apelado a todo su ingenio para explicárselo en aquella carta. En alguna frase, tal vez la presencia misma de Phyllis... estos factores formaban parte del secreto.

Phyllis estaba ya más serena.

—Lo siento. Supongo que no me encuentro muy bien. Y estoy metida en un mal paso. ¿Sabes por qué he llorado? Porque tú no te has levantado y me has dejado al contarte todo esto. ¿Me ayudarás, Jeremías? ¿Me ayudarás?

—¿Ayudarte? ¿Cómo?

—Explicándome el secreto —se inclinó excitada sobre la mesa—. O en todo caso un sistema análogo, o al menos mejor que el de Genex.

—Me estás halagando —por lo visto, estaba convencida de lo que él sabía: “Sé listo, amiguito.” Tenía que serlo. Y mucho—. Creo que Genex ha mandado ya una fundición en Marte. ¿Por qué están tan preocupados?

—Por la fuerza motriz —fue la respuesta—. En Marte sólo hay dos centrales, y ambas trabajan hasta el límite. Además, son excesivamente pesadas... Los fletes espaciales son tan complejos (alimentos, equipo, y demás artículos) que las centrales no se ponen en marcha hasta que sean absolutamente esenciales. La fuerza motriz está racionada, y a Genex le cuesta una fortuna conseguir la necesaria para realizar el laminado de las tuberías. Su objetivo, como es lógico, consiste en obtener un monopolio espacial y eliminar a las compañías independientes.

—No —objetó el joven—. La contienda se libra en realidad por algo más importante que las tuberías. Vaya, vaya... Lo importante es hallar el medio de fletar tuberías en menos espacio que las láminas.

—¿Y cómo se puede lograr esto, Jeremías?

Jeremías sonrió.

—Crees que te lo diré, ¿verdad? No tengo ningún motivo para fiarme de ti. Estás poco menos que a mi merced, y me has concedido la opción de salvar tu piel (o tu carrera, si la quieres llamar así) con el riesgo de que se lo reveles a Genex y así destruir no sólo a Jedd y Jedd, sino además toda posibilidad en cincuenta años de obtener el monopolio. No, no te contaré nada.

“Ojalá alguien pudiera decírmelo a mí”, pensó.

—Pero viniste a esperarme —reflexionó ella—, y no me has arrojado a los lobos cuando tuviste la ocasión... ¡Claro, ignoras el secreto!

—Al contrario, me estoy divirtiendo. He esperado años para verte a mis pies.

—No escucharé tus tonterías —replicó ella—. Creo que estoy en lo cierto. Y lo único que puedo hacer es ayudarte a pensar. La carta. Tú. Yo. El secreto está aquí, en esta mesa, simplemente con que unamos las piezas.

—Sí, será muy entretenido —asintió Jeremías, con más jovialidad de la que experimentaba—. ¿Por dónde empezamos?

—Por la carta —repuso Phyllis con presteza. Cerró los ojos y movió los labios. Jeremías comprendió que estaba repasando la carta de memoria. Luego abrió los ojos y preguntó—: ¿Quién es Budgie?

—Un compañero de la infancia.

—Mentira. Hemos hecho investigaciones sobre todos vuestros asociados.

Jeremías abrió lentamente la boca. Y entonces pegó una fuerte palmada sobre la mesa, soltando una estrepitosa carcajada.

—¿Quieres decir que los computadores de Genex han estado buscando a todos mis discípulos, primos, camareros y novias... para hallar a Budgie?

—Lo hemos intentado todo. Y deja de reírte. ¿Quién es?

Jeremías levantó el índice con irritación.

—Vaya, órdenes ahora. Comportémonos como una dama y un caballero, o te enviaré a las minas de sal.

—Lo siento —se excusó ella. Jeremías apretó los labios—. Lo siento —repitió Phyllis, con más humildad.

—Así está mejor. Bien, no pasará nada grave si te lo digo. Budgie era un periquito que teníamos. Vivió casi veinte años. Le hicimos un buen funeral.

La joven le miró con la incredulidad retratada en sus pupilas.

—Pero, según la carta, Budgie hubiera podido revelarte el secreto. No te creo, Jeremías. ¿Quién es Budgie?

—Te repito que el único Budgie que he conocido fue un periquito. Juraba como un carretero. Era un periquito cebra y le pusimos el nombre de Budgie. Esta clase de periquitos es la más charlatana del mundo.

—¿Cómo? —exclamó la joven irritada—. ¿Una criatura con memoria y sin cerebro es depositaria de la clave? —Jeremías pareció sobresaltarse y Phyllis añadió—: ¿Qué te pasa? ¿Es que poseía un cerebro privilegiado?

Mientras Jeremías buscaba una respuesta, la muchacha se retrepó en su silla, entornando los ojos.

—Casi he acertado, ¿eh? Hablemos claro, Jeremías. Conoces el secreto desde que eras niño, ¿verdad?

—Exacto —murmuró él. ¿Era así? ¿Cómo era posible? Se llevó una mano a la frente. “Memoria sin cerebro. Éste soy yo”, pensó.

Se contemplaron mutuamente.

—Si al menos supiera un poco más de plásticos —suspiró ella—. O sobre tu hermano. Estoy segura que de saber cómo actúa el cerebro de Hal, lo adivinaría todo inmediatamente.

Jeremías la miró con fijeza y comprendió que decía la verdad. La mente del joven era de rápida enciclopédica comprensión, pero la intuición era el punto fuerte de Phyllis. Por su cerebro cruzó un plan... Saltar de la silla y atacar violentamente a uno de los funcionarios de Genex que pacientemente aguardaban a Phyllis; tal vez, acusar a la corporación. Pero rechazó al instante la idea.

Eran demasiado listos. Le dejarían en libertad. Uno de sus técnicos en plásticos se ocuparía de Phyllis hasta que alguna observación de la muchacha tuviese sentido para él. ¿Y luego qué? Podría imaginar el sistema a tiempo, o no. Y si no lo conseguía estaba hundido. En cuyo caso, Genex conseguiría siempre el contrato.

—¡Hal! —el nombre se deslizó de entre sus labios, tan hondo era el deseo de ver a su hermano. Con una sola palabra éste habría podido darle la clave, si es que existía.

—Yo también —murmuró Phyllis—. Si pudiese ver a Hal una sola vez, por un minuto... Te aseguro que podría... —de pronto cogió su bolso para mostrar una serie de artículos femeninos—. ¿Dónde está...? Oh, sí aquí —tomó una pieza rectangular de plástico. Era azul, lisa y pesada.

—¿Qué es?

—Un lápiz de labios. Un encendedor. Una linterna. Cualquiera de estas cosas. Pero Hal me lo entregó. Y soy lo bastante mística como para creer que me ayudará a pensar. Hal lo tuvo entre sus manos. ¿No sabes que todas las mujeres (incluso las de hoy), somos brujas?

Cerró los ojos, con el plástico entre las manos, en profunda concentración.

Al observarla, Jeremías frunció el entrecejo, y reflexionó como no había hecho en toda su vida. Algo con memoria y sin cerebro. Algo... Una línea de la carta flotó entonces ante sus ojos.

“Me gustaría que fueses a recibirla, porque tiene lo que necesitas.”

—Dame esto —ordenó con fiereza, arrancándole el objeto de la mano. Instintivamente, la joven trató de recuperarlo, pero Jeremías la golpeó con dureza.

Phyllis se hundió en la silla, dilatadas las aletas de la nariz, frotándose la mano y

mirándole como una gata furiosa.

Jeremías examinó el objeto, comprobando su tacto y su olor. Lo abrió para sacar los polvos faciales y luego el espejito. No había nada desusado en aquella especie de polvera. Un poco cara, tal vez, pero igual que tantas. No llevaba marca de fábrica.

—¿De dónde sacó Hal esto?

—No me lo dijo. Tal vez lo comprara. Quizá lo fabricó. Posee un laboratorio. ¡Devuélvemelo!

—No —y Jeremías volvió a estudiarlo.

—Jeremías... —rogó ella con mimo.

El joven la miró. Volvía a ser la Phyllis de siempre. Estaba muy erguida y hermosa y otra vez había color en las mejillas. Jeremías la admiró profundamente. Phyllis alargó la mano.

—Dámelo.

—No.

La joven lanzó una ojeada a su alrededor.

—Es una prueba. He sido robada. Oficial, me han arrebatado un objeto de mi pertenencia —fingió que se dirigía a un funcionario público—. Estábamos ahí los dos, sentados y bebiendo amigablemente, cuando él me atacó y empezó a violentarme —su rostro volvió a mostrarse frío—. ¿Quieres contarle exactamente al policía, querido, *por qué* quieres quedarte con este objeto?

—No, mientras Genex y la policía estén de acuerdo —gruñó él—. Está bien, llegaremos a un compromiso. Tú ignoras el significado de este objeto. Podrías equivocarte. Si la sección de plásticos de Genex no consiguiese descubrir nada acerca de él, tu suerte habría terminado.

—Oh... —exclamó Phyllis. Volvió a mirar a su alrededor, observó a los guardianes de Genex y se estremeció—. ¿Cuál es tu proposición?

—He de averiguar algo más. Pero no estoy seguro de qué se trata. Meditemos con serenidad. ¿Recuerdas exactamente qué te dijo Hal con relación a esto?

—No dijo gran cosa. Sólo alguna frase filosófica sobre las mujeres, sobre mí y los plásticos. No lo recuerdo con exactitud.

—Inténtalo.

—Fue... algo así —Phyllis hizo una pausa, y Jeremías comprendió que estaba buceando en su memoria, buscando un oculto significado en aquellas frases. Por fin se encogió de hombros y murmuró—: “Me gusta regalarte este plástico, Phyl. Los plásticos constituyen un planteamiento análogo a las mujeres, a veces guardan una notable similitud. Algún día obtendremos un plástico que reaccionará de manera diferente bajo un mismo estímulo, como haces tú. Una vez reirá, otra llorará, y siempre hará lo inesperado”. No creo que sean unas palabras excesivamente halagadoras.

Jeremías la miraba con mente excitada.

—Dame la polvera —le ordenó con decisión—. La llevaré a un laboratorio.

—No —repuso ella con firmeza. Y se la cogió de nuevo—. Sinceramente, no sé qué piensas. Pero lo sabré con el tiempo. Y en caso contrario, conozco a quienes podrán descubrirlo. Bien —añadió arqueando el cuerpo—, será mejor que me vaya, querido. Y muchas gracias por tu compañía.

La mano que se cerró sobre su muñeca parecía de acero.

—No te muevas —le ordenó Jeremías. Su tono la inmovilizó—. No puedes correr este riesgo. No sabes lo suficiente. Si te llevas esto, jamás llegaré a saber la verdad, y significará para ambos la sentencia de muerte. Haremos un trato. Una vez más. Voy a efectuar una prueba con este plástico. Puedo hacerla aquí mismo. Tú podrás asistir. Suceda lo que suceda, tu descripción será suficiente para un ingeniero. Esto nos concederá un respiro a ambos. Si realmente existe un secreto, tendrás también la oportunidad de averiguarlo.

Transcurrió un largo lapso de tiempo antes de que ella asintiese con el gesto.

Cuando lo hizo, Jeremías cogió el plástico y con su cuchillo rascó la superficie y dejó caer el polvillo dentro de un cenicero. Luego cogió unas pinzas del calentador y tocó el polvo. Acto seguido, colocó su cigarrillo entre las pinzas, aplicándolo al polvillo. Finalmente, cogió el cenicero y lo sostuvo sobre la llama de su encendedor. Quemó parte de las raspaduras. Olió el humo, asintió, y ajustó la temperatura del calentador.

—¡No! —gritó ella—. ¡Lo estás quemando! Has descubierto el secreto y ahora destruyes la prueba para que yo no pueda averiguar nada.

Alargó sus manos hacia el cajón, pero Jeremías la asió por las muñecas con una sola mano y meneó negativamente la cabeza.

—No te muevas.

El calentador emitió un silbido y se abrió la tapa. Chocaron las cabezas de ambos al inclinarse ansiosamente para escrutar el interior. Pero ninguno de ellos hizo caso del dolor.

En el fondo del compartimento había una retorcida pieza de plástico azul. Era muy lisa y formaba una serie de circunvoluciones. Comprendieron al instante de qué se trataba.

Una frase.

En realidad, sólo dos palabras.

YO RECUERDO

—Claro —susurró Phyllis—. ¡Qué estúpida soy! Hasta yo conocía este fenómeno. Recuerdo una demostración en la universidad donde comprimía un hexaedro para darle la forma de un carrete. Al calentar de nuevo se formaba el hexaedro original. Un poco húmedo, pero un hexaedro. Con algunos perfeccionamientos, las tuberías pueden ser comprimidas en palitos, ladrillos, o algo similar, y volver a su forma inicial al ser calentadas. Un sistema mucho mejor que la

fundición o la conversión en láminas. Jeremías, amigo mío, puedes quedarte con la polvera y con mis mejores saludos. Cuélgalo o ponlo en un marco en tu laboratorio, cuando empieces a trabajar para Genex..., como tendrás que hacer si no quieres morirte de hambre. “Yo recuerdo.” Me gusta.

—Lo que no recuerdas es que necesitas ayuda, Phyllis —se burló Jeremías, añadiendo—. Mi ayuda.

—Los plásticos y las mujeres, ¿te acuerdas? —se levantó como una reina, recogió todas sus pertenencias, dirigiéndose hacia la puerta con una imperiosa seña a sus guardianes. Ignorando por completo a Jeremías Jedd, los otros la siguieron.

El joven volvió de pronto en sí con un gruñido inarticulado, animal, y corrió a la puerta. El hombrecillo de las sienes grises se detuvo frente a él.

—¿Quiere algo, amigo?

Jeremías levantó la mano para apartar al entrometido, pero su mirada se fijó en lo que el otro tenía en la mano. Era una cajita rectangular, de piel, con una aguja. Jeremías ya la conocía. Un contacto con la caja, una presión de la aguja... Y la variedad de productos inyectables producía escalofríos.

Se contemplaron fríamente durante un largo instante. Después, alguien pasó junto a ellos.

Un policía del aeropuerto.

—¡Guardia! —gritó Jeremías, retrocediendo—. ¡Este tipo me está amenazando con una aguja!

El policía, que mostraba una notable nuez en la garganta, los miró y se acercó al individuo de los cabellos grises.

—Deme esto, amigo.

El hombre sonrió, levantó la caja, y al abrirla, extrajo de ella un cigarrillo.

—Una broma, guardia. Completamente inofensiva.

—¡Ja, ja! —el guardia rió con frialdad, luego compuso el semblante y se encaró con Jeremías, con las cejas enarcadas—. Hay que estar seguro de lo que se dice, amigo —dicho lo cual se marchó.

El hombre de los cabellos grises le sopló el humo de su cigarrillo a Jeremías.

—Será mejor que se tranquilice —luego añadió—: Nos gusta bromear, pero no siempre. ¡*Quieto!* —exclamó, mirando al consternado Jeremías—. Puede hacerme detener, si gusta, pero miles como yo seguirán pegados a su sombra. Ahora será mejor que vuelva a su mesa y se tome otro trago.

Y antes de que Jeremías pudiera mover un dedo, el individuo se hallaba ya en el corredor.

Frustrado, furioso, aturdido, Jeremías permaneció donde estaba; luego, al cabo de unos momentos, regresó a su mesa. Tras darle un puntapié, se dejó caer por fin en la silla.

Volvió a mirar el interior del calentador, donde las letras de plástico parecían mirarle plácidamente.

Y entonces reflexionó sobre las palabras que Hal había dirigido a Phyllis.

Las pujas de la subasta se efectuaban en una sesión pública, que tenía lugar en el vasto salón de la Asamblea para la Prioridad de Suministros Espaciales. El comisario espacial, un viejo con blancas melenas leoninas y ojos de recién nacido, se apoyaba en la mesa con una varita en la mano. Le protegían los protocoloides sin rasgos de su bien provisto despacho.

Frente a él la sala se dividía en tres grupos, cada uno de los cuales inspeccionaba una serie de aparatos. Detrás seguían las filas de asientos para el público, que ocupaba una tercera parte de las butacas. Se procedía en aquel instante a la segunda demostración. El primer demostrador y sus ayudantes se hallaban ya desmantelando su maquinaria, que había transformado una bala larga y compacta de plástico en varios centenares de metros de tubería de veinticinco milímetros.

El público había contemplado aquella maniobra impresionante, sabedores o no de que Winfield y Shack, responsables del proceso, constituían en realidad una empresa filial de Genex, cuya participación en la subasta no tenía otro objeto que producir una ilusión de competencia.

La Junta de Genex había elegido con astucia un aceptable sistema, a cargo de un demostrador atractivo y eficaz. Se trataba de una joven esbelta, bella, de ojos claros, voz cristalina, y cabellos verdes. En aquel momento decía:

—...Sin desprestigiar las otras solicitudes de patente presentadas, Genex ofrecerá esta tubería a precio más bajo por unidad fletada que cualquier otro competidor, gracias a un tratamiento secreto del plástico.

—¡Gracias a los malos tratos infligidos ocultamente a la competencia! —vociferó un individuo de la galería, antiguo propietario de una empresa espacial.

La demostradora se dirigió graciosamente hacia un montón de alargados bastoncitos de plástico, que se apilaban junto a la máquina, y tomó uno.

—Señor comisario, este bastoncito tiene dos metros de longitud y un dieciseisavo de centímetro cuadrado de superficie. Como observará, es extremadamente flexible. Sin embargo, su almacenaje resulta compacto y económico, puesto que no son necesarios los mangos rectangulares. Los fardos de estos bastones seguirán, en caso necesario, las curvas de las cabezas de proyectil, o sea, que utilizarán económicamente cada centímetro cúbico de espacio. Ahora le haré una demostración de cómo se forma la tubería sin uniones con estos bastoncitos.

Se acercó a la máquina, metió un bastón por un orificio, y accionó una palanca.

—Éste es un calentador muy sencillo. En la Tierra y en Marte, particularmente en este último planeta, funcionará por medio de espejos de sol, por lo que no será precisa la corriente local.

Se oyó un murmullo de aprobación.

Un pequeño motor cobró vida, y de la máquina surgió, por el otro extremo, un fragmento de tubería. La joven repitió la operación otras dos veces y luego se inclinó respetuosamente ante el comisario, quien indicó:

—Muchas gracias, señorita Exeter. ¡El siguiente!

—¡El señor Jeremías Jedd, de Jedd y Jedd! —voceó un ujier—. ¡Sistema para el suministro espacial de tuberías!

Jeremías se levantó, efectuó los acostumbrados formulismos de la solicitud, y empezó a explicar:

—Estoy profundamente agradecido a la señorita Exeter por varios motivos. Uno de ellos, por su concisa y adecuada descripción de las ventajas del proceso Genex. Por ello me ha ahorrado gran cantidad de tiempo, ya que mi sistema es sustancialmente el mismo. La única diferencia radica en el tratamiento del plástico antes y después de la elaboración. Debo declarar, además, que el precio de los bastones que presento será exactamente cinco veces mayor que el de los mostrados por la señorita Exeter. Aparentemente me hallo en gran desventaja.

Jeremías hizo una pausa para dar mayor efecto a los murmullos provocados por su audaz declaración. El comisario se aclaró la garganta y levantó un índice sin apartar la mano de su barbilla. Un ujier pegó un golpe de maza con un simple movimiento del brazo.

—Adelante —gruñó el comisario, pero su tono decía: “Si no puede competir con las otras solicitudes, ¿por qué me hace perder mi tiempo, y el de toda esta gente, imbécil?”

Jeremías avanzó hacia su máquina, casi un duplicado de la presentada por Phyllis Exeter, y metió un bastoncito en el orificio. Lo hizo con algún esfuerzo, ya que el bastón parecía pesar bastante.

El resultado fue casi análogo al anterior, con una sola excepción: la tubería tenía una longitud de doce metros, en vez de los dos obtenidos por Phyllis. Se oyó de nuevo un fuerte murmullo en el salón. Jeremías levantó entonces la mano.

—Esta mayor longitud de la tubería es una enorme ventaja sobre los demás métodos, pero no la mayor.

Con toda tranquilidad volvió a accionar una palanca...

¡Y sin haber cargado la máquina, salió otro fragmento de tubería de doce metros de longitud!

Realizó de nuevo la operación con idéntico éxito. Surgieron cada vez fragmentos de tubería del mismo tamaño, hasta reunir seis en el suelo. Humeaban un poco, pero todos los fragmentos eran uniformes y perfectos.

—Señor comisario, solicito que el flete exclusivo de tubería a Marte sea concedido a mi compañía, a) porque su almacenamiento es tan compacto como cualquier otro existente en el mercado, b) porque puede enviar aproximadamente un volumen de tubería nueve veces mayor por unidad cúbica que el más cercano

competidor y c) porque puede proporcionar tubería por unidad de longitud a un precio el once por ciento más barato que cualquier otra empresa de la Tierra. Y esto, a pesar del precio aparentemente bajo de la altruista compañía a que pertenece la señorita Exeter. Gracias, caballeros.

—¡Un momento, joven! —le detuvo el comisario—. Ha efectuado usted una demostración muy notable. Pero estoy oyendo comentarios poco halagadores, que afirman oculta usted fragmentos de tubería dentro de la máquina. ¿Puede dar una explicación a los profanos en la materia sobre este resultado extraordinario?

Jeremías sonrió, mirando la máquina que tenía delante.

—Desde luego, señor. Mi compañía, como todos recordarán, se aseguró un contrato durante la última sesión gracias al ingenioso procedimiento de alojar las tuberías de diámetro más pequeño dentro de las mayores..., método no patentable, y que nuestros competidores tardaron más en descubrir, pero que no dudaron en copiar inmediatamente.

”En el presente caso, temo que hayan incurrido en la misma falta de (por así decirlo) lógica y comprensión. Nuestra tubería sigue presentándose en fragmentos alojados unos dentro de otros; seis ocupan el espacio de uno, y el conjunto se halla comprimido en estos bastoncitos.

—¿Se refiere usted a tubería del mismo diámetro? —exclamó el comisario con incredulidad.

La mente de Jeremías se echó a reír, al tiempo que sus relucientes pupilas despedían chispas de cólera.

—En efecto, pero es una simple cuestión de densidad. La tubería interior es un plástico condensado, un sistema patentado, claro está. Mientras tiene lugar el proceso, tan magistralmente descrito por la señorita Exeter, dicho plástico recobra su densidad primitiva, así como su forma original. La tubería interior queda entonces más condensada todavía que la que la circunda, y así hasta que las seis se ven alojadas una dentro de la otra. Se comprime después el conjunto, se moldea en bastoncitos de las dimensiones adecuadas, justamente las mismas que preconiza Genex.

”Al aplicar calor, la tubería exterior recobra su forma y es desalojada automáticamente de la máquina. Como es lógico, ha precalentado ya la siguiente tubería, que, a su vez, precalienta a la que le sigue. La consecuencia es que el proceso de calentamiento de cada unidad resulta menos largo que el de mis competidores. Ésta no es más que una ventaja mínima, sin embargo, dentro del proceso.

—Tengo que felicitarle calurosamente, señor Jedd. Y ahora, a título de curiosidad personal, ¿puedo preguntarle cómo descubrió tan ingenioso sistema?

—Por supuesto, señor comisario. El procedimiento fue descubierto por mi hermano en Marte. Y tuvo la cortesía de enviarme, a través de una persona, una muestra. Ésta se presentaba en forma de polvera, una polvera de señora. Al aplicarle calor, se convirtió en una tira de plástico, donde apareció una frase grabada: “Yo recuerdo”.

Jeremías sonrió ampliamente.

—No comprendí que se podía obtener algo más de la muestra hasta más tarde. Guiado por una intuición al recordar unas frases relativas a las mujeres y los plásticos, volví a someter el plástico a tratamiento. Entonces obtuve nuevas frases. Y leí: “Densidad dos”. Comprendí que me hallaba en el buen camino. Proseguí el tratamiento y leí: “Densidad tres”... —sonrió de nuevo—, continué y obtuve una determinada longitud de tubería. Después fue sencillo analizar el plástico y averiguar el tratamiento de condensación... Perdón, creo que alguien debiera ofrecerle un vaso de agua a la señorita Exeter.

Se encontraron aquella tarde, tal vez por casualidad. Phyllis se hallaba a la sombra del edificio donde vivía Jeremías, cuando éste llegó de su laboratorio.

—¿Jeremías?

—Oh, Phyllis..., lo siento.

—¿Sentirlo? Esto se dice cuando alguien hace algo malo. No es éste tu caso. ¿No será que sientes... compasión?

El joven no lo negó.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito un empleo.

La tomó de la mano para llevarla a un espacio iluminado por la luna. No la soltó.

—No puedo darte ningún empleo, Phyl.

—Sí, lo sé, lo sé. Jamás he sido... de confianza. Oh, Jeremías, ni siquiera he sido fiel a mí misma.

—No lo entiendo. Tú siempre...

—Siempre que podía actuar por mi cuenta, y no es así, Jeremías.

—Oh... —exclamó el joven; le acarició la mano—. Tienes una piel muy suave. Tal vez sea esto parte de tu problema, Phyl.

—Sé a qué te refieres. Pero hay empleos para mí...

—No serían adecuados para tu ingenio ni tu astucia.

—Entiendo. Creo que conseguiré uno, Jeremías.

—Lo sé. Adiós, Phyllis.

—Adiós, Jeremías.

Hay un trabajo que varios siglos de progreso humano no han inventado. Nadie ha descubierto aún una ventana que se limpie por sí sola. Cuando uno de los monumentos de la humanidad se eleve a miles de metros en la atmósfera y sus ventanas tengan que limpiarse, esta ocupación deberá realizarla un tipo muy especial. Tendrá que ser fuerte, seguro y valeroso. Deberá vivir, lejos de su trabajo, de una forma que no le reporte ninguna desventaja, ni coarte sus buenas cualidades.

Jeremías se alegró cuando se enteró de que Phyllis estaba realizando tal tarea. Entonces supo lo que siempre había sospechado: que ella, algún día, llegaría “allí”, a

lo más alto.

Lo sabía en lo más hondo de su corazón.

EL EXILIADO DE LA TIERRA

Sam Merwin, Jr.

Indeciso, Andar Sammeth avanzó hacia la cómoda butaca tapizada de metal. No estaba seguro de si quería sentarse o no. Contempló la butaca con preocupación, como si aquél fuese el problema más delicado que se le presentaba.

Sammeth esbozó un gesto de impaciencia. En vez de tomar una decisión, sonrió con incertidumbre y levantó con una mano al gris apret venusino, de dos patas y panza protuberante.

—Me estoy haciendo viejo, Fortar —exclamó.

El apret, su único compañero en la nave espacial, adoptó un color azulado en señal de simpatía. El extraño metabolismo extraterrestre del apret le concedía la habilidad supercamaleónica de cambiar de color de acuerdo con sus emociones.

—Necesito hablar conmigo mismo, y ahora estoy indeciso entre si sentarme o continuar de pie —continuó Sammeth—. En realidad, estas tonterías mantienen los problemas de importancia alejados de mi cerebro.

Acarició al cálido animalito de piel suave, y anduvo lentamente con él hasta la portilla.

—Ciento cincuenta y cinco años en el espacio, Fortar. Recuerdo cómo me emocionó en mi primer viaje la contemplación del vacío, quedé sin habla. Todavía no había cambiado..., ciento cincuenta y cinco años no son nada en el cosmos, pero constituyen más de las tres cuartas partes de mi existencia. Pero el sol, las estrellas, los planetas, las lunas y los pequeños asteroides, las distantes nebulosas permanecen tan terriblemente majestuosos como siempre. No han perdido ni una fracción de su aterradora magnificencia. Pero estos ciento cincuenta y cinco años me aburren, ahogan en mí todo impulso creador. Fortar, deseo regresar a mi patria..., volver a la Tierra.

El apret juntó sus manos casi humanas sobre su gordo estómago y adoptó de nuevo un color azul como signo de simpatía. Sammeth asintió con tristeza.

—Ya sabes lo que siento. Me gustaría que los seres humanos fuesen tan sensibles a las emociones como tú. Pero a pesar de su rudeza, son mis compatriotas. Dios mío, echo de menos sus voces, su apariencia... Quiero sentir la tierra de mi planeta bajo mis pies, el cielo azul sobre mi cabeza. Y, ante todo, quiero ver gente a mi alrededor. Necesito de nuevo su respeto...

Andar Sammeth había sido un gran personaje entre los humanos. Como jefe de todo el Sistema de Transportes Interplanetarios, había cursado órdenes que garantizaban la existencia de su planeta natal. Sus naves transportaban de mundo a mundo metales, minerales, alimentos, productos de todas clases, extendiendo un

comercio que preservaba a la Tierra de la muerte por inanición. Su labor había crecido en importancia, y su dominio le llenaba de orgullo.

Fatigosamente, Andar dejó de contemplar la negrura del vasto espacio, donde apenas se divisaban signos de vida. Aislados como chispas brillantes, los únicos al alcance de la vista hacían más sobrecogedor el vacío. Andar era un hombre sin planeta.

Se dejó caer por fin en la butaca, agotado, abatido por sus sentimientos, acariciando al apret, muy pálido, en su regazo. Mientras acariciaba al animal venusino, se fijó en las gruesas venas de su mano, la reluciente piel arrugada incluso cuando estaba tensa. Era viejo, más viejo de lo que debía ser un exiliado voluntario. La locura o el suicidio se estaban apoderando de él tras siglo y medio de vagar por el espacio.

—¡Pero tenía razón, Fortar! —se indignó de pronto. El apret se puso de pie y trocó su color por otro verde. Andar le acarició de nuevo para calmarle—. Sigo insistiendo en que tenía razón. Me tiene completamente sin cuidado que la historia me comprenda. Sólo espero que la Tierra no lo descubra demasiado tarde. Cuando me marché era el momento de cambiar todo el sistema. Tal vez lo hayan ya modificado...

¿Era un rebelde natural o había sido intolerable el sistema? No lo sabía. Sólo estaba seguro de que aquel orden social tan inflexible le irritó desde el primer instante de sus triunfos. Sí, debió ser suya la culpa, ya que todos los demás aceptaron los dictados de aquella sociedad.

Había demostrado su capacidad dirigiendo el sistema de transportes, uno de los puestos más encumbrados del Gobierno Central. Pero la sociedad decretaba que un jefe general no podía permanecer al frente de su cargo más de veinte años, pasados los cuales debía asignársele otra función.

Andar Sammeth, sin embargo, se sentía muy satisfecho con su cargo. La historia del Transporte Interplanetario demostraba que el período de su mando había sido el mejor de todos los tiempos. Lógicamente, Andar se había convertido en el secretario general del Gobierno. Y de haber continuado, se habría transformado en uno de los jefes generales sesenta años atrás.

“¿De qué les habría servido?”, se preguntó con petulancia. Fortar adoptó un color moteado, de sobresalto.

—No lo sé, exactamente —dijo en voz alta—. Al fin y al cabo, conseguí que Mercurio nos resultase de utilidad. Yo era el único terrestre que podía entender y tratar con los mercurianos. Aquellos feroces monos no toleraban a nadie más. ¿Y qué pretendía el Gobierno? ¿Apartarme de un cargo que tan bien se ajustaba a mis condiciones, y trasladarme a otro para el que no poseía ninguna cualidad? Al menos yo logré mantener satisfecho a Taumis.

Taumis, jefe aún de los mercurianos, había sido casi un amigo. Pero Sammeth supo reconocer la energía que impulsaba al mercuriano, consciente de que si no lo apaciguaba, se producirían conflictos para la Tierra. Por ello había insistido en

conservar su cargo. Deseaba mantener bajo su control directo el desarrollo de Mercurio.

—¡Traidores! —exclamó amargamente—. El Gobierno Central tenía derecho a discutir. Eran unos retrógrados incapaces de progresar con la época. Toda su justificación se limitaba a la tradición, cuando insistieron en cambiarme de puesto. Pero hubo canallas que murmuraron que yo deseaba permanecer en mi cargo únicamente por el beneficio personal...

Apretó los dientes con insensato furor. Fortar adoptó un color escarlata, de cólera.

—Se lo dije, sí —sonrió Sammeth con furia—. Me presenté ante el Gobierno Central y proclamé la verdad. “Si el mundo que he construido para mi planeta puede tornar suspicaces a mis colegas con lo concerniente a mis intenciones, no deseo formar parte ya de la humanidad. ¡Renuncio a ella para siempre!”

Pero aquellas palabras le parecían ahora más patéticas que heroicas. Al recordar los años que siguieron a su decisión, se estremeció, mientras que Fortar se tornaba blanco. El Gobierno Central le advirtió que su exilio sería permanente, y que no podría regresar a la Tierra. Sammeth se limitó a abandonar el salón, equipó una pequeña nave y despegó como pasajero particular por entre planetas extraños.

—Ciento cincuenta y cinco años —murmuró—. Un siglo y medio de deambular constantemente sin rumbo, un hombre sin patria, sin raíces, sin incentivos... Tengo que regresar. Debo volver a la Tierra antes de morir. ¡Pero la Tierra no permitirá mi regreso!

En la compacta nave de Andar Sammeth se hallaban todos los adelantos y comodidades de la técnica moderna. Poseía un aparato de televisión, pero sólo podía sintonizar los programas de corto alcance. No podía recibir más que las ocasionales radiaciones de la Red Solar. Su vasto repertorio de microfilms contenía más títulos que cualquier otra biblioteca del Sistema. De vez en cuando podía visitar los planetas menos poblados, aunque Mercurio había quedado incluido, por supuesto dentro de la zona prohibida.

Ni siquiera aquellas distracciones conseguían alejar su aburrimiento. Trató de convencerse de que Fortar era un compañero mucho mejor y más simpático que un ser humano. Pero sabía que eso era una pura utopía. No existe sustituto alguno para la compañía de los seres humanos.

Durante cien años trabajó constantemente en un invento. Con él podía analizar cualquier objeto que pasara a veinte kilómetros de su nave. Pero había analizado los espectros de tantas partículas cósmicas, que con una simple mirada a las bandas de luz coloreada podía dictaminar exactamente su composición. Hacía casi veinte años perdió el orgullo de haber inventado el Andarscope.

Contempló al azar el mapa estelar que automáticamente señalaba su posición en el espacio. Mirarlo era un reflejo condicionado por sus largos años de astronauta. La nave se hallaba situada entre Venus y Mercurio, mientras sus baterías solares reponían combustible. Para evitar la añoranza, solía mantener la nave fuera de la

órbita terrestre. Pero la lenta radiación del calor de la nave en el espacio requería más energía.

Permaneció sentado unos minutos, con una mano sobre el lomo de Fortar, que ahora volvía a mostrar un color azulíneo. Después, se puso de pie con incertidumbre, y miró a su alrededor, buscando algo en qué ocuparse. No había nada. Sólo podía reflexionar, o arrastrar sus pies hasta la portilla y contemplar el espacio.

Bruscamente, se sintió excitado. A su derecha, moviéndose con increíble velocidad, se dirigía hacia él una fila de luces. A cada momento eran más luminosas, más grandes, más impresionantes. Era el convoy de la flota del Transporte Interplanetario.

—Se trata de mi propia idea —reflexionó—. Lo ideé yo. Cada dos años enviaba a la flota en un recorrido de buena voluntad por los planetas, para demostrarles el poder de la Tierra. Hacía que todas las naves viajasen plenamente iluminadas, pero los demás planetas sabían que en una batalla se presentaban silenciosas, dispuestas a la destrucción. Veo que siguen aprovechándose de mi idea. De albergar una pizca de sentido común, sabrían que todas mis ideas relativas al Transporte eran excelentes.

Puso en marcha los motores accionados por los cohetes, y se internó en el rumbo que las naves seguían. Pasaron en formaciones de cien, la más cercana a menos de quince kilómetros de distancia. Andar divisó los tubos sellados, por los cuales podía vomitarse la muerte en los combates. Frunció los labios con disgusto al observar que únicamente habían introducido una mejora en las antiguas naves. Poseían un caudal agregado que aumentaba ligeramente la fuerza motriz.

—¿Esto es lo que llaman progreso? —se burló con sarcasmo—. Seguro que es el único que han realizado.

Asestó su Andarscope contra la flota. Las bandas de luz coloreada le demostraron que no había ningún material nuevo en la fabricación de las naves de patrulla.

—Si yo fuese aún el jefe del Transporte, no habrían dejado de progresar intensamente —pensó—. Ni siquiera poseen armas modernas, aunque no sean completamente necesarias. Yo habría impulsado otros sistemas, y al menos uno habría resultado por completo eficaz.

Fortar saltó sobre su hombro. Juntos contemplaron con añoranza y desaprobación la flota que iba desapareciendo.

De repente, Andar distinguió un destello luminoso por la portilla. La pequeña nave se balanceó violentamente. Sammeth se arrojó al suelo. Fortar fue proyectado contra un rincón y trastabilló para mantenerse de pie, amarillo por la sorpresa. El anciano volvió a la portilla, percibiendo unas formas oscuras que avanzaban hacia su diminuta nave.

Sammeth se animó y corrió a los mandos. Ya había sucedido antes. No se trataba más que de un pequeño grupo de asteroides. Y una de las rocas voladoras acababa de chocar contra la nave. Era muy desagradable, pero no excesivamente peligroso.

Lanzó con presteza una explosión por los tubos de popa y aclaró el enjambre

meteórico en varios kilómetros. Luego regresó a su butaca. Fortar, rojo por el alborozo, se posó de nuevo sobre sus rodillas. Sólo por reflejo, Sammeth miró el Andarscope. Y entonces frunció el entrecejo, sumamente intrigado.

—¿Qué diablos le ocurre a esta máquina? Sólo debería registrar metales y minerales. Mira, Fortar... —el animal venusino alzó la mirada y se tornó amarillo—. Sí, ésta es la composición del ser humano. No..., no lo es. Se trata de algo parecido al ser humano...

Buceó en su enciclopédico cerebro, tratando de identificar aquella combinación de colores. Le resultaba familiar, aunque no la había visto desde hacía años. ¿Qué era?

—Naturalmente —suspiró, sonriendo con alivio—. Es la composición de los mercurianos —su sonrisa se desvaneció al instante y corrió hacia la portilla—. ¿Pero qué hace un mercuriano en medio de una lluvia de meteoros?

Escudriñó el espacio en busca de una nave espacial de Mercurio. No había ninguna a la vista. A los mercurianos no se les permitía poseer naves espaciales.

Pero Sammeth continuó examinando las bandas coloreadas. ¡Indicaban la presencia de mercurianos en el espacio! Después, el espectroscopio se tornó tan negro como los meteoritos que se alejaban. Intrigado, siguió contemplándolos. ¿Cuál era la explicación?

Sin vacilar se puso a los controles, e impulsó la nave hacia los meteoritos. Viajó paralelamente a los mismos, manteniéndose bastante alejado, pero conservando el mismo plano. La composición mercuriana destelló de nuevo en el Andarscope.

—¿Qué ocurre, Fortar? —preguntó con inquietud, agudizando la vista en dirección a las inertes rocas—. Tal vez esté equivocado, pero esto me intranquiliza. El ejercicio será conveniente para después de tantos años de ociosidad. No lo sé. Y no me gusta nada lo que veo. ¿Por qué esta pantalla muestra la composición de los mercurianos, cuando es imposible que ninguno de ellos se halle en el espacio?

El animal venusino moteó su pelaje con asombro.

—Tú lo has dicho —continuó Sammeth—. Ciertamente, esto merece una investigación.

Sin vacilar, volvió a los controles y apresuró la nave hacia los meteoritos. Al aproximarse, procuró evitar el choque, pero su atención se dirigía a la pantalla del espectroscopio. La desconcertante forma era mucho más clara.

Olvidó su añoranza de la Tierra y se concentró en aquel problema. Los meteoros estaban cruzando la órbita de Venus, alejándose rápidamente del Sol. Y por más que Sammeth escrutó el grupo de meteoritos, no descubrió ningún rastro de nave espacial..., pero la composición espectroscópica era irrefutable.

Al cabo de varias horas eliminó la posibilidad de un mercuriano en el espacio. Su invento debía funcionar mal. Tal vez la proximidad de la flota terrestre había desequilibrado el delicado mecanismo.

—Sí, supongo que esto es lo que ha ocurrido —se tranquilizó—. Siempre fue un

aparato algo raro.

Fortar continuó con su colorido escarlata.

—Bueno, necesito formular alguna teoría —protestó Sammeth—. Ya sé que esta no es perfecta, pero es preferible a imaginar una composición mercuriana donde es imposible que exista ninguna —se alejó de los mandos, como avergonzado—. Oh, está bien..., trataré de conseguir la solución. Probablemente tengas razón... Ya no soy el infatigable investigador de antes. ¿Cómo puedo serlo después de ciento cincuenta y cinco años de exilio?

Fortar empezó a perder su color escarlata y saltó de nuevo a un hombro de su amo. De pronto, el pequeño venusino le tironeó de una oreja. Sammeth volvió a mirar la pantalla. La composición acababa de desaparecer sin previo aviso.

—¿Qué diablos...? —exclamó.

Pero Fortar, muy excitado y de color rojo intenso, estaba apuntando a proa con una pezuña. Sammeth no divisó nada. Bruscamente, saltó hacia los mandos de la nave y la obligó a evolucionar en un ángulo agudo. La composición mercuriana brillaba vivamente en la pantalla. Al mismo tiempo, un meteorito se precipitó sobre la nave, sin chocar con ella por muy pocos metros.

—¿Qué pasa? —gritó Sammeth, angustiado—. Esta pequeña nave no puede atraer con tanta violencia a un pedazo de roca...

Se interrumpió, alarmado. El meteorito estaba haciendo algo que jamás había visto. Giró en una cerrada curva y se precipitó de nuevo contra la nave a insólita velocidad.

—¡No es un meteorito! —exclamó Sammeth—. ¡Es una nave espacial camuflada!

Fortar exhibió un color amarillo, de aturdimiento.

—Lo sé —replicó Sammeth—. No hay razón para ello. Pero de ser cierto, ¿cuál sería el motivo? Parece una estrategia de carácter militar, pero la guerra fue declarada fuera de la ley hace varios siglos. Y sin embargo, esta composición es decididamente mercuriana, lo cual significa que se trata de una nave de Mercurio. Y no es sólo un subterfugio..., porque nos está atacando.

El animal venusino conservó su inquisitivo color amarillo.

—Supongo que hemos demostrado demasiado interés —explicó Sammeth—. Y el estar tan cerca de la flota de la Tierra tal vez no sea por accidente. Bien, veamos. Esta nave no atacó a la flota, por lo que debe estar aquí únicamente en calidad de vigía...

Dejó de teorizar. La nave camuflada se dirigía directamente hacia la de Sammeth.

—¡Cuidado! ¡Vamos a sufrir un choque parcial!

La diminuta nave se balanceó violentamente, arrancada de su rumbo. Sammeth soltó con presteza los cohetes, situando a la nave en un camino deliberadamente dudoso. Pero casi al instante cerró los cohetes.

—Esto les engañará —decidió, al tiempo que, junto con Fortar, se dirigía a la portilla—. Ya que emplean sus tretas, les enseñaremos algunas de las nuestras. No ahorraremos combustible. Pero les haremos creer que estamos completamente

indefensos.

Vio cómo la nave camuflada volvía a girar y prosiguió su rumbo incierto. Pero la nave de Mercurio parecía suspicaz y continuó observándole durante varios minutos. Sammeth comenzó a preguntarse si su estratagema había tenido éxito. Al final, la nave de Mercurio se alejó.

Sammeth la estudió atentamente, mientras desaparecía en la lejanía. Después se dirigió a la biblioteca y proyectó un mapa del Sistema sobre la pantalla.

—No lo entiendo —musitó, como hablando con el venusino—. Esta nave se dirige directamente a la Luna de la Tierra.

Fortar se movió inquieto sobre su hombro, alternando el color verde con el azul.

—Sí, lo sé. Podría tratarse de la misma Tierra. Todo se relaciona, pero la solución no me gusta. A los mercurianos no se les permite poseer naves espaciales, y, sin embargo, nos han atacado hace poco. La flota está en ruta, lo cual significa que la Tierra se halla indefensa. Al parecer se trata de un ataque contra la Tierra, ¿verdad? Bien, viejo amigo, no te preocupes, ya encontraremos la puerta.

Conduciendo la nave a toda marcha hacia la Tierra, Sammeth continuó ocupándose de aquel problema. Aquellas coincidencias tan peculiares parecían encajar con un ataque a la Tierra, pero en esta teoría existían todavía muchos fallos. Los habitantes del planeta caliente eran extremadamente enérgicos. Podían adaptar la maquinaria y hacerla funcionar con eficiencia. Pero siempre les había faltado la habilidad de la creación.

Cuando los pioneros de la Tierra habían aterrizado en Mercurio, los nativos vivían de manera sumamente primitiva. Siempre habían poseído alimentos en abundancia, refugios fáciles de edificar, y no necesitaban proteger sus cuerpos con ropas. La constante lucha que la humanidad había tenido que librar para su supervivencia les era desconocida, por lo que nunca habían necesitado desarrollar una habilidad creadora.

Los gobernantes de la Tierra les hicieron comprender las ventajas de la civilización moderna, erigiendo fábricas industriales en Mercurio. Pero a los nativos no se les permitió poseer armas, ya que la flota terrestre era la única fuerza policíaca del Sistema. Todas las armas fueron reunidas y conservadas cuidadosamente en el enorme arsenal terrestre, situado en el centro del desierto de Sahara, sólo para su uso en un caso de emergencia. Exceptuando las pistolas individuales de rayos paralizadores, para la protección durante la exploración de la Cara Oscura, los mercurianos iban desarmados.

—Y supongo que todavía lo están —reflexionó Sammeth—. De lo contrario, esta nave de exploración no habría permitido que huyese.

Se estaba aproximando velozmente a la Luna. Algo más allá se encontraba su patria, el planeta Tierra. A la vista de aquel hermoso mundo azulado, su añoranza creció de inmediato, convirtiéndose en una emoción poderosa e irresistible. Deseaba volver al seno de la humanidad, formar parte de la misma. Añoraba el viento en su

rostro, en lugar del viento prefabricado, los rumores de la civilización en vez del silencio espacial, la amistad de los seres humanos a cambio de la soledad de la nave.

Furiosamente volvió a concentrarse en su problema. No se atrevía a meditar largo tiempo ni con demasiada intensidad sobre su voluntario destierro de todo cuando amaba.

La cara más alejada de la luna estaba vuelta hacia él, medio iluminada por el sol. Durante innumerables eones de tiempo, aquella cara oculta había sido un enigma para el hombre, pero ahora, sus cráteres, sus cumbres y sus hondonadas, se hallaban perfectamente delimitadas en el mapa del Sistema.

Entre su nave y aquella rugosa superficie, distinguió el falso meteorito. Se dirigía directamente hacia el enorme cráter Menoriano. De haber estado el cráter vacío, Sammeth no se habría mostrado inquieto. Habría podido bajar hasta una cierta longitud de onda, convocando a las fuerzas terrestres de la Luna para que acorralasen a los invasores.

Pero, en cambio, distinguió el fondo del cráter salpicado de diminutos puntos, que poco a poco se convirtieron en formas alargadas, cuando la pantalla aumentó la visibilidad. Se trataba de centenares de naves espaciales en estrecha formación. Su apariencia de meteoritos no le engañó. Sabía que las naves habían sido camufladas con un siniestro propósito.

Ahora le resultaba claro todo el diabólico proyecto. Los gobernantes de la Tierra no habían logrado destruir la violenta energía de Taumis. El viejo jefe mercuriano no fue neutralizado en su natural versatilidad, como Sammeth había solicitado muchos años atrás. Y ahora planeaba atacar a la Tierra, mientras la flota se dirigía hacia Plutón.

“Sólo puedo hacer una cosa —pensó Sammeth—. Si realmente piensan pasar al ataque, Taumis tiene que apoderarse del arsenal del Sahara. Sus hombres no están armados, pero poseen pistolas paralizadoras. Si el viejo granuja consigue sorprender a la guarnición, es fácil que llegue a apoderarse de todo el arsenal. Entonces podrá armar a su flota y combatir contra las naves terrestres cuando regresen del espacio. ¿Y qué ocurrirá entonces?”

Fortar se puso blanco de miedo.

—Supongo que tienes razón —admitió Sammeth—. Conocemos muy bien a Taumis, ¿verdad? No es precisamente lo que puede decirse un carácter dulce. Con su dinámico impulso, probablemente sólo se sentirá satisfecho con la dominación de todo el Sistema. Hace siglo y medio advertí ya lo que podía pasar a los jefes de la Tierra, pero esto no sirve de nada ahora. Exilado o no, sigo siendo un terrestre de corazón.

Mientras contemplaba la base de operaciones de Taumis, sacudió la cabeza con admiración. El viejo jefe había sido listo al utilizar la otra cara de la Luna. Siglos atrás, los pioneros de la Tierra habían aterrizado en la Luna para aprovecharse de sus vastos depósitos de metales y minerales. Las enormes fábricas subterráneas habían

empezado a funcionar. Pero el descubrimiento del poder atómico y la exploración de otros mundos más ricos y agradables había dejado anticuado aquel proyecto. Por tanto, la Luna fue abandonada. Sí, la cara oculta era una base perfecta.

—¡Demasiado perfecta! —gritó Sammeth—. Fortar, no podemos perder tiempo. Somos los únicos que conocemos esta traición. Si queremos prevenir a la Tierra antes de que sea atacada, debemos actuar con rapidez. Tal vez de esta manera los terrestres podrán aumentar sus fuerzas en la guarnición del Sahara, armándola adecuadamente, y esperar con confianza la llegada de los invasores. Sólo les arrollará la sorpresa, y podemos contribuir a ella. ¡Maldita sea la radio! De poseer un aparato poderoso, no tendríamos que preocuparnos por el factor tiempo, ya que podría enviar el aviso desde larga distancia. Pero no puedo, por lo que de nada sirve lamentarse ahora.

Lanzó un grito de asombro. Fortar se puso más blanco todavía. No había tiempo que perder. Escuadrón por escuadrón, la flota de Mercurio estaba despegando de la Luna.

Durante otro terrible momento, Andar Sammeth se quedó paralizado por el pánico. La flota del viejo Taumis se disponía a atacar a la Tierra. Con la flota terrestre dirigiéndose hacia el otro confín del Sistema, él era el único hombre que podía hacer algo. ¿Pero qué, solo y en una nave sin armas?

—Se lo merecen —musitó con odio—. Se merecen todo lo que pueda ocurrirles. Ya les advertí hace ciento cincuenta y cinco años que ocurriría esto. Han tenido tiempo más que suficiente para prepararse, aunque no hayan podido resolver nada. De haberme dejado negociar con Taumis, éste ya no sería peligroso. No les debo nada. Lo mejor sería volver al espacio y seguir viviendo en paz el resto de mi existencia...

Sus manos temblaban en los controles. Fortar le contemplaba con aprensión, moteada su piel por la duda. Pero la mano de Sammeth no se movió de la palanca, y el venusino llegó a una decisión: su pelaje se tornó carmesí.

Sammeth rió en voz alta. Le chispearon los ojos, y la juventud volvió a brillar en su semblante.

—¡Tienes razón, pequeño diablillo! Siempre estás en lo cierto, ¿verdad? Bien, no les debo nada, pero no puedo renegar de mi propia raza. Si les viese exterminados, y esto ocurrirá si triunfa Taumis, no podría seguir viviendo con la certeza de que la humanidad está liquidada. Vámonos a la Tierra. Tendremos probablemente, una ruidosa bienvenida, pero esto no nos importa, ¿cierto?

Sonrió hacia la flota de Mercurio, que maniobraba ya en formación de combate. Fríamente, disparó todos sus cohetes de popa. La terrible explosión envió a la pequeña nave más allá de la Luna, hacia la Tierra para efectuar su último viaje.

Había esperado que su corazón se oprimiría a la vista del querido planeta. Pero no había pensado que aquél amenazaría con estallarle dentro del pecho, ni que la sangre circularía con tanto ardor por sus venas. Los queridos continentes y los pulidos océanos de la Tierra estaban bañados por el sol. Sammeth sintió que su alma estaba

hambrienta de Tierra...

Pero apartó su cerebro de tales pensamientos, a fin de poder meditar desapasionadamente.

“El ataque está bien planeado. Esto no puede negarse. La flota de Mercurio puede llegar al Sahara casi sin ser detectada. Surgiendo del lado opuesto de la Luna, llegarán directamente al arsenal, y a menos que alguien les esté observando con un telescopio, no serán avistados hasta que sea demasiado tarde. Taumis es eficiente. Probablemente, ha tenido espías trabajando durante varios años, a fin de descubrir el sitio exacto donde se halla el arsenal. Por tanto, posee todas las ventajas de la preparación, mientras que yo tengo que imaginar qué puede hacer un viajero solitario, provisto de una nave pequeña y desarmada, para detener el ataque de toda una flota.”

Su vieja nave era veloz, pero estaba muy lejos de ser el colmo de la rapidez. Las naves camufladas la habrían superado fácilmente a no ser por su disfraz, que entorpecía su marcha.

—Son naves terrestres, o duplicados de aquéllas —razonó Sammeth—. A juzgar por la forma cómo las conducen, los mercurianos no las han proyectado. Taumis debió enviar a algunos agentes a la Tierra para que robaran las naves o sus planos. Esto lo hace todo más difícil. Si han podido realizar esto, ¿hasta qué punto estarán preparados sus agentes en la Tierra?

No lo sabía, pero no quedaba tiempo para encontrar una respuesta. La Tierra estaba creciendo a gran velocidad. Sammeth se dirigía a la atmósfera con rapidez mortal. Tendría que aflojar la marcha antes de llegar a las capas superiores, o la fricción fundiría el casco de su nave, convirtiéndolo en metal líquido antes de llegar a diez kilómetros del suelo.

Asió la palanca que disparaba los cohetes de proa. Con el brazo en tensión, esperó el momento en que debía frenar el impulso de la nave.

Sintió un tirón en su oreja, propinado por el animal venusino, y vio que le estaba indicando algo a popa. Mirando hacia atrás, vio la flota mercuriana, una fila de meteoritos en dirección a la Tierra. Y entonces comprendió que no le quedaba la menor oportunidad. Ya que, a medida que los contemplaba, fueron tornándose más grandes, acercándose más...

—¡Dios mío, qué desdicha! —murmuró con amargura—. Aunque consiga llegar a la Tierra antes que ellos, deberé convencer antes a los gobernantes del inminente peligro... Tendrán que enviar refuerzos al arsenal, si llegan a creerme, cosa que probablemente no ocurrirá. ¿Por qué tengo que esforzarme tanto en un imposible? Yo podría salvarme... ¡Malditos sean! ¡Malditos! ¿Por qué no escucharon mis consejos? ¿Por qué no me decidí a apelar al pueblo?

Calló un instante, mordiéndose los labios, mientras las lágrimas anegaban sus ojos.

—Pero esto ya no importa. No podría morir en paz, si no supiera que la humanidad me sobrevive. ¿Cómo puedo preservar el futuro de mi raza?

La respuesta se le presentó de manera tan brusca y rotunda que sus manos se asieron convulsivamente a las palancas de mando. Sacudió la cabeza con pesar y luego se echó a reír. Por una vez, Fortar se equivocó respecto a su comportamiento... y llameó de color carmesí. Pero Sammeth reía con ironía, sin el menor rastro de regocijo.

Estudió la Tierra, que había aumentado de tamaño casi milagrosamente. Incluso con aquel plan desesperado tenía que vencer en la carrera de la atmósfera. Los atacantes estaban tan cerca, que cada vez se iba estrechando más la distancia de ellos con su nave. El cielo estaba perdiendo su intensa negrura, a medida que Sammeth se aproximaba a las capas superiores de la atmósfera.

—¡Tengo que vencerles! —jadeó—. ¡Tengo que vencerles... y lo lograré!

Los mercurianos tendrían que moderar la marcha antes de penetrar en la atmósfera. Apartó la vista de las naves que tenía detrás, para contemplar la pantalla anterior. La Tierra era enormemente grande, y aumentaba de tamaño a cada latido del corazón del infeliz Sammeth.

En línea recta se divisaban las amarillentas arenas del desierto de Sahara. Podía divisar ya la mancha oscura del arsenal en su centro.

Los mercurianos comenzaban a acercarse peligrosamente, pero Sammeth soltó más cohetes por la popa. Acto seguido, comenzó a disparar hasta el último cohete, a pequeños intervalos. La nave se estremecía a cada uno de aquellos nuevos impulsos.

—¡Dios mío! —murmuró Sammeth, aterrado—. ¡Lo han hecho! ¡Han hecho lo que yo temía!

Los mercurianos habían enviado un pequeño destacamento de naves suicidas, naves que tampoco frenaban al entrar en la atmósfera. Sintió cómo su corazón latía furiosamente dentro de su pecho. Estaba agotado. Estaba indefenso. Estaba vencido. Ahora podrían arrollarle con facilidad, aún sin poseer armas. Se le acercarían por todas partes, obligándole a adoptar un rumbo tangente, que le desviaría de su curso.

Descorazonado, Fortar palideció sobre su hombro. Sammeth deseó apoyar las manos y la cabeza sobre los mandos y llorar histéricamente.

—¡No es posible! —gimió—. ¡Tan cerca del triunfo... y verme derrotado!

La Tierra llenaba ya todo el espacio. Las tinieblas habían cedido el paso al azul del cielo. Sammeth lo recordaba bien. Aquel color celeste y la vegetación verde siempre habían tenido el poder de llenar sus pupilas de lágrimas durante su prolongado destierro.

Bruscamente, se enjugó los ojos y miró hacia atrás, donde se hallaban las naves mercurianas. Estaban a menos de dos kilómetros de distancia. Jamás conseguiría...

Esperaba que los mercurianos chocasen con su nave por ambos lados. Pero no ocurrió así. Oyó cómo las paredes de su propia nave empezaban a temblar ligeramente, de manera monótona, y sintió cómo el aire se calentaba dentro de la cabina. Se hallaba dentro de la atmósfera terrestre.

—¡No podrán resistirlo, Fortar! —exclamó, con alegría y consuelo, viendo cómo

las naves de Mercurio iban quedándose rezagadas—. ¡El calor será excesivo para ellos! Hummm... ¡Las naves suicidas no pueden enfrentarse con la muerte por fusión!

Frunció los labios en una mueca de satisfacción, al tiempo que hacía estallar dos cohetes de frenaje. Naturalmente, llegaría con el tiempo justo para no fracasar en su misión.

—Nos están alcanzando, Fortar, pero no lo lograrán. Les hemos vencido, y lo saben. Porque no pueden hacer nada por detenernos. Bien, ahora vamos a hacer una cosa que me aterra, pero con ello impediremos que nuestro planeta sea conquistado. Fortar, en la historia se me recordará como el único salvador de la humanidad, y tú serás considerado como el apret más valiente del universo.

Fortar enrojeció de placer. Sammeth acarició la diminuta cabeza del venusino.

—Ojalá los jefes se fijen en mí por una sola vez. Si los mercurianos poseyesen armas, ya nos habrían hecho volar en mil pedazos más de una vez. Y éste habría sido el final de mi proyecto. Pero no las poseen, por lo que podremos vencerles. ¡Sí, les venceremos!

Ya era tiempo. La Tierra era ya un enorme disco de dos dimensiones. Sammeth distinguió el clamoroso y aterrador silbido de su aproximación al planeta, en el distante horizonte, al tiempo que zumbaban las naves de transporte estratosférico, que, con alarma, se apartaban de su rumbo.

Abajo los edificios del arsenal comenzaron a adquirir su inequívoca forma. Sammeth reconoció los torreones, los depósitos y cobertizos de las inadecuadas naves de persecución, los barracones de la tropa, los principales edificios del arsenal.

Sammeth cerró los mandos y recogió al venusino que durante tantos años había sido su camarada. Volvió a contemplar la escuadrilla de naves suicidas, destacadas para detener a la suya. El viejo sonrió triunfalmente y el apret se puso completamente escarlata de satisfacción.

El calor de la fricción con el aire había arrancado el camuflaje de las naves de Mercurio. Ahora, intentaban acorralarle por ambos lados, apartándole del arsenal. Pero su velocidad era demasiado grande. Enfrentadas con la derrota, las naves habían abandonado toda precaución, picando velozmente hacia él.

—Bien, Fortar —anunció, con alborozo—, ha llegado el momento final del exilio.

Con decisión, empujó la palanca que desprendía los cohetes de popa. La nave más cercana quedó destruida por las llamas. Sammeth contempló la explosión con intenso regocijo.

—¡Mira, Fortar! —exclamó—. ¡La Tierra todavía conserva algunas naves de transporte armadas!

Efectivamente, las naves de la Tierra se dirigían rápidamente hacia la flota invasora, enviando rayos letales contra los mercurianos. Los atacantes estallaban en grandes llamaradas, cayendo indefensos hacia la Tierra.

Esto fue lo último que vio. Su propia nave era ya un veloz meteorito, cuando se

aplastó contra el techo de la construcción más sobresaliente del arsenal. Se enterró tan profundamente en la arena que continuó allí a pesar de la explosión que conmovió a todo el planeta.

Crayell Taraneth, comandante jefe de la flota terrestre, que había sido convocada apresuradamente para el regreso, estaba al lado de Hinay Lewneth, el Gobernante número Uno de la Tierra. Ambos contemplaban los chamuscados y retorcidos restos de dos cuerpos hallados entre los hierros y vidrios de la pequeña nave que había sido la causa de la espantosa explosión.

—Sí, es Andar Sammeth —declaró Taraneth, después de escrutar aquellas facciones casi irreconocibles—. Reconocería a su camarada venusino, aunque no pudiese reconocer el rostro de Sammeth.

—No puedo creerlo —se lamentó el Gobernante número Uno de la Tierra—. Sammeth era el jefe del ataque de la flota de Taumis. Es difícil creer que un hombre haya querido justificar su análisis del carácter de los mercurianos, incitándoles a la invasión. Jamás pensé que llegaría a traicionar a su propio planeta para demostrar su equivocada teoría.

Taraneth esbozó un gesto de impaciencia.

—El ataque era demasiado hábil para ser obra de un mercuriano —afirmó con aplomo—. Sólo un terrestre pudo planearlo con tal detalle. Al menos, podemos dar gracias al cielo porque Sammeth no lograra llegar al arsenal. Si los mercurianos hubiesen podido apoderarse de nuestras armas, no me atrevo a pensar qué habrían hecho en el Sistema Solar.

—Especialmente, con un renegado terrestre al mando —añadió Lewneth con profundo desprecio—. Gracias a Dios, era una nave anticuada. Estos modelos tan viejos no son de confianza cuando entran en una atmósfera. ¡Piensa en lo que habría sucedido de Sammeth poseer una nave moderna!

Taraneth escupió sobre el cadáver.

—¡Andar Sammeth será recordado como el peor traidor de su propia raza! —afirmó solemnemente.

REFUGIO EN LAS ESTRELLAS

Leigh Brackett

Arno iba a penetrar en la gran sala común cuando parpadearon las luces. Uno... dos. Uno... dos. Esto significaba que unas naves aterrizaban en el helado campo exterior. Y las naves sólo podían significar, a su vez, una sola cosa. La escuadrilla de Ralph había regresado.

Se detuvo frente al pasaje por donde la multitud salía, procedente de los dormitorios, los talleres y las cocinas. Todo se paralizaba al parpadear aquellas luces, excepto los incesantes martillazos de la sala en la cual los rebeldes construían la inmensa nave. Arno se quedó contemplando a los hombres que habían dicho *No*, a las erguidas mujeres, con niños en brazos, a los viejos y los mutilados.

“¡Ellos han cambiado mi mundo!”, pensó Arno.

El odio que se asomó por un momento a sus pupilas, dio una calidad marmórea a sus acusadas y hermosas facciones. Aquella gente, que se precipitaba al salón, para esperar anhelante la llegada de las naves y las noticias de la batalla..., todos formaban una completa disonancia con su mundo ordenado y bien dirigido con su perenne inquietud, sus herejías, paganas, sus sempiternos alborotos.

Se sintió feliz porque, gracias a él, ahora de pie en la sombra, el Estado organizaría a su conveniencia el destino de todos ellos.

Marika salió del taller, con el sudor y la suciedad de la oscura labor en sus brazos y piernas desnudos. Arno observó con marcado desdén sus anchas espaldas, su frente clara y despejada, sus autoritarios ojos. Las mujeres de aquellos rebeldes incorregibles le ofendían más aún que los hombres. Pero, Marika, ataviada con su simple vestido de piel, y su leonina cabellera cayéndole sobre los hombros...

Arno se odió a sí mismo por verse obligado a controlar hasta el más leve impulso hacia Marika. No debía sentir nada por ella. Y no obstante...

—¡Han regresado, Arno! —le gritó ella—. ¡Ralph ha vuelto!

Le cogió del brazo, y ambos se abrieron paso hacia la gran puerta. El espía, con la máscara de la amistad sobre su semblante, no pudo impedir una pregunta que le obsesionaba:

—¿Te importaría mucho que Ralph no regresase?

—¡Como ninguna otra cosa de este mundo! —fue la respuesta de Marika—. Pero esta vez ha vuelto. Si alguna vez le sucede algo, lo sabré.

Arno ignoraba cómo, y sacudió la cabeza mentalmente por enésima vez. Aceptaba el mecanismo de las bárbaras relaciones entre hombres y mujeres, pero no lo comprendía. Aunque sólo tenía veinticinco años, había dado al Estado tres hijos y una hija, y no podía concebir que las asignadas parejas experimentasen hacia Arno lo

que él no sentía por ellas. Si su vida se apagara, no cambiaría el curso de las suyas. El único deber de una mujer era cuidar de los hijos y la vivienda, cuando el Estado la consideraba capacitada para esta tarea.

El salón estaba ahora lleno, agrupando a siete mil personas silenciosas. El distante fragor de la sala donde construían la misteriosa nave llegaba sumamente apagado.

Arno podía seguir el curso de las operaciones en el exterior con la misma claridad que si las estuviese viendo: las naves llegadas una tras otra, del espacio en tinieblas, aterrizando en el helado aeropuerto sin aire, y luego remolcadas hacia la protección del hangar secreto.

Arno sabía perfectamente que las naves del Tri-Estado, que registraban el sistema solar, con el intento de destruir el último refugio de la anarquía, habían pasado por alto a los salvajes troyanos y las estructuras que les albergaban.

Una joven esbelta y morena, con un niño en brazos, se acercó a Marika, y Arno, en tanto le sonreía con amistad, le saludó:

—Hola, Laura —se sorprendió ante la prodigalidad de los rebeldes. Animosamente, apoyaban, mantenían y amaban a personas incapaces de realizar ninguna tarea, mujeres como Laura, hombres mutilados y otros sujetos indeseables, obstáculos que habrían debido ser eliminados.

—Estoy asustada, Marika —gimió Laura—. Siempre estoy asustada, temiendo por Karl... Ha vuelto, ¿verdad Marika?

—¡Claro que sí! —Marika pasó su brazo por la cintura de la joven—. Escucha. Ahora abren.

La multitud se precipitó hacia delante. Las puertas dobles se abrieron de par en par. Allí, en el umbral, se hallaba Ralph seguido de sus hombres.

Ralph, el caudillo de los rebeldes, no era alto ni bien parecido, ni siquiera de constitución robusta. Pero cuando alguien le miraba, se sentía irremediamente atraído por la fascinación que emanaba de él, por el vigor, por la fortaleza que se desprendía de toda su persona, por el brillo de sus ojos azules, por la vibración de su voz, por la sonrisa cínica de su boca. Su personalidad no podía olvidarse.

Ralph, no sonreía en aquel momento. Y la multitud comprendió al instante que algo había salido mal. Ralph estaba pálido, agotado, sin afeitar. Arno sintió el latido de excitación de sus sienes. Sabía lo que iba a ocurrir.

En el salón estalló una oleada de clamores, de preguntas, de nombres. Ralph levantó una mano y el clamor se extinguió.

—¡Hemos perdido tres naves! —anunció quedamente, si bien su voz llegó a todos los rincones—. Las de Vern, Parlo, y Karl. El ataque ha sido un fracaso.

Hubo un momento de angustioso silencio. Arno observó la mortal palidez del rostro de Laura, y cómo Marika dejaba caer súbitamente el brazo con que rodeaba a la joven. Una mujer sollozó y un niño se puso a gimotear.

Un hombre, uno de los científicos rebeldes, vociferó entonces:

—¡Maldición, Ralph, es ya la tercera vez! ¡Si queremos continuar la resistencia

necesitamos provisiones, equipo, material!

—Lo conseguiremos —replicó Ralph. En su mirada se leía una profunda obstinación—. Por ahora, tendremos que resistir con lo que tenemos. Pero volveremos a intentarlo.

Se volvió hacia Marika, mientras sus hombres se mezclaban con la multitud.

—Pobre niña... —murmuró, mirando a Laura—. ¡Y ojalá hubiese sido yo!

—¡No! —exclamó Marika—. ¡Tú no! ¡Tú jamás!... ¡Siempre sería demasiado pronto!

Le besó con una fiebre extraña y amarga.

Ralph sonrió.

—El luto te sentaría bien —replicó en son de burla—. ¿No quieres ser la viuda de un héroe? —y le devolvió el beso.

El hijo de Laura estaba llorando. Ralph lo cogió, para confiarlo a Marika, y acto seguido tomó del brazo a Laura.

—Vamos, tengo hambre —concluyó Ralph— y he de afeitarme. ¿Quieres llamar a Frane y al padre Berrens, Arno?

—Sí, Ralph.

La máscara de Arno resplandecía de triunfo. Ralph había perdido tres naves. Treinta hombres en total..., hombres y naves que necesitaba en grado sumo. ¡Estúpidos, pensar que podían enfrentarse con el Estado! La cicatriz de su frente, colocada allí por los hábiles cirujanos del Tri-Estado, enrojeció con el flujo de sangre a su cerebro, y Arno se llevó una mano a la cabeza, para ocultarla, por temor a que le traicionase. Aquella cicatriz impedía que lo destinasen a un puesto de combate, pudiendo de este modo permanecer en la base, donde era más fácil obtener y pasar información.

Antes de avisar a los individuos que, junto con Ralph, regían los destinos de la base de Troya, y por tanto todo el Sistema de los rebeldes, Arno se retiró a su morada. Oculto en la gruesa hebilla de su cinto había un diminuto, pero potente transmisor, que operaba con una longitud de onda variable automáticamente cada cuatro segundos. Sólo el receptor del Protector, en la Tierra, podía sintonizarla.

Arno dio su clave de llamada y esperó la llegada de la voz fría, precisa e impersonal del Protector del Pueblo, caudillo de todas las actividades antirrevolucionarias del Tri-Estado.

—Hay mucho alboroto por el fracaso del ataque —notificó entonces—. Necesitan provisiones de metal para las reparaciones y combustible. Ahora estoy más próximo a su centro de actividades; Ralph y Marika, en particular, son amigos míos. Transmitiré la información que vaya obteniendo.

—¿Todavía no has descubierto el secreto de la nave que están construyendo?

—No. Lo guardan con mucho sigilo.

—¿Ni la situación de su cuartel general planetario?

—No.

—Estos puntos son muy importantes. La destrucción de los anarquistas debe de ser completa, hasta el último hombre —la voz del Protector se alteró hasta un leve toque de emoción—. Tú gozas de una posición privilegiada. El Estado se vería dificultado, en estas circunstancias, para remplazarte. Recuerda tu deber, tu fe, y ten cautela. *No debes fracasar.*

El contacto quedó interrumpido con un chasquido, y Arno tuvo conciencia de un pequeño escalofrío de inquietud. Era extraño que durante aquellos ocho meses no lo hubiera advertido. Acostumbrado desde la cuna a considerarse como simple pieza más o menos eficiente de una máquina, remplazable en cualquier momento, no comprendió hasta qué punto había cambiado su condición. Sintió vértigo durante un instante, como si el duro suelo en el que se asentaba hubiese cedido de repente.

Después se recobró. No fracasaría. El Estado le había clasificado como Cerebro Tipo 1-4-c, el mejor adaptado a esta clase de trabajo. El Estado le había proporcionado una formación y un destino. No podía fracasar. Lo único que debía hacer era cumplir las órdenes.

Veinte minutos más tarde se hallaba en el cubículo que servía de hogar a Ralph y Marika. Frane, el jefe del grupo científico, estaba sentado en una butaca de metal, procedente de una nave destruida; era un individuo de cabellos grises, y aspecto fatigado. Berrens, el jefe civil, ocupaba la mesa. Era un sacerdote de la religión pagana, y en torno a la garganta lucía un pedazo de paño como insignia de su cargo. Su delgado cuerpo mostraba las señales de la mala alimentación colectiva, pero su mentón y sus ojos eran obstinados, y tenía la boca torcida en una sonrisa que jamás se borraba. Ralph, con su habitual nerviosismo, recorría la estancia, chupando afanosamente su estropeada pipa.

Arno se acomodó junto con Marika en los restos de un desvencijado sofá. La joven había cambiado la túnica de piel del trabajo por un remendado vestido, de color escarlata, que ofendía la vista de Arno, aunque despertaba en él una desconocida sensación. De vez en cuando, sus miradas se encontraban durante una fracción de segundo. Era aquella joven tan distinta de las mujeres incoloras de anchas caderas de su mundo... Arno intuía en ella feminidad y fortaleza, patentes en todas las líneas de su cuerpo.

La joven no apartaba casi nunca la mirada de Ralph. ¿No era muy extraño que una mujer mirase de tal modo a su marido?

Ralph, de pronto, dio media vuelta.

—Lo siento, Arno. Consejo de Guerra. Ven luego a cenar con nosotros.

—De acuerdo —Arno sonrió y se puso de pie.

Marika le imitó.

—Saldré contigo. Estoy preocupada por Laura.

La puerta se cerró a sus espaldas, impidiéndoles escuchar el Consejo. Arno sintió furor por un momento. Si al menos consiguiera enterarse de los puntos importantes, en vez de los detalles que descubría, gracias a alguna observación casual de Marika...

La mujer suspiró y se echó hacia atrás la atezada cabellera con sus manos encallecidas por el trabajo.

—¡Era tan maravilloso en los viejos tiempos! ¡Vivir en casas auténticas, andar sobre tierra con la luz del sol y con aire para respirar! ¡Poseer bellos vestidos y medias de nylon, y hacer algo más que trabajar, sentir la angustia, jugarse la vida cada mañana!

Su vehemencia le sobresaltó.

—Pero, Marika...

—Hace dos mil años. ¿Por qué no pude nacer dos mil años antes?

Aquello aturdió a Arno. ¿Cómo era posible que Marika considerase el siglo xx como la época anterior a las tinieblas, cuando él creía lo contrario? En el siglo xxi, los últimos rebeldes de la Tierra huyeron a Venus, desde allí a Marte, y más adelante al asteroide donde ahora se ocultaban. La fuerza del Estado de la Tierra los había acosado, perseguido por sus herejías, sus anarquías, su malvado individualismo.

Ahora reinaban la paz y el sistema por todas partes, excepto en algunos ignorados rincones de los planetas y en aquel diminuto asteroide, que, gracias a él, el Tri-Estado pronto destruiría.

—¿Qué sensación producirá —continuó Marika—, el estar bien alimentado, bien vestido, y poder besar al marido, cuando se marche, sabiendo que volverá?

Le tembló la boca y había lágrimas en sus pupilas. El corazón le dio un vuelvo al desconcertado Arno. Pero se rehizo con firmeza.

—¿Qué hará Ralph ahora?

—¡Luchar! —repuso Marika con decisión—. ¡Saldrá de nuevo, una y otra vez hasta que muera, como Karl! —calló y miró a Arno, casi con desafío bajo la débil luz de radio—. Me gustaría llorar, Arno. Me estoy conteniendo, pero ya no puedo más. Se trata de una batalla perdida. Y Ralph no tardará en morir. Como todos nosotros. ¡Y ya no puedo sentirme valerosa!

De repente se echó a llorar tapándose el rostro con las manos apoyadas en el hombro del espía. A su pesar, éste sintió como un chasquido en la armadura que rodeaba su cerebro, y vio al asteroide tal como era: una tumba de esperanzas muertas, de gloria fenecida, de vida inerte. ¿Por qué luchaban, si lo sabían?

Rodeó a Marika por la cintura. No recordaba haberlo hecho nunca. La joven era como un animal, cálido y lleno de vitalidad.

Arno apartó las manos con súbito temor. Era como si retrocediese al borde del abismo, al borde de lo ignoto. Calló mientras ella dejaba correr libremente las lágrimas, hasta que recobró el dominio de sí misma y se apartó de él. A Arno le dolían los dedos que la habían acariciado.

Marika se llevó las manos a sus enrojecidos ojos y lanzó un juramento.

—¡Maldita sea por comportarme como una estúpida! Pero ahora me siento mejor. Creo que una mujer tiene que llorar de vez en cuando, aunque sea de forma mecánica. Pero no se lo digas a Ralph... Gracias, Arno.

La vio desaparecer por el corredor, en busca de Laura. Su vestido rojo resplandecía en la penumbra, al igual que su dorada cabellera. Arno trató de pensar en el Consejo, en su deber. Pero su mirada continuó siguiendo a Marika.

Al otro lado de la puerta cerrada, Ralph continuaba paseando incansablemente, envuelto en una nube de humo.

—Algo va mal —decidió—. Con esta nueva pintura invisible teníamos que estar a salvo, ya que las naves no son magnéticas. Pero nos acorralaron, como si conociesen nuestra presencia allí.

Ambos individuos le miraron agudamente.

—¿Sabes lo que estás insinuando?

—¡Lo sé! —Ralph se apartó el cabello de la frente con nerviosos dedos—. Es increíble que uno de los nuestros... No, el Tri-Estado puede haber enviado un espía.

—Una posibilidad. Remota, pero una posibilidad —el padre Berrens meneó la cabeza con desconsuelo.

—Si hay un espía —afirmó Frane—, tenemos que descubrirlo rápidamente. Necesitamos provisiones.

—¿Cuánto tiempo podemos resistir sin ellas, Frane?

—Tres semanas, quizá un día o dos más. Pero no más tiempo.

—¡Dios mío! —el huesudo rostro de Ralph se tensó. Aquello era un golpe para su corazón—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Estás haciendo cuanto puedes —le contestó el padre Berrens—, y no queríamos angustiarte más.

—¡Tres semanas! ¿Tan cerca estamos del fin? ¡Pelear dos mil años y ahora...!
¡Tres semanas!

Berrens esbozó una sonrisa.

—¡Conseguirás el triunfo en el próximo ataque!

—¿Y si no es así? ¡Si no es así...! —Ralph volvió a su paseo, cansinamente, con una sensación de futilidad en su interior. La habitación permaneció unos instantes en silencio. Por fin, Ralph volvió a hablar—: La nave, Frane. Tiene que estar dispuesta en diez días.

Frane asintió.

—Triplicaré los turnos. Tenemos que poner el metal en la cúpula.

—Lo que sea, mientras podamos seguir respirando. ¡La nave tiene que estar lista dentro de diez días!

—Tal vez —opinó Frane, sombríamente—, sería mejor convocar a los nuestros de las bases planetarias, sin aguardar.

—No. Este Sistema Solar nos pertenece. ¡Y no pienso rendirme sin luchar!

—Pero has combatido ya tanto, Ralph... —la voz del padre Berrens sonó infinitamente fatigada—. El Tri-Estado tiene veinte siglos de experiencia en su favor. Y es difícil romper esta barrera. Los suyos poseen casas y alimentos. Cuando el estómago de un hombre está lleno es difícil destruirle, aunque no posea cerebro ni

alma.

—De acuerdo. ¡Pero, maldición...! —Ralph se detuvo, mientras sus pupilas recorrían el cuarto—. ¡Tenemos que continuar! Su maquinaria se detendrá por su propio impulso. Han perdido ya a sus mejores cerebros. Empiezan a estancarse, y el estancamiento significa regresión. Sin su ciencia no habrían podido resistir estos dos mil años. Ni dos siglos. Y ahora empieza a fallarles la ciencia. Durante los últimos noventa años no han producido nada nuevo.

—Si pudiéramos resistir un poco más...

Frane apretó los labios.

—No es posible luchar sin hombres ni armas.

—¡Sí, con los hombres que nos queden! Yo conseguiré el metal que necesitamos. Concededme cuatro horas de sueño, y volveré a salir. ¡Esta vez atacaremos Titán!

—¡Titán! ¡Estás loco, Ralph! Es el centro minero más poderoso del Sistema. ¡Te destruirán!

—Tal vez. Pero no os inquietéis por nada. Iré solo, en el viejo Sparling.

Ralph sabía, como los otros, que tenía una probabilidad entre mil. El Sparling era una reliquia de los viejos tiempos, un complicado mecanismo de combate capaz de ser controlado por un solo hombre, equipado con rayos de tracción desde la base. Pero para gobernarlo era preciso un superhombre. Era una nave temperamental y engañosa, que poseía una infinidad de tretas. Por esto no habían construido ninguna más de aquel tipo, al cabo de la primera docena. Y habían perdido nueve en un mes.

—No me buscarán cerca de Titán —siguió Ralph—. Allí, existirá menos peligro de que detectasen una sola nave. Si no regreso en diez días, proceded a la carga.

—Prueba una vez más con el escuadrón —insistió Berrens.

—Ya no nos quedaría tiempo, si fracasamos. Y tal como se han desarrollado los tres últimos ataques, de nada serviría tampoco. Tened bien entendido que nadie debe saber cuando parto, ni dónde. Ni siquiera Marika.

—Pero si aquí hay un espía —intervino Frane—, el Tri-Estado conoce la situación de la base. ¿Por qué simplemente no nos bombardean?

—Quieren información. Aunque todavía pueden bombardearnos. Confiemos en que no lo hagan. Lo mejor mientras tanto, será descubrir al espía. Desenmascarlo. ¡Y preparadlo todo, sin esperarme!

El padre Berrens meneó la cabeza. A menos de ocurrir un milagro, no conseguirían atrapar a un espía diestro en menos de tres semanas, cuando había conseguido librarse de toda la vigilancia y penetrar en la base.

—Parece un caso perdido —admitió—. Pero lo intentaremos, Ralph. Ten cuidado... y regresa, por el bien común.

Cuatro horas más tarde, Arno, que estaba comprobando una serie de informaciones para el comisario, y satisfecho por la carestía de materiales, levantó la vista y vio a Marika junto a su mesa. Estaba muy pálida y rígida, con las manos cruzadas, y muy tenso el rostro.

—Arno, Ralph se ha marchado. No me dijo donde, pero he hablado con sus ayudantes. Se ha ido solo, y he descubierto que falta de la base el viejo Sparling. ¡Oh, Arno, estoy asustada!

¡Ralph había partido para un ataque solitario! Tenía que comunicárselo al Protector. Representaría su papel de amigo de Marika hasta que la joven se marchase y entonces...

¿Por qué una mujer tenía que experimentar aquellos sentimientos hacia un hombre? ¿Cuál era la bárbara emoción que el Estado había prohibido a sus vasallos?

Arno llevaba ya ocho meses viviendo entre los rebeldes, y los estudiaba con la actitud impersonal que un científico contempla a los microbios. Arno había sido una maquinaria fría y eficiente, que cumplía las órdenes recibidas del mejor modo posible. Y no entendía a los rebeldes, ni deseaba entenderles. Toda su devoción era para el Estado, para la voluntad del Estado, para las necesidades del Estado.

Pero la maquinaria que encerraba Arno, de repente, no respondía como debiera. Sentía impulsos extraños y una fuerza que le asustaba, porque era completamente indescifrable para su filosofía.

—Arno —susurró Marika—, estoy asustada. Lo he estado a menudo. Ya no soy fuerte. Ralph se ha ido. Morirá.

“Es una rebelde —pensó Arno—. Se cree superior al Estado”.

Se dijo también que sólo por representar un papel, había avanzado hacia la joven. Ésta le tendió los brazos con naturalidad, como una niña que necesita consuelo. Arno sintió como la vida insuflaba poder a aquel cuerpo, y experimentó de nuevo aquel impulso interior. Los labios de Marika estaban muy cerca de los suyos, como una roja cicatriz en su cara de mármol.

La besó. Y tuvo un acceso de horror, de odio hacia sí mismo. Jamás había besado a una mujer. Era una traición..., una debilidad, un desafío al Estado.

Se apartó bruscamente y ella continuó de pie, contemplándole.

Arno cerró la puerta y sacó el transmisor de su cinto. Dos veces empezó a formar la clave, y dos veces detuvo sus manos. Se sentía irritado por su vacilación, pero el rostro de Marika se hallaba entre él y la radio. ¿Y si Ralph no regresase?

¿Haría Marika como Laura, como las demás mujeres que habían perdido a sus maridos? ¿Por qué le importaba a él? Se sintió aturdido, perdido, estremecido.

El diminuto transmisor en su mano le contemplaba acusadoramente, y tuvo que afirmar el pulso para que no cayese al suelo. Los rebeldes y sus bárbaras costumbres no eran cosa suya. El Estado le había dictado unas órdenes. Y todo el objetivo de su vida se concentraba en la servidumbre al Estado, sin formular preguntas ni albergar idea alguna.

Las palabras del Credo aprendido en su infancia volvieron a su memoria.

“Creo en el Estado que me protege, y reniego de todas las demás creencias. Ojalá mi vida, se pierda toda en la obediencia y el servicio.”

¿Qué mayor gloria para un hombre que servir al Estado?

La voz de Amo sonó segura cuando habló con el Protector del Pueblo.

—El caudillo de los rebeldes ha partido solo para un ataque solitario en una nave anticuada..., una Sparling. Destino desconocido, pero los rebeldes necesitan provisiones desesperadamente.

—Avisaremos a todas las minas —asintió el Protector—. Continúa cumpliendo las órdenes.

Frane cumplió su palabra. Se triplicaron los turnos, trabajaron todos, hombres, mujeres, adolescentes. Pese a su fingida herida en la cabeza, Arno fue declarado apto para tareas ligeras y enviado al taller.

Debido a la premura, se apartó gran parte del velo del secreto. Sólo se mantuvo en silencio el objetivo de la nave y el diseño de sus motores.

Arno soltó un respingo a la vista de la nave. Era enorme. Calculó que podía albergar a más de diez mil personas y provisiones concentradas. No había visto nunca nada igual, ni siquiera en los talleres del Tri-Estado.

Pero la gente murmuraba. Los rebeldes eran terriblemente murmuradores, ya que podían hablar como quisieran, y dejaban circular toda clase de rumores. La nave era un arma ofensiva. Estaba destinada a destruir los planetas. Iba a convertirse en un mundo flotante. Iba a recorrer los caminos planetarios, destruyendo las naves del Tri-Estado.

Arno comunicó todo esto a la Tierra, pero no se acercó a la verdad. Transcurrieron nueve días sin noticias de Ralph. No había comunicación por radio entre la nave y la base, porque hubiera permitido al enemigo descubrir la situación de Troya. Se acortaron las raciones. El combustible para la luz y el calor se redujo al mínimo, pero los sintetizadores de alimentos no cesaban de funcionar constantemente. Las cúpulas quedaron desprovistas de todo el metal que contenían, excepto los muros y las unidades de bombeo. Las fraguas trabajaban día y noche. Interminables riadas de hombres y mujeres trabajaban, transportaban, remendaban, ajustaban. El sueño quedó reducido a un período de cuatro horas, del todo insuficiente para los agotados cuerpos.

Y al décimo día, la nave quedó terminada.

Los hombres se dejaron caer al suelo, exhaustos. Frane y el padre Berrens conversaron con Marika bajo la enorme envergadura de la nave, y Arno, que procuraba siempre no alejarse de su fuente de información, escuchó el diálogo.

Pero no había mucho que oír.

—Diez días —dijo Frane, tristemente—. Tendré que convocarles.

Marika, demasiado agotada para experimentar ninguna emoción, los miró fijamente.

—Ralph no ha vuelto, ¿verdad?

El padre Berrens le puso una mano en la espalda.

—Todavía no es demasiado tarde. Esperaremos dos semanas.

Arno no apartaba los ojos del rostro de Marika. ¿Convocar a quién? ¿Esperar...

qué? Debía permanecer al acecho e informar cuidadosamente. Los rebeldes planeaban un intento desesperado, y el Estado debía recibir el aviso.

Recordó las palabras del Protector: *No debes fracasar.*

El Sparling flotaba inmóvil, como fina mota invisible en medio de las espantosas tinieblas. Saturno giraba sus relucientes anillos contra el infinito. Ralph, entumecido por los catorce días de encierro, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, estaba inclinado sobre la pantalla del telescopio en medio de una asombrosa maraña de instrumentos.

Estaba siguiendo a Titán, vigilando los cohetes transportadores de minerales que despegaban del planeta. Durante los diez días de su acecho, ninguna nave había despegado con escasa escolta, por lo que su ataque, carecía de suficiente posibilidad de éxito.

—Debe haber un espía en la base —exclamó en voz alta, por enésima vez.

El sonido de su enronquecida voz al resonar en las paredes de metal, pareció aliviar el pesado silencio que le rodeaba.

“El espía ha conseguido informaciones importantes, pero tampoco las necesita. Con los movimientos generales, el Tri-Estado puede sabotear todas nuestras operaciones. ¡Oh, Dios mío, haz que Frane y Berrens no le permitan sabotear la nave!”, pensó.

La boca de Ralph se torció en una cínica sonrisa.

—El espía no podrá sabotear la nave. Si no posee una bomba atómica, no podrá afectarla, y es imposible la existencia de una bomba atómica en la base, ya que los detectores la habrían descubierto. Lo único que puede hacer...

Sacudió la cabeza para descartar aquella espantosa posibilidad. Ni por un segundo debía pensarlo. No, todo iría bien. Dios no les abandonaría, no, después de tantos siglos de lucha.

Sin hacer caso del hambre que le atormentaba, concentró su atención en el telescopio. Permitted que una de sus cápsulas nutritivas se disolviera lentamente en su boca, recordando lo que había leído en los libros antiguos. Filetes calientes, verduras frescas, frutos jugosos. Aquella idea le hizo la boca agua. Se tragó la pastilla apresuradamente, lanzando una maldición.

A través de la pantalla pudo divisar la Tierra, Venus, Marte, flotando en sus amplias órbitas en torno al diminuto y distante Sol. Ralph había nacido en la base de Troya. Jamás había visto la luz solar, ni el azul del cielo, ni la hierba, ni respirado otro aire que el procedente de los tanques químicos. El Estado se lo había prohibido al pueblo, excepción de los rebeldes ocultos en oscuros rincones de algunos planetas.

—Algún día volveremos a gozar de lo que nos pertenece.

Sus inquietos ojos azules, cuyo fuego brillaba ya de manera mortecina, volvieron a concentrarse en Titán. El cronómetro señaló otra hora. Cinco transportadores de

minerales surgieron al vacío, pesadamente cargados. El sueño terminó por apoderarse de él. Y cuando se despertó había transcurrido el día decimoquinto.

—Tengo que regresar. Me quedan cuatro días para volver.

Maldijo amargamente. Era duro tener que rendirse al cabo de tanto tiempo, verse derrotado por unas cuantas toneladas de metal. A pesar suyo, su mano se dirigió a la palanca de arranque.

Y entonces se inmovilizó. Procedente de Titán, cruzó por la pantalla una llamarada.

Un transporte de mineral, acompañado sólo por tres naves. ¡Una oportunidad! ¡Una tentadora oportunidad!

Demasiado tentadora. ¿Cómo era posible que aquel transporte sólo estuviera custodiado por tres naves, cuando los demás disponían del doble? Tal vez fuese una trampa. Era evidente que desconocían su presencia, pero podían proceder de modo idéntico en las demás minas. Podían haber ordenado relajar la vigilancia, a fin de sorprenderle y atraparle con más facilidad.

Recordó la nave de Troya y lo que significaba para él. Pensó en Marika, sobre todo en ella. Y de nuevo contempló aquellos tres planetas que antaño habían sido suyos y el transporte de mineral que significaba la posibilidad de que volvieran a serlo. Sabía que tenía razón al odiar al Tri-Estado. Si al menos pudieran resistir...

—Vamos, cariño —animó a su vieja nave—. ¡Veamos qué puedes hacer!

Como un meteorito, se lanzó contra el transporte, con las manos fuertemente asidas a las palancas del cuadro de mandos. Una nave estalló en llamaradas bajo su rayo. Un nuevo disparo fundió los tubos del transporte, privándolo de toda iniciativa.

El Sparling vomitaba rayos bajo el control de sus manos. Pero también se movía engañosamente. Ralph soltó una maldición mientras se dirigía hacia otra nave. La tercera maniobra preparando sus tubos de disparo. El rayo de la muerte de Ralph surgió súbitamente. La nave, alcanzada, retrocedió arrastrando a sus muertos tripulantes hacia el vacío.

El Sparling se ladeó frenéticamente, y el disparo sólo lo alcanzó en la parte inferior. Pero Ralph gritó por efecto del insoportable calor. Medio ciego, condujo la nave hasta un lugar seguro, y se dispuso a lanzar el ataque final.

Y entonces las distinguió; naves del Tri-Estado que despegaban de las bases en las lunas de Saturno. ¡Era una trampa! Ya no podía defenderse. Imposible enlazar un rayo de tracción al transporte de mineral. Sólo podía huir... ¡huir y rezar!

El Sparling bailoteaba sin rumbo. Ralph lo maldijo, maldijo a quien lo inventó, y se maldijo a sí mismo por su locura. Un disparo efectuado en un ángulo inverosímil dejó a la tercera nave fuera de combate con los tubos fundidos.

Un rayo rozó su estructura, calentando la nave casi al rojo vivo, y luego quedó en libertad.

Ralph aceleró la velocidad del Sparling, pero éste se bamboleaba. Uno de los rayos había perjudicado algún filamento de sus intrincados controles. Ralph oyó una

alteración en la rítmica vibración de la nave, la cual comenzó a derivar alocadamente. Las naves del Tri-Estado se aproximaban con fatídica rapidez.

Por un momento, Ralph permaneció sentado, con las manos extendidas sobre las palancas. Al fin y al cabo, sabía que tenía que llegar aquel momento. Había hecho elección por su libre albedrío, plenamente consciente. Era peor que el infierno..., ahora que el momento había llegado, sabiendo que Marika le esperaba, sabiendo que la nave estaba a punto. Pero...

Ahora podía ya permitirse aquel lujo. Se tragó el resto de las cápsulas y abrió plenamente el tanque de oxígeno. Al menos, moriría con el estómago lleno y con aire en los pulmones.

Obligando a la nave a dar media vuelta, se encaminó como una flecha hacia Saturno y las naves enemigas.

Torció la boca y con su ronca voz dijo, sin emoción alguna:

—¡Abre las escotillas, Dios, que ahí va un hombre libre!

El día decimotercero, había tocado a su fin. Las cúpulas estaban frías, hasta un extremo insoportable. El aire estaba viciado. Una bomba había cesado de funcionar, de forma que los diez mil hombres, mujeres y niños, estaban jadeando pesadamente en los talleres y el hangar. Oculto tras una columna, Arno hablaba en voz baja.

—Todos están aquí. Todo el personal de las bases planetarias. La última nave llegó hace una hora. Todavía se desconoce el objetivo de esta enorme nave, pero se ha completado la carga. Están aguardando a Ralph, pero dentro de los dos días próximos ejecutarán su plan previsto sea cual fuese. Apenas les queda combustible.

Sin poder refrenarse, poco después preguntó:

—¿Ha muerto Ralph?

—Sí —la voz del Protector del Pueblo sonó fría y precisa—. No es necesario conocer el objetivo de la nave. Puesto que toda la población rebelde del Sistema se halla ahora en la base de Troya, puede ser destruida de un solo golpe.

Arno asintió. Esto, naturalmente, significaba una flota y bombas. Su tarea había terminado.

—¿Cómo saldré de aquí, Excelencia?

Hubo una leve nota de sorpresa en la voz del Protector.

—¿Salir? La tarea para la cual se te eligió y que se te encomendó ha terminado. El Estado ya no te necesita.

Bruscamente, el pequeño transmisor calló. Arno lo miró, mientras se le nublaba la vista.

Era lógico. Había dado tres hijos y una hija al Estado. Ya había cumplido con su deber. Era únicamente una pieza del engranaje, y carecía de utilidad. Y el Estado no conservaba las piezas inútiles.

La Tierra era la base más próxima del Tri-Estado... un vuelo de dos horas para

los veloces bombardeos en la actual intersección orbital. Dos horas. Los rebeldes esperarían a Ralph hasta el último instante, sin saber, que estaba muerto. Lo cual significaba, al menos, otro día.

¡Dos horas! ¡Si al menos hubiese sido inmediato! Pero la espera, la tensión...

Las bombas destruirían las cúpulas, convirtiéndolas en polvillo cósmico, y con ellas el asteroide entero. Dos mil años de revueltas y agitaciones terminarían, y reinaría la paz en el Tri-Estado.

La nube que le rodeaba fue afianzándose, a medida que Arno comprendía la verdad, la lógica e irrefutable verdad. Ya no era nada. Su utilidad para el Estado había concluido. ¿Qué importaba que muriese?

Continuó contemplando la silenciosa radio. Vio la mano que la sostenía... una mano fuerte y juvenil, llena de nudos y tendones, con la sangre circulando generosa bajo la piel.

Su mano. El Tri-Estado la dirigía, pero era él quien sentía el dolor si era herido.

El transmisor se aplastó contra el suelo, pero Arno no se dio cuenta. Estaba contemplando su cuerpo como si jamás lo hubiera visto, pasándose los dedos por sus muslos, sintiendo la respiración de sus pulmones, escuchando la pulsación de su sangre en las venas. Y entonces desvió la mirada hacia las vastas y carcomidas cúpulas, a los diez mil hombres, mujeres y niños, que aguardaban bajo la inmensa estructura de la nave.

Un grupo de jóvenes estaban canturreando a su derecha, una antigua, muy antigua canción prohibida concerniente a una chica llamada Susana. Algunas familias —una palabra anárquica jamás oída en el Tri-Estado—, se apretujaban entre sí, hablando en voz baja. Arno escudriñó sus rostros, cada uno de ellos diferente. No había unidad de facciones en los hombres, ni en las mujeres, ni en los jóvenes. Eran diez mil *personas*.

Arno se aferró firmemente a su credo. Y entonces comprendió que aquella gente también poseía un credo y lo servía con el sacrificio de sus vidas. Como Karl. Como Ralph. Ralph..., cuyo regreso aguardaban aquellas diez mil personas.

¡Dos horas! ¿Qué pensarían estas diez mil personas, de saber que dentro de dos horas morirían? Quizá no fuese así. Sabían que la nave significaba algo extraño, que representaba algo casi imposible. Pero tenían que morir.

El Estado elige..., el Estado forma..., el Estado ya no te necesita...

Arno se llevó las manos a la cabeza para ahogar una blasfemia, y aquel contacto le tornó consciente de su propia carne.

Se zambulló en un mar de humanidad, tropezando con miles de piernas y abriéndose paso a codazos.

La cabellera dorada de Marika y sus anchos hombros surgieron de entre aquella masa, debajo de la nave y Arno se dirigió hacia ella.

Los cuerpos y los ojos que le contemplaban poseían cerebros. Podía sentir la tensión que reinaba bajo la cúpula, la extraña oleada de vida que palpitaba siempre en

una multitud.

Los hombres le maldecían al tropezar con ellos, pero debía llegar hasta Marika. No sabía por qué, pero era su deber.

Vio a Laura al lado de la joven, con su hijo en brazos. Estaba hablando con Marika. Ésta besó al niño y sonrió.

—Le he dado tres hijos al Estado —pensó Arno en voz alta—, pero jamás he besado. Era sólo un deber.

¡Un deber! Ahora su deber era morir por el Estado. El deber tan asimilado que jamás pensó en él de manera subjetiva. ¿Cómo era posible que aquellos rebeldes le hubieran envenenado?

Se acercó a Marika.

La joven estaba pálida, tenso el semblante.

—¿Qué te ocurre, Arno? —se interesó ella—. Pareces enfermo.

—No..., no lo sé.

La miró, y de repente supo qué le pasaba. Lo había leído en los antiguos libros que comprendía su formación. Estaba enamorado.

Los bombarderos del Tri-Estado ya surcaban el espacio. Su deber era claro. Pero estaba enamorado... *¡enamorado, como un rebelde pagano!*

La poderosa mano de Marika le asió de la túnica, estremeciéndole.

—¿Qué te pasa, Arno? ¡Dímelo!

No podía mirarla a los ojos. Y entonces, la voz del padre Berrens resonó en el audífono, y todas las cabezas se giraron a escuchar.

—Ha llegado el momento de explicaros por qué os hemos convocado, y el motivo de construir esta nave. Lo hemos mantenido en secreto por dos razones. No queríamos que existiese la menor posibilidad de que el Tri-Estado pudiera enterarse, y no veíamos motivo para inquietar a todos nuestros amigos, mientras alentara aún una esperanza de utilizarla. Pero ahora...

“Los bombarderos... ¿Cuánto tiempo?” —pensó Arno.

—Esperaremos a Ralph hasta el último minuto —prosiguió el padre Berrens—, pero debemos estar preparados. Dentro de cuatro horas empezará el traslado a la nave. Por favor, escuchadme y tratad de comprender. ¡Tened fe y valor! Vais a necesitar ambas cosas, más que nunca.

”Durante dos mil años hemos combatido contra la tiranía, contra la destrucción de Dios y del hombre como individuo. Hemos sido débiles, y el Estado poderoso. Al principio, esperamos demasiado. Ahora, cuando parecía surgir una oportunidad, cuando la maquinaria del Estado empezaba a fallar, debemos irnos de aquí... por culpa de unas toneladas de metal.

”Si es cierto que hay un espía entre nosotros, le felicito. El Estado sabrá recompensarle bien. Nuestros hombres han muerto como valientes, pero no disponemos de metal. La única salida que nos resta es huir..., o morir a manos del Estado.

Arno le escuchaba como a través de una bruma. Los minutos iban transcurriendo a cada latido de su corazón. Sus latidos... los latidos que el Estado podía destruir, pero no controlar.

La mano de Marika seguía aferrada a la suya. Laura estaba de pie, inmóvil a su lado, con el gimoteante niño, en sus brazos. Podía intuir la tensión de aquellas diez mil personas que escuchaban en completo silencio.

—¡No hemos de esperar más a Ralph! —gritó.

No quería decirlo. Pero lo hizo porque Marika le estaba mirando.

La mano de ella se contrajo en la suya.

—¿Por qué no, Arno?

—Por nada... Fue una tontería.

—¿Tontería? Cuando él está fuera, solo, luchando... Arno... ¿qué sabes?

Ahora las manos de Marika le dolían, como aquel día en que ella sollozó en el vestíbulo.

Poco después, hasta el dolor desaparecía.

El Estado ya no te necesita...

¿Y si no fuese así? ¿Y si él, Arno, deseara a su cuerpo, quisiera conocer el amor de una mujer, concebir un hijo propio, sentirse no como una simple pieza de una máquina? Apartó la mirada de Marika, librando la última batalla en favor de su credo, de su religión.

Y entonces vio a diez mil personas, que esperaban.

Buscó los ojos de Marika.

—Ralph ha muerto —declaró—. Yo le maté. Como maté a Karl y a los demás. Yo soy el espía.

La joven se apartó de él con horror. Laura chilló, con un extraño y terrible sollozo estrangulado, y el padre Berrens dejó de hablar.

—¡Ralph! —murmuró Marika—. ¡Ralph...! Lo sabía... ¡Un espía!

Arno se atragantó, aterrado por lo que acababa de hacer, perdido en un caos de pensamientos. Todavía podía destruirles. Podía callar respecto a los bombarderos, y nada ya tendría importancia.

Y entonces diez mil personas... Frane y Berrens y Laura. Y Marika, que le estaba mirando horrorizada porque él había matado a Ralph. Sus propios amigos jamás le echarían de menos. Tendrían hijos para el Estado, nuevas piezas de la colosal maquinaria.

Marika, siempre Marika. Ella era su derrota y su respuesta. Lo era todo. Mirándola, viendo cómo iba retrocediendo, apartándose de él, Arno se estremeció de temor y de amargura. Si al menos lo hubiera sabido antes...

—¡Padre Berrens! —gritó.

Las palabras no parecían surgir de su garganta. Y aunque parte de su cuerpo pareció retroceder horrorizado, reclusándose en sí misma, continuó hablando sin cesar.

Cuando hubo terminado, el padre Berrens tenía el rostro tenso, y su voz era extrañamente dura cuando formuló sus instrucciones.

Se produjo el caos en torno a Arno, luego una especie de orden frenético. En un mundo a muchos kilómetros y kilómetros de distancia, se formaron unas colas de hombres, mujeres y niños, para ir penetrando en la nave a través de sus vastas portillas. Pero Arno sólo podía ver a Marika.

Era agradable creer, como creían los rebeldes, que un hombre seguía viviendo después de morir su cuerpo torturado.

Esto era una blasfemia para el Estado. Pero es agradable.

El padre Berrens llegó, respirando pesadamente.

—¡Tiempo! ¡Nos falta tiempo! ¡Pero lo lograremos! ¡Con la ayuda de Dios lo lograremos!

Una pausa y el padre Berrens gritó:

—¡Marika!

Pero no pudo detenerla. La pistola que había sacado del cinto de Frane estaba ya apuntada. Arno vio llegar el impacto.

La emponzoñada aguja se clavó en su corazón.

Tuvo una última visión del hermoso y fiero rostro de Marika, con su dorada cabellera cayendo flojamente sobre sus hombros. Era como un cuerpo de piedra la muchacha. Le vio caer desapasionadamente, como hubiera contemplado a una cucaracha muriendo bajo sus pies. Después, dio media vuelta y corrió hacia la nave.

Una neblina se apoderó del cerebro de Arno, borrando los rumores del éxodo. Pero aún oyó la voz de Laura:

—¡Padre, todos los planetas están cerrados! ¿Dónde iremos?

—Por el momento, hemos perdido los planetas. Pero esta nave fue diseñada para ir más allá. Hija mía, *todavía nos quedan las estrellas.*

LA VOZ DE LA LANGOSTA

Henry Kuttner

Llevando su cigarro a un cómodo ángulo en una de las comisuras de la boca, Terence Lao-T'se Macduff aplicó un ojo al orificio abierto en el telón y examinó al público para comprobar si había o no dificultades.

—Una catástrofe —murmuró entre dientes—, ¿o no? Tengo la inexplicable sensación de que cientos de ratones suben y bajan lentamente por mi espina dorsal. ¡Qué lástima no haber conseguido a esa Ao para que diese la cara por mí! ¡Ah!... Bien..., allá voy...

Adelantó su rotunda figura al levantarse lentamente el telón.

—Buenas noches a todos —saludó jovialmente—. Me siento muy satisfecho de ver a tantos ansiosos buscadores de saber, venidos de todos los rincones de la Galaxia, para reunirse aquí esta noche, en el mundo más verde de Aldebarán...

Desde el público surgieron ruidos ahogados que se confundieron con el olor a almizcle de los aldebaraneses y los aromas de otras muchas razas y especies. Se celebraba la famosa Lotería de Aldebarán Tau, que había atraído, como de costumbre, a una multitud de fanáticos de la fortuna llegados de todas partes. Incluso había un habitante de la Tierra, con cabellos rojos y expresión de mal talante que se hallaba sentado en la primera fila mirando fijamente a Macduff.

Evitando aquella brillante mirada, Macduff continuó con cierta precipitación:

—Señoras, señores, y aldebaraneses..., les ofrezco mi Elixir Rejuvenecedor de Hormonas Radi-isotópicas, el descubrimiento fabuloso que les proporcionará el dorado tesoro de la juventud a un precio fácilmente asequible y...

Un ambiguo proyectil pasó silbando junto a la cabeza de Macduff. Su buen oído percibió palabras en una docena de idiomas interestelares, dándose cuenta, a la vez, de que ninguna de ellas implicaba aprobación.

El habitante de la Tierra, el hombre de los cabellos rojos, empezó a bramar:

—¡Es un sinvergüenza! ¡No hay la menor duda!

Macduff, agachándose automáticamente para evitar una fruta semipodrida, le miró pensativo.

“¿Cómo habrá averiguado que las cartas estaban marcadas para la luz negra?”, pensó para sí.

Alzó ambos brazos dramáticamente en demanda de silencio, dio un paso hacia atrás, y con el pie oprimió el resorte de la trampilla. Desapareció instantáneamente. El público lanzó un tremendo rugido de furia. Macduff, deslizándose con rapidez por entre restos de viejos decorados, escuchó el fragor que resonaba sobre su cabeza.

—Esta noche se derramará clorofila —musitó mientras corría—. No hay nada que

hacer con esos aldebaraneses..., todavía son vegetales de corazón. Carecen del sentido de la ética, siguen siendo simples tropismos.

Sus pies tropezaron, al correr, con una caja de progesterona medio vacía, hormona de singular aceptación.

—No pueden ser las hormonas —murmuró apartando a puntapiés las cajas que estorbaban su camino—. Deben ser los radi-isótopos. Escribiré una carta a esa instalación de Chicago. Una empresa poco segura por supuesto. Debí sospechar la calidad del producto a través de su precio. ¡Tres meses de garantía! Vaya..., aún no hace quince días que vendí el primer frasco... y se precisa de todo ese tiempo para terminar los pagos e iniciar un nuevo beneficio.

La situación era grave. Aquella noche fue la primera ocasión en la que esperaba obtener beneficios del Elixir Rejuvenecedor de Hormonas Radi-isotópicas. Los funcionarios de Aldebarán se caracterizaban por una codicia que nunca se hubiera supuesto en un vegetal. ¿Cómo lograría el dinero suficiente para el pasaje espacial, en el caso de que fuera necesario apresurarse?

—Dificultades..., dificultades —murmuró Macduff, huyendo velozmente por un pasillo.

Se agachó al salir, derribando una verdadera torre de cajas vacías que bloquearon la puerta. Tras él sonaron gritos de rabia.

—Parece un pandemónium —gruñó mientras seguía corriendo—. Ésa es la dificultad de los viajes galácticos. Demasiadas razas supersensibles.

Fiel a una ruta prevista, continuó murmurando para sí, ya que Macduff se movía generalmente entre un halo de observaciones hechas *sotto voce*, por lo general de naturaleza ratificadora.

Al cabo de un rato decidió que ya había puesto distancia suficiente entre él y la justicia. Se detuvo en una deslucida tienda y sacó unas cuantas monedas de su miserable bolsa. A cambio le entregaron una pequeña maleta vieja que contenía todo lo necesario para un viaje apresurado..., excepto lo más importante. Macduff no tenía billete.

Si hubiese conocido de antemano toda la extensión de la rapacidad aldebaranesa, quizá hubiese llevado consigo más fondos. Pero quiso que su llegada coincidiese con el gran festival de las semillas y el tiempo apremiaba. Sin embargo, aún había medios de solucionar el problema. El capitán Masterson, del *Sutter*, le debía un favor, y el *Sutter* debía partir la mañana siguiente.

—Posiblemente —rumió Macduff, caminando—, algo podría arreglarse. Veamos... ,veamos..., asunto número uno, está Ao.

Ao era la muchacha de Pequeña Vega, cuyos notables poderes semihipnóticos hubieran hecho de ella un excelente presentador, hablando metafóricamente.

—Pedir dinero prestado para el billete no resolverá el asunto número uno. Si consigo a Ao, tendré que tratar con su guardián, asunto número dos.

Se trataba de un nativo algoliano llamado Ess Pu. Macduff se tomó la molestia de

averiguar el paradero de Ess Pu, y sabía que el algoliano, sin duda alguna, continuaba jugando la misma partida de dados comenzada dos días antes en el Molino de Sueños, no lejos del centro de la ciudad. Su contrario, probablemente, sería aún el alcalde de la ciudad de Aldebarán.

—Además —reflexionó Macduff—, tanto Ess Pu como Ao tienen billetes para el *Sutter*. Muy bien. La respuesta es obvia. Todo cuanto tengo que hacer es meterme en esa partida de dados, ganar a Ao y los dos billetes y luego sacudir de mis pies el polvo de este planeta inferior.

Haciendo oscilar airosamente la maleta en una mano, se deslizó por callejones apartados, consciente de un lejano tumulto que se acrecentaba más y más, hasta llegar a la puerta del Molino de Sueños, una baja arcada cerrada por cortinas de cuero. En el umbral se detuvo para mirar hacia atrás, intrigado por el tumulto creciente.

Soterrados sentimientos de culpabilidad, sin contar su natural autoestima, le hicieron preguntarse si no sería él la causa de aquel barullo. Sin embargo, dado que una sola vez había alzado a los habitantes de un planeta entero en contra suya^[1], concluyó vagamente que quizá acababa de estallar un incendio en cualquier parte.

Apartó hacia un lado las cortinas de cuero y entró en el local, mirando a su alrededor para asegurarse de que Angus Ramsay no se hallaba presente. Ramsay, como el lector sospechará, era el caballero de cabellos rojos que había insultado a Macduff en el teatro.

—Después de todo, fue él quien insistió en comprar un frasco de Elixir... —murmuró Macduff—; bien, no está. Pero allí veo a Ess Pu. Para ser justos, le he dado toda clase de oportunidades para que me vendiese a Ao. Ahora le toca pagar las consecuencias.

Cuadrando sus estrechos hombros (pues no se puede negar que Macduff tenía aspecto de botella), avanzó por entre la multitud hacia la parte posterior del salón, donde Ess Pu aparecía inclinado sobre el tapete verde junto al alcalde de la ciudad.

Un observador no cosmopolita diría que una langosta estaba jugando al póquer de dados con uno de los seres vegetales de la localidad. Pero Macduff era cosmopolita en el sentido literal de la palabra. Y desde su primer encuentro con Ess Pu, semanas atrás, había reconocido en él a un formidable oponente.

Todos los algolianos son peligrosos. Tienen fama por sus contiendas, sus enfados y su inversión afectiva.

—Es extraordinario —musitó Macduff, mirando pensativamente a Ess Pu—. Sólo se sienten a gusto cuando odian a alguien. Las sensaciones de placer y dolor están invertidas. Los algolianos consideran necesarias para sobrevivir las demostraciones de rabia, odio y crueldad. Un lamentable estado de cosas.

Ess Pu clavó sobre la mesa un codo escamoso y agitó el cubilete de los dados ante el rostro de su oponente. Puesto que todo el mundo está familiarizado con los vegetales aldebaraneses a causa de sus populares video-films, no será necesario describir al alcalde.

Macduff se dejó caer en una silla cercana y abrió la maleta sobre su regazo, revolviendo su contenido que incluía algunas prendas de ropa, artículos de plutonio grabado (sin valor) y algunas muestras de hormonas e isótopos.

También llevaba una pequeña cápsula de polvo Leteo, una desagradable droga que afecta al mecanismo psicógeno. Daña al cerebro, produce duda en los propósitos y un temblor general. El polvo Leteo podía también ejercer su efecto sobre los dados. Macduff decidió que una razonable cantidad de oscilación psíquica en Ess Pu podría ser beneficiosa para sus propósitos. Con el pensamiento puesto en ello, observó el juego atentamente.

El algoliano clavó sus ojos de cazador sobre la mesa. Las arrugadas membranas que rodeaban su boca se tornaban azules. Los dados giraron alocados y cayeron sobre el tapete..., un siete. Las membranas de Ess Pu se tornaron verdes. Uno de los dados osciló, dando luego otra media vuelta. Las garras del algoliano se cerraron con satisfacción, mientras el alcalde se retorció las manos; Macduff, con un grito de admiración, se inclinó hacia delante para aplicar una palmada sobre el caído hombro de Ess Pu, a la vez que, con destreza, vaciaba la cápsula en la bebida del algoliano.

—¡Muchacho! —exclamó Macduff admirativamente—. He recorrido toda la Galaxia de extremo a extremo y jamás había visto...

—¡Bah! —farfulló Ess Pu agriamente, mientras apilaba sus ganancias. Luego añadió que no vendería a Ao a Macduff, aunque pudiera—. ¡Así que vete de aquí! —concluyó, agitando ante el rostro de Macduff una de sus garras.

—¿Por qué no puedes vender a Ao? —preguntó Macduff—. Aunque vender no es el término adecuado, desde luego. Lo que quiero decir es...

Ess Pu le hizo entender que Ao pertenecía ya al alcalde.

Macduff volvió la vista al otro personaje, quien furtivamente evitó su mirada.

—No había reconocido a su señoría —dijo—, hay tantas especies no humanoides difíciles de distinguir. ¿He entendido acaso que *vendiste* a Ao al alcalde, Ess Pu? Creo recordar que el Control de este planeta arrienda simplemente sus súbditos guardianes adecuados...

—Fue una transferencia de tutela —explicó el alcalde apresuradamente.

—Vete de aquí —repitió Ess Pu—. Ao no te servirá para nada. Es un *object d'art*.

—Para ser una langosta, tu francés es excelente —dijo Macduff con delicado tacto—. Y en cuanto a la presunta inutilidad de esa encantadora criatura te diré que mis investigaciones científicas incluirán muy pronto la adivinación de reacciones en grandes grupos. Ya que los naturales de este planeta poseen la curiosa habilidad de emborrachar a la gente, una muchacha como Ao en escena me daría plena seguridad ante mi público...

Una pantalla video estalló con un fuerte chirrido. Todo el mundo alzó la cabeza. Unas pantallas infrarrojas suplementarias, para el uso de clientes con visión especializada, lanzaron invisibles imágenes duplicadas del rostro de un presentador.

—...La Organización para la Pureza de los Ciudadanos acaba de convocar un

mitin en masa...

El alcalde, con expresión atemorizada, comenzó a levantarse, pero luego pareció pensarlo mejor. Parecía que algo pesaba sobre su conciencia.

Ess Pu instó groseramente a Macduff para que se fuera, llegando casi al insulto.

—¡Bah! —exclamó Macduff bravamente, sabiéndose mucho más ágil que el algoliano—. ¿Por qué no te mueres, muchacho?

Las membranas de la boca de Ess Pu adquirieron un tono rojizo. Antes de que pudiese hablar, Macduff se ofreció con presteza a comprar el billete de Ao, proposición que no tenía la menor intención ni posibilidad de llevar a la práctica.

—¡No tengo su billete! —rugió Ess Pu—. ¡Lo tiene ella todavía! Ahora sal de aquí antes de que...

Ess Pu contuvo su furia, tosió, y bebió un trago. Ignorando a Macduff, arrojó un seis sobre la mesa y empujó hacia el centro una pila de fichas. El alcalde, con nerviosa repugnancia, lanzó una ojeada a la pantalla video y aceptó la apuesta.

En aquel momento la pantalla emitió de nuevo:

—...¡La multitud marcha sobre la Administración! El populacho encolerizado exige la destitución de los actuales funcionarios, acusándoles de extremada corrupción. Esta coyuntura llegó hoy a su punto álgido a causa de la aparición de un supuesto timador llamado Macduff...

El alcalde de la ciudad de Aldebarán se puso en pie de un salto e intentó echar a correr. Una de las garras de Ess Pu le asió por el faldón de la levita. La pantalla continuó sus metálicas palabras, proporcionando una exacta descripción del timador del Elixir Radi-isotópico; sólo la espesa neblina que flotaba en el aire libró a Macduff de ser descubierto en el acto.

Macduff vaciló, mientras la razón le decía que algo de interés estaba desarrollándose en la mesa de dados, aunque el instinto le impulsaba a salir corriendo.

—¡Tengo que irme a casa! —se quejó el alcalde—. Asuntos vitales...

—¿Apuestas a Ao? —preguntó el crustáceo blandiendo significativamente sus garras—. Sí, ¿verdad? ¡Entonces *dilo!*

—Sí —respondió el acosado alcalde—. ¡Oh, sí, sí, sí, lo que quieras!

—Seis es mi punto —indicó Ess Pu, agitando el cubilete de los dados.

Sus membranas acababan de motearse extrañamente. Sus protuberantes ojos se desorbitaron y Macduff, al recordar el polvo Leteo, comenzó a desplazarse hacia la puerta.

El algoliano emitió un rugido de tremenda sorpresa cuando los desobedientes dados mostraron un siete. Ess Pu se llevó una garra a la garganta, agarró el vaso y miró con desconfianza en su interior.

Furiosos rugidos resonaron en cien ecos sobre las paredes del Molino del Sueño cuando Macduff apartó las cortinas de cuero y salió a la calle, bajo la fría oscuridad de la noche aldebaranesa.

—A pesar de todo sigo necesitando un billete —reflexionó—. También necesito a Ao si es posible. Esto me conduce, evidentemente, al palacio del alcalde. Con tal de que no me descuarticen antes...

En aquel momento se deslizó hacia otro callejón, para esquivar la multitud que surgía con sus antorchas en alto.

—¡Ridículo! En momentos como éste me alegro de haber nacido entre una raza civilizada. No hay sol como el Sol —resumió, arrastrándose apresuradamente bajo un vallado para no ser visto.

Saliendo por el otro lado, por un estrecho sendero llegó hasta la puerta posterior de un lujoso palacio de púrpura rosa, e hizo sonar firmemente el llamador contra su placa. Se oyó un sonido suave y deslizante. Y Macduff miró el espejo que había en la puerta.

—Mensaje del alcalde —anunció con tono seco—. Se halla en dificultades. Me envía para llevarle inmediatamente a esa muchacha nativa. Es un caso de vida o muerte. ¡Rápido!

Una exclamación ahogada sonó al otro lado de la puerta. Se oyeron pasos en la distancia y, un momento después, se abrió la puerta, apareciendo en su umbral el propio alcalde.

—¡Aquí está! —gritó frenético el funcionario—. Es tuya. Llévatela. No la he visto en toda mi vida. Nunca he visto a Ess Pu. Jamás te he visto a ti. Nunca he visto a nadie. ¡Oh, esos malditos reformadores! Cualquier indicio de culpabilidad, por pequeño que sea, y estoy perdido..., ¡perdido!

Macduff, un poco asombrado de su buena fortuna, aprovechó debidamente la ocasión.

—Confía en mí —consoló al desgraciado vegetal, mientras que un ser esbelto y encantador era empujado desde la puerta hacia sus brazos.

Al cabo de una pausa añadió:

—Ao dejará Aldebarán Tau en el *Sutter* mañana al amanecer. La llevaré a bordo inmediatamente.

—Sí, sí, sí —asintió el alcalde, tratando de cerrar la puerta.

Pero un pie de Macduff la mantuvo abierta.

—¿Tiene su billete espacial?

—¿Billete?... ¿Qué billete? ¡Oh..., eso! Sí. En su muñequera lo tiene. ¡Oh, ahí llegan! ¡Cuidado!

El aterrorizado alcalde cerró la puerta con fuerza. Macduff tomó una mano de Ao y corrió con ella hasta los arbustos que crecían en una plaza. Un momento después desaparecían en los tortuosos laberintos de la ciudad de Aldebarán.

En el primer quicio conveniente que hallaron, Macduff se detuvo y miró a Ao. Valía la pena hacerlo. La muchacha permanecía en el umbral de la puerta sin pensar en nada. No tenía por qué hacerlo. Era demasiado bella.

Nunca nadie ha logrado describir con éxito a los seres de Pequeña Vega, y

probablemente nadie lo conseguirá jamás. Los computadores electrónicos se averían y sus unidades de mercurio se coagulan cuando intentan analizar esa esquiva cualidad que hace de los hombres una masa blanda y espesa. Sin embargo, como sus hermanos de raza, Ao no era muy brillante. Macduff la contempló con codicia enteramente platónica.

No cabía imaginar más perfecto cebo. Alguna sutil emanación debe surgir de los cerebros de los nativos de Pequeña Vega que actúa como hipnótico. Con Ao en escena, Macduff sabía que una hora antes hubiese podido ganarse al público y evitar el tumulto. Hasta el salvaje corazón de Angus Ramsay se hubiese suavizado ante la mágica presencia de Ao.

Caso curioso, la relación varonil con Ao era enteramente platónica, excepto, claro está, los varones de Pequeña Vega. Los individuos ajenos a aquella especie de diminuto cerebro tenían suficiente con mirar a Ao. Aunque la visión propiamente dicha tenía muy poco que ver con aquel encantamiento, ya que las normas de belleza son diferentes para cada especie, casi todos los organismos vivientes respondían en forma parecida ante el encanto de Ao y de sus hermanos de raza.

—Nos aguarda un incierto trabajo, querida —dijo Macduff echando a andar nuevamente—. ¿Por qué estaba tan ansioso el alcalde por desembarazarse de ti? Pero no vale la pena preguntarte nada. Mejor será que embarquemos en el *Sutter*. Estoy seguro de que el capitán Masterson me prestará el dinero para otro billete. De haberlo pensado antes, podría haber pedido un préstamo al alcalde..., pequeño o tal vez grande...

Macduff se detuvo al recordar la reacción de culpabilidad del alcalde, y añadió tras breve pausa:

—Sí, grande. Creo que he perdido una buena oportunidad.

Ao parecía flotar delicadamente sobre un charco de fango. Estaba pensando en cosas más elevadas y encantadoras.

En aquel momento se encontraban cerca del aeropuerto espacial y el rumor que se oía a distancia hizo pensar a Macduff que el populacho había prendido fuego al palacio de pórfido del alcalde.

—De todas maneras no es más que un vegetal —se dijo Macduff—. Pero mi débil corazón no puede soportar..., ¡cielo santo!

Se detuvo sorprendido. El aeropuerto espacial se hallaba ante ellos sumido en la neblina, en la que se destacaba la figura ovoide del *Sutter* deslumbrante de luz. Se oía un fragor distante como un apagado trueno. Sin duda el *Sutter* calentaba ya sus motores. Una gran multitud de pasajeros rodeaba la pasarela de embarque.

—¡Por mi alma! ¡Van a despegar! —exclamó Macduff—. ¡Es ultrajante! Sin avisar siquiera a los pasajeros..., o quizá hayan dado un aviso por video..., sí, supongo que eso será. Pero puede crear complicaciones. El capitán Masterson estará en la sala de control con un cartel de *No molestar* en la puerta, porque el despegue no es fácil. ¿Cómo podremos embarcar con sólo un billete para los dos?

Los motores zumbaban monótonamente. La niebla flotaba sobre el lugar como un grueso fantasma que tratara de cubrir los relieves en blanco y negro de la pista. Macduff echó a correr arrastrando a Ao.

—Tengo una idea —murmuró—. Lo primero que hay que hacer es entrar en la nave. Cuando se efectúe la regular inspección de billetes el capitán Masterson ya procurará...

Macduff observó al revisor de pie en un extremo de la pasarela recogiendo billetes y comprobando nombres en una lista que tenía en la mano, tras una rápida mirada a los viajeros.

Aunque los viajeros parecían nerviosos, conservaban el orden, tranquilizados al parecer por la calmosa voz del oficial de a bordo que se encontraba detrás del revisor.

Macduff irrumpió en escena corriendo desesperadamente, mientras arrastraba a Ao, y gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Vienen hacia aquí!

Se metió por entre la multitud, hizo caer a un grueso saturniano, exclamando:

—¡Otra rebelión Boxer! Cualquiera creería que han aterrizado los Xerianos. Van por todas partes gritando: “¡Aldebarán Tau para los aldebaraneses!”

Con Ao y maleta incluidos, Macduff embistió a un grupo y lo desintegró, gritando acerca de supuestas amenazas proferidas por los aldebaraneses.

En la escotilla de la nave, el oficial trataba de que le escucharan, pero sin resultado. Al parecer intentaba ceñirse a su rutina habitual. Explicaba que el capitán estaba herido, pero que no había motivos para preocuparse.

—¡Demasiado tarde! —gritó Macduff en el mismo centro de un hirviente núcleo de pánico—. ¿No oyen lo que están gritando? “¡Matar a esos diablos extranjeros!”... Sí, oigan a esos salvajes sanguinarios. Demasiado tarde, demasiado tarde...

Y acto seguido, atravesó otro grupo con Ao a rastras.

—¡Cierren las compuertas!... ¡Cierren todas las entradas!... ¡Ya vienen!

Por entonces había desaparecido ya toda noción de orden. Los desmoralizados pasajeros se habían convertido en una especie de brigada ligera y Macduff, sujetando a Ao, subió por la pasarela pasando por encima de los derribados cuerpos del revisor y del oficial, hasta entrar en la nave. Luego huyó por un pasillo, hasta que se puso a caminar normalmente. Se hallaba solo con Ao. A lo lejos llegaban hasta sus oídos diversas maldiciones.

—Es útil la confusión —murmuró Macduff—. No había otra forma de subir a bordo. ¿Qué dijo ese estúpido..., que el capitán estaba herido o algo así? Espero que no sea nada grave. Tengo que verle y pedirle un préstamo. Ahora veamos, ¿dónde está tu cabina, querida? ¡Ah, sí! Camarote R..., aquí está. Mejor sería escondernos hasta el momento de despegar. ¿Oyes esa sirena?... Eso significa despegue. ¡Redes espaciales, Ao!

Macduff abrió la puerta del camarote R y empujó suavemente a la muchacha hacia una malla parecida a una tela de araña, que colgaba como si fuese una hamaca.

—Métete ahí dentro y espera mi regreso —ordenó—. Tengo que buscar otra hamaca para mí.

La finísima red atrajo a Ao como el mar a una sirena, e inmediatamente se acomodó en ella con una expresión soñadora en su angélico rostro.

—Muy bien —dijo para sí Macduff, saliendo y cerrando la puerta.

Pasó al camarote X, afortunadamente abierto y desocupado, en el que también colgaba otra fina hamaca de malla.

—Bien. Ahora...

—¡Tú...! —exclamó una voz demasiado familiar para él.

Macduff se volvió rápidamente en el umbral. Al otro lado del pasillo y mirándole desde la puerta vecina a la de Ao se erguía el malhumorado crustáceo.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Macduff—. Mi viejo amigo Ess Pu. Justamente el..., ¡ah!..., algoliano que yo quería...

No tuvo tiempo de terminar la frase. Con un rugido en el que se distinguieron claramente las palabras “polvo Leteo”, Ess Pu se lanzó hacia delante mientras sus ojos casi salían de sus extrañas órbitas. Macduff cerró la puerta apresuradamente y después hizo girar la llave en la cerradura. Se produjo un fuerte choque contra la puerta, y alguien comenzó a arañar con rabia el panel.

—Un ultrajante ataque contra la vida privada —comentó Macduff.

Los golpes sobre la puerta fueron en aumento, aunque pronto quedaron ahogados por el fragor ultrasónico del despegue.

Los golpes cesaron. El sonido de unas garras que se arrastraban sobre el pavimento se alejó. Macduff se acomodó en la hamaca. Luego confió en que el temible algoliano no llegase a tiempo a la suya y que la aceleración de la nave fracturase todos los huesos de su cuerpo.

Rugieron los reactores y el *Sutter* abandonó el suelo de Aldebarán Tau. Fue entonces cuando Macduff comenzó realmente a encontrarse en dificultades.

Tal vez sea ya tiempo de hablar con algún detalle acerca de un asunto en el que Macduff estaba ya implicado, aunque todavía no lo supiera.

En las perfumerías más lujosas de todos los mundos pueden verse en diminutos frascos cantidades aún menores de un líquido de color paja con la famosa etiqueta de *Sphyghi* N.º 00. Este perfume de perfumes —que tiene el mismo precio vendido en un simple frasco de cristal o en otro de platino cuajado de piedras preciosas— resulta tan costoso que, en comparación, el *Cassandra*, el *Patou's Joy* o el *Melée Marciano* parecen baratos.

Sphyghi procede de Aldebarán Tau. Sus semillas están sometidas a una vigilancia tan estricta que ni siquiera Xeria, la gran rival comercial de Aldebarán, ha conseguido mediante el soborno, el robo, o incluso medios honestos, una sola semilla.

Desde hace mucho tiempo es sabido que los Xerianos venderían su alma por

conseguir alguna de estas semillas. Dado la semejanza de los Xerianos con las termitas, siempre existieron dudas de si poseían mente propia individualmente y operaban según su libre albedrío, o si todos ellos se movían gobernados por un cerebro central.

El principal problema del *sphyghi* es que su ciclo de crecimiento debe ser casi continuo. Cuando el fruto se separa de la planta madre, sus semillas se esterilizan al cabo de treinta horas.

No había sido un mal despegue, pensó Macduff al abandonar la hamaca. Sería mucho esperar que Ess Pu hubiese sufrido una simple fractura de caparazón.

Abrió la puerta, y esperó hasta que un movimiento de la puerta opuesta reveló la vigilante masa del algoliano. Macduff saltó hacia el interior del camarote X con la agilidad de una gacela atemorizada.

—Atrapado como una rata —murmuró, comenzando a examinar el camarote—. ¿Dónde está el dispositivo de comunicación interior? ¡Esto es ultrajante! ¡Ah, aquí está!... ¡Comuníqueme con el capitán inmediatamente, por favor...! Me llamo Macduff. Terence Lao-T'se Macduff... ¿El capitán Masterson?... Permítame felicitarle por su despegue..., ha realizado un magnífico trabajo. Tengo entendido que ha sufrido un accidente y confío en que no sea nada grave.

La línea hizo un ruido metálico y sonó el nombre de “Macduff” en una voz ahogada.

—¿Una herida en la garganta? —aventuró Macduff—. Pero vayamos al grano, capitán. En el *Sutter* hay un maníaco homicida. Una langosta algoliana se ha vuelto loca y se encuentra ante mi puerta..., camarote X..., dispuesta a matarme si salgo de aquí. Por favor, envíeme algunos guardianes armados.

Del dispositivo de comunicación surgieron algunos sonidos ambiguos que Macduff tomó por una señal de asentimiento.

—Gracias, capitán —dijo con tono alegre—. Sólo queda otro pequeño asunto. Tuve que embarcar en el *Sutter* en el último momento, y no pude adquirir el billete porque el tiempo apremiaba. Tengo además bajo mi protección a una nativa de Pequeña Vega para salvarla de las endiabladas maquinaciones de Ess Pu. Creo necesario que esa langosta no conozca su presencia en el camarote R.

Macduff respiró hondo y se reclinó familiarmente contra el dispositivo de comunicación, añadiendo:

—Han ocurrido cosas terribles, capitán Masterson..., fui perseguido por una multitud sedienta de sangre, me acusaron asimismo de fraude en una partida de dados que jugaba Ess Pu, sufrí amenazas de violencia por parte de Angus Ramsay...

—¿Ramsay...?

—Quizá haya oído usted ese nombre, pero puede tratarse de un alias. Me parece que fue destituido del Servicio Espacial por contrabando de opio.

Sonó una llamada en la puerta. Macduff interrumpió la conversación para escuchar. Luego añadió:

—Rápido trabajo, capitán. Supongo que son sus guardianes.

Hubo un gruñido afirmativo al otro extremo de la línea.

—*Au revoir* —dijo Macduff alegremente.

Abrió la puerta. En el umbral aguardaban dos tripulantes uniformados. Al otro lado del pasillo la puerta de Ess Pu aparecía entreabierta, mientras el algoliano respiraba agitadamente.

—¿Están ustedes armados? —preguntó Macduff—. Prepárense para un posible ataque traicionero de ese crustáceo asesino que está detrás de ustedes.

—Camarote X —dijo uno de los hombres—. ¿Se llama usted Macduff? El capitán desea verle.

—Naturalmente —replicó Macduff, sacando un cigarro del bolsillo.

Salió al pasillo, no sin asegurarse de que hubiera un hombre entre él y Ess Pu.

Con gesto de total indiferencia se detuvo, sujetó el cigarro entre los dientes, y temblaron las ventanillas de su nariz.

—Vamos —dijo uno de los hombres.

Macduff no se movió. Detrás del algoliano llegaba hasta él una suave fragancia, como si fuese un murmullo del paraíso.

Macduff encendió su cigarro rápidamente, expulsó una bocanada de humo, e inició la marcha ante los dos hombres, al mismo tiempo que decía:

—Vamos, amigos míos..., veamos al capitán. Hay que solucionar asuntos muy importantes.

Macduff se dejó escoltar hasta el alojamiento de oficiales, donde su imagen se reflejó en un brillante mamparo. Se lanzó una rápida ojeada a sí mismo y expulsó otra bocanada de humo sumamente complacido.

—Hago impresión —murmuró para sí—. No soy ningún gigante, por supuesto, pero sin duda hago impresión a mi manera. La ligera redondez de mi cintura indica que vivo bien. ¡Ah, capitán Masterson! Muy bien, amigos míos, nos pueden dejar solos. Y cierren la puerta al salir. Capitán...

El hombre que se encontraba detrás de la mesa de despacho alzó la cabeza lentamente. Y como hasta el más estúpido lector ya habrá sospechado, se trataba de Angus Ramsay.

—¿Contrabando de opio..., eh? —exclamó Angus Ramsay, esbozando una terrorífica sonrisa ante el aún más aterrorizado Macduff—. Destituido del Servicio espacial. ¡Repugnante calumniador! ¿Qué voy a hacer contigo?

—¡Un motín...! —exclamó Macduff nerviosamente—. ¿Qué has hecho? ¿Arrastrar a la tripulación a un motín y apoderarte del *Sutter*? Te advierto que ese delito no quedará sin castigo. ¿Dónde está el capitán Masterson?

—El capitán Masterson —replicó Ramsay, conteniendo su ira con violento esfuerzo— está en un hospital de Aldebarán Tau. Al parecer, el pobre hombre fue atropellado por la furiosa multitud. Yo soy ahora el capitán del *Sutter*. No me ofrezcas cigarros, repugnante granuja. Sólo me interesa una cosa. Que no tienes

billete.

—Creo que has interpretado mal mis palabras —dijo Macduff—. Claro que tenía billete. Se lo entregué al revisor cuando embarqué. Estos dispositivos de comunicación interior...

—Igual que tu maldito elixir de la inmortalidad —replicó el capitán Angus Ramsay—. Y tus partidas de póquer, sobre todo cuando las cartas están marcadas para luz negra.

Las grandes manos de Angus Ramsay se crisparon significativamente.

—Atrévete a ponerme la mano encima... —dijo Macduff no muy seguro de sí mismo—, tengo derechos como ciudadano.

—¡Oh, sí! —convino Ramsay—. Pero no derechos como pasajero de esta nave. Por lo tanto, eres un polizón que trabajará para pagar su pasaje hasta la próxima parada, Xeria. Allí serás definitivamente expulsado del *Sutter*.

—Adquiriré un billete —respondió Macduff—. Lo que pasa es que estoy en un pequeño apuro y...

—Si te descubro mezclándote con los demás pasajeros o jugando con alguno de ellos, te meteré en el calabozo de a bordo —prometió con firmeza el capitán Ramsay—. Luz negra, ¿eh? Contrabando de opio, ¿eh? ¡Vaya, vaya!

Macduff comenzó a hablar con precipitación, mencionando derechos y códigos de justicia, pero Ramsay se echó a reír burlonamente.

—Si vuelvo a cogerte en Aldebarán Tau —dijo—, tendré sumo placer en hacerte caminar a puntapiés por todo el planeta. Por el momento, me satisfará mucho saber que trabajarás bien aquí. A bordo de esta nave serás una persona honrada, aunque esto te resulte perjudicial. Y si piensas que vas a usar el billete de esa nativa, estás muy equivocado...

—¡No puedes separar de esta forma a un tutor y a su protegida! ¡Es inhumanoide! —gritó Macduff.

—¡Fuera de aquí, granuja! —replicó iracundo Ramsay, poniéndose en pie—. ¡A trabajar!

—Espera —dijo Macduff—. Lo sentirás si no me escuchas. Se está cometiendo un delito a bordo de esta nave.

—¡Eres tú quien lo está cometiendo con tu simple presencia! ¡Largo!

Se abrió la puerta y en el umbral se presentaron, expectantes, los dos miembros de la tripulación.

—¡No, no! —chilló Macduff, viendo ya como se abría a sus pies el terrible abismo del trabajo—. ¡Se trata de Ess Pu! ¡El algoliano!

—Le estafaste a él como me estafaste a mí... —comenzó Ramsay.

—¡Es un contrabandista! —gritó Macduff, luchando contra los dos hombres que ya le arrastraban hacia la puerta—. ¡Trata de pasar contrabando de *sphyghi* desde Aldebarán Tau! Lo oí desde el pasillo. ¡Es verdad! ¡Llevas contrabando a bordo, capitán Ramsay!

—Esperad —ordenó Ramsay—. Soltadle un momento..., ¿no será otro de tus trucos?

—Lo olí —insistió Macduff—. Ya sabes cómo huele el *sphyghi*. Su aroma no puede confundirse con ningún otro. Debe esconder las plantas en su camarote.

—¿Plantas...? —murmuró Ramsay—. De acuerdo. Muchachos, tráiganme a ese Ess Pu.

Y tras haber pronunciado estas palabras se dejó caer en su sillón estudiando a Macduff.

Este último se frotó las manos y dijo:

—No digas más, capitán Ramsay..., no necesitas disculpar tu equivocado celo profesional. Habiendo denunciado ya a este granuja algoliano, haré que confiese de plano su delito. Irá a parar al calabozo, desde luego, por lo que dejará vacante su camarote. Confío este asunto a tu buen sentido...

—¡Silencio! —exclamó Ramsay—. ¡Cierra la boca!

El nuevo capitán del *Sutter* miró hacia la puerta con el ceño fruncido. Al cabo de un rato ésta se abrió, dejando paso a Ess Pu.

El algoliano avanzó torpemente hasta que, de repente, vio a Macduff. Instantáneamente sus membranas comenzaron a sonrojarse. Una crispada garra se alzó amenazadora.

—¡Tranquilo, muchacho! —advirtió Ramsay.

—Por supuesto —añadió Macduff por su cuenta—. Recuerda donde éstas. Te hemos descubierto, Ess Pu. Mentir no te llevará a ninguna parte. Eres un espía pagado por los Xerianos. Robaste las semillas *sphyghi* en Aldebarán, que ahora mismo te acusan en tu camarote.

Ramsay miró pensativo al algoliano.

—¿Y bien...? —preguntó al cabo de un instante.

—Espera —dijo Macduff—. Cuando Ess Pu vea que ha sido descubierto, comprenderá la inutilidad de su silencio. Permíteme continuar...

Ante la imposibilidad de detener a Macduff, el capitán Ramsay se limitó a responder con un gruñido y tomó el Manual de Normas de encima de su mesa. Comenzó a estudiar el grueso volumen, frunciendo el ceño en señal de duda. Ess Pu retorció sus garras.

—Haré un resumen desde el principio —dijo Macduff—. Incluso para mí, simple visitante de Aldebarán Tau, se hizo evidente de inmediato que allí imperaba la corrupción. En este momento nos dirigimos a Xeria, un planeta que durante muchos años ha empleado toda clase de recursos para romper el monopolio *sphyghi*...

Tras pronunciar estas últimas palabras, apuntó acusadoramente con su cigarro al algoliano, añadiendo:

—...Con dinero Xeriano, Ess Pu, llegaste a Aldebarán Tau para sobornar a altos funcionarios, conseguiste algunas semillas *sphyghi* y las ocultaste a la aduana. Compraste al alcalde con Ao. No, no es preciso que respondas todavía...

Ess Pu produjo un repugnante sonido con su garganta.

—Polvo Leteo —dijo, recordando algo—. ¡Ahhh...!

E hizo un súbito movimiento hacia delante.

Macduff se refugió con premura tras la mesa de despacho, junto a Ramsay.

—Llama a tus hombres —dijo—. Se está enfureciendo. Que le desarmen.

—No se puede desarmar a un algoliano sin desmembrarle —replicó el capitán Ramsay distraídamente—. ¡Ess Pu! No niegas estas acusaciones, ¿verdad?

—¿Cómo podría negarlas? —cortó Macduff—. Este imbécil granuja ha plantado las semillas en su propio camarote, sin preocuparse siquiera de utilizar un buen desodorante. No merece piedad alguna.

—¿Y bien...? —preguntó nuevamente el capitán.

Ess Pu sacudió sus estrechos hombros, batió la cola enfáticamente contra el suelo, abriendo ambas mandíbulas en un remedo de sonrisa.

—¿*Sphyghi*? —preguntó—. Sí, ¿y qué?

—Convicto y confeso —decidió Macduff—. No es necesario más. Enciérrale, capitán. Repartiremos la recompensa, si la hay.

—No —contestó Ramsay, dejando el Manual sobre la mesa—. Has dado un nuevo resbalón, Macduff. No eres experto en leyes interestelares. Hemos superado los límites de la ionización, es decir, la jurisdicción de Aldebarán Tau. El contrabando de *sphyghi* incumbe a los aldebaraneses; si no han impedido su salida, el caso no me concierne. Ni siquiera puedo intervenir. Violaría las normas.

—Así es —murmuró Ess Pu muy complacido.

Macduff abrió la boca y luego tragó saliva, para preguntar:

—¿Acaso permites el contrabando, capitán Ramsay?

—Estoy a cubierto —comentó Ess Pu haciendo un gesto grosero a Macduff.

—Sí —confirmó Ramsay—. Tiene razón. Las normas lo dicen con perfecta claridad. En lo que a mí concierne, me tiene sin cuidado que Ess Pu oculte en su camarote *sphyghi*, narcisos, o el mismísimo diablo.

Ess Pu resopló y se volvió hacia la puerta.

Macduff apoyó una mano suplicante sobre un brazo del capitán.

—¡Pero si me amenazó! —exclamó—. ¡Mi vida no está segura junto a ese algoliano! Fíjate en esas garras.

—Eso es cierto —contestó con desgana Ramsay—. ¿Conoces el castigo por el delito de asesinato, Ess Pu? Muy bien. Si no quieres obligarme a cumplir las Normas procura que no te pille atacando a Macduff cerca de mí o de cualquier otro oficial. ¿De acuerdo?

Ess Pu pareció conforme. Rió groseramente, alzó una garra hacia Macduff y salió del camarote balanceándose torpemente. Los dos miembros de la tripulación se hallaban todavía en el pasillo.

—Entrad —ordenó el capitán Ramsay—. Tengo trabajo para vosotros. Llevad a este granuja a Calefacción y entregadle al jefe.

—¡No, no! —chilló Macduff, retrocediendo—. ¡No os atreváis a ponerme la mano encima! ¡Soltadme! ¡Esto es un ultraje! ¡Capitán Ramsay..., le exijo...!

Los días transcurrieron sin prisas a bordo del *Sutter*.

Ao yacía encogida en su fina hamaca sumida en sus propios pensamientos y mirando sin ver. En lo alto de la pared sonó un ligero rumor, luego un gruñido. Tras la rejilla de ventilación apareció el rostro de Macduff.

—¡Ah, mi pequeña amiga! —exclamó amablemente—. Ahí estás, mientras me obligan a recorrer los tubos de ventilación de esta nave como si fuese un fagocito.

Macduff probó con cuidado la resistencia de la rejilla.

—Bien soldada como todas las demás —observó—. Sin embargo, supongo que te tratan bien, querida.

Luego contempló con avidez la bandeja cubierta que se hallaba sobre una mesa cercana. Ao miró distraídamente.

—He enviado un cable —anunció Macduff desde la pared—. Trafiqué con algunos pequeños bienes que tenía a mi disposición y reuní dinero suficiente para enviar un cable, bajo la tarifa de prensa. Por fortuna aún conservo mi tarjeta de prensa.

La vasta colección de credenciales de Macduff quizá incluiría también algún carnet de monarca. Todo era posible con Macduff.

—Además —continuó—, acabo de recibir respuesta. Ahora tengo que correr un grave riesgo, querida, un riesgo muy grave. Hoy se anunciará una lotería en el gran salón. Tengo que estar presente, aun a riesgo de que me encierre el capitán Ramsay o me asesine Ess Pu. No será fácil. Puedo afirmar que me han sometido a todas las indignidades imaginables, querida, excepto... ¡Esto es un ultraje!

Macduff se puso a gritar cuando una soga atada a su tobillo derecho se tensó, arrastrándole velozmente tubería arriba.

Sus distantes gritos se desvanecieron poco a poco, mientras anunciaba con voz débil que poseía un frasco de ácido triclorofenoacético de 2, 3, 4 y 5 unidades en su bolsillo como medida de seguridad. Ao no había advertido su presencia y permaneció totalmente impasible.

—¡Vaya! —musitó Macduff filosóficamente, volando por un pasillo delante del inspector atmosférico—. La justicia es ciega. Así me agradecen haber trabajado horas extraordinarias, por lo menos tres minutos más de la hora. Pero ahora estoy libre de servicio y llevaré a cabo mis planes.

Cinco minutos más tarde, tras esquivar al inspector, Macduff se encaminó rápidamente hacia el gran salón.

—Hay un punto a mi favor —reflexionó—. Ess Pu parece ignorar la presencia de Ao a bordo. La última vez que me persiguió, me acusaba aun de haberle obligado a abandonarla en Aldebarán Tau. Por desgracia, ésta es prácticamente mi única ventaja.

Ahora debo mezclarme con los pasajeros en el gran salón, sin que me vean Ess Pu, el capitán Ramsay, ni ningún otro oficial. Me gustaría ser un Ceresano^[2].

Macduff dirigióse cautelosamente al salón, recordó, en imágenes demasiado vívidas, su reciente tránsito de la riqueza a la miseria.

—¿Montaríais un cinematomo para cavar zanjas? —había preguntado—. ¿Pesaríais elefantes en un torquémetro?

Se le advirtió que no dijera más tonterías y le dieran una pala. Al punto comenzó a trabajar, empleando eficientemente la ley de las palancas. Hubo alguna demora mientras alargaba sus decimales para incluir el factor influyente de una baja radiactividad sobre las ondas alfa del cerebro.

—De lo contrario, cualquier cosa podría ocurrir —explicó haciendo una demostración.

Y ocurrió un desastre.

A demanda de Calefacción fue trasladado a otro departamento. Pero allí procuró, por todos los medios, demostrar que no poseía habilidad alguna para transformar las basuras en combustible, engrasar los mecanismos de ajuste simbiótico-hemostáticos al servicio de los viajeros, ni comprobar los índices de refracción en la coagulación de los termostatos bimetálicos. Y lo hizo a conciencia.

También a petición fue entonces trasladado a Hidroponía, donde produjo un accidente con el indicador del carbono radiactivo. Macduff alegó que la culpa no era del carbono, sino del gammenxeno o, mejor dicho, de su negligencia para suplementar el insecticida con mesoinositol.

Pero cuando seis metros cuadrados de plantas de ruibarbo comenzaron a exhalar monóxido de carbono como consecuencia de los súbitos cambios producidos por el gammenxeno, Macduff fue trasladado inmediatamente a las cocinas, donde introdujo una hormona de crecimiento en la sopa con resultados casi catastróficos.

Así se había convertido en un subestimado miembro de Control Atmosférico, donde realizaba aquellas tareas que todos rehusaban.

Paulatinamente había aumentado el aroma de *sphyghi* que reinaba en la nave. Nada podía evitar su inequívoca fragancia, que se filtraba por ósmosis a través de las membranas y se deslizaba sobre la superficie de las películas moleculares. Al dirigirse hacia el salón, Macduff comprobó que la palabra *sphyghi* se hallaba en todas las bocas, tal como suponía.

Se detuvo dubitativamente en el umbral del gran salón, que se extendía como una especie de cinturón (o corbata) alrededor de toda la nave, de forma que en dos direcciones el suelo parecía inclinarse hasta que uno trataba de ascender por él. Parecía una jaula de ardilla, que compensaba automáticamente la velocidad propia.

Allí había lujo. El alma sibarítica de Macduff le impulsaba a acercarse a los tentadores bufetes cargados de smörgoasbord, *ti-pali*, y otras delicadas viandas. Como un palacio de hielo, un ornado bar ambulante avanzaba muy lentamente sobre un único raíl. Una orquesta interpretaba *Días Estrellados* y *Noches Soleadas*, pieza

muy indicada para una nave espacial, y la fragancia del *sphyghi* se extendía por todo el local.

Macduff permaneció inmóvil, junto a la pared, adoptando una postura de gran dignidad, mientras contemplaba a la multitud. Esperaba la aparición del capitán Ramsay. Muy pronto sonó un murmullo de comentarios interesados y una multitud de pasajeros comenzó a descender por los declives del enorme salón. El capitán había llegado. Macduff se mezcló con la multitud, desapareciendo entre ella como una rata asustada.

Ramsay se hallaba en pie, en el fondo de un anfiteatro cóncavo, dirigiendo al público una sonrisa poco familiar. No se veía a Macduff por ninguna parte, aunque de vez en cuando se oían murmullos a la espalda de un hermoso representante de los lepidópteros plutonianos.

El capitán Ramsay tomó la palabra:

—Como probablemente ya todos ustedes saben, vamos a celebrar las tradicionales apuestas de la nave. Tal vez algunos de ustedes nunca hayan hecho hasta ahora un viaje espacial, de manera que uno de nuestros ayudantes les informará oportunamente... Señor French, por favor...

El señor French, un joven serio, ocupó el estrado. Aclaró la garganta, vacilando un instante al sonar unos breves aplausos detrás del lepidóptero plutoniano.

—Gracias —dijo—. Bien..., muchos de ustedes estarán ya familiarizados con las antiguas apuestas acerca de nuestra hora de llegada a destino. A bordo existen unos dispositivos especiales que controlan nuestra nave tan exactamente, que sabemos cuándo llegará el *Sutter* a Xeria, es decir, que...

—Vamos, vamos, amigo..., al grano —exclamó una voz desde el público.

El capitán Ramsay miró hacia el lepidóptero plutoniano.

—¿Cómo...? Bien... —murmuró el señor French—. ¿Acaso alguien desea hacer una sugerencia?

—Calcular la fecha con una moneda —dijo una voz que inmediatamente quedó ahogada por muchos gritos que mencionaban la palabra *sphyghi*.

—¿*Sphyghi*? —preguntó el capitán con hipócrita ignorancia—. ¿Se refieren ustedes al famoso perfume?

Hubo una carcajada general. Un ratonesco Callistiano subió al anfiteatro.

—Capitán Ramsay —dijo—. ¿Por qué no celebramos aquí una lotería de tipo *sphyghi*, tal como hacen en Aldebarán Tau? Creo que se trata de apostar cuántas semillas hay en el primer fruto de la cosecha. El número siempre es variable. Unas veces salen unos cuantos centenares, otras unos pocos miles. No hay manera de contarlas hasta que se abre o corta el fruto. Si pudiésemos convencer a Ess Pu, tal vez...

—Un momento —respondió el capitán Ramsay—. Consultaré con Ess Pu.

Y así lo hizo, mientras el crustáceo miraba distraídamente a su alrededor. Al principio se mostró duro, pero luego, a cambio de una compensación, accedió a

cooperar. El atractivo del *sphyghi* y la maravillosa oportunidad de contar los detalles de aquella lotería durante el resto de su vida indujeron a los pasajeros a aceptar la desusada codicia del crustáceo. Los términos pronto quedaron fijados.

—Los camareros pasarán entre ustedes —advirtió el capitán Ramsay—. Escriban su pronóstico y sus nombres en estas hojas de papel, y deposítenlas en una caja que ahora dispondremos a tal propósito. Está bien, está bien, Ess Pu..., también tú podrás apostar, si tanto insistes en ello.

El algoliano insistió. No podía perder tal oportunidad. Tras larga meditación, anotó un número, garrapateó coléricamente una transcripción fonética de su nombre. Se disponía a alejarse, cuando algo más sutil que la fragancia del *sphyghi* comenzó a invadir todo el salón. Las cabezas se volvieron. Se acallaron las voces. Al dar media vuelta con lentitud, el sorprendido Ess Pu dirigió una mirada hacia la puerta. Su furioso rugido resonó en mil ecos en todo el salón durante una larga pausa.

Ao, de pie en el umbral, permaneció impasible. Sus ojos maravillosos miraban a lo lejos. Círculos concéntricos de magia irradiaban soñadoramente de la muchacha. El tono afectivo de todos los presentes empezó a aumentar. Sin embargo, como ya se ha dicho anteriormente, cuando un algoliano se siente satisfecho o feliz, su ira no tiene límites. Pero esto no pareció importarle mucho a Ao.

—¡Mía! —exclamó Ess Pu, volviéndose hacia el capitán—. ¡La muchacha... es mía!

—Aparta tus garras de mi rostro, muchacho —dijo el capitán Ramsay con suma dignidad—. Si me acompañas a este rincón tranquilo, tal vez podamos solucionar el caso con la debida urbanidad. Veamos, ¿qué ocurre?

Ess Pu exigió que le entregaran a Ao, exhibiendo un certificado que probaba haber viajado con Ao hasta Aldebarán Tau como su guardián. Ramsay se rascó una mandíbula, pensativo. Mientras tanto, se produjo cierto movimiento entre los pasajeros, que depositaban las hojas de papel en las cajas de los camareros. La figura agitada de Macduff surgió de entre la multitud, a tiempo de impedir que las garras de Ess Pu cayesen sobre Ao.

—¡Atrás, langosta! —ordenó en son de amenaza—. Pon una garra sobre esta muchacha y te arrepentirás inmediatamente.

Tomando a la muchacha se ocultó detrás del capitán, pero Ess Pu también avanzó lentamente.

—Lo sabía —murmuró Ramsay alzando un dedo conminatorio—. ¿No se te prohibió claramente que te mezclaras con los pasajeros, Macduff?

—Éste es un problema de tipo legal —replicó Macduff—. Ao está bajo mi tutela y no bajo la de esa langosta criminal...

—¿Puedes demostrarlo? —inquirió Ramsay—. Su certificado.

Macduff arrancó el certificado de las garras de Ess Pu, lo examinó para luego arrugarlo y arrojarlo al suelo.

—¡Tonterías! —exclamó con desprecio, mientras sacaba del bolsillo un

cablegrama con ademán acusador.

Luego añadió:

—Lee esto, capitán. Como verás es un cable de la Administración de Control de Pequeña Vega. Señala que Ao fue deportada ilegalmente del planeta, y la sospecha de que un algoliano cometió tal delito.

—¿Cómo? —preguntó Ramsay—. Un momento, Ess Pu.

Pero el algoliano ya se retiraba del salón con torpe paso. Ramsay leyó el cable, frunciendo el ceño, alzó luego la cabeza e hizo una seña a un abogado Cefano de doble cerebro, que se hallaba entre los pasajeros. Ambos sostuvieron un breve coloquio, hasta que Ramsay meneó la cabeza.

—No puedo hacer gran cosa, Macduff —manifestó—. Por desgracia, no se trata de un delito punible. Sólo tengo jurisdicción para entregar a Ao a su guardián legal, como no tiene ninguno...

—Estás en un error grave, capitán —interrumpió Macduff—. ¿Quieres disponer de un tutor legal? Pues ya lo tienes delante. Lee el resto del telegrama.

—¿Cómo...? —preguntó el capitán Ramsay.

—Terence Lao-T'se Macduff. Eso es lo que dice. La Administración de Pequeña Vega ha aceptado mi oferta para ser *loco parentis* de Ao, *pro tem*.

—Muy bien —contestó Ramsay—. Ao queda bajo tu tutela. Arréglatelas con las autoridades de Xeria a nuestra llegada, porque tan cierto como que me llamo Angus Ramsay, te tiraré de cabeza por la pasarela de desembarco en cuanto aterricemos en Xeria. Tú y Ess Pu podréis discutir allí vuestro pleito. Entretanto, no permitiré que un miembro de la tripulación se mezcle con el pasaje. ¡*Largo de aquí!*

—Reclamo mis derechos de pasajero —exclamó excitado Macduff, retrocediendo uno o dos pasos—. El precio del billete incluye las apuestas y exijo...

—No eres un pasajero. Eres un maldito subordinado de...

—¡Ao es una pasajera! —replicó Macduff con voz chillona—. Tiene perfecto derecho a apostar en esta reunión, ¿no es así? Bien, entonces... una hoja, capitán, por favor.

Ramsay lanzó un gruñido entre dientes, pero luego hizo una seña al camarero que sostenía una caja cerca de ellos.

—Que sea Ao quien escriba su pronóstico —insistió tercamente el capitán.

—Tonterías —dijo Macduff—. Ao está bajo mi tutela. Yo lo escribiré por ella. Además, si por alguna milagrosa casualidad ella ganara esta lotería, es mi deber administrar su dinero de modo conveniente, es decir, tomar dos billetes con destino a Pequeña Vega para nosotros.

—Bien..., de acuerdo —dijo Ramsay de pronto—. Si tienes la suficiente suerte como para que ocurra un milagro, está bien.

Ocultando lo que escribía, Macduff plegó la hoja de papel y la dejó caer por la ranura abierta en la caja.

Ramsay tomó un sello especial de manos del camarero y lo pasó por encima de la

tapa de la caja.

—A título personal y solamente —murmuró Macduff contemplándole—, me siento un poco deprimido por el ambiente del *Sutter*. Aquí se autorizan el contrabando, las tácticas de picapleitos y los juegos de azar... La única conclusión posible, capitán, es que mandas una nave delincuente. Vamos, Ao, respiremos un poco de aire puro.

Ao se chupó el dedo índice, pensando en algo muy agradable. Quizá en el sabor de su dedo. Pero nadie lo sabría jamás.

Pasó el tiempo, tanto el bergsoniano como el newtoniano. En cualquier escala parecía probable que el tiempo de Macduff se agotara rápidamente.

—¿Qué debemos hacer, Auld Cloutie? —preguntó el capitán Ramsay a su ayudante el día previsto para la llegada del *Sutter* a Xeria—. La cuestión es que Macduff ha evitado hasta ahora las garras de Ess Pu, aunque está intentando llegar hasta las plantas *sphyghi*. Lo que me desorienta son sus andanzas en torno al camarote del algoliano con contadores de yoduro de sodio y espectroscopios de microondas. De todas formas, lo escrito en la hoja de pronóstico no se puede cambiar. La caja está en mi cámara de seguridad.

—¿Y si encuentra la forma de abrir la cámara? —sugirió el ayudante.

—La cerradura de tiempo está acoplada a las radiaciones alfa de mi propio cerebro —señaló el capitán Ramsay—, así que de ningún modo puede... ¡Ah, hablando del diablo...! Mire quien llega...

La redonda, aunque ágil figura de Macduff apareció a todo correr, perseguido por el algoliano. Macduff respiraba agitadamente. Al ver a los dos oficiales, Macduff forzó el ritmo y buscó refugio tras ellos. Ess Pu, ciego de ira, agitó dos garras ante el rostro del capitán.

—¡Contrólate, amigo! —advirtió Ramsay con irritación.

El algoliano gruñó algo ininteligible y agitó en el aire un papel.

—Capitán —gimió Macduff desde su precario refugio con amargura—. No es más que una langosta acromegálica. Hoy cualquier objeto puede ser clasificado como humanoide, mientras permanezca dentro de los límites establecidos. Los marcianos abrieron la marcha, y ahora el diluvio. Comprendo la necesidad de una cierta tolerancia, pero ponemos en peligro la dignidad de los auténticos humanoides al aplicar el orgulloso título de hombre a una langosta. Si esa criatura ni siquiera es un bípedo... De hecho hay incluso una indecente exposición en cómo usa sus huesos.

—Silencio, granuja. Basta ya de discursos. Vamos a ver..., ¿qué es eso, Ess Pu? ¿Qué significa ese papel?

El algoliano respondió que Macduff lo había dejado caer en su huida y recomendaba al capitán que lo leyera cuidadosamente.

—Más tarde —replicó Ramsay, guardándolo en un bolsillo—. Tenemos que aterrizar en Xeria muy pronto y debo trasladarme al cuarto de control. Largo de aquí, Macduff.

Macduff obedeció con sorprendente presteza, al menos hasta que se perdió de vista. Ess Pu, murmurando en voz baja, le siguió. Solo, Ramsay extrajo el papel de su bolsillo. Lo estudió, soltó un resoplido, y lo tendió hacia su ayudante. La clara escritura de Macduff cubría una de las páginas en la forma siguiente:

“Problema: Descubrir cuántas semillas existen en el primer fruto maduro de *sphyghi*. ¿Cómo examinar el interior de un fruto cerrado en el que quizá aún no se hayan formado todas las semillas? La visión ordinaria es inútil.

”Primer día: Intenté introducir un contador de radio en el *sphyghi* a fin de controlar la radiactividad día por día y obtener gráficos útiles. Fracasé. Ess Pu instaló un engañabobos, señal de mentalidad baja y criminal. No se produjeron daños.

”Segundo día: Intenté sobornar a Ess Pu con el Elixir de la Inmortalidad. Ess Pu se encolerizó. Yo había olvidado que los algolianos consideran la adolescencia como despreciable. Las mentes pequeñas valoran las magnitudes sin orden ni concierto.

”Tercer día: Intenté emitir rayos infrarrojos sobre el *sphyghi* para recoger radiaciones secundarias con el interferómetro acústico. Fracasé. Experimenté con enfoques de color a larga distancia sobre las células del *sphyghi* mediante ondas luminosas. Fracasé.

”Cuarto día: También fallaron los intentos de introducir cloroformo en el alojamiento de Ess Pu. Imposible acercarse lo suficiente al fruto para analizarlo con emisiones de iones positivos. Estoy comenzando a sospechar que Ess Pu fue el responsable de la hospitalización del capitán Masterson en Aldebarán Tau. Probablemente se le acercó por detrás en algún callejón oscuro. Todos los fanfarrones son cobardes. Nota: intentar que los Xerianos se vuelvan contra Ess Pu, pero ¿cómo?”

Allí terminaba el breve diario. El señor French alzó la cabeza inquisitivamente.

—No sabía que Macduff estuviese aplicando métodos científicos tan a conciencia —observó Ramsay—. Pero ello confirma la indicación que me hizo Ess Pu hace unas semanas. Dijo que Macduff intentaba constantemente acercarse al *sphyghi*. Pero no lo logró, ni puede... Y ahora debemos prepararnos para el aterrizaje, señor French.

Ramsay se alejó seguido del ayudante. El pasillo permaneció desierto y silencioso durante unos instantes. Después sonó un altavoz en la pared.

—Advertencia general. Por favor, atención todos los pasajeros y tripulación del *Sutter*. Prepárense para el aterrizaje. Los pasajeros se reunirán en el gran salón para la acostumbrada inspección de aduana. Se anunciará también el resultado de la lotería. La asistencia es obligatoria. Gracias.

Hubo un silencio. Se oyó un profundo suspiro, y luego una nueva voz añadió:

—Eso va por ti, Macduff, ¿de acuerdo?

Cuatro minutos más tarde el *Sutter* aterrizaba en Xeria.

Pese a sus protestas, Macduff fue sacado de su camarote a rastras y conducido hasta el gran salón donde todos aguardaban. Un grupo de funcionarios Xerianos, reprimiendo su gozo no sin dificultad, se hallaban allí examinando superficialmente a los pasajeros, a la vez que otros registraban la nave con diligencia en busca de contrabando.

No cabía duda que el contrabando que les interesaba era el *sphyghi*. Se había dispuesto una mesa en el salón, sobre la que aparecían multitud de plantas *sphyghi*. Maduros frutos dorados colgaban de sus ramas, los cuales emitían un delicioso perfume. Ess Pu custodiaba las plantas, cambiando a intervalos alguna que otra palabra con uno de los funcionarios Xerianos que previamente había prendido una medalla en el caparazón del algoliano^[3].

—¡Esto es un verdadero ultraje! —exclamó Macduff, debatiéndose con furia—. No necesitaba más que unos cuantos minutos para terminar el importante experimento que...

—Cierra esa maldita boca —gruñó el capitán Ramsay—. Será un enorme placer para mí echarte a patadas del *Sutter*.

—¿Y abandonarme a merced de esa langosta? ¡Me matará! Apelo a nuestra común condición humanoide...

El capitán Ramsay conferenció un instante con el jefe de los Xerianos, quien asintió con un movimiento de cabeza.

—Está bien, capitán —respondió con tono pedante—. Según nuestras leyes cada inculpado paga sus deudas. Las mutilaciones se califican según los resultados, y el agresor queda obligado a una completa reparación. El homicidio, como es lógico, sé castiga siempre con la pena de muerte. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Se refiere esto incluso a Ess Pu?

—Naturalmente —replicó el Xeriano.

—Bien, entonces... —murmuró Ramsay mirando de forma significativa a Macduff.

—Entonces..., ¿qué? Ess Pu será tan rico que no le importará pagar lo que sea por el placer de mutilarme. Soy excesivamente delicado...

—Pero no te matará —dijo Ramsay, tratando de consolarle irónicamente—. Y creo que será para ti una buena lección, Macduff.

—Al menos trataré de adelantarme —exclamó Macduff, tomando un grueso bastón de Malaca que sostenía una ave cercana y con el que propinó a Ess Pu un resonante estacazo en el caparazón.

El algoliano lanzó un sibilante rugido de furia y se arrojó hacia delante, mientras Macduff, que blandía el bastón como un estoque, saltaba hacia atrás y hacia delante, poniéndose en guardia.

—Ven aquí, molusco superdesarrollado —gritó Macduff valientemente—. ¡Ahora liquidaremos cuentas, langosta humanoide!

—¡Ánimo, Macduff! —exclamó un erudito y entusiasta ganimediano.

—¡Alto! —rugió el capitán Ramsay, haciendo una seña a sus oficiales.

Pero ya se habían adelantado los Xerianos. Formaron una rápida barrera entre ambos combatientes y uno de ellos arrebató el bastón de manos de Macduff.

—Si te han hecho daño, Ess Pu, tu agresor lo pagará —dijo el jefe de los Xerianos—. La ley es la ley. ¿Estás herido?

Pese a los inarticulados sonidos que surgían de la garganta de Ess Pu, era evidente que no lo estaba. Y la jurisprudencia xeriana no tenía en cuenta las heridas sufridas por los sentimientos. Las termitas son humildes por naturaleza.

—Bien, acabemos de una vez —dijo el capitán Ramsay, molesto por el hecho de que su elegante salón se convirtiera en campo de batalla—. Sólo hay tres pasajeros que desembarcar: Ao, Ess Pu y Macduff.

Macduff miró a su alrededor en torno a Ao, tratando de ocultarse tras su espalda.

—¡Naturalmente! —asintió el funcionario xeriano—. Ess Pu ha explicado ya el asunto de la lotería. Permitiremos que se celebre. Sin embargo, han de observarse ciertas condiciones. No se acercará a esta mesa nadie que no sea xeriano y yo mismo contaré las semillas.

—De acuerdo —dijo Ramsay, recogiendo la caja donde se guardaban los pronósticos, y retirándose—. Cuando abra usted el más maduro de los frutos y cuente las semillas, abriré yo esta caja para anunciar el nombre del ganador.

—¡Espera! —gritó Macduff desesperadamente.

Pero nadie le escuchó. El dirigente xeriano tomó un cuchillo de plata, eligió el fruto *sphyghi* más maduro de todos y lo partió limpiamente en dos. Las dos mitades se separaron, para revelar un perfecto vacío dentro del fruto.

La exclamación de decepción del xeriano resonó por todo el salón. El cuchillo de plata continuó cortando el fruto, pero no apareció ni una sola semilla.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Macduff—. ¿No hay semillas? Se trata entonces de un engaño. Nunca confié en Ess Pu. Ha estado disfrutando con el mal ajeno...

—Silencio —ordenó el xeriano fríamente.

Y de nuevo empleó el cuchillo entre un ambiente de creciente tensión.

—¿No hay semillas? —preguntó Ramsay de modo mecánico, al ser abierto el último fruto.

Estaba vacío.

El xeriano no replicó. Jugeteaba con el cuchillo, contemplando a Ess Pu.

El algoliano parecía tan asombrado como los demás. El capitán Ramsay quebró el opresivo silencio avanzando unos pasos para recordar a los xerianos que él era el jefe supremo de la nave.

—No tema nada —replicó el dirigente xeriano fríamente—. No tenemos jurisdicción en su nave, capitán.

Se alzó en son de triunfo la voz de Macduff:

—Nunca confié en esa langosta —anunció mientras se adelantaba—. Recibió el

dinero de ustedes, e hizo un trato para embarcar *sphyghi* sin semillas. Sin duda se trata de un delincuente. Su apurada salida de Aldebarán Tau, sin contar su conocida afición por el polvo Leteo...

En aquel momento Ess Pu se lanzó sobre Macduff rugiendo furiosamente. En el último momento la redonda figura de Macduff salió disparada por la escotilla de salida, quedando bajo el débil sol xeriano que lucía en el exterior. Ess Pu le persiguió gritando furiosamente y mostrando las membranas de la boca enrojecidas por la cólera.

A una rápida orden del dirigente xeriano, los funcionarios a sus órdenes corrieron tras Macduff. Durante unos segundos se oyeron extraños rumores procedentes del exterior. Luego reapareció Macduff, solo y jadeante.

—Malos bichos los algolianos —dijo, dirigiéndose al jefe xeriano—. Veo que los suyos han detenido a Ess Pu.

—Sí —admitió el xeriano—. En el exterior, se encuentra bajo nuestra jurisdicción.

—Ya había pensado en ello —murmuró Macduff, avanzando hacia Ao.

—Un momento, esperen... —rogó el capitán Ramsay a los xerianos—. No pueden...

—No somos bárbaros —le interrumpió el jefe xeriano con tono de dignidad—. Entregamos a Ess Pu quince millones de créditos Universales para que trabajara con nosotros y ha fracasado. A menos que pueda devolver los quince millones, más los gastos, tendrá que pagarlos de alguna otra forma. La hora-hombre —Macduff parpadeó inquieto al oír estas últimas palabras—... la hora-hombre equivale en Xeria a la sexagesimaquinta parte de un crédito.

—Todo esto es muy irregular —dijo el capitán—. Sin embargo, carezco de jurisdicción. Tú Macduff... no pongas esa cara. Recuerda que también desembarcas en Xeria. Y te aconsejo que te alejes de Ess Pu.

—Confío que estará muy ocupado la mayor parte del tiempo —contestó Macduff alegremente—. No me complace recordar sus deberes, a un funcionario competente, pero, ¿no has olvidado el pequeño detalle del concurso?

—¿Cómo...? —murmuró Ramsay, mirando los frutos vacíos—. El concurso ha quedado suprimido, naturalmente.

—Ni hablar —objetó Macduff—. Nada de evasivas. Cualquiera creería que tratas de eludir un pago, capitán.

—No seas estúpido, amigo. ¿Cuál es ese pago? La lotería se basaba en el número de las semillas del *sphyghi*, y ha quedado perfectamente claro que no hay ninguna... Si no hay más objeciones...

—¡Protesto! —gritó Macduff—. En nombre de mi protegida exijo que se haga el recuento y la tabulación de cada pronóstico.

—Sé razonable —cortó Ramsay—. Como trates de demorar el momento de abandonar el *Sutter*...

—Tienes que poner término a la lotería de forma legal —insistió Macduff.

—¡Cierra esa boca de una vez! —replicó Ramsay agriamente, mientras tomaba la caja señalada para colocar un pequeño dispositivo—. Como quieras. Pero te vigilo, Macduff. Ahora, tranquilo todo el mundo.

Cerró los ojos y sus labios se movieron murmurando algo. La caja se abrió para mostrar un paquete de hojas plegadas. A una señal de Ramsay, leyó nombres y pronósticos.

—Ganarás al menos cinco minutos —dijo Ramsay a Macduff en voz baja—. Luego tendrás que salir como Ess Pu. Permíteme decirte, a propósito, que resulta evidente que obligaste a Ess Pu a abandonar el *Sutter*.

—Tonterías —replicó Macduff con sequedad—. ¿Tengo yo la culpa de que Ess Pu dedique sus ridículas y antisociales emociones a mi persona?

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

—Kor-ze Kabloom, setecientas cincuenta —anunció el pasajero al abrir otra hoja—. Lorna Secundus, dos mil noventa y nueve. Ao, per...

Hubo una pausa.

—¿Y bien...? —preguntó el capitán Ramsay, asiendo por el cuello a Macduff—. Siga...

—Terence Lao-T'se Macduff —leyó el pasajero, deteniéndose de nuevo.

—¡Lea de una vez! —gritó Ramsay.

Y se detuvo ante la pasarela de desembarco con un pie levantado, dispuesto a arrojar por ella a Macduff al parecer muy tranquilo.

—Cero —respondió el pasajero débilmente.

—¡Exacto! —declaró Macduff, liberándose de Ramsay—. Y ahora, capitán Ramsay, te agradeceré me entregues como tutor de Ao, el premio de la apuesta, restando, claro está, el precio de nuestro pasaje hasta Pequeña Vega. La otra parte de Ess Pu puedes enviársela con mis felicitaciones. Tal vez pueda comprar unos cuantos meses de su condena que, si mis cálculos no son erróneos, ascenderá a novecientos cuarenta y seis años xerianos. Un Macduff siempre perdona a sus enemigos. Vamos, Ao, querida. Tengo que elegir un camarote a mi gusto.

Macduff encendió un cigarro, mientras se alejaba lentamente, dejando boquiabierto al capitán Ramsay.

—¡Macduff! —exclamó Ramsay—. ¡Macduff! ¿Cómo lo conseguiste?

—Porque soy un científico —replicó Macduff por encima del hombro.

El cabaret de Pequeña Vega, se hallaba alegremente abarrotado. Un par de cómicos contaban chistes por entre las mesas. En una de ellas, Ao, se hallaba sentada entre Macduff y el capitán Ramsay.

—Todavía estoy esperando, Macduff —advirtió este último—. Un trato es un trato, ¿no? Puse mi nombre en tu solicitud, ¿verdad?

—No me queda otro remedio que admitirlo —respondió Macduff—. Y, sin duda alguna, tu firma facilitó mi tutoría sobre Ao. ¿Un poco de champán, Ao?

Pero Ao no respondió. Estaba cambiando miradas, menos vacías que de costumbre, con un joven varón de su planeta, sentado ante una mesa cercana.

—Vamos, muchacho —insistió Ramsay—. Recuerda que debo entregar mi diario de navegación al final del viaje. Necesito saber todo lo concerniente al *sphyghi*. Tú pusiste aquel cero mucho antes de que el fruto madurase.

—Así es —replicó Macduff bebiendo un sorbo de champán—. Fue un simple problema de dirección. Espero no perjudicar a nadie si te lo cuento. Aunque, estabas a punto de anclarme en Xeria en compañía de esa maldita langosta.

”Era obvio que debía desacreditar a Ess Pu ante los xerianos. Ganar el concurso fue un acontecimiento secundario que no esperaba. Un simple golpe de suerte, bien merecida, ayudado por una técnica científica.

—¿Te refieres a ese papel que Ess Pu encontró...?

—Naturalmente —replicó Macduff observando el contenido de su vaso—. Escribí aquella nota para él. Tenía que mantenerle ocupado con su *sphyghi*, y dándome caza a fin de que no tuviera un solo minuto para pensar.

—Sigo sin entenderlo —confesó Ramsay—. Aunque supieras la solución de antemano, ¿cómo podías prever que la lotería sería precisamente el *sphyghi*?

—¡Oh, eso fue lo más fácil de todo! Considera las circunstancias. ¿Podría ser de otra forma con la Lotería de Aldebarán presente en la memoria de todos, y llevando la nave contrabando de *sphyghi*? De no haberlo sugerido nadie, estaba ya dispuesto a hacerlo... ¿Qué es esto?... ¡Fuera de aquí! ¡Largo!

Macduff se dirigía a los dos cómicos que en aquel momento llegaban a su mesa. El capitán Ramsay alzó la cabeza a tiempo para ver cómo iniciaban su número.

La técnica humorística del insulto no ha cambiado fundamentalmente con el paso del tiempo, y la expansión galáctica simplemente amplió y profundizó su variedad. La sátira siempre ha incluido a todas las especies y razas.

Los cómicos, parloteando alocadamente, iniciaron una hábil imitación de dos manos que se buscaban mutuamente las pulgas. Estalló una carcajada general, que no compartieron los clientes de simia estirpe.

—¡Cuerno! —exclamó Ramsay en tono iracundo—. No me fastidiéis...

Macduff alzó una mano con ademán pacificador.

—Calma, capitán, calma. Punto de vista puramente objetivo. Después de todo, la cosa se reduce a una cuestión de semántica... —Macduff se detuvo y rió alegremente antes de añadir—: Haz como yo. Elévate por encima del provincianismo, y disfruta con la habilidad de estos pobres cómicos en el arte abstracto de la imitación. Estaba a punto de explicarte el porqué de mantener distraído a Ess Pu. Temía que se diera cuenta de la rapidez con que maduraba el *sphyghi*.

—¡Bah! —exclamó el capitán, acomodándose de nuevo en su silla, mientras los cómicos atacaban un nuevo número—. Bien, continúa...

—Un problema de dirección como dije antes —prosiguió Macduff—. O mejor dicho, de desorientación... ¿Viste alguna vez en tu vida a un tripulante más incompetente que yo?

—No —replicó Ramsay—. Por supuesto que no...

—Por supuesto. Recorrí empleo tras empleo hasta que finalmente llegué a Control Atmosférico, exactamente donde yo quería estar. Arrastrarse por las tuberías de ventilación ofrece ciertas ventajas. Por ejemplo, no necesité más que un segundo para vaciar un frasco de ácido triclorofenoxilacético en el ventilador de Ess Pu. El producto tuvo que penetrar en todas partes, incluso en el *sphyghi*.

—¿Tricoloro... qué? ¿Quieres decir que modificaste el *sphyghi* antes del concurso?

—Ciertamente. Ya te dije que el concurso no era más que subproducto. Mi objetivo principal era poner a Ess Pu en dificultades con Xeria para salvar mi propia persona. Por suerte llevaba conmigo un buen suministro de hormonas de varias clases. Ésta, en particular, como saben hasta los niños, evita la polinización. Por una simple ley biológica los frutos se fecundan siempre sin semillas. Pregunta a cualquier horticultor. Es un procedimiento que se produce con frecuencia.

—Frutos sin semillas... —murmuró Ramsay pensativo—. Fecundación por polini... ¡Oh, que el diablo me lleve!

Macduff iba a formular, sin duda, una frase de modestia personal, pero en aquel preciso instante se fijó en el trabajo de los dos cómicos y se detuvo. El más bajo de los dos comediantes trazaba un círculo alrededor de la mesa, haciendo los gestos de un fumador que se da importancia. Su compañero saltaba tras él, propinándole suaves golpes en la cabeza.

—¡Dime una cosa, hermano! —gritó este último con chillona voz de falsete—. ¿Quién era el pingüino que te acompañaba la última noche?

—No era un pingüino —replicó su compañero—. ¡Era un venusiano!

Y al pronunciar estas últimas palabras el cómico señaló con una mano y el foco de luz del reflector cayó sobre la cabeza de Macduff.

—¡Cómo...! ¿Cómo te atreves...? —gritó el ofendido Macduff sin lograr hacerse oír entre las carcajadas del público—. Difamación..., calumnia..., ¡jamás he sido insultado así en toda mi vida!

El capitán emitió un resoplido. El iracundo Macduff miró a su alrededor con furia. Luego se puso en pie y tomó una mano de Ao.

—Ignórales —sugirió Ramsay con insegura voz—. Después de todo, no puedes negar que tu estirpe es venusiana, Macduff... aunque insistas en haber sido empollado en Glasgow... nacido, quiero decir. Eres escocés de nacimiento y humanoide de clasificación, ¿verdad? Y tan pingüino como yo mono.

Pero Macduff se alejaba hacia la puerta. Ao le seguía obedientemente, lanzando angélicas miradas al varón veganiano.

—¡Un ultraje! —exclamó Macduff.

—Vuelve aquí, muchacho —le llamó Ramsay, reteniendo una exclamación de alegría—. Recuerda el arte abstracto de la imitación. Es una pura cuestión de semántica...

Macduff no le hizo el menor caso. Arrastrando a Ao y moviendo su redonda figura con suma dignidad, Lao-T'se Macduff desapareció irrevocablemente en la noche, farfullando palabras ininteligibles.

Macduff, como habrá comprendido el lector, no era todo lo que pretendía ser...

—¡Vaya! —exclamó el capitán Ramsay sonriente—. ¡Por fin le he perdido de vista! ¡Camarero! ¡Un whisky con soda... y llévate de aquí este insulso champán! ¡Estoy celebrando una fiesta! ¿Sabes que por primera vez en su vida ese granuja sin principios de Macduff, se ha largado sin timar a nadie...?

”Pero, ¿qué es esto? ¿Qué significa esta factura? ¡Pero si fue Macduff quien insistió en que esta noche fuera yo su invitado! ¡Ohhh!... ¡*maldita sea!*

HOMO SAPIENS

Charles Nuetzel

¡Alguien oprimió el botón del pánico!

Y así fue como comenzó la historia.

El mundo estalló, retumbó, se agitó, grandes llamaradas de fuego atómico se alzaron sobre cada centro civilizado del Hombre, y la Tierra se iluminó a causa del huracán que inundó toda su superficie de radiactividad. El mar, extendió en monstruosas olas sus gigantescos y hambrientos brazos, para arrojarse sobre las costas del mundo entero. La raza humana lanzó un último clamor lastimero y murió. El hombre había tenido su oportunidad y la había desechado. El hombre no había cometido más que errores, desde la falta de Adán y Eva hasta la estupidez de Rusia y los Estados Unidos al creer que eran los únicos países que podían iniciar la guerra.

Los problemas del hombre habían dejado de existir y ni tenía significación. En el puesto de la Era Espacial el *homo sapiens* quiso una vez más la “manzana” que no debía y su existencia tocó a su fin.

Sin embargo, no todo estaba perdido.

Así como los benévolos dioses han dispuesto, la inteligencia nunca se limitó ni se limita a ser el patrimonio de un solo ser. Y esto fue una verdadera suerte.

Puesto que el *homo sapiens* provenía de una rama emparentada con el mono, hay razones para creer que otro tipo de hombre inteligente podría surgir de ese mismo árbol de evolución.

Y así ocurrió, mucho antes de lo que ningún ser humano podía imaginar, que un hombre-mono de aguda percepción surgió de las ruinas de la humanidad y miró al mundo que le rodeaba, meneando tristemente su cabeza.

A decir verdad, este hombre-mono, era muy notable a causa de los diversos experimentos científicos llevados a cabo tanto física como mentalmente. O tal vez fuera al revés. Puede que los científicos le hubiesen elegido como conejo de indias a causa de su inteligencia poco común. De todas maneras da lo mismo. La cuestión era que este hombre-mono, más bien diminuto, poseía un concepto de la vida enteramente distinto al de cualquiera de sus congéneres simios. Y cosa extraña, considerando lo que las bombas habían hecho de la raza humana, existían monos por doquier..., y en su mayoría más grandes que él.

Pero como predijo un hombre sabio: *¡Un niño les guiará!*

Aun así, con toda su especial capacidad, este pequeño mono se sentía desgraciado. A fin de cuentas, sus compañeros de juego no eran más que un puñado de simios. O al menos un puñado de “pequeños” simios. Prescindiendo de cualquier calificación, carecían de este último sello personal, que caracterizaba su superioridad.

Sea como fuere, por tratarse de un tipo inteligente, estaba decidido a descubrir, al menos, a una mujer-mono superior, con la que pudiese engendrar muchos monos pequeños y así repoblar el mundo con seres semejantes a él.

Como puede verse no carecía de ambición. Y no tenía mucha suerte en la busca de la mujer-mono de sus sueños. Pero aun así no permitió que aquello coartase sus planes. Se encontraba muchos seres atractivos del sexo opuesto, aún cuando resultaban un tanto estúpidos, el hombre-mono cumplió con su deber, regalándoles futuros hijos con la esperanza de que poseyeran las mismas dotes inteligentes del padre. Así sembraba las semillas de una posible evolución futura de hombre-mono, por si no tenía éxito la busca de una adecuada compañera.

Sus parejas ocasionales constituían para él una verdadera degradación moral, por ejercer sólo un atractivo “animal”. ¡Pero era preciso seguir luchando por la causa!

De este modo, a medida que pasaban los años, pobló el mundo con cientos de semillas para crear una futura generación de personalidad superior como la suya. Pero también comenzó a dudar de que existiera otra criatura con la que compartir sus genes.

Se sentía moralmente deprimido. Pero no cejó en su búsqueda.

Pasaron los años y lentamente viajó por toda la superficie del planeta en pos de la perfecta compañera.

Un día, cuando estaba a punto de abandonar, prestó atención a unos rumores. No eran más que sugerencias, pero le proporcionaron una nueva dirección.

Se rumoreaba que hacia el Norte existía una pequeña hembra de un nivel superior. No permitía que los machos de la localidad la tocaran, y tenía reputación de ser antipática en sus relaciones con los demás miembros de su especie.

También se decía que era muy bella y deseable. Los monos llegaban de todas partes para obtener sus favores, pero ella les volvía la espalda, fría y despreciativa.

El hombre-mono, saltando con suma ligereza sobre un antiguo poste de la luz derrumbado, pensó que sería interesante comprobar si aquella hembra le despreciaría también a él..., aunque luego sólo fuera una mona vulgar. Ninguna hembra se le había negado aún. Y su propio orgullo humano le impulsaba a seguir adelante, si bien dudaba de la veracidad de aquellos rumores.

Según se aproximaba a sus dominios, más oía hablar sobre ella. Y finalmente, cuando llegó al lugar en cuestión, supo que la opinión común la calificaba definitivamente como algo especial.

—Incluso sabe escribir su nombre —le dijo un mono varón con tono de sorpresa—. ¡Y con letras *humanas*!

“Eso dice mucho en su favor”, pensó el hombre-mono con sumo placer.

Entonces le indicaron donde ella vivía. Después de revisar su apariencia, con la piel bien peinada, y debidamente limpio, se aproximó al lugar señalado.

Se trataba del patio de lo que había sido en otros tiempos la mansión de una rica familia humana. Era un lugar bello, lleno de árboles y flores de todos los colores, y

hierba corta y suave... un paraíso para un viajero como nuestro amigo.

En el momento en que la vio, saltó de gozo. ¡Qué hermosa era! Su piel aparecía cuidadosamente peinada, sus dientes brillaban amarillentos, y mostraban unos colmillos muy atractivos. Sus manos eran diminutas y delicadas. ¿Y su figura? ¡Era maravillosa!

Desde el primer instante se volvió loco por ella.

A fin de cuentas, era casi humano, y no se le podía culpar por su sorpresa ante una hembra bella y atractiva. Hasta los *humanos* se habían caracterizado por su debilidad hacia el sexo opuesto.

La hembra estaba dibujando sobre la tierra por medio de un palo cuando él se acercó.

Lanzó una ojeada a su obra de arte, y no le satisfizo mucho, pero tampoco cabía esperar que una mujer tuviese tanto talento artístico.

—Mi querida señora —comentó en su lenguaje de hombre-mono.

Ella alzó la cabeza, con fría expresión en su mirada. Pero en cuanto le vio, sus ojos se abrieron con sorpresa, y súbitamente brillaron a causa de una emoción interior que no pudo dominar. Luego saltó tres o cuatro veces con excitación, y hasta rodó gozosamente por tierra.

Aquello era un auténtico flechazo.

¡Por fin había encontrado a su pareja!

Y no había duda ninguna de que ella experimentaba hacia él los mismos sentimientos.

Si se apareaban los pájaros del mismo plumaje, era evidente que dos monos superiores como ellos tenían que reconocerse a la primera ojeada.

Se tomaron de la mano, llenos de felicidad, y corrieron y saltaron juntos, balanceándose en los árboles, saltando de una rama a otra. Muy pronto recorrieron todo aquel jardín abrumados por una felicidad sin precedentes.

Pero, como establece el viejo dicho, si el *homo sapiens* había sido engendrado por un mono gracias a una bella hembra de su clase, un mono era capaz de engendrar un *homo sapiens* con una mujer-mono.

De pronto ella se detuvo en la loca carrera a través del frondoso jardín. Luego trepó velozmente a un gran árbol.

El hombre-mono salió tras ella, desde la espesura, y luego también se detuvo.

En su rostro se reflejó la sorpresa. Profundamente alarmado golpeó sus facciones con una mano.

—¡Oh, diablos! —exclamó, mirando lo que la tentadora hembra le tendía—. ¿Acaso una vez más...?

El objeto que ella sostenía en su mano era, naturalmente, rojo, redondo, y de aspecto apetitoso.

El hombre-mono dudó por un instante, pero después, encogió sus estrechos hombros. Dio un paso hacia delante para tomar lo que ella le ofrecía.

En algún lugar del árbol naturalmente, mucho más arriba, algo se arrastraba con suavidad, emitiendo un escalofriante silbido, pero él trató de ignorarlo.

—*¡Qué diablos!* —exclamó, dando un fuerte mordisco a la manzana. ¿De manera que se repetía la escena?

¡La raza del *homo sapiens* había comenzado otra vez!

4/ERA DÉLFICA

10000 en adelante

¿Qué son los autores de los tres relatos que componen este grupo? ¿Visionarios? ¿Oráculos? ¿Profetas? ¿Embaucadores? ¿O simples víctimas del desenfreno de su propia imaginación?

La era a que nos conducen tiene límites cronológicos un tanto inciertos, pues si bien su comienzo puede fijarse por tanteo hacia el año 10000, su final si lo hay, si llega a haberlo, acaso se produzca dentro de diez mil siglos, con un margen de error de varios centenares. De lo que ocurra entre el año diez mil y el año un millón después de Jesucristo, ¿qué podemos saber nosotros, o qué pueden saber incluso maestros como Robert Arthur, Anthony Boucher y Bruce Elliot?

Según Robert Arthur, la humanidad está cubriendo un ciclo evolutivo tan peculiar que su único final imaginable tendrá que ser similar al principio que los textos bíblicos nos relatan. Si su visión es correcta, el ciclo humano irá repitiéndose indefinidamente...

La estampa que nos brinda Anthony Boucher desconcierta por su originalidad, por la audacia de su penetración en capas de la personalidad humana que no conocemos lo suficiente y en las que yacen sin duda asombrosos secretos. En cuanto al relato que cierra el volumen, constituye una fascinante investigación del callejón sin salida a que el hombre, la ciencia y la filosofía pueden llegar en un lejano futuro, callejón del que sólo el rescate de una fe perdida tiempo atrás ha de sacarlos. Pero sus implicaciones van mucho más lejos, aunque uno no se percate de ello hasta haber terminado la lectura y reflexionado sobre ella. Sólo entonces se da cuenta de que acaso lo más importante de «El diablo estaba enfermo», sea lo que el autor no dice con palabras; sólo entonces puede pensar que la última libertad descubierta quizá no sea sino una nueva envoltura de la primera forma de esclavitud.

EL FIN DE LA EVOLUCIÓN

Robert Arthur

Aydem empujaba el aspirador por los corredores interminables del enorme sótano del Depósito de Historia Natural, cuando Ayve, tras él, le puso las manos sobre los ojos.

Giró en redondo, y vio el alegre rostro de Ayve, que sonreía pícaramente.

—¡Ayve! —exclamó complacido—. ¿Qué haces aquí? Está prohibido que una mujer...

—Lo sé.

Ayve echó atrás la cabeza. Su larga y dorada cabellera caída sobre los hombros, en contraste con el color verde manzana de la túnica que vestía, idéntica a la de Aydem, el atuendo universal de los esclavos humanos de los Amos sobrehumanos que gobernaban el mundo. El suyo era un mundo subterráneo. Hacía varias generaciones que los Amos, con su desmesurado cráneo de huesos delgados y poderosos cerebros, excesivamente vulnerables a los ordinarios rayos del sol, se habían retirado al subsuelo.

—Dmu Dran quiere verte, Aydem —continuó Ayve—, y me ha enviado a buscarte. Espera unos visitantes y debes ir a buscarles a la tuboestación para enseñarles las cámaras de demostración. Son personajes de suma importancia.

—¿Y por qué no me ha transmitido la orden directamente por telepatía? —se extrañó Aydem—. También aquí, en la Sección I puedo recibirla.

—Tal vez me haya enviado porque sepa que quería verte —sugirió Ayve, alegremente—. Y porque tú también lo sabías. Hay ocasiones, Aydem, en que Dmu Dran parece comprender nuestros sentimientos.

—¿Comprender un Amo los sentimientos? —el tono de Aydem era desdeñoso—. Los Amos sólo poseen cerebro. Grandes máquinas de pensar, que no sienten ni la alegría ni la pena de los demás hombres.

—¡Chist! —asustada, Ayve se llevó el índice a los labios—. No debes hablar así. Pese a que Dmu Dran es muy generoso, no deja de ser un Amo, y si por casualidad te escuchase su mente, tendría que castigarte. Podría enviarte a las cámaras de combustible.

Aydem besó los deditos que habían frenado su discurso. Después, observando el temor en la cara de Ayve, la atrajo hacia sí y la besó ardientemente, saboreando la dulzura de aquellos labios hasta que sintió latir como un martillo su garganta.

Inquieta, Ayve se liberó del brutal y apasionado abrazo, temiendo que alguien pudiera sorprenderles. No había nadie. Los corredores de las cámaras de exhibición de aquel impresionante museo, cuyo encargado, era su Amo, se perdían a lo largo

entre las tinieblas, excepto la zona iluminada donde se hallaban.

—No hay nadie —la tranquilizó Aydem—. Sólo yo estoy a cargo de estas cámaras, y puedo abandonar la residencia del Amo sin órdenes concretas. Y si alguien nos viese, ¿qué importaría?

—Si fuese Ekno... —susurró la joven—. Nos delataría. Le gustaría verte en las cámaras de combustible porque sabe que nosotros..., nosotros...

Le falló la voz y contempló anhelosamente a Aydem. Éste le devolvió la mirada, admirando su hermosura, antes de volver a hablar. Medía un metro ochenta de estatura y su oscuro cabello era como una melena suelta sobre sus espaldas. No llevaba barba, ya que todo el vello facial había sido eliminado por un ungüento en su juventud... un capricho de Dmu Dran, aunque muchos Amos eran más fastidiosos.

Su cuerpo ostentaba la corpulencia de tronco de un roble..., árbol que jamás había visto. Y aunque sus obligaciones eran pocas y livianas en aquel mundo mecanizado y subterráneo al que se habían retirado los hombres, abandonando la Madre Tierra con la evolución de los Amos, los músculos parecían querer estallar bajo su piel, escondidos bajo los pliegues de su túnica.

Ahora había tensión en sus músculos, como deseos de entrar en actividad.

—Ayve, he visto los formularios de aparejamiento. Los cogí de la máquina del Amo hace un período. Nuestra solicitud ha sido denegada. De acuerdo con la Máquina Selectiva, he sido asignado a Teema, tu ayudante en el servicio de la casa del Amo, y tú a Ekno, el responsable de las reparaciones menores.

—¿Ese memo velludo? —se horrorizó Ayve—. ¿Que huele tan mal y siempre me sigue con la mirada? ¡No! ¡Antes..., antes me mataría!

—Yo... —había salvajismo en el acento de Aydem—, ¡antes mataría a los Amos!

—¡Oh, no! —jadeó la joven, aterrada—. No hables así. Si perjudicases de alguna manera a Dmu Dran, si descubren sólo que lo deseas, nos destruirían a todos. No en las cámaras de combustible. Iríamos a parar a las celdas de castigo. Y no moriríamos..., durante largo tiempo.

—Mejor esto —filosofó Aydem— que ser esclavos, que ser aparejados con quienes despreciamos, que guardar eternamente silencio y obedecer órdenes, viviendo y muriendo como bestias.

Ayve soltó entonces un respingo de terror y Aydem dio media vuelta.

Su rostro palideció, ya que Dmu Dran, el Amo, acababa de llegar silenciosamente, mientras hablaban, en la silla a suspensión de aire que le trasladaba sin ruido alguno.

Dmu Dran, con su rostro inexpresivo, y sus ojos saltones, observó a Aydem con una intensidad desusada. Sin embargo, no surgían pensamientos de su mente encerrada dentro del vasto cráneo de huesos finos, provisto sólo de un mechón de cabello aplastado como el heno seco.

¿Le habría oído Dmu Dran? ¿Habría captado las emanaciones de la violenta emoción que debían haberse esparcido en torno a Aydem? ¿Estaba sondeando sus

mentes en busca de las frases pronunciadas? Si las conocía o adivinaba, el destino del esclavo sería terrible.

Pero cuando Dmu Dran estableció comunicación telepática con la mente subdesarrollada del esclavo, sus maneras fueron cansinas, y blandas.

—Temo —dijo con tono sibilante— que mis siervos no sean felices. ¿Tal vez están angustiados por las órdenes de aparejamiento que han llegado?

Se suponía que Aydem ignoraba el contenido de las órdenes, ya que teóricamente carecía de habilidad para leerlas. Pero Dmu Dran sabía taxativamente que podía hacerlo, gracias a las enseñanzas de un viejo y sabio esclavo muerto largo tiempo atrás, y el atrevimiento le pareció a Aydem la actitud más conveniente.

—Amo —dijo—, la joven Ayve y yo esperábamos ser compañeros. Es cierto que no somos felices, pero porque nos han destinado a otras personas.

—La felicidad... —reflexionó Dmu Dran en voz alta—. La felicidad... Hum... No debe ser experimentada... ¿Sabéis que las emociones son una característica muy poco deseable en los esclavos?

—Sí, Amo —admitió sumisamente Aydem.

—La máquina de selección —prosiguió Dmu Dran— demuestra que tú y Ayve tenéis una gran capacidad emocional. También revela en ambos una inteligencia excesiva para un esclavo. Por estas razones se os ha negado el aparejamiento. Se pretende que los esclavos sean fuertes, estén sanos y posean inteligencia, pero no demasiada, y sobre todo, que carezcan de emociones para que no puedan sentirse descontentos. Lo entendéis, ¿no es verdad?

—Sí, Amo —asintió Aydem con cierta sorpresa.

Ayve estaba junto a él, atemorizada por la extraña conducta de Dmu Dran. Jamás un Amo había hablado con tanta familiaridad a un esclavo.

Dmu Dran permaneció largo tiempo silencioso, en aparente meditación. Mientras esperaba, Aydem pensó que su Amo no era exactamente como los otros. Para un observador poco perspicaz, todos los Amos eran semejantes: una enorme cabeza globular sobre un cuerpo sin cuello, ya que éste había desaparecido en el proceso de evolución, por lo que su peso descansaba sobre la poderosa espalda y los músculos de los hombros.

Pero Dmu Dran era visiblemente más alto que los demás Amos. Aydem lo sabía. Aunque sólo había visto a unos pocos, pues sumaban un millar únicamente y vivían en pequeños grupos en las granjas y dominios de los Centros del subsuelo, cuando no enteramente solos, como Dmu Dran. El cráneo de éste también era de diámetro algo menor.

De pronto, una expresión extraña se asomó al pétreo rostro del Amo.

—Aydem has visto lo que contiene este museo innumerables veces. Pero Ayve no. Así que los dos vendréis ahora conmigo. Disponemos de algún tiempo, y deseo examinar unos ejemplares, que hace años no he visto.

Hizo girar su silla, y Aydem, intercambiando una mirada de estupor con Ayve, le

siguió por entre las vitrinas enormes, encristaladas, y herméticamente selladas.

Mientras andaban, la luz les iba siguiendo, activada por el calor de sus cuerpos en los acoplamientos térmicos, apagándose cada sector en cuanto ellos se alejaban. El Amo les guió durante varios centenares de metros, para al final detenerse en una sección dedicada a los antiguos animales de la Tierra en su juventud.

Había un gran número de bestias, enormes y de feroz aspecto, reproducidas en su ambiente natural, que, excepto por Aydem, únicamente eran visitadas una media docena de veces al año. Sólo seis nuevos Amos nacían anualmente, los suficientes para impedir la extinción o el aumento de los mil, y visitaban el Depósito de Historia Natural en el curso de sus estudios educativos.

En las vitrinas de cristal que se sucedían a lo largo de kilómetros de corredores, muchos de los cuadros que se exhibían estaban animados tan hábilmente, que las réplicas artificiales del hombre y los animales del pasado parecían dotadas de vida propia, constituyendo todo un curso de historia natural desde los albores del tiempo, millones de años atrás, hasta la actualidad. Pero a los cerebros de los Amos les bastaba ver una cosa una sola vez para no olvidarla ya jamás. De hecho ningún Amo necesitaba visitar aquel museo en más de una ocasión durante su existencia.

Dmu Dran, Aydem y Ayve llegaron delante una bestia enorme, de color naranja, y estrías negras, cuya ferocidad era evidente en sus rasgos, con grandes colmillos de varios centímetros de longitud que sobresalían de sus mandíbulas. No era más que una reproducción de un animal desaparecido muchos milenios antes, pero Ayve instintivamente se apretó a Aydem, como si el animal fuese a saltar. Por un momento creyó formar parte del grupo de hombres y mujeres, parecidos a sus actuales compañeros esclavos, que contemplaban la bestia con desesperación, pretendiendo defenderse de su ataque con largos y puntiagudos palos.

—El tigre dientes de sable —explicó Dmu Dran—. Durante su reinado en la Tierra hace innumerables siglos, era el amo de Aiden, el mundo superior, y los demás animales le temían y odiaban. Fue poderoso muchos, muchos años y su dominio apenas puesto en duda por los demás. Todos conocían sus potentes colmillos, terribles armas que desgarraban violentamente su presa. Pero al fin, dejó de existir. ¿Por qué se extinguió, me pregunto, una bestia semejante, que carecía de enemigo natural?

—Algún enemigo poderoso lo venció, Amo —aventuró Ayve con incertidumbre.

Lo que podía haber sido una sonrisa, si un Amo supiera reír, se concretó en el pálido semblante de Dmu Dran.

—Lo mató la naturaleza —explicó el Amo—. La naturaleza lo destruyó con su gran generosidad. Estos colmillos que observáis, y que le dieron su nombre se fueron alargando y fortaleciendo. Pero se hicieron tan largos con el tiempo, que el tigre terminó por no poder cerrar las mandíbulas, quedó imposibilitado de comer, hasta que se extinguió. Sí, la naturaleza negó la existencia a uno de sus mayores y más feroces hijos.

—Es muy extraño —Aydem frunció el ceño—, y no lo entiendo. ¿Por qué?

—La naturaleza posee objetivos ocultos —Dmu Dran se encogió de hombros—. Y como posee toda la eternidad del tiempo, puede realizar infinitas experiencias. Lo que no le satisface, aunque sea perfecto, lo destruye.

Dmu Dran llevó su silla unos metros a su izquierda.

—Y aquí hay otro gigantesco animal que llegó a ser dueño y señor, cuando el mundo era joven.

La criatura señalada sobrepasaba la cabeza de un hombre, incluso la de un esclavo. Era tres, cuatro, cinco veces más alta que un esclavo.

—El gran dinosaurio de la infancia de la Tierra —continuó Dmu Dran—. La enorme bestia que hacía temblar el suelo con sus pisadas. Éste es el animal terrestre mayor entre los conocidos. Tenía muy pocos enemigos, casi ninguno, capaces de dominarlo. Fuera del alcance de los demás animales, diurnos o nocturnos, gobernaba la Tierra con su poderosa mole. Y, sin embargo, se extinguió. ¿Por qué?

Aydem y Ayve permanecieron silenciosos, y Dmu continuó:

—La naturaleza, de nuevo, se mostró excesivamente generosa. Esta criatura cuya mole la hacía soberana, se hizo todavía mayor. Con el tiempo, llegó a aumentar tanto de tamaño, que no conseguía alimentarse lo suficiente, aunque estuviese comiendo las veinticuatro horas del día. Simplemente, no podía ingerir el combustible que necesitaba su cuerpo. Y al final, se extinguió.

El muchacho y la joven callaron, muy abiertos sus ojos por el estupor. Dmu Dran, bruscamente, hizo avanzar su silla unos cuantos centenares de metros por el corredor, hasta que volvió a detenerse. Las luces se encendieron automáticamente tan pronto como se detuvo.

Se hallaban ahora en el sector dedicado a la evolución del hombre, que contenía desde una criatura mitad hombre, mitad animal, hasta una reproducción de los Amos que dominaban el mundo.

A pesar de su falta de cultura, Aydem y Ayve vieron y comprendieron la procesión de figuras, cada una más erguida que la anterior, cada una menos velluda, cada una con una cabeza más grande que la precedente.

Casi al final de la línea había una figura muy erguida que sobresaltó a Ayve, debido a su semejanza con Aydem.

—El hombre de la Edad de la Máquina Primitiva.

Dmu Dran leyó la inscripción grabada en el zócalo de metal imperecedero, al pie de la estatua.

—Sí, Aydem se le parece mucho, porque el hombre de aquel período, equilibrado entre la ignorancia y la sabiduría, fue el modelo elegido por los Amos para servirles como esclavos. Pero aquí tenéis el grupo que más me ha hecho meditar.

Avanzó unos metros, y los tres se detuvieron ante las últimas seis figuras.

—Éstos —y Dmu Dran, con su corto brazo señaló una figura tan alta como Aydem, pero con la diferencia de que su cabeza era bastante más pequeña—, fueron

los primeros Amos. Un mutante, cuyo cerebro pesaba el doble que el de los hombres anteriores. Se llamaba John Master, un nombre muy apropiado. Durante los últimos diez mil años, todos los humanos, a excepción de los esclavos, fueron sus descendientes... no ya hombres, sino Amos. A veces he reflexionado respecto a la probabilidad que le hizo nacer, preguntándome si, de no haber sido concebido la especie humana no se habría orientado en otra dirección.

Dmu Dran comenzó a meditar en silencio, y los dos esclavos no se atrevieron a inmiscuirse en sus pensamientos. Estudiaron, en cambio, las reproducciones que seguían a John Master, cada una con el cráneo mayor que la anterior, el cuerpo más pequeño y el cuello más corto, hasta la última, que representaba al propio Dran.

—Es un extremo muy interesante a considerar —inquirió el Amo, tras una breve pausa—. ¿Cómo habría evolucionado la humanidad de no haber nacido mi antepasado? Los archivos demuestran que era un hombre cruel y frío, sin sentimientos. Gracias al poder de su mente y con la ayuda de sus hijos se apoderó del gobierno del mundo, e hizo a sus descendientes superiores para siempre. Mejor dicho... superiores desde entonces. Y ahora, nosotros, los Amos, la especie animal más evolucionada, somos los despóticos señores del mundo, y, si quisiéramos, del Sistema Solar... del Universo entero.

”Pero no lo deseamos. El Sistema Solar, aparte de este planeta, no tiene vida, y jamás hemos pensado en ir a las estrellas. No sentimos nada, no gozamos, ya que toda capacidad de emoción ha sido arrancada a través de la evolución, durante miles de años. Nos limitamos a pensar, con nuestros cerebros casi perfectos, ocultos en las entrañas de la Tierra, servidos por nuestros esclavos, en un mundo que apenas requiere, ni aun para ellos, el menor esfuerzo.

”Somos, por lo que sabemos y poco hay que no sepamos, los Amos, el producto natural más elevado, el fin de la evolución.”

De pronto calló la voz sibilante de Dmu Dran, dejando de oírse su eco a lo largo del corredor. Aydem y Ayve estaban alarmados e inquietos. ¿Es que Dmu Dran habría enloquecido? La locura afligía algunas veces a los Amos, aunque era raro que se presentase a la edad de Dmu Dran. Usualmente, sólo se presentaba en los muy jóvenes o muy viejos, siendo la demencia la única enfermedad que los Amos todavía no habían podido dominar.

—A veces pienso —añadió Dmu Dran, tras una leve pausa— que, si bien nos consideramos como el último eslabón en la cadena de la evolución, podemos estar equivocados. ¿Sabemos, acaso, cuáles son los planes de la naturaleza? En absoluto. Pero los descubriremos. Voy a efectuar una prueba, una gran prueba que decidirá todo el futuro del mundo, sí, y también del Universo. Debéis saber que los visitantes que hoy espero son los Amos del Consejo Supremo, a quienes he invitado a examinar una máquina que he estado perfeccionando durante toda mi vida.

”Consiste en un conjunto de electricidad y rayos que estimula el último cambio que permanecía latente en todas las plantas y animales. En una sola generación, un

animal podrá evolucionar desde la forma en que haya nacido a la que sus descendientes adoptarán miles de generaciones después. ¡Sí, en menos de una generación, en unos cuantos períodos!

”Pienso proponer al Consejo Supremo la elección de unos Amos que se sujeten a la influencia de esta máquina, a fin de descubrir en qué nos convertiremos, según el esquema de la naturaleza, en tiempo de nuestros nietos, dentro de muchos milenios. Les propondré que nos elevemos a la gloria de la forma final reservada a los Amos, y creo que accederán a mi propuesta.

”Porque a nosotros, los Amos, hijos predilectos de la naturaleza, apenas nos falta mucho para conseguir la posición que nuestros filósofos han previsto como definitiva.

La excitación brilló momentáneamente en los saltones ojos de Dmu Dran. Pero se extinguió al punto. Hizo un leve ademán.

—Regresad a vuestras habitaciones, esclavos. Yo mismo saldré al encuentro de mis visitantes, Aydem. Por favor, no contéis a nadie lo que acabáis de oír. Y, por el momento, no os inquietéis sobre vuestro apareamiento. No se hará nada al respecto... por ahora.

Con esta singular observación, se alejó por el corredor en su silla de suspensión, mientras Aydem y Ayve se contemplaban mutuamente, perplejos y con cierta esperanza...

En los períodos de espera que siguieron, hubo cierta tensión en las viviendas de los esclavos. Todos estaban enterados de la inesperada visita del Consejo Supremo, y también se había dicho algo acerca de los apareamientos, aunque ello no había sido anunciado oficialmente por Dmu Dran.

La curiosidad por aquellos temas, sin embargo, hubiera sido mayor, de no estar los esclavos educados, desde varias generaciones atrás, para la docilidad y la falta de emociones. Los compañeros de Aydem y Ayve mostraban escaso interés y, cuando no trabajaban, la mayor parte del tiempo se contentaban con comer, dormir y divertirse con algunos juegos sencillos.

Sólo Ekno, el esclavo de pelo hirsuto que adoraba a Ayve, poseía un cerebro más despierto. Con el odio pintado en su semblante al vigilar a Aydem encubiertamente, Ekno sabía que se estaba tramando algo de suma importancia. Apenas podía contenerse, y llegó a correr un gran riesgo al penetrar en la morada particular de Dmu Dran, con el pretexto de efectuar unas reparaciones, esperando descubrir alguna cosa.

A su debido tiempo, después de varias sesiones secretas con la máquina de Dmu Dran en la cámara de demostraciones, el Consejo Supremo se retiró, y todos los Amos, a través de los innumerables túneles que perforaban la Tierra, se trasladaron a sus hogares del centro. El Presidente del Consejo, el Amo más anciano, se llevó un paquete que Aydem transportó a su coche con sumo cuidado, sin imaginar que su destino, el de Ayve, y de innumerables millones de descendientes suyos se hallaban entre aquella envoltura.

Después, durante algunos períodos, no ocurrió nada. Los otros esclavos se olvidaron de todo y sólo Ekno vigiló todos los movimientos de Aydem, afanoso de descubrir alguna prueba de lo sucedido, así cómo de averiguar algún falso movimiento de su rival, para delatarlo ante Dmu Dran, y también a la Junta de Apareamiento, suprema autoridad sobre los esclavos.

Pero las extrañas palabras de Dmu Dran no se apartaban de la memoria de Aydem, quien no dio a Ekno motivo de sospecha. Aydem y Ayve no cruzaron palabra alguna.

Pero el principal deber de Aydem era mantener los interminables corredores del museo libres del polvillo de roca natural, y sólo a él se permitía la entrada. Ekno no se atrevía a seguirle allí, por lo que el museo era el lugar donde Aydem y Ayve se reunían.

Ella corría un gran riesgo, ya que a ninguna mujer se le permitía abandonar las viviendas. Pero las palabras de Dmu Dran le habían dado valor, y podía escurrirse de las viviendas gracias a su calidad de jefe de las mujeres, que proporcionaba a Ayve algunos momentos libres.

En tales ocasiones intercambiaban pocas frases. Sus corazones hablaban por ellos, así que sus lenguas podían estar quietas. Aydem le enseñaba en cada ocasión algunas de las vitrinas en que se reunía la evolución del hombre en su planeta.

Siempre le habían fascinado aquellas vitrinas. Había pasado muchos períodos estudiándolas y leyendo las placas de metal en donde se exponían los detalles acerca de cada especie.

Aunque Ayve no sabía leer, Aydem se lo traducía al lenguaje hablado. Y muchas vitrinas hablaban por sí mismas. Casi todas eran animadas. La pulsación de un botón ponía en movimiento las figuras, e innumerables réplicas de géneros humanos que ya se habían extinguido, cobraban vida de nuevo.

En silencio, Aydem y Ayve contemplaban a los hombres de pelo hirsuto de la infancia de la Tierra, que se defendían con fuego, lanzas y flechas, de los animales salvajes. Otros hombres, ya más arriba en la escala de la evolución, construían sus moradas, arrancaban chispas del pedernal, o lo fabricaban con otras materias, cazando, plantando semillas, cosiendo trajes, guisando, y subviniendo a las necesidades de su existencia.

Pero Aydem se sentía fascinado ante todo, por las vitrinas que mostraban el mundo en los días anteriores a la aparición de los Amos. Trataba de explicar a Ayve que se sentía emparentado con aquellos hombres que fabricaban arcos y flechas, que plantaban y recogían las cosechas con sus manos, que domaban a los caballos salvajes y luchaban contra las serpientes y los lobos y que, con lanzas y flechas se defendían de sus enemigos.

Aydem extendía los brazos y sus poderosos músculos se tensaban como cables de acero.

—A veces, cuando sueño —le dijo una vez a Ayve, brillantes los ojos—, no me

hallo ya en estos subterráneos de los Amos, sino que estoy libre en el Aiden, la superficie de la Tierra. Conozco su aspecto, ya que lo veo en todos mis sueños. Puedo sentir el calor de lo que llaman sol, y la rudeza y suavidad de lo que llaman hierba. Los animales, no artificiales como éstos, sino vivos, merodean por la Tierra, y en mis sueños combato con ellos.

—Debe de ser un lugar maravilloso —susurró Ayve, pensativa—. Tan extraño y tan distinto de éste...

—A veces me parece que voy a estallar, siempre encerrado entre estos muros de piedra que los Amos eligieron —exclamó Aydem—. Me gustaría trabajar, pelear, conquistar...

Muy cerca oyeron un leve rumor. Ayve se aterrorizó, y Aydem giró sobre sí mismo. El sonido de unos pies que corrían resonó por el corredor. Aydem se precipitó en su dirección, y captó la fugaz imagen de una figura que corría hacia las viviendas de los esclavos.

Cobró más velocidad, pero el otro logró distanciarle y atravesó una puerta antes de que Aydem se acercase lo suficiente para identificarle.

—Era Ekno —explicó a Ayve con voz fatigada al volver junto a ella—. Era Ekno y nos estaba espiando. Lo ha oído todo. Nos delatará a Dmu Dran.

—Pero quizá el Amo no le hará caso —tartamudeó Ayve.

Aydem le cogió una mano.

—No es posible predecir los actos de un Amo —gruñó—. Puede haberse divertido con nosotros, simplemente. Tenemos que estar preparados. No dormiremos en este período. Espérame detrás de la puerta que conduce desde las viviendas al museo. Ven cuando te llame. Tengo comida para ti.

—¡Pero, Aydem! —se horrorizó Ayve—. No te atreverás a desafiar un decreto de un Amo, ¿verdad?

—Si Dmu Dran me condena a las cámaras de combustible —replicó Aydem—, le mataré y huiré. ¡Mira!

Debajo de su túnica extrajo un cuchillo de larga y reluciente hoja, con un pesado mango.

—Hace tiempo que lo tengo —se ufano—. Formaba parte de una vitrina que dejó de funcionar. La arreglé según las instrucciones de Dmu Dran, y robé este cuchillo, sin que se diese cuenta. Mataré a Dmu Dran, si me veo obligado a hacerlo. Aquí hay muchos túneles abandonados, que parten del centro. El viejo Temu, que fue mi maestro de adolescencia, me contó que uno de ellos conduce al mundo superior. Lo buscaremos. Y trataremos de huir. Y si no lo logramos, moriremos. Pero no iré a las cámaras de combustible.

Contempló el pálido rostro de su amada.

—Pero no quisiera irme solo...

Ayve se arrojó en sus brazos.

—¡No, Aydem, no! —exclamó—. Donde tú vayas, iré yo. Si tú vives, yo viviré.

Si mueres, moriré contigo.

Aydem la besó apasionadamente. Y mientras la besaba, llegó la orden. Por telepatía. Debía presentarse inmediatamente a Dmu Dran.

Con paso incierto, Aydem penetró en la morada personal de Dmu Dran. Pasó por delante de Ekno, que estaba en la antecámara, con una mueca cínica en su semblante. Aydem no se dignó mirarlo. La puerta se cerró a sus espaldas y se halló en presencia del Amo.

La cara lisa e inexpresiva de Dmu Dran parecía de mármol.

—Aydem, servidor mío, han proferido una acusación contra ti. Una seria acusación. Y mereces un castigo. Si no te castigase, la acusación llegaría a oídos de la Junta de Apareamiento. A la Junta le gustaría saber los motivos de la acusación y enviaría a buscarte, y cuando te sometiesen a los instrumentos, la Junta descubriría también mi culpabilidad. Descubrirían que estás muy por encima del grado de inteligencia permitida a un esclavo, y que falsifiqué tu expediente desde la infancia, como falsifiqué el de la esclava Ayve.

Aydem le miró, atónito por el asombro.

—Estás sorprendido, servidor Aydem —continuó el Amo—. Pero es cierto que yo, un Amo, violé una de nuestras reglas más rígidas. Deliberadamente, preservé de la destrucción en las cámaras de combustible, a un hombre y una mujer de nivel físico y mental tan alto como el que conoce el mundo desde la aparición de los Amos. Y lo hice por motivos personales. Creo que muy pronto sabremos si yo tuve razón al hacerlo o no...

No concluyó la frase, ya que a sus espaldas, un sector del muro se iluminó, y apareció una figura.

Dmu Dran hizo un gesto. Aydem se retiró rápidamente a un lado, fuera del alcance visual del panel de comunicación. El Amo dio media vuelta. Una voz, silbante y severa, habló desde el muro:

—Dmu Dran, te habla Nalu Tah, presidente del Consejo Supremo.

—Dmu Dran te escucha.

—¡Dmu Dran! De los diez sujetos a quienes el Consejo Supremo ha examinado con tu aparato, para la precipitación del cambio evolutivo, el último ha enloquecido. La capacidad cerebral se ha hecho mayor en un cincuenta por ciento, y los cráneos se han ensanchado durante el proceso. Sin embargo, todos ellos, después de un aumento aproximado del cincuenta por ciento, en el tamaño del cerebro, se han visto afectados por la locura. Todos han sido destruidos. Dmu Dran, te ordeno que te presentes al instante en el Centro Judicial para darnos una explicación y ser juzgado.

—Dmu Dran te ha oído.

La luminosidad se extinguió. La figura del presidente del Consejo Supremo se desvaneció. Dmu Dran dejó exhalar un tenue suspiro.

—Locos... —susurró—. Todos se han vuelto locos. Como ya están locos algunos, y como dentro de algunos centenares de años, lo estará toda la raza de los Amos. Y

entonces desaparecerán. Dentro de miles de años, tal vez, la suprema creación de la naturaleza, la máquina pensante más poderosa que haya existido jamás, será destruida. Destruída por las irresistibles fuerzas de la propia naturaleza, que añadirá poder al don que ya nos ha concedido, hasta que el peso de nuestro cráneo nos arrebatase la existencia. Sí, el peso de nuestra cabeza nos aplastará.

Se volvió hacia Aydem.

—Aydem, mi servidor, yo tenía razón. Acabo de saber que mis temores estaban bien fundados. He concentrado el desarrollo evolutivo de unos miles de años en algunos Amos seleccionados, y todos se han vuelto locos. Puedo adivinar fácilmente el motivo. Sus cerebros crecieron de tamaño, hasta que su peso aplastó a algunas de sus células. La multiplicación de éstas formó capas y capas de ellas, que destruyeron a las más delicadas. En otras ocasiones, hemos observado ya este mismo proceso. Y con el tiempo, todos sufriremos la misma suerte.

”La mole del dinosaurio, que lo convirtió en el ser supremo, lo mató. Los colmillos del tigre sable lo destruyeron. Y el cerebro de los Amos, que les ha dado el poder, está destinado a ser la causa de su extinción.

”Aydem, eres un hombre tal y como éste era antes de la aparición de los Amos. Formas parte de una rama que, ahora lo sé, no fue más que otro experimento de la naturaleza, una experiencia sin finalidad alguna. Pero la evolución final del hombre todavía tiene que producirse. Sí, aún no ha llegado el hombre a su fase final.

”Sin embargo, si los Amos viviesen su plena existencia, la naturaleza podría verse frustrada, o al menos retroceder millones de años en su desarrollo. Ya que, durante miles y millones de años, al desaparecer los Amos, el hombre también podría dejar de existir.

”Sin embargo, si los Amos desapareciesen ahora, al vivir tú y Ayve, de vuestra semilla podría surgir la descendencia que ha de llegar a las estrellas.

La voz de Dmu Dran languideció en el silencio. Pero no había concluido su discurso, ya que poco después prosiguió:

—Ignoro cómo será el hombre en su evolución final. Pero estoy seguro que no será una máquina pensante. Tendrá un cerebro, sí, pero también un alma y un cuerpo, todo equilibrado en un conjunto que nos superará a nosotros, los Amos.

”Lo que voy a hacer es duro. Tal vez, yo no sea sino un instrumento de la naturaleza. Tal vez me haya destinado para sus propósitos, para que la evolución adquiriera sus verdaderas proporciones.

”Aydem, jamás lo entenderás, pero esto no importa. Éstas son mis últimas órdenes. Coge a Ayve. Dirigíos al final del museo. Allí, en una sección en que las cámaras fueron aplastadas por un alud rocoso, hallaréis una piedra muy redondeada que, al parecer, ni mil hombres podrían mover. A un lado de la misma hay un punto rojizo. Empújalo. La roca se apartará y encontraréis un pasadizo. Descended. Otro corredor os conducirá a lo alto, y poco después llegaréis a Aiden, la superficie de la Tierra, una región en la que los Amos no se han aventurado desde hace mil años.

”Para ello necesitaréis la mitad de un período. Entonces, pulsaré un botón que tengo junto a mí. No hace falta que comprendáis los detalles. Pero cuando apriete el botón, los vastos túneles que los Amos hemos creado en el interior de la Tierra se derrumbarán. Todos los Amos moriremos inmediatamente. Y también todos los esclavos. No quedará ningún ser vivo, excepto vosotros dos, pero vuestra sangre dará vida al Hombre que ha de sobrevenir en la Tierra. Pasarán siglos antes de que el hombre evolucione hasta vuestro nivel actual. Sí, vosotros dos, Aydem y Ayve, seréis ante la historia el primer hombre y la primera mujer. El abismo entre vosotros y vuestros antepasados quedará abierto en cuanto apriete este botón.

”Vosotros no entenderéis mis motivos. Pero sobreviviréis en la superficie de la Tierra, ya que habéis estudiado el contenido de las vitrinas de este museo, y sabréis cómo alimentaros en la naturaleza terrestre. Con el tiempo, olvidaréis incluso que hayan existido los Amos. Y vuestra descendencia ascenderá a las estrellas, por unos caminos que han estado cerrados por algún tiempo.

Dmu Dran calló, meditando al parecer, y su pálido rostro le pareció triste a su servidor. Aydem apenas había entendido sus explicaciones. Sin embargo, entendió las instrucciones de Dmu Dran, y el corazón le saltaba dentro del pecho.

Dmu Dran levantó la mirada.

—Ahora, vete.

Aydem se abrió paso por entre la maraña de hierbajos y raíces que ocultaban la entrada de la cueva, y que constituía el final del largo túnel que él y Ayve acababan de recorrer. Iba muy erguido, con Ayve a su espalda.

Salieron de noche a la superficie de la Tierra. La Luna, una bola de maravillosa blancura les contemplaba sonriente. Recorría el firmamento, rodeada por las estrellas. La brisa del verano susurraba entre la lujuriente vegetación que les rodeaba y el aroma de las flores parecía inundarlo todo.

El hombre y la mujer respiraron profundamente, mudos por la admiración y el contento. No muy lejos, estaba cantando un pájaro nocturno, y en lontananza se oía el gruñido de un animal desconocido. Y ambos sonidos fueron como música para sus inexpertos oídos.

—¡Libres! —gritó Aydem—. ¡Ayve, somos libres! ¡Ya no somos esclavos!

Bañados por la luz de la luna, acariciados por la brisa nocturna, estaban muy juntos, rodeándola él con sus brazos, sus ojos y oídos atentos a las maravillas del mundo exterior.

—Conservaré el cuchillo que robé —prosiguió él—. Con este instrumento conseguiremos lo que necesitamos, matando cuando sea preciso. Oh, Ayve... Ayve...

Sus palabras se vieron interrumpidas. De pronto la tierra pareció temblar bajo sus pies. Todo el globo se estremeció. Una bocanada de aire, como un hondo suspiro, surgió de la caverna ante la que aún se encontraban. Ayve se vio arrojada en brazos de Aydem, el cual la abrazó hasta que la agitación se hubo calmado.

—Dmu Dran ha pulsado el botón —murmuró Aydem—. Ya no existen los Amos.

Ayve, compañera mía, ya no existen los Amos. ¡Somos libres y nadie podrá perseguirnos! ¡Lucharemos, trabajaremos y sufriremos..., pero somos libres!

La atrajo hacia sí y la besó. Y entonces, por fin cogidos de la mano, se internaron por el mundo que Dmu Dran les había otorgado.

Aydem..., el primer hombre. Y Ayve..., la primera mujer.

PUNTO DE PARTIDA

Anthony Boucher

Eran tres en el refugio, tres individuos apartados de la humanidad y a salvo de las bandas amarillas.

El gran Kirth-Labbery había construido aquel refugio con su magnífico acondicionamiento de aire, no porque su genio científico hubiese previsto la llegada del agnotón y el fin de la raza humana, sino simplemente porque sentía escozor.

Vyrko estaba sentado, consignando metódicamente la destrucción de la humanidad en una especie de diario para el conocimiento de futuros lectores (si quedaba alguno), como un canto épico del Hombre que, en realidad, no esperaba terminar, pero que constituía su razón de vivir.

La larga y dorada cabellera de Lavra le caía hasta los hombros. No era extraño que su aroma distrajesa a Vyrko mientras trabajaba en el diario.

—¿Por qué te tomas tantas molestias? —le preguntó la joven.

Hubiese articulado sus palabras con más claridad de no saborear su lengua con la jugosa manzana que comía. Pero Vyrko no tuvo dificultades en entenderla; la observación era tan familiar como una apertura P4R.

—Es mi deber —le explicó Vyrko con paciencia—. No poseo la percepción ni el conocimiento científico de tu padre. ¿Qué digo tu padre? No sé lo que el más humilde ayudante de su laboratorio. Pero sí enlazar las palabras, para que tengan cierto sentido, y a veces más de uno, y esto es lo que hago.

De los rojos labios de Lavra cayó un pedacito de manzana entre las teclas de la máquina de escribir electrónica. Vyrko la apartó automáticamente; también esto formaba parte del gambito, con las posibles variaciones de semilla de uva, cáscara de naranja...

—Pero, ¿por qué —preguntó ella con petulancia— no nos permite papá salir de aquí? Una chica tiene derecho a...

—¿Un *convento*? —le sugirió Vyrko. Era un buen aficionado paleolingüista—. Existe cierta analogía..., incluso a pesar de mi presencia. Sí, los *conventos* eran refugios contra los Peligros del Mundo. Y ahora el mundo se halla en peligro, fuera de este refugio.

—Continúa —le animó Lavra.

La joven, según suponía Vyrko, había comprendido tiempo atrás que él era un joven excesivamente serio y que el único sistema para retener su atención era haciéndole explicar algo, aunque fuese por enésima vez.

Vyrko sonrió y se acordó de las chicas *con* las que solía hablar, no *a* las que hablaba, y del escaso aliento del que ahora disponían para chismorrear en un mundo

donde la respiración se había hecho difícil.

Todo empezó con un descubrimiento casual durante un análisis rutinario de laboratorio sobre un nuevo elemento del aire, un gas inerte que el gran paleolingüista Larkish denominó *agnoton*, la Cosa Desconocida, siguiendo la pauta de otros nombres aplicados de modo similar a otros elementos: *neon*, la Cosa Nueva; *xenon*, la Cosa Extraña.

Luego se habían sucedido (la explicación tenía lugar de manera tan automática, que su cerebro quedó libre y del próximo verso de su poema épico pasó a pensar en la interesante cuestión de si unos lóbulos en sus orejas perjudicarían la simetría del rostro perfecto de Lavra), se habían encendido el escozor y los estornudos, la tos y el jadeo, con el aumento del agnotón en la atmósfera, que no tardó en superar al porcentaje de los demás gases inertes, incluso el argón, y llegando por fin a rivalizar con el oxígeno.

El punto culminante (no, los versos quedaban mejor sin los lóbulos), llegó el día en que los tres se retiraron a este refugio, tras el descubrimiento de que la raza humana era alérgica al agnotón.

Hacía ya muchas décadas que las alergias estaban dominadas. Su curación, incluso su suavización, se había olvidado. Y la humanidad tosía, estornudaba y se rascaba... y al final moría. Ya que, en tanto las alergias del pasado remoto sólo producían agonías que impulsaban al paciente a desear la muerte, el agnotón implicaba incesantes espasmos de tos y estornudos, espasmos que ningún corazón podía soportar largo tiempo.

—Por lo tanto, querida, si abandonas este refugio —concluyó Vyrko—, también se hará dificultosa tu respiración y tu cuerpo se retorcerá bajo el tormento hasta que tu corazón decida que no vale la pena seguir luchando. Aquí estamos a salvo, ya que el eczema de tu padre fue el único caso de alergia conocido en varios siglos, y fue debido a los gases inertes. Aquí se halla el único acondicionador de aire del mundo que excluye a los gases inertes... y con ellos al agnotón. Y aquí...

Lavra se inclinó hacia delante con una sonrisa y un poco de cáscara de manzana en sus labios, acariciando el cabello de su marido. Esto también formaba parte del gambito.

Usualmente, aquí terminaba la explicación (Tyrsa, que cantaba tan bien y hablaba mejor; cuyo rostro, cuya bellísima garganta, estaban ahora atenazados por el agnotón...). Pero esta vez se produjo una interrupción.

Kirth-Labbery había entrado sin ser observado. Su cascada voz estaba teñida de impaciencia y fatiga.

—¡Y aquí estamos a salvo! ¡A salvo perpetuamente, con nuestro aire acondicionado, nuestro generador de energía, y nuestros hidropónicos! A salvo en un refugio perenne, acosado por un gas inerte.

—Poco digno, ¿verdad? —sonrió Vyrko.

Kirth-Labbery consiguió esbozar una sonrisa.

—¡Maldita sea tu estampa, Vyrko! Te quiero como a un hijo, pero si yo tuviese a un hombre que supiese distinguir un piano de un metazoo para ayudarme en el laboratorio...

—Ya descubrirás algo, papá —le interrumpió Lavra, con vaguedad.

Su padre la contempló muy serio.

—Lavra, tu hermosura es lo más grande que yo he creado... con alguna ayuda por parte de los genes de tu madre, por supuesto. Y esta hermosura tiene un gran significado. Procura una momentánea felicidad incluso a un hombre que se ahoga en sus últimos espasmos, mientras nuestra gran civilización...

No concluyó la frase y puso en marcha la pantalla de la televisión. Probó una docena de canales antes de encontrar el que todavía funcionaba. Cuando cada gramo de energía del hombre debe emplearse para respirar, no es posible atender una máquina.

Por fin consiguió captar un telediario de Nyork. El locutor estaba estornudando de un modo atroz.

“Esto sería cómico, de acuerdo con la antigua tradición”, pensó Vyrko.

Sin embargo, el locutor consiguió reanudar su discurso, y los técnicos de la emisora también debían estar dominándose.

—Han caído cuatrocientos setenta y dos aviones —anunció el locutor— en las últimas cuarenta y ocho horas. Las autoridades civiles han prohibido, con carácter indefinido, los vuelos de aviación debido al peligro de espasmos en los pilotos, y se rumorea que todos los vehículos de transporte serán objeto de la misma prohibición. Desde hace más de una semana, ningún Rocklipper ha llegado procedente de Lunn, y llevamos ya más de treinta y seis horas desde que se perdió el contacto con la telestación del satélite. Europa lleva ya dos días en silencio, y Asia casi una semana.

”La amenaza más grave de esta epidemia, declaró el presidente de la Academia, es la completa destrucción de los sistemas de comunicación en los que se sustenta el mundo civilizado. Cuando el hombre resulta físicamente incapaz de gobernar sus máquinas.

Fue entonces cuando observaron las primeras bandas amarillas.

Una banda de un color amarillo brillante de unos treinta centímetros de anchura y cinco metros de longitud, tan tenue que parecía insustancial, como una mera cinta de color, apareció por detrás del locutor y serpenteó por el estudio con visible sinuosidad. Sin facciones, sin apéndices, sólo con su color amarillo.

Entonces, con un movimiento muy hábil, como el trallazo de un látigo, envolvió al locutor. Sólo fue un instante. El cuerpo del locutor, envuelto por la banda amarilla, se inclinó hacia la cámara, aterrado, al tiempo que la pantalla dejaba de reflejar las imágenes.

Hubo un chillido de horror.

Vyrko jamás llegó a conocer el origen de las bandas amarillas. Ni siquiera Kirth-Labbery pudo avanzar algo más que conjeturas. De otro planeta, de otros sistemas, de

otra galaxia, de otro universo...

No importaba. Kirth-Labbery se mostró casi tan indiferente al problema como Lavra, ya que todo conocimiento preciso había perdido su importancia. Se trataba de un fenómeno extraño, y que iba a completar con eficiencia y rapidez la destrucción de la humanidad iniciada por el agnotón.

—Su llegada inmediatamente después de la epidemia —diagnosticó Kirth-Labbery— no puede ser mera coincidencia. Observaréis que se mueven libremente en una atmósfera infectada por el agnotón...

—Sería interesante —comentó Vyrko— visualizar una banda que estornudase...

—Es posible —continuó el científico— que el agnotón sea una mezcla de gases venenosos vertidos sobre la Tierra para prepararla para la llegada de esas bandas, pero, ¿cómo pueden saber que un gas inofensivo para ellas sea letal para otras formas de vida? Es mucho más fácil suponer que gracias a un análisis espectroscópico de la atmósfera de la Tierra hayan visto que en la misma les faltaba un elemento esencial que se han apresurado a producir antes de su invasión.

Vyrko consideró el problema, mientras Lavra mondaba un melocotón con delicada gracia, incapaz de resistirse al placer de chuparse los dedos para saborear el delicioso jugo.

—Entonces, si el agnotón —aventuró Vyrko— es algo que ellos han importado..., ¿no puede terminar escaseando este producto?

Kirth-Labbery estaba manipulando los mandos del televisor. Todavía era posible captar algunos destellos de sectores remotos, aunque el científico sabía ya con certeza que se aproximaba el final de todas las transmisiones.

—Es posible, Vyrko. Es la única esperanza. Aquí estamos en este refugio donde el agnotón y las bandas amarillas no pueden penetrar, y donde podremos continuar nuestra existencia, quizá hasta que los invasores se vean obligados a huir. Tal vez en otros lugares de la Tierra existan núcleos semejantes, aunque lo dudo. Nosotros somos y representamos todo el futuro de la humanidad... y yo soy ya viejo.

Vyrko frunció el ceño. Comprendía el terrible peso de una carga que no deseaba, pero que tampoco podía rechazar. Y al mismo tiempo se sentía limitado y ennoblecido. Lavra continuaba comiéndose el melocotón.

La pantalla del televisor cobró nueva vida. Un joven, con el rostro prematuramente arrugado, hablaba con urgencia.

—A todos vosotros..., si aún queda alguien..., no he obtenido una respuesta hace más de dos días... Es una pura casualidad que yo esté aquí. ¡Estad atentos! He descubierto cómo pueden venir las bandas amarillas. Ahora giraré la cámara... ¡Vedlo!

El campo visual, por un instante, se hizo completamente incomprendible.

—Ésta es su nave —continuó el joven jadeante—. Se trata de una serie de barrotes de metal casi exactamente del color de las bandas, que al principio parecía la proyección tridimensional de un enladrillado. Después, el ojo humano comenzó a

captar nuevos ángulos. Las posibilidades de visión se hallan más allá de nuestra capacidad. Por un momento, casi es posible ver lo que le está vedado al ojo humano... ¡Ahí vienen! —jadeó—. ¡Vienen de...!

La voz y la luminosidad de la pantalla se extinguieron al punto. Vyrko se cubrió los ojos con las manos. La oscuridad era un alivio infinito. Transcurrió un minuto, antes de que el joven se hallara capacitado de nuevo para ejercitar normalmente su nervio óptico. Abrió los ojos, sobresaltado por un grito de Lavra.

Entonces vio la extraña postura de Kirth-Labbery en su asiento. El corazón humano tiene sus límites de resistencia y, como había afirmado el científico, el suyo era ya viejo.

Sólo tres días después del fallecimiento de Kirth-Labbery, Vyrko volvió a ocuparse de su prosa y sus versos para poner el diario al día. En la pantalla no había aparecido nada más, ni siquiera después de varias horas de esfuerzos. Vyrko se hallaba sentado ante el teclado de su máquina de escribir, contemplando su diario. De repente, se inclinó hacia delante, inquieto por la idea de la palabra *terminado*.

Sí, era cierto. El diario estaba terminado. No había nada más que añadir.

Esta situación no era nueva en literatura. Había leído muchos tratados, y hasta había escrito una sátira sobre el tema. Pero esta vez era la pura verdad.

Vyrko era la figura que más excitaba todas las imaginaciones, el Último Hombre sobre la Tierra. Y estaba aburrido.

De haber seguido viviendo Kirth-Labbery, habría dedicado sus últimas energías al laboratorio, en un esfuerzo, tal vez coronado por el éxito de destruir a los invasores. Pero Vyrko conocía demasiado bien sus limitaciones para intentarlo.

Vrist, su hermano gemelo, vivía en Lunn otra de sus fantásticas aventuras cuando llegó el agnotón. Vrist habría intentado varias proezas físicas para hacerles pagar cara su vida a los invasores. Pero Vyrko hallaba difícil interpretar aquel papel.

Nunca había envidiado a Vrist, hasta entonces.

Ten celos de los muertos; sólo los vivos están solos.

Vyrko sonrió al recordar aquel verso de uno de sus primeros poemas; cuando lo escribió no era más que una expresión de fatuidad, un verso de una canción que entonaría Tyrsa...

Y fue gracias a tal estado de ánimo que encontró (la antigua palabra no poseía una contrapartida moderna) los *pergaminos*.

Conocía la historia: un excéntrico (dos mil años atrás, llamado Trees o Tiller) había encerrado los pergaminos en una cápsula hermética para comprobarlas en el futuro; Tarabal las había hallado cincuenta años antes; Kirth-Labbery había gastado en ellas casi todo lo obtenido con el Premio Hartl porque, como solía decir, su increíble mezcla de profecía exacta y magnífica necedad ofrecían la perfecta prueba de la grandeza y el desamparo de la astucia humana.

Pero jamás fue más allá. Al menos, resultarían una novedad para aliviar el aburrimiento de su dramática situación. Y le ayudaron. Pasó más de una hora agradable con aquella lectura, sin apenas necesitar el diccionario. Se mostró particularmente impresionado por un relato que detallaba con suma prolijidad y minuciosidad la política de las Guerras de Religión en América, tema en el que él mismo había basado el argumento de una novela de poca venta. El autor era un tal Norbert Holt. Era extraordinario cómo podía predecir todo aquello, aunque también resultaba extraordinaria la cantidad de narraciones concernientes al espacio y al viaje a través del tiempo, de inventos que la raza humana aún no había conquistado y que ya jamás...

Había otra historia, una historia muy clara y concisa de un autor llamado Knight, cuyo protagonista era el Último Hombre sobre la Tierra. La leyó y sonrió, primero por la historia y después por su propia estupidez.

Encontró a Lavra en el laboratorio, lugar insólito para ella.

La joven estaba observando atentamente un rincón donde apenas llegaba la luz.

—¿Qué es lo que te fascina tanto? —le preguntó Vyrko.

Lavra se volvió súbitamente. Su cabello y su cutis rimaban con la gracia perfecta del movimiento.

—Estaba pensando...

Vyrko no se permitió el menor comentario interior ante tan asombrosa y muy improbable declaración.

—El día antes a que falleciese papá... estuve aquí con él, y le pregunté si había alguna esperanza para que pudiésemos salir de aquí. Y me contestó. Dijo que sí, que existía un camino, pero que le asustaba. Era una idea en la que había trabajado, aunque jamás la había puesto en práctica. Y añadió que no consideraba prudente hacerlo.

—No deseo discutir con tu padre, ni siquiera después de muerto.

—Pero yo no dejo de pensar... Lo cierto es que cuando me dijo aquello, miró hacia este rincón.

Vyrko se acercó al lugar indicado y apartó una cortina. Vio una silla de varillas de metal, con un panel de mandos, aunque era difícil precisar qué podía controlar. Se encogió de hombros y volvió a correr la cortina.

Por un momento estuvo contemplando a Lavra. Era tonta y excesivamente hermosa. Hija de Kirth-Labbery, apenas podía contener en su interior más que genes de tonta.

En su retiro podrían crecer varias generaciones, antes de que el inevitable fallo de las instalaciones mecánicas lo hiciese inhabitable. Por entonces, la Tierra estaría ya libre del agnotón y las bandas amarillas, o éstas se habrían establecido tan firmemente que no quedaría la menor esperanza. La tercera generación volvería a la libertad del mundo exterior para perecer o...

Vyrko se acercó a Lavra y posó con gentileza una mano sobre su dorada cabellera.

Vyrko nunca había sabido antes si Lavra se aburría o no. Una vida de inacción casi absoluta, con abundante comida, podía bastarle. Ciertamente, ahora no parecía aburrida.

Al principio, se mostró pasiva; Vyrko siempre había sospechado que a ella le gustaba jugar su propio gambito. Luego, cuando su interés fue en aumento y el joven empezó a felicitarle por su habilidad como instructor, ambos se convencieron mutuamente de su triunfo. Y, a partir de ese momento, Lavra llegó a fascinarse con sus propios cambios.

Pero ni siquiera este nuevo incidente sirvió para aliviar del todo el aburrimento de Vyrko. Si tuviese algo que hacer, algo positivo, alguna iniciativa Vristiana o Kirth-Labberiana a su alcance... Se maldijo por ser un tonto incompetente que había dado por sentadas las maravillas científicas de la era, sin aprenderlas jamás, creyendo que no se hallaban al alcance de su comprensión.

Dormía demasiado, comía con exceso, y durante un breve período de tiempo bebió sin tregua, hasta que encontró mucho menos atractivo el tedio con una borrachera encima.

Trató de escribir, pero la terrible incertidumbre de una legión de futuros lectores le desalentó.

A veces, transcurría una semana sin pensar conscientemente en el agnotón y las bandas amarillas. Después, pasaba todo un día sumido en un terrible estado de nervios, debido a su dramática situación, tras lo cual volvía a caer en el aburrimento.

La belleza de Lavra tampoco le servía de alivio y la joven comenzó a pedirle alimentos que el jardín hidropónico no podía proporcionarle.

—Si me amases, descubrirías la forma de fabricar queso... o tal vez una nueva especie de melocotón... o un racimo de uvas...

Fue mientras escuchaba un disco de Tyrsa (el último que grabó, con las curiosas tonalidades de las recién redescubiertas óperas de Mozart) y visualizando su poco atractiva cara, aun menos graciosa por aquellas notas que debían surgir de su garganta sin esfuerzo, que Vyrko llegó a tener conciencia de una frase:

“Si me amases...”

“¿He dicho eso alguna vez?” —pensó. Y repitió:

—¿He dicho alguna vez que te amase?

En el semblante de Lavra divisó una nueva expresión.

—No —confesó aquélla, sorprendida—, no... —y su voz carecía de tonalidad—, jamás lo has dicho...

Y cuando sus sollozos —los primeros que Vyrko le oía— parecieron dirigirse a la estancia hidropónica, el joven se sintió embargado por una nueva y extraña emoción. Detuvo el disco en medio del furor pirotécnico de la Reina de las Tinieblas del siglo XVIII^[4].

Vyrko halló un curioso refugio en los *pergaminos*. Sentía una perversa satisfacción leyendo los emocionantes relatos de otros Últimos Hombres sobre la Tierra. A través de ellos podía experimentar sus propias emociones más directamente. Y las demás narraciones también eran divertidas a su manera. Por ejemplo, la crónica extrañamente veraz de una complicada maniobra que evitó la amenaza de lo que hubiera sido la primera y última Guerra Atómica...

Observó un detalle sumamente curioso: todas las narraciones correctas del “futuro” afirmaban lo mismo, línea por línea. Ocasionalmente, otros autores adivinaban y predecían consecuencias lógicas o inevitables extrapolaciones; pero sólo Norbert Holt enunciaba nombres y fechas con absoluta veracidad.

No era posible. Era demasiado preciso para ser factible. Era mucho más espectacular que el insensato Nostradamus, a menudo tan discutido en ciertos *pergaminos*.

Pero así era. Había leído atentamente las historias de Holt una media docena de veces sin hallar un solo fallo, cuando descubrió un ejemplar de las *Historias Sorprendentes*, que se había escurrido detrás de una estantería, por lo que le resultó una novedad.

Examinó el contenido de la primera página. Sí, en el índice figuraba una novela de Holt y —sintió una tristeza irracional pero punzante— calificada de póstuma. Buscó la página y leyó:

“Esta narración, debemos advertirlo con tristeza, es incompleta y no sólo por la trágica muerte de Norbert Holt el mes pasado. Ésta es la última en orden cronológico de las narraciones de Holt referidas a un futuro orgánicamente imaginado, pero fue escrita antes de su obra maestra, *El asedio de la Luna*. Holt solía afirmar que jamás podría concluirlo, que no encontraba un final; y falleció sin saber todavía cómo concluir *El último tedio*. A pesar de ello, nos honramos en presentar esta obra póstuma del que fue gran escritor del futuro, Norbert Holt.”

La nota estaba firmada por las iniciales M. S. Vyrko intuía desde tiempo atrás que entre Holt y su editor Manning Stern existía cierta intimidad profesional a quien esta nota necrológica debió resultar sumamente penosa. Vyrko leyó con afán las primeras frases de *El último tedio*:

“Eran tres en el refugio, tres individuos apartados de la humanidad y a salvo de las bandas amarillas.

”El gran Kirth-Labbery había construido aquel refugio...”

Vyrko parpadeó y volvió a comenzar. Leyó las mismas palabras. Asió con firmeza

el libro, como si el milagro pudiera escapársele de entre los dedos, y se levantó de su asiento con mucha más energía que en los últimos meses.

Encontró a Lavra en la estancia hidropónica.

—¡Acabo de descubrir la cosa más inverosímil...! —exclamó.

—Querido —le interrumpió ella—, quiero un poco de carne.

—No seas necia. No tenemos carne. Nadie ha comido carne, excepto en algunos ágapes rituales, desde hace generaciones.

—Entonces quiero una comida ritual.

—Tendrás que esperar mucho tiempo. ¡Pero mira esto! ¡Lee sólo las primeras líneas!

—¡Vyrko! —suplicó la joven—. ¡Lo necesito! ¡De veras!

—¡No seas estúpida!

Lavra frunció los labios y se le humedecieron las pupilas.

—Querido Vyrko... ¿Qué dijiste cuando estabas escuchando aquella música tan divertida... que no me amas?

—¡No! —gruñó él.

—¿No me amas? —Lavra abrió desmesuradamente los ojos—. ¿No me amas después de...?

Al oír esto, toda la irritación y el aburrimiento de Vyrko estallaron de pronto.

—¡Eres muy bella, Lavra, o lo eras hace unos meses, pero eres una estúpida! ¡Y mi amor no es para las personas imbéciles!

—Pero tú...

—He tratado de perpetuar la raza, cosa muy discutible, ya que por el momento tal vez no sea oportuno. No fue una tarea desagradable, pero que el diablo me lleve si esto te concede el menor derecho a irritarme a perpetuidad.

Lavra gimió cuando el joven pegó un portazo al salir de la estancia. Vyrko se sentía ahora extrañamente mejor. La adrenalina es magnífica para el sistema nervioso. Se acomodó en una butaca y comenzó a leer con resolución, en tanto sus ojos se desorbitaban por la incredulidad. Cuando llegó al párrafo que relataba la discusión que acababa de sostener con Lavra, dejó caer el libro al suelo.

Parecía tan fútil en letras de imprenta... Tan estúpida ante... Dejó allí el libro y regresó a la estancia hidropónica.

Lavra estaba llorando quedamente. Una de sus manos desgranaba automáticamente un racimo de uvas, pero no comía. Vyrko se situó a su espalda y comenzó a acariciarle la nuca. Gradualmente fueron disminuyendo los sollozos. Cuando los dedos de Vyrko alcanzaron tiernamente sus orejas, la joven se volvió hacia él con los labios entreabiertos. El racimo le cayó de la mano.

—Lo siento —balbuceó Vyrko—, yo soy el estúpido. Eres la madre de mi hijo, y te amo...

Y comprendió que aquella declaración, aunque absurda, era cierta.

—Ahora ya no quiero nada —afirmó Lavra, cuando recuperó el habla. Se

desperezó alegremente; su figura seguía siendo bella hasta en la distorsión que presentaba su cuerpo y que podía servir para preservar una raza. Añadió—: ¿Qué querías decirme antes?

—Que este Holt siempre tiene razón. ¡Llegó a escribir sobre nosotros!

—Oh..., oh... Entonces sabremos...

—¡Lo sabremos todo! Sabremos qué son las bandas amarillas, cuál es su destino, qué le sucede a la humanidad y...

—...Sabremos si será niño o niña —concluyó Lavra.

Vyrko sonrió.

—Mellizos probablemente. Se han dado varios casos en mi familia, al menos en las últimas generaciones. Incluso Holt se refiere a mi mellizo Vrist, aunque no lo haga aparecer en la trama del libro...

—Mellizos... Sería estupendo. Ya no se quedarían solos... Pero de prisa, querido, lee para mí. ¡No puedo esperar!

Entonces Vyrko comenzó a leer la narración de Norbert Holt, demasiado excitado y afectuoso para darse cuenta de que la aversión que Lavra experimentaba por la letra impresa persistía incluso cuando ella era la protagonista. Vyrko leyó lo referente a la discusión y pasó adelante. Leyó una versión suavizada de la última hora que habían pasado. Leyó que le leía a ella la historia.

—¡Ahora! —exclamó Lavra—. Ha llegado el momento. ¿Qué ocurre a continuación?

Y Vyrko leyó:

—“El desahogo emocional de cólera y amor dejó a Vyrko casi en paz consigo mismo, pero una ligera inquietud todavía obsesionaba su cerebro.

”Sin cesar, recordaba la sugerencia de Kirth-Labbery referente a una posible salida del refugio. Salida para los dos, ahora ya felices; para los dos y para sus..., digamos, mellizos.

”Inspeccionó con curiosidad el laboratorio, seguido de Lavra. Apartó la cortina para observar la silla de varillas de metal. Era difícil descubrir un cuadro de mandos, que no parecía controlar nada. Vyrko se instaló en la silla para examinarlo todo más detenidamente.

”Dejó escapar unos gruñidos. Lavra, finalmente, excitada su curiosidad, alcanzó un botón verde del aparato y lo oprimió.”

—No me gusta lo último que dice sobre mí —objetó Lavra—. No me gusta nada. Opino que tu Norbert Holt es cruel.

—Afirma que eres muy hermosa.

—Y que tú me amas, ¿verdad? ¿O es él quien me ama? No lo sé, está todo tan confuso...

—Sí, todo está mezclado... y yo te amo.

El beso fue corto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lavra.

—Nada más. La narración concluye aquí.

—Bueno... ¿No vas a...?

Vyrko se sentía muy aturdido. Holt había descrito sus sensaciones con tanta fidelidad... Estaba en paz consigo mismo y, cosa curiosa, el recuerdo de la puerta de escape insinuada por Kirth-Labbery atormentaba su cerebro.

Se levantó y pasó al laboratorio, para inspeccionarlo, siempre seguido por Lavra. Apartó la cortina para examinar la silla de varillas de metal. Era difícil descubrir un cuadro de mandos, que no parecía controlar nada. Vyrko se instaló en la silla para examinarlo todo más detenidamente.

Dejó escapar unos gruñidos. Lavra, finalmente excitada su curiosidad, alcanzó un botón verde del aparato y lo oprimió.

Vyrko no tuvo tiempo de asombrarse cuando Lavra y el laboratorio se desvanecieron. Divisó un vehículo arcaico que parecía a punto de atropellarle y lo esquivó hábilmente. Pero la silla le molestaba y, antes de que lograra levantarse, el vehículo le alcanzó. Se produjo una explosión rojiza, sintió un enorme dolor y después... tinieblas.

Más tarde recordó un momento de conciencia en el hospital y una estridente voz femenina que repetía una y otra vez:

—Pero no estaba allí, y de repente apareció y lo atropellé. Fue como si hubiese surgido de la nada. No estaba allí, y de repente...

La inconsciencia volvió a apoderarse del joven.

Mientras permaneció insensible, con largas y terribles pesadillas en las que unos médicos le auscultaban y comprobaban su estado febril, su mente subconsciente debió ocuparse del problema. Tan pronto como descubrió el periódico en la bandeja del desayuno, lo comprendió todo. Esto ocurrió el primer día que abrió los ojos.

El periódico era de lectura fácil para un paleolingüista con conocimientos especiales sobre *pergaminos* de asimilación más accesible que el curioso concepto del desayuno. Lo que importa era la fecha: 1948..., y los titulares le refrescaron la memoria acerca de la Guerra Fría y de las imprevisibles elecciones. (Tenía que recordar algo respecto a esa elección...)

Lo vio con claridad. El genio de Kirth-Labbery se había materializado en una máquina del tiempo. Aquella era la única salida que el científico no había experimentado y en la que no confiaba mucho. Y Lavra apretó el botón verde porque Norbert Halt había escrito que ella lo haría.

—El desayuno no parece gustarle, doctor...

—Tal vez haya sido el periódico. ¡A mí también me pone nervioso y me da fiebre todas las mañanas!

—¡Oh, doctor, siempre está bromeando!

—No hay nada gracioso en este caso. Amnesia total, según puede juzgarse por sus escasos momentos de lucidez. Y su ropa no nos sirve de ayuda... Debía dirigirse a un baile de máscaras. ¡O quizá debiera decir a un baile de máscaras... desvestido!

—¡Oh, doctor!

—No me diga que una enfermera puede ruborizarse. ¡Al menos no lo hacían cuando yo era interno...! ¡Y le aseguro que tenían motivo para ello! Pero este tipo... no lleva encima nada que sirva para identificarle. Conducía una especie de bicicleta y se dejó atropellar... Por el momento será mejor que dejemos de darle alimentos sólidos, y que se haga por vía intravenosa...

En los ágapes rituales había sufrido bastante, recordó Vyrko. La carne no le sentaba bien, y el problema era que no había reconocido aquellos pedazos sólidos que acompañaban a los huevos como carne.

El reajuste fue gradual y pleno, tanto en éste como en los demás aspectos. Al final de las dos primeras semanas comía carne con fruición y, según confesó, con cierto obsceno placer, no ritual. Conversaba también con las enfermeras y los pacientes respecto a los sucesos (que todavía consideraba como piezas momificadas de un museo) de 1948.

Su reajuste, en efecto, resultó tan espectacular que no duró mucho. Y el doctor le enfrentó con la verdad.

—Hay que pensar en el futuro. No puede usted permanecer aquí eternamente. Existe un prejuicio muy razonable respecto al internamiento en los hospitales de personas que gozan de buena salud.

Vyrko se permitió una carcajada.

—Como no tengo idea de quién soy —replicó, aceptando esta explicación más verosímil que la verdadera—, dónde vivo o cuál es mi profesión...

—¿No recuerda nada? ¿No sabe, por ejemplo, si sabía taquigrafía? ¿O si tocaba el violín?

—En absoluto.

A Vyrko no le pareció conveniente explicar que únicamente sabía usar una máquina de escribir electrónica.

“He aquí —pensó— el Hombre del Futuro. Constantemente he leído aventuras de viajes a través del tiempo. Sé cómo son estas cosas. Debería enseñarles los conocimientos del gran Kirth-Labbery y convertirme en el hombre más eminente del mundo. Pero el viaje a través del tiempo nunca tuvo como protagonista a un pobre diablo desinteresado por la ciencia, que jamás sintió curiosidad por lo que sucedía, ni le importaron las relaciones entre una acción y su resultado. Aquí, en esta era, está comenzando la televisión en dos dimensiones y en blanco y negro. Nosotros teníamos una televisión a todo color, estereoscópica, cuyas emisiones eran accesibles a todo el planeta... y que soy capaz de construir, del mismo modo que el doctor podría instalar la luz eléctrica en la antigua Roma. El Ratón del Futuro...”

El doctor también había estado meditando.

—Observo que es usted un lector empedernido —dijo—. La bibliotecaria me lo contó.

—Sí, me gusta leer —admitió Vyrko, sonriente.

—¿No ha tratado de escribir? —le preguntó bruscamente el doctor, casi en el mismo tono con que hubiera podido aconsejarle a una joven que su futuro se hallaba en Port Said.

Esta vez Vyrko rió abiertamente.

—Esto parece despertar un recuerdo en mi cerebro... Lo intentaré. ¿Pero, mientras tanto, dónde viviré hasta que empiece?

—Los accionistas del hospital administran un fondo de rehabilitación. Puede pedir un préstamo. No será mucho, claro; pero yo siempre digo que un hombre soltero sólo tiene que alimentar una boca..., y si alimenta más, es que ya no está soltero.

—De acuerdo —asintió Vyrko, contemplando los titulares del periódico—, lo solicitaré.

Consiguió el préstamo, una cuenta bancaria, que a su vez le permitió conseguir otros préstamos... a un interés exorbitante. Y se llevaron a cabo las elecciones.

Por fin había reconstruido cuanto conocía acerca de ella. Uno de sus últimos *pergaminos* mencionaba que los republicanos debían ganar las elecciones de 1948. Lo que significaba, de hecho, que habían perdido; y ahora, en octubre de 1948, todos los periódicos, todos los comentaristas, todos los apostantes, estaban convencidos de que, infaliblemente, iban a ganar.

El miércoles, 3 de noviembre, Vyrko pagó sus deudas y dio comienzo a su carrera como escritor, sólidamente protegido contra una inmediata muerte por inanición.

Una media docena de relatos de ficción fracasaron sin remedio. Los editores observaban que era un problema de “tono”, en las raras ocasiones en que no se limitaban a pronunciar frases aún más vagas. Vendió algo de poesía... “si a esto puede llamarse venta”, pensó Vyrko con amargura, comparando la posición financiera de un poeta en su propia era.

Sus fracasos comenzaron a producirle amargura y fastidio, y sus pensamientos se concentraron cada vez más en el futuro, cuyo desenlace desconocía.

Mellizos. Tenían que ser mellizos, de sexo contrario, naturalmente. La única esperanza para la continuación de la raza residía en una coincidencia de azar y de genética.

Azar...

Empezó a pensar en las apuestas de las elecciones y a imaginar otros ángulos con los que pudiera obtener provecho de sus predicciones para el futuro. Pero sus lecturas de *pergaminos* le habían hecho temer a las paradojas. Calculó con cuidado las apuestas de las elecciones; no podían afectar al resultado final, ni podían, aun en forma infinitesimal, afectar al azar. Pero un paso adelante...

Vyrko se sentía, como la mayoría de los hombres presuntuosos, muy ufano de su desprecio hacia sí mismo. Y posiblemente, el mayor desprecio lo experimentó al

descubrir cuán sencilla era la solución de todos sus problemas.

Podía escribir novelas de ciencia ficción.

El único tema del que podía hablar de modo convincente y desenvuelto, con el “tono” apropiado, era el futuro. Tal vez lo más oportuno sería empezar con un relato de las Guerras de Religión. Y después...

Hasta el momento en que se disponía a enviar su manuscrito por correo no se le ocurrió toda la verdad.

Sobriamente, medio sonriente, tachó *Kirth-Vyrko* de la primera página y escribió *Norbert Holt*.

Manning Stern se regocijó en voz alta ante su descubrimiento.

—¡Este chico lo ha conseguido! Resulta tan real...

Ordenó que se le abonase una cantidad inusitada (inusitada al menos para un primer relato), y envió al autor una carta muy cordial, subrayando la necesidad inmediata de nuevas narraciones y sugiriéndole determinados temas.

El editor de *Historias Sorprendentes* se asombró al leer la respuesta:

Lamento afirmar que todos mis relatos se basen en un conocimiento orgánico de los sucesos futuros, por lo que deberá permitirme la elección de mi propio material...”

—¿Y quién diablos es aquí el editor? —se preguntó Manning Stern, y dictó una carta concediéndole una entrevista al autor.

Las facciones eran pequeñas y muy marcadas, y el rostro poseía una encantadora vivacidad. Era muy distinta de Lavra, infinitamente alejada de los cánones de belleza que preconizaba el cine de 1940.

—Me perdonará mi sorpresa, señorita Stern —confesó Vyrko—. Pero llevo varios años leyendo sus publicaciones y nunca pensé...

Manning Stern sonrió.

—¿Que su editor resultase una sorpresa? Estoy acostumbrada a ello..., a su reacción, quiero decir. No creo que llegue a acostumbrarme nunca a ser una mujer... o un ser humano, si a ello vamos.

—Pero es raro, ¿no? Por lo que sé del ambiente literario...

—¡Oh, Dios mío! Cuando encuentro un hombre que sabe escribir, no le permito que actúe como un chauvinista masculino. Soy un buen editor —añadió con muy poca modestia—, y soy también una mujer científica, no lo olvide. He trabajado en el Proyecto Manhattan, hasta que alguien me tachó de excesivamente liberal. Pero de lo que aquí se trata es de su labor. No está mal, de acuerdo; pero creo que no tiene razón al pretender hacerlo con su *exclusiva*.

Norbert Holt abrió su cartera.

—He traído algunas cosas que tal vez logren convencerla...

Una hora más tarde, Manning Stern consultó su reloj y declaró:

—¡Final de la hora de oficina! ¿Le importaría continuar su disquisición delante de un martini... o de cinco? Y le advierto que cuando suplico, suelo ser inflexible.

Una hora después, anunció:

—Podríamos ir a otro local. El tema parece eternizarse.

—Al diablo —exclamó Norbert Holt— con las relaciones editoriales. Volvamos al tema que discutíamos.

—Era de cuadros. Le estaba hablando de...

—No, ahora lo recuerdo. Era de cine. Usted intentaba hablarme de los hermanos Marx. Sin éxito, debo añadir.

—¡Sin... é...xi...to! —repitió Manning Stern, pensativa—. Cinco martinis y pronunciar aún esta palabra tan difícil. ¡Pero continuaré hablándole de los hermanos Marx! Mire, Holt. En casa tengo una pobre huérfana que seguramente se está muriendo de hambre. Debo ir a alimentarla. Venga a casa y la conocerá. Tenemos potaje.

—De acuerdo. Siempre me gusta probar un plato nuevo.

Manning Stern le miró con curiosidad.

—¿Es un chiste? Es usted muy gracioso, Holt. Sabe de todo y, de pronto, parece un marciano ante la cosa más simple. ¿O es que en efecto ha llegado de Marte? Bueno, vamos a dar de comer a Raquel.

Cinco horas más tarde, Holt estaba diciendo:

—Jamás pensé que me alegraría tanto de haber vendido una novela, querida Manning. Nunca me había divertido tanto hablando —iba a decir con una mujer—. Nunca me había divertido tanto hablando desde...

Casi añadió “desde que llegó el agnotón”. Pero la joven no pareció fijarse en la brusquedad con que terminó la frase.

—Bendito seas, Norb —dijo únicamente—. Tal vez no seas un chauvinista masculino. Tal vez incluso seas... Bueno, vete a coger el metro, un taxi o lo que quieras. Si sigues aquí un minuto más, o te besaré o admitiré que tienes razón en todo..., y no sé cuál de ambas cosas es peor para las relaciones entre un editor y su autor.

Manning Stern fue la primera en cometer la segunda infracción en sus relaciones. El correo recibido a nombre de Norbert Holt, procedente de sus admiradoras, no le dejó a la joven la menor duda de que *Historias Sorprendentes* se beneficiaría de cualquier cosa que él escribiese.

Jamás un autor había obtenido la popularidad en tan poco tiempo. No era simplemente popularidad. Era la fama desde su primer relato. Gustó a los entendidos (Invitado de Honor de la Washinvention), a los menos entendidos (Primer Presidente

de los Escritores de Anticipación de América), y al público en general (autor del primer libro de ciencia ficción que fue catalogado como *best-sellers* durante más de tres meses).

Y nunca había habido un autor con el que fuese más divertido trabajar, y no por lo que se le editaba, sino acompañándole, conversando con él. Raquel estaba evidentemente enamorada de Holt, y rezaba para que tuviese la decencia de seguir soltero.

Pero había también una vaga sensación de rareza. Como lo del potaje y otras observaciones referentes a las máquinas de escribir...

—Tengo problemas con un relato —anunció un día Norbert Holt—. Una idea que no puedo resolver. Tal vez si se la echase a los leones...

—¿Un problema? —repitió Manning, con voz más chillona de lo que deseaba—. Creía que todo estaba ya definido para los próximos diez años.

—Esto es diferente. Es una narración paradójica, y no consigo concluirlo. Supongamos un individuo del remoto año X que lee una historia que le enseña a emplear una máquina del tiempo. La utiliza y regresa al año X-2000, ahora, por ejemplo. Bien, escribe *ahora* la historia que leerá dos mil años más tarde, que le enseña cómo utilizar la máquina del tiempo, cuyo funcionamiento conoce al haber leído el relato que escribió porque...

Manning Stern iba a ordenarle silencio, cuando Matt Duncan les interrumpió.

—Sí, un ciclo perenne. Muy divertido, pero Bob Heinlein ya lo hizo en *Siguiendo sus huellas*, el mejor *tour de force* que he leído jamás. Es imposible repetir el tema después de esto.

—Ouroboros —citó Joe Henderson.

Norbert Holt le miró inquisitivamente; todos sabían que una palabra al día era la contribución máxima de Joe.

Fue Austin Carter quien lo explicó:

—Ouroboros. El gusano que circunda el universo mordiéndose la cola. También la Serpiente Asgard. Y creo que hay algo de los Mayas. Todos los símbolos del infinito..., sin principio ni final. Siempre se sale por la misma puerta por la que se ha entrado. De esto trata la magnífica novela de Eddison, *El gusano Ouroboros*; la perfecta novela cíclica, que termina con el principio, y finaliza no porque haya un punto final, sino porque sería antieconómico imprimir un mismo texto indefinidamente.

—La caja del cuáquero Oats —añadió Duncan—, con un cuáquero sosteniendo una caja, con un cuáquero sosteniendo una caja, con un cuáquero...

Fue una charla profesional. Una agradable velada con los colegas. Pero en las pupilas de Norbert Holt había una expresión de tristeza infinitamente remota.

Aquella fue la noche en que Manning violó la primera regla de las relaciones editor-autor.

Estaban tomando unos martinis en el mismo bar en que Norbert Holt, muchos

años atrás, consiguió pronunciar la palabra sin éxito con completo éxito.

—Han sido unos años muy agradables —observó, hablando al parecer con la aceituna de su vaso.

Había algo extraño en la velada.

—¡Cuánta tensión! —le confió Manning a su aceituna.

—Hace tiempo que te debo una conversación seria.

—No tienes que pagarme esta deuda. No nos gusta mucho hablar en serio, ¿verdad?

—Pues...

—Tengo la atroz sensación —admitió Manning— que tú pretendes hacer una proposición, a mí o a la aceituna. Y si es a mí, tengo la impresión, también atroz, de que aceptaré... y Raquel no me lo perdonará nunca.

—Estás a salvo —replicó Norbert, con sequedad—. Esto es serio. Quiero casarme contigo, querida, pero no lo haré.

—Supongo que ahora te rizarás el bigote y me confesarás que tienes esposa e hijos en otro país.

—¡Espero que sea así!

—Muy gracioso, ¿verdad? —Manning casi hubiera querido estar muerta.

—No puedo contarte toda la verdad —continuó él—. No me creerías. He amado a dos mujeres; una con talento y cerebro, y la otra sólo con belleza. Sí, creo que las amaba. Y la peor maldición de Ouroboros es que jamás sabré hasta qué punto. Si al menos pudiera sacarle la cola de la boca...

—Adelante —le rogó ella—, sigue con tus bromas. Son divertidas.

—Y ella va a tener..., tendrá... mi hijo..., mis hijos. Serán mellizos...

—Mira, Holt. Hemos venido aquí como editor y autor, ¿lo recuerdas? Dejémoslo así. No sigas hablando. Soy una buena chica, pero no puedo soportar..., no puedo soportarlo todo. Ha sido muy agradable conocerte y he recibido todos tus manuscritos sobre el futuro con alegría.

—Sabía que no debía hablar. Ni siquiera debí intentarlo. Bien, no habrá más manuscritos del futuro. Ya he escrito todos los que Holt ha leído.

—¿Tiene eso algún sentido? —Manning formuló tal observación a la aceituna, pero ésta ya había desaparecido, y sólo la captó el martini.

—Éste es el último —sacó un paquete de cuartillas dobladas de su bolsillo—, el que no puedo terminar. Tal vez llegues a comprenderlo. Y antes quiero poner en claro que...

El tono de su voz dio a entender el oculto significado de sus palabras y Manning olvidó todo lo demás.

—¿Va a ocurrirte algo? ¿Vas a...? ¡Oh, no, querido! De acuerdo, tienes una esposa en una estación espacial del cinturón de asteroides; pero si te sucede algo...

—No lo sé —replicó Norbert Holt—. No recuerdo la fecha exacta... —se levantó con brusquedad—. No debí intentar despedirme. Volveré a verte, querida..., en el

próximo ciclo de Ouroboros.

La joven seguía aún absorta en el vaso de martini, ya vacío, cuando oyó chirriar los frenos y la excitada algarabía de la multitud en la calle.

Aquella noche leyó el relato póstumo, cuando tuvo los ojos otra vez secos. Y a pesar de su pena, su cerebro le recordó que seguía siendo una editora.

Comprendió parte de la historia, pero no la creyó.

“No es un relato. Es demasiado corto, demasiado inconsistente. No les gustará a los admiradores de Holt... que son todos los lectores del mundo. Bien, lo mejor será que escriba una nota necrológica...”

Meditó, pero sin gran éxito. Jamás había experimentado con tanta fuerza la sensación de “yo he estado aquí antes”. Ya se había visto enfrentada con este mismo dilema otra vez, en otra espiral del tiempo, como dirían los compañeros de la redacción. Y su decisión había sido...

—Un estúpido sentimentalismo —decidió—. Esto no puede publicarse. Lo sé. Y si ahora me da uno de mis ataques y cambio de idea...

Arrojó el texto póstumo de Norbert Holt al fuego. Y ardió al instante.

A la mañana siguiente, Raquel le preguntó:

—¿Quién es Norbert Holt?

Manning había dormido tan profundamente que incluso se sentía tolerante ante las preguntas tontas a la hora del desayuno.

—¿Quién?

—Norbert Holt. No sé por qué, pero este nombre me obsesiona. ¿Es quizá el de uno de tus autores?

—Jamás lo he oído —afirmó Manning.

Raquel frunció el ceño.

—Estaba casi segura... ¿No puedes recordar? Repasaré todos los volúmenes de *Historias Sorprendentes*...

—¿Tuviste suerte con...? ¿cómo era...? ¿Holt...? —le preguntó más tarde Manning a la niña.

—No, en absoluto. No lo he encontrado. No tuve éxito inflexiblemente...

Sin éxito...

“¿Por qué —pensó Manning muy divertida—, debo pensar en martinis a la hora del desayuno?”

EL DIABLO ESTABA ENFERMO

Bruce Elliott

Habían transcurrido evos desde que un paciente violento de verdad atravesó por la fuerza el umbral del Asilo de Cuerdos, Había pasado tanto tiempo, que el ojo del observador ya no se detenía para leer las palabras fundidas en el duradero cristometal que figuraba en la entrada. Antaño un desafío a lo desconocido, el tiempo las había convertido en una frase típica: “Un malvado no es más que un héroe enfermo.” La autenticidad de tal divisa era probada, ya no merecía consideración. Pero las palabras permanecieron allí... hasta el día en el que Acleptos tomó el cincel para cambiar dos de ellas.

Todo comenzó porque hallar un tema inédito para una tesis se había hecho más difícil que graduarse. Acleptos descubrió, después de ardua investigación, tres temas que creyó podrían ser aceptados por la Máquina como originales.

Tragó saliva al presentar la lista al ojo omnisciente del computador. Decía: Sedimento activado y qué hacían los antiguos con él. La Caída de la democracia y por qué se produjo. Diablos, demonios y demonología.

La Máquina contestó casi al punto: “En el año 4357 Jac Bard escribió la última palabra sobre sedimento activado. Doscientos años más tarde el último elemento desconocido con relación a la caída de la democracia fue analizado detalladamente por el historiador Hermios.”

Hubo una breve pausa. Acleptos contuvo la respiración. Si el último había sido ya estudiado, necesitaría otros veinte años de trabajo para hallar más posibles temas. La Máquina respondió: “Hay dos aspectos de los demonios que hasta ahora nadie me ha propuesto. Consiste en si son reales o imaginarios, y si son reales, lo qué son. Si son imaginarios, cómo se producen”.

Acleptos sintió que su interior se inundaba de una nueva vida y esperanza. Enderezó sus hombros y se alejó de la Máquina. Por fin, después de tantos años tenía una oportunidad. Por supuesto —y el pensamiento le hizo dudar—, por supuesto, era probable que no consiguiera arrojar nueva luz sobre tal problema. Pero ya disponía de algo con qué trabajar. Los años pasados en las enormes bibliotecas, y todo el trabajo efectuado en casi todos los campos del saber humano, habían producido al fin algún resultado.

Una década atrás, la última vez que presentó una lista a la Máquina, había creído encontrar un tema cuando descubrió referencias, en la sala de documentos antiguos, sobre alguien conocido bajo el nombre de Dios. Lo que le había llamado la atención había sido la letra “D” mayúscula aplicada al nombre. Pero la Máquina le había proporcionado una gran cantidad de detalles sobre aquel tema, terminando con un

texto escrito hacía unos mil años y en el que se demostraba la inexistencia de tal ser. Esta tesis, así creía la Máquina, había acabado con todas las futuras especulaciones sobre el tema.

Por simple curiosidad, Aceptos había comprobado la referencia y se mostró conforme como siempre, con el dictamen de la Máquina.

Había sido en verdad un golpe de genio pensar en la antítesis de Dios, decidió Aceptos sonriendo para sí. Ahora podría seguir adelante. Realizaría sus investigaciones, se graduaría, y entonces... entonces ya no habría nada que le detuviese. Podría abandonar la Tierra y dar su próximo paso. Echó la cabeza hacia atrás para contemplar las estrellas. Aquel era el camino a seguir. Se permanecía atado a la Tierra hasta efectuar alguna investigación original, pero una vez terminada el derecho autorizaba emigrar adonde se quisiera.

Había un planeta más allá de Alfa y Centauro, que ella había elegido. Y le había prometido esperarle por mucho tiempo que pasara. Aceptos no sintióse tan deprimido en su vida como el día que la Máquina aprobó la tesis de ella. Durante largo tiempo tuvo la impresión de haberla perdido para siempre. Pero ahora los años ya no parecían interminables. Su investigación había dado resultado.

Silbando alegremente penetró en el archivo y comenzó a trabajar. Oprimiendo el botón que mostraba las letras d-i-a y d-e-m-o, esperó a que el intrincado sistema de relés ejecutase su función. Con un suave zumbido resbalaron por el tubo neumático los carretes adecuados.

Tres semanas más tarde decidió que poseía más conocimientos sobre diablos, demonios y “otras bestias de piernas largas que vagan durante la noche” que cualquier otro habitante de la Tierra. Aceptos movió la cabeza pensativo. ¡Pensar que el hombre había descendido tan bajo como para creer en tales cosas!

Se vio obligado a trabajar horas extraordinarias en la máquina de traducir. Todo cuanto había encontrado estaba escrito en latín. ¡Y pensar, también, que durante todos sus años de estudio jamás había oído hablar de aquella lengua!

¡Qué basura! Aceptos se indignaba al descubrir la existencia de una época en la que el homo sapiens había creído en tales tonterías. Increíble, pero aquello ocurrió muchísimos años antes.

Se encogió de hombros. Llegó el momento de ponerse a trabajar sobre el problema básico. Su más íntimo amigo, Ttom, entró en el laboratorio de investigación. Ni siquiera le había hecho una visita. ¡Ni tampoco le había comunicado su éxito!

—¿Qué...?

Ttom examinó de una ojeada la impecable estancia verde. Sobre la mesa de cristal, un cocodrilo disecado le miraba fijamente. Descansando contra su escamosa piel había vasijas de vidrio de diferentes formas y rodeaban al saurio cajas, bandejas con polvillo. Sobre la pared una máquina del tiempo anunció:

—...Esta noche habrá luna llena, y...

Acleptos la apagó.

—¡Llegas oportunamente! —exclamó con alegría.

—¿Para qué?

Tras esta pregunta el rostro de Ttom se sonrojó como el de un niño y exclamó a continuación:

—¡Lo has conseguido! ¡Has encontrado un tema!... ¡Acleptos... me alegro tanto!

—Gracias.

Y acto seguido Acleptos se vio obligado a preguntar a su vez:

—¿Y tú?

—Todavía nada...

Pero Ttom se sentía demasiado contento por el éxito de su amigo que volvió a preguntar:

—¿Y se puede saber qué has encontrado?

—Diablos y demonios —respondió Acleptos, iniciando de nuevo la mezcla de unos cuantos polvos.

—¿Qué es eso?

—Una superstición primitiva. Mi trabajo consiste en averiguar si fueron reales o sólo una palabra para designar a los malvados o enfermos... o lo que los antiguos denominaban con estas palabras.

—¿Cómo piensas hacerlo? ¿Qué son todas esas cosas que tienes ahí? —preguntó Ttom, señalando los objetos que había sobre la mesa.

—Voy a seguir las fórmulas anotadas en unos viejos manuscritos y observar qué sucede.

Acleptos había trabajado mucho para reunir todos los extraños objetos que el manuscrito mencionaba. Y miró hacia la mesa y vio que tenía cuanto necesitaba. Aquella misma noche, con la luna llena...

—Muchos elementos intervienen en el proceso de “conjura demonios”. Si quieres esperar, quizá lo encuentres interesante.

—Naturalmente. No tengo nada que hacer. Pensé que había tropezado con algo nuevo..., y lo de siempre, alguien se me había adelantado ya. Acleptos, ¿qué sucederá cuando ya no queden más campos de saber humano, cuando no haya temas que tratar, ni nada sobre lo que escribir?

—¡Yo me hacía esa misma pregunta hasta que descubrí a los demonios! Pero creo que eso tardará en ocurrir y que la Máquina habrá tomado ya sus medidas.

—Estoy empezando a creer que ya ha llegado el momento. Acleptos, ¡eres el único que ha encontrado un tema en cinco años!

Y al pronunciar estas últimas palabras, Ttom trató de esconder una nota de amargura.

—Sé lo que diría la Máquina, Ttom —le respondió Acleptos—. Diría que si yo he descubierto un tema también puedes hacerlo tú.

Al tiempo que hablaba, Acleptos vertió un líquido rojo en una probeta y luego

añadió cierta cantidad de polvillo violeta.

Ttom gruñó:

—Supongo que tienes razón. Sin embargo, olvidemos mis problemas. ¿Qué sucede ahora?

—Nada hasta la medianoche. Cuando la luna esté llena, pronunciaré ciertas palabras, encenderé estas cosas que hay aquí —en el manuscrito las llaman velas— y aguardaré la aparición de un diablo o un demonio.

Ambos se echaron a reír.

A medianoche, todavía sonriente, Ttom, tomó asiento al borde de un dibujo peculiar que Acleptos había trazado en el suelo. Se llamaba pentáculo. Acleptos había colocado una vela negra en cada uno de sus ángulos. También había quemado ciertos productos químicos, pronunciando unas frases que Ttom ni siquiera trató de entender.

Al principio fue divertido. A medida que pasaba el tiempo, los dos hombres se impacientaron. Nada sucedía. Acleptos dejó de pronunciar sus extrañas frases y dijo:

—Bien, ya conozco la respuesta a la primera pregunta de la Máquina. Los demonios son imaginarios y no reales.

Y entonces fue cuando sucedió.

Se extendió por la estancia un olor mucho más intenso que el de los productos químicos. Luego se produjo una especie de gris luminosidad cerca del dibujo trazado en el suelo.

Acleptos gritó:

—¡Ttom, lo olvidé! Los antiguos libros dicen que es preciso permanecer dentro del pentáculo para protegerse... de lo que sea.

Poniéndose en pie de un salto, Ttom se acercó precipitadamente al pentáculo. Pero antes de lograrlo, la cosa se había hecho ya sólida. Alzó sus cerrados párpados y cuando sus ojos se fijaron en él, vio tanta malevolencia concentrada en aquella mirada que Ttom sintió algo que jamás había experimentado antes. Sólo gracias a sus numerosas y variadas lecturas supo que tal sensación se denominaba antiguamente miedo.

La cosa dijo:

—Por fin.

Hasta su voz era enervante. Acleptos estaba aturdido. Había realizado el experimento porque era el sistema lógico de investigación, pero nunca imaginó que tal experimento llegase a tener éxito.

La cosa se frotó unos extraños dedos que mostraban muchas falanges, y dijo:

—Miles de años, esperando... esperando en la oscuridad la llamada que nunca llegaba. Al principio creí que Él había vencido..., pero entonces yo habría dejado de existir.

Encogió sus escamosos hombros y abrió más los ojos rojizos. Eran fascinantes. Las extrañas pupilas cambiaban constantemente de color. Miró primero a Acleptos y luego a Ttom y dijo:

—Así que nada ha cambiado. Los adeptos y el sacrificio, como siempre.

La cosa cloqueó en un terrible estertor. Luego añadió:

—¿Qué recompensa deseas a cambio? —preguntó mirando a Aceptos.

La cosa no esperó respuesta. Volvió a frotarse los largos dedos. El sonido resultante fue lo único que se oyó en la estancia. La cosa miró a Aceptos y dijo:

—Ya veo, nada ha cambiado. Una mujer. Muy bien, aquí está.

La cosa hizo una serie de gestos en el aire y antes de que Aceptos pudiese aclarar la garganta para negar, ella ya estaba allí. Parecía atemorizada. Sus cabellos eran lo más hermoso que Aceptos hubiese visto en su vida. Y también su cuerpo. Estaba desnuda, como él había imaginado, puesto que el planeta elegido por ella era cálido. Pero no había vergüenza en su actitud, sólo temor.

—¡Envíala de nuevo allí! ¿Cómo te atreves a arrastrarla por el espacio interestelar? ¡Estúpido! ¡Podías haberla matado!

Aceptos ya no temía la cosa. El único pánico que experimentaba era por su amada.

La mujer desapareció con la misma rapidez que se había presentado.

La cosa gruñó:

—No sabía que la amabas. Creí que era únicamente el sexo lo que deseabas..., ¿acaso quieres oro? Todos codician oro...

Y una vez más hizo extraños gestos en el aire.

Aceptos comprendió que la situación se estaba haciendo ridícula. Aclaró la garganta y dijo:

—¡Basta!

La cosa se detuvo en su trabajo, y de ser capaz de exteriorizar alguna emoción, ésta habría sido la sorpresa. Luego preguntó:

—¿Ahora qué? ¿Cómo conseguiré oro para ti si me interrumpes?

Aceptos estaba indignado. La indignación al igual que el temor que la había precedido, era una nueva emoción para él. Respondió:

—No te muevas. Soy el amo y tú el esclavo.

Aquellas palabras estaban en las indicaciones que había leído. Ignoraba el significado de ambas palabras, pero el libro ponía mucho énfasis en ellas.

La cosa mantuvo inmóvil su cabeza, pero sus ojos observaron con deseo el cuerpo de Ttom.

Dominando su nueva emoción, Aceptos dijo:

—No parece comprender. No deseo oro...

Ttom dijo:

—Recuerdo esa palabra en mis lecturas. Los antiguos solían cambiarlo por plomo o por algún metal valioso que fuera parecido.

Aceptos prosiguió:

—Y, desde luego, no quiero que ella regrese de Alfa Centauro.

—¡Poder! —exclamó la cosa sonriendo—. Eso nunca falla. Cuando son

demasiado viejos para el sexo y demasiado ricos para el oro, siempre desean poder.

Y sus manos comenzaron a moverse nuevamente.

—¡Alto! —gritó Aceptos por primera vez en su vida.

La cosa se paralizó.

Aceptos indicó:

—No hagas eso otra vez. ¡Me molesta! No quiero poder y no me digas lo que es porque no me interesa. Ahora, no te muevas de ahí y contesta algunas preguntas.

La cosa pareció encogerse un poco, y preguntó casi con timidez:

—Pero..., ¿para qué me has llamado? Si no quieres nada de mí, tampoco puedo aceptar nada de ti...

La cosa abrió los ojos y los clavó en Ttom, mientras con la punta de la lengua humedecía sus escamosos labios.

—Quiero alguna información. ¿Cuánto tiempo vivís... los demonios?

—¿Vivir...? Siempre, por supuesto.

—¿Y cuál es vuestra función?

—Tentar al hombre para apartarle de la senda del bien.

Las palabras surgían velozmente de labios de la cosa, pero Aceptos no acababa de entenderlas del todo. Sin embargo, quedaban grabadas para volver a escucharlas más tarde y darles algún sentido.

—¿Por qué deseáis hacer eso? —interrogó Aceptos.

El demonio le miró como si dudase de su estado mental. Respondió:

—Para que el hombre disponga libremente de su voluntad, desde luego. Debe escoger entre el bien y el mal.

—¿Qué significan esas palabras... el bien y el mal?

El demonio tomó asiento sobre sus talones sin prestar la menor atención a las espuelas que se hundían en sus propias posaderas. Volvió a contestar:

—Todos estos años sentado en la oscuridad, y que ahora me llamen para esto...

Agitó la cabeza y de pronto pareció adoptar una especie de decisión. Se puso en pie y luego, se lanzó sobre Ttom.

Aceptos alzó el arma especial y oprimió el botón. La extraña criatura se paralizó de modo instantáneo para caer al suelo boca abajo.

Ttom tragó saliva y dijo:

—Creí que nunca ibas a usarla. Llamaré al Asilo de Cuerdos para que se lleven a esta pobre criatura enferma.

Asintiendo con un movimiento de cabeza, Aceptos dijo:

—Esto es mucho más interesante de lo que había supuesto.

Luego tomó asiento, pensativo, hasta que llegó el ambu-bus. Era la primera llamada urgente que el Asilo recibía desde hacía un siglo, pero los dispositivos funcionaron perfectamente.

Ttom y Aceptos observaron cómo los robots recogían a la cosa y la alzaban en sus brazos de metal. Después les siguieron hasta que colocaron la cosa en el ambu-

bus, que partió velozmente hacia el Asilo.

A medio camino, Aceptos habló por primera vez:

—¿Te das cuenta de la ironía que hay en todo esto? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

Ttom todavía contemplaba a la cosa, que yacía como si estuviese muerta.

—Los diablos, ¿te das cuenta de lo que son? No son más que seres con otra dimensión. De alguna manera, en alguna época, un ser humano, en épocas muy remotas, utilizó las matemáticas, para superar la barrera de las dimensiones. Sin saber qué hacía, envuelto en plena superstición, pensó que los sortilegios constituían una llamada, cuando el dibujo, el calor de las velas y las palabras misteriosas, se combinan en una clave que abría esa otra dimensión.

—Bien, parece razonable. ¿Dónde está la ironía?

Aceptos parecía a punto de llorar. Respondió:

—¿No comprendes? La humanidad luchaba por salir de las tinieblas, cuando siempre sus hermanos ignorados e inmortales podían conquistar el espacio simplemente colocando sus manos en el punto preciso. El hombre, ciego por sus creencias supersticiosas, fue incapaz de aprender nada de estos “diablos”. Pero la peor ironía es que los “diablos” no podían ayudar al hombre porque eran deficientes mentales...

Ttom asintió con un movimiento de cabeza.

—Una raza casi imbécil y de talento increíble vivía cerca de nosotros y nunca lo supimos. La Máquina tiene razón. Tenemos mucho que aprender. Me equivocaba cuando dije que todo era ya conocido.

Tal vez el arma usada no se hallaba a punto o el diablo poseía formidables poderes de recuperación, pero el caso es que al apearse del ambu-bus la extraña criatura despertó. Empezó a gritar, cuando los robots intentaron que traspasase el umbral del Asilo de Cuerdos.

Se debatió de tal manera que incluso las cintas de metal que animaban a los robots se tensaron. Aceptos vio como las manos de la criatura comenzaban a moverse como antes.

Gritó a los androides que le retenían:

—¡Sujetarle las manos!

Las manos metálicas se plegaron sobre los largos dedos que se retorcían y la cosa dejó de luchar. Se abrió una puerta y uno de los doctores le dirigió hacia ellos. Dijo:

—¿Qué es eso?

Mientras Aceptos se lo explicaba, Ttom pasó un dedo suavemente sobre las palabras que formaban la divisa de la puerta. Veía las palabras, sus dedos las sentían, pero las había visto demasiadas veces. No quedaron grabadas en su mente.

Cuando Aceptos terminó, el doctor dijo:

—Entiendo. Bien, lo arreglaremos inmediatamente. ¡Será curioso hacer recuperar el sentido común a otra criatura dimensional!

Acleptos preguntó:

—¿Cree usted que está enfermo o que se trata de un estúpido?

—El doctor sonrió.

—Enfermo. Estoy seguro. Ningún ser sano se hubiese comportado de ese modo.

¿Le gustaría verlo?

—Desde luego. Siento un gran interés.

Acleptos tomó por un brazo a Ttom y añadió:

—...Imagínate, si logramos curarle, significará la Comunicación con toda una raza de criaturas. ¿No es maravilloso?

—Acleptos —murmuró Ttom con tono preocupado—, hay algo que no hemos tenido en cuenta. En todas mis lecturas, en todos los datos de que disponemos sobre el universo y sus extrañas criaturas, nunca hallé nada referente a la inmortalidad. ¿Has pensado en esto?

—Naturalmente, pero eso es otra prueba de la razón que tiene la Máquina al asegurar que no lo conocemos todo. ¡Es tan emocionante! Me cuesta trabajo esperar a contárselo. ¿No será una sorpresa para ella saber que no fue un sueño su presencia en mi laboratorio, sino que realmente estuvo allí, atravesando el espacio y el tiempo junto a una criatura enferma que ha vivido siempre...?

En la sala de operaciones no había escalpelos, esponjas, ni grapas. El doctor extendió a la cosa sobre la mesa. Los androides la sostuvieron por las manos.

El doctor tomó un instrumento. Una luz intermitente surgió de sus lentes en forma de S. El doctor bañó la cosa con la luz y luego dijo:

—Sólo será un momento. Es decir, si da resultado. De lo contrario habrá que tomar otras muchas medidas.

Súbitamente su voz se quebró. Acleptos retrocedió de la mesa hasta que su espalda tocó la pared. Ttom abrió la boca, asombrado. Únicamente los robots permanecieron impasibles.

Pues la cosa estaba cambiando. En los lugares donde llegaba la luz caían las escamas.

El doctor ordenó a los robots:

—¡Dejadla libre!

Al hacerlo así la criatura se alzó en todo su esplendor. Una luz dorada iluminaba su dulce rostro. Se acercó hasta la ventana y la sonrisa que esbozaron sus labios era como una despedida. Subió un momento al alféizar y se detuvo unos segundos antes de extender unas enormes alas blancas.

Luego murmuró:

—*Pax vobiscum.*

Las alas se agitaron y se fue, envuelto en serenidad.

Ésa fue la razón de que Acleptos cambiara las palabras de la divisa que campeaba en la entrada del Asilo de Cuervos. Ahora decían: *Un diablo no es más que un ángel enfermo.*

La Máquina se ha detenido, por supuesto. Su razón de ser y su fuerza era la infalibilidad. Y estaba equivocada sobre la tesis relativa a la existencia de Dios con una D mayúscula.

Notas

[1] Como resultado de haberles vendido la Tierra. <<

[2] Los habitantes de Ceres tenían reputación de ser invisibles. Posteriormente se descubrió que Ceres no tiene habitantes. <<

[3] Mediante ventosas de plástico, por supuesto. <<

[4] Alusión del autor a la ópera de Mozart *La flauta mágica*. (N. del T.) <<